D. SEMPERE

OTRA VEZ TÚ



DERECHOS DE AUTOR

Copyright © 2026 D. Sempere

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, distribuida o transmitida por cualquier medio sin la autorización previa de la autora, excepto breves citas con fines de reseña.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas o hechos reales es mera coincidencia.

SUMARIO

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo

CAPÍTULO 1

LILY

Aprendí a reconocer los pasos de Ethan Carter incluso antes de que llamara a la puerta.

El sonido de las suelas de las zapatillas contra el porche. La breve pausa frente a la entrada. Luego, dos golpes rápidos, casi siempre seguidos por el picaporte girando sin esperar autorización.

Aquella mañana, no fue diferente.

— ¿Lily? — llama, aunque sabe perfectamente que estoy en casa.

— Si entras sin esperar, le voy a contar a mi madre que estás invadiendo propiedad privada.

La puerta se abre.

— Tu madre me adora. Se va a poner de mi lado.

Ethan aparece en el pasillo con la mochila colgada de un hombro y dos vasos de café en las manos. Lleva la sudadera azul marino de la escuela, vaqueros oscuros y esa sonrisa perezosa que siempre aparece cuando cree haber ganado una discusión antes incluso de que empiece.

— ¿Trajiste café para sobornar a mi familia?

— Traje café para evitar que tu mejor amiga mate a alguien antes de las ocho de la mañana.

— No está funcionando.

— Todavía no has bebido.

Me entrega uno de los vasos y pasa junto a mí como si la casa también fuera suya. Técnicamente, debería quejarme. Mi madre ya dijo innumerables veces que Ethan tenía más libertad aquí que yo, porque él nunca necesitaba preguntar dónde estaban las cosas. Sabía en qué armario se guardaban los vasos, qué cajón tenía los cubiertos y en qué estante mi padre escondía las galletas que juraba haber comprado solo para las visitas.

Ethan conoce mi casa desde que teníamos seis años.

En aquella época, solía llegar con las rodillas raspadas y los ojos brillando con alguna idea imposible. A los diez, aprendió a abrir la nevera sin preguntar. A los trece, empezó a estudiar en mi habitación porque decía que mi padre entendía más de matemáticas que el suyo. A los quince, empezó a dormir en el sofá después de las noches de películas, aunque siempre negaba que se hubiera quedado dormido.

Ahora, a los dieciocho, todavía entraba por la puerta principal como si tuviera una llave.

Tal vez porque, de alguna forma, la tenía.

— Llegas tarde — dice.

— Estoy lista.

— Llevas un calcetín de cada color.

Miro mis pies.

— Es una elección de estilo.

— Claro. Muy audaz.

— No pedí tu opinión.

— Tú nunca pides. Aun así, yo la ofrezco.

Se apoya en la encimera de la cocina y da un sorbo al café. Intento no observar el movimiento de su garganta. Intento no fijarme en cómo la sudadera se ajusta a sus hombros, más anchos de lo que eran el año pasado. Intento no pensar que, en apenas unas semanas, ya no tendré que verlo todas las mañanas.

La idea debería hacerme feliz.

Los dos pasamos años hablando de ese momento. De salir de Wilmington, conocer otras ciudades, vivir en residencias universitarias y empezar la vida adulta. Habíamos hecho planes en servilletas, en el reverso de exámenes, en mensajes enviados de madrugada.

Ethan quería estudiar en la Universidad de Carolina del Norte, en Chapel Hill. Yo también.

Durante mucho tiempo, ese detalle parecía suficiente para garantizar que nada cambiaría.

Solo que, la semana anterior, yo había recibido mi carta de admisión para la Facultad de Medicina de la Universidad Duke, en Durham. Era el mayor sueño de mi vida. El tipo de noticia que me imaginaba contarle a Ethan primero, incluso antes de abrazar a mis padres.

Pero, desde que descubrí que él había sido aceptado en Chapel Hill, la felicidad venía acompañada de una pregunta incómoda.

¿Y si la distancia lo cambiaba todo?

— ¿Tu madre está en el jardín? — pregunta Ethan.

— Está. Mi padre llevó el coche a revisión.

— Entonces podemos irnos.

— Buenos días para ti también, Ethan.

Mi madre aparece en la entrada de la cocina con una cesta de ropa doblada en los brazos.

— Buenos días, cariño.

— Buenos días, señora Bennett.

— ¿Ya tomaste café?

— Lily me lo trajo.

— ¿Yo lo traje? — pregunto.

Mi madre me ignora.

— Hay muffins en la mesa. Llévate algunos a la escuela.

— No hace falta — digo.

— Ethan, llévate algunos a la escuela.

— Sí, señora.

Él toma dos muffins de inmediato.

— Traidor — murmuro.

— Superviviente.

Mi madre deja la cesta sobre la mesa y me observa durante demasiado tiempo. Es la misma mirada que me ha estado lanzando desde hace semanas, como si intentara descubrir por qué me distraigo en medio de las comidas y por qué sonrío sola al móvil antes de borrar la expresión cada vez que alguien entra en la habitación.

— ¿De verdad vas a la fiesta esta noche? — pregunta.

Se me contrae el estómago.

— Voy.

— ¿A qué hora piensas volver?

— No sé. ¿Medianoche?

Ethan suelta una risa.

— Va a volver después de medianoche.

— Ethan.

— Tu madre preguntó.

— Y tú no fuiste invitado a responder.

— Yo siempre soy invitado.

Mi madre sonríe, pero sigue mirándome.

— No hace falta que llegues temprano. Es la última fiesta antes de la graduación. Solo sé responsable.

— Lo seré.

— Y quédate cerca de Ethan.

— Mamá, no tengo cinco años.

— Lo sé. Precisamente por eso te estoy diciendo que te quedes cerca de él.

Ethan levanta el vaso.

— No se preocupe. Yo cuidaré de ella.

Las palabras son simples. Naturales. Tan comunes que mi madre ni siquiera reacciona.

Yo, sin embargo, siento que algo se aprieta dentro del pecho.

Porque Ethan siempre cuidó de mí.

Cuando tuve mi primera crisis de ansiedad antes de un examen, se sentó en el suelo del baño y esperó hasta que mi respiración volvió a la normalidad. Cuando mi padre tuvo que viajar por trabajo y mi madre se enfermó, apareció con sopa y pasó la tarde viendo películas malas conmigo. Cuando no logré entrar en el equipo de voleibol, compró un helado enorme y declaró que la derrota combinaba con cobertura extra.

Él era la primera persona a la que llamaba cuando pasaba algo.

La persona que sabía cuándo yo estaba mintiendo.

La persona que veía todas mis versiones, incluso aquellas que yo prefería esconder.

Y, aun así, había una verdad que yo le ocultaba desde hacía años.

— ¿Lily? — llama mi madre.

— ¿Qué?

— ¿Estás bien?

— Estoy.

Ethan me observa por encima del vaso.

Sus ojos permanecen en mi rostro un segundo más de lo que deberían.

— Está preocupada por el examen de biología — dice.

— No lo estoy.

— Sí lo estás.

— Saqué la nota más alta de la clase en el último.

— Y pasaste la noche repasando el contenido del próximo.

Mi madre señala la puerta.

— Váyanse los dos antes de que pierdan la primera clase.

Agarro mi mochila, intentando ignorar la mirada de Ethan.

Él no pregunta nada delante de mi madre. Nunca me presiona delante de otras personas. Pero sé que va a esperar hasta que estemos en el coche.

Y va a preguntar.

Él siempre pregunta.

...

El cielo de Carolina del Norte está despejado, pero el aire todavía guarda el frío suave de las primeras horas de la mañana. La primavera llegó despacio aquel año, trayendo árboles florecidos, céspedes húmedos y una sensación constante de que todo estaba a punto de empezar.

O de terminar.

Ethan conduce el coche viejo de su madre, con una mano en el volante y la otra apoyada en la palanca de cambios. La radio pone alguna canción cualquiera, demasiado baja como para ser realmente escuchada. A él no le importa la música cuando está pensando.

Ethan tamborilea los dedos en el volante cuando está inquieto.

Conozco ese hábito desde los doce años.

— ¿Vas a preguntar? — digo.

— ¿Preguntar qué?

— Lo que sea que estés pensando.

— No estoy pensando en nada.

— Estás golpeando los dedos en el volante.

Él mira su propia mano y se detiene.

— Tal vez me guste la música.

— Odias esta música.

— Tal vez he cambiado.

— Dijiste que esa banda parecía un grupo de personas peleándose dentro de una lata.

— He madurado.

— ¿En tres minutos?

— Pasa.

Sonrío, pero la sonrisa no dura.

Él se da cuenta.

— ¿Estás nerviosa por la fiesta?

— No.

— ¿Por la graduación?

— Tampoco.

— ¿Por Duke?

Mi corazón se salta un latido.

— ¿Por qué estaría nerviosa?

— Porque es un cambio enorme.

— Es lo que siempre quise.

— Lo sé.

La respuesta sale rápida, sin vacilación.

Ethan lo sabe.

Sabe que empecé a hablar de Medicina a los nueve años, después de ver un documental sobre cirugías cardíacas. Sabe que pasé toda la secundaria estudiando hasta tarde. Sabe que mantengo una lista de posibles especialidades en la aplicación de notas del móvil y que, cada dos semanas, añado o elimino algo.

Sabe que todavía no he decidido si quiero cardiología, pediatría o cirugía.

Lo sabe todo.

Menos el motivo por el que no le conté que pasé la noche anterior eligiendo un atuendo para la fiesta.

No porque quisiera impresionar a la gente.

Por él.

— Tú también estás nervioso — digo.

— No lo estoy.

— Estás conduciendo cinco kilómetros por debajo del límite de velocidad.

— La seguridad es importante para una futura médica.

— Condujiste a ciento veinte en la autopista el mes pasado.

— Llegaba tarde.

— Tú nunca llegas tarde.

— Hoy estoy intentando ser una persona mejor.

— Estás fallando.

Él se ríe, y el sonido llena el coche con una familiaridad que duele.

Durante años, no necesité pensar qué decirle a Ethan. Las conversaciones simplemente ocurrían. Podíamos hablar de cualquier cosa: profesores, pacientes que imaginábamos atender, la casa que compraríamos en el futuro, los nombres de nuestros perros, el tipo de café que beberíamos durante las guardias.

Cuando éramos niños, hacíamos planes como si el futuro fuera una ciudad pequeña a la que los dos llegarían juntos.

A los dieciocho años, empezábamos a comprender que el futuro era mucho más grande de lo que imaginábamos.

— Creo que Chapel Hill va a ser buena para ti — digo.

— Creo que Duke va a ser buena para ti.

— Ni siquiera has visto la universidad.

— Vi fotos.

— Las fotos no cuentan.

— Tú estás en ellas.

Giro el rostro hacia la ventana.

— Yo no aparezco en fotos del campus.

— Apareces en aquella que me mandaste.

— Yo estaba al lado del edificio.

— Exactamente.

— Eso no significa que Duke sea buena para mí.

— Significa que te quedaste mirando esa foto durante diez minutos antes de enviármela.

— Estaba analizando la arquitectura.

— Claro.

— Soy una persona interesada en arquitectura.

— No sabes distinguir una columna de una pared.

— Sí sé.

— No sabes.

— Sí sé.

— Lily.

— Ethan.

Él sonríe.

Se me aprieta el pecho con una fuerza casi física.

Ese es el problema.

Ethan hace que todo parezca fácil. Incluso la parte de estar enamorada de él parece simple cuando estoy sola. Lo difícil es estar delante de él y fingir que el corazón no se acelera cada vez que sonríe de esa manera.

— Vas a hacer nuevos amigos — dice después de unos segundos.

— Tú también.

— Yo no soy tan interesante.

— Eres irritantemente interesante.

— ¿Eso fue un cumplido?

— No te acostumbres.

— Lo guardaré para siempre.

Vuelve la vista a la carretera.

— ¿Crees que me vas a echar de menos?

La pregunta debería ser una broma. Su tono es ligero, pero no lo suficiente.

— ¿Crees que no?

— No sé. Vas a estar ocupada salvando vidas, conociendo gente brillante y olvidándote de que existo.

— Imposible.

La palabra se me escapa antes de que pueda pensar.

Ethan me mira rápidamente.

No hay ironía en su rostro ahora.

— ¿Imposible? — repite.

— Eres difícil de olvidar.

Podría haber dicho que él es mi mejor amigo. Que crecimos juntos. Que cualquiera tendría dificultad para olvidar a alguien que estuvo presente en todos los momentos importantes.

Pero no lo digo.

La verdad se queda atrapada detrás de mis dientes.

Eres imposible de olvidar porque te amo.

— Tú también eres difícil de olvidar — responde.

La frase pasa entre nosotros, silenciosa y pesada.

Entonces el semáforo se pone en rojo, un coche toca la bocina detrás de nosotros y Ethan hace una mueca.

— ¿Ves? Hasta el tráfico cree que necesitamos dejar de tener conversaciones profundas antes de las ocho de la mañana.

— Tal vez sea una señal.

— ¿De qué?

— De que deberías prestar atención a la carretera.

— Eso ya lo hago.

Pero no pregunta por qué mi mano está cerrada sobre mi propia rodilla.

...

En la escuela, todo parece igual y completamente diferente.

Los mismos pasillos claros. Los mismos casilleros con marcas de cinta adhesiva. Los mismos carteles anunciando el baile de graduación, la recaudación para el viaje de los alumnos y el último partido de la temporada.

Pero ahora cada cosa lleva una fecha de caducidad.

Faltan tres semanas para la graduación.

Veintiún días para que ya no tengamos que caminar por esos pasillos.

Veintiún días para que Ethan deje de entrar en mi casa todas las mañanas.

— ¿Estás contando? — pregunta.

— ¿Contando qué?

— Cuántos días faltan.

— No.

— Acabas de mirar el cartel de la graduación como si te hubiera dado una mala noticia.

— Estoy pensando en lo fea que es la decoración.

— La decoración todavía ni siquiera fue elegida.

— Entonces estoy pensando en lo fea que probablemente será.

— Estás imposible hoy.

— Dijiste que soy difícil de olvidar.

— No dije imposible en el mismo sentido.

— Sí lo dijiste.

Abre el casillero y saca dos libros.

— ¿Tienes laboratorio después de clase?

— Tengo.

— ¿Y después?

— Biblioteca.

— Conmigo.

No es una pregunta.

— Yo pensaba estudiar sola.

— Siempre piensas estudiar sola cuando estás intentando esconder algo.

El libro que sostengo casi se me escapa de las manos.

— No estoy escondiendo nada.

— Sí lo estás.

— Ethan.

— Lily.

La forma en que dice mi nombre me hace olvidar lo que pensaba responder.

Ethan no dice mi nombre de una manera especial. Nunca lo dijo.

Pero, a veces, parece que sí.

— Tenemos examen el viernes — continúa. — Si quieres pasar toda la tarde fingiendo que no necesitas ayuda, está bien. Yo estaré en la biblioteca a las tres.

— Tú siempre estás en la biblioteca a las tres.

— Porque soy predecible.

— Porque estás obsesionado con estudiar.

— Eso viniendo de la chica que usa tarjetas de repaso durante la cena.

— Estaban sobre la mesa.

— Tú las pusiste sobre la mesa.

— Para decorar.

— Mientras comías.

— Multitarea.

Él sacude la cabeza, sonriendo.

La conversación termina cuando nuestros compañeros pasan por el pasillo y saludan a Ethan. Él responde a todos, pero no se aleja de mí. Nunca se aleja por completo. Incluso cuando otros amigos lo llaman, incluso cuando alguien intenta convencerlo de faltar a clase, él sigue a mi lado unos segundos más.

Como si yo fuera el punto al que siempre regresaba.

Tal vez por eso nunca pude dejar de esperar que se diera cuenta.

...

A la hora del almuerzo, nos sentamos en la mesa cerca de las ventanas, como hacemos desde el primer año. Ethan me roba la mitad de mis patatas. Yo me quejo por obligación, aunque ya dejo la bandeja un poco más cerca de él.

— ¿Vas a la fiesta con alguien? — pregunta.

Mi mano se detiene sobre el vaso.

— Voy contigo.

— Lo sé. Quiero decir, vas con alguien.

— Acabas de preguntar si voy a la fiesta con alguien.

— Lo entendiste.

— No.

— Lily.

— ¿Qué?

Él gira el tenedor entre los dedos.

— ¿Estás saliendo con alguien?

La pregunta es tan simple que casi consigo responderla sin mostrar nada.

— No.

— ¿Estás segura?

— ¿Estás investigando mi vida amorosa?

— Soy tu mejor amigo. Tengo derecho a información básica.

— No tienes derecho a nada.

— Tengo derecho a saber si hay alguien.

— ¿Por qué?

Él se encoge de hombros.

— Curiosidad.

— Nunca tuviste curiosidad antes.

— Tal vez he madurado.

— ¿Otra vez eso?

— Lo estoy intentando.

— Estás fallando otra vez.

Él sonríe, pero sus ojos siguen en mí.

— Entonces no hay nadie?

— No.

— Genial.

La palabra se le escapa.

Mi corazón se agita.

— ¿Genial?

— Quiero decir… una cosa menos de la que preocuparte antes de la universidad.

— ¿Un novio sería una cosa de la que preocuparme?

— Depende del novio.

— ¿Y si fuera alguien agradable?

— Aún dependería.

— No conoces a nadie.

— Te conozco a ti.

El mundo parece encogerse alrededor de esa frase.

Por un instante, no escucho el ruido del comedor, las sillas arrastrándose, las voces de los estudiantes. Solo puedo mirar a Ethan, intentando entender si se dio cuenta de lo que acaba de decir.

Pero él ya está tomando otra patata.

— ¿Vas a abandonarme por culpa de un chico? — pregunta.

— Tal vez.

— Entonces definitivamente no puede ser alguien agradable.

— Eres muy engreído.

— Soy realista.

— Eres mi mejor amigo, Ethan.

La frase sale como una advertencia.

Como si pudiera recordarle que existe una línea entre nosotros.

Como si él pudiera verla.

— Lo sé — dice.

Y hay algo en su expresión que me hace apartar la mirada.

Porque, durante años, ser su mejor amiga fue el mayor regalo de mi vida.

Y, en ese momento, por primera vez, también parece ser la cosa que me impide tener cualquier otra cosa.

...

Después de las clases, voy a la biblioteca antes que Ethan. Elijo una mesa al fondo, cerca de las estanterías de anatomía, y abro el libro delante de mí.

No leo ni una sola línea.

Pienso en la fiesta.

Pienso en el vestido negro colgado detrás de la puerta de mi habitación.

Pienso en la carta de Duke guardada en el cajón del escritorio.

Pienso en cómo va a reaccionar Ethan cuando por fin le diga que lo amo.

Tal vez se sorprenda.

Tal vez se ría, no de mí, sino de la situación. Tal vez diga que siempre lo supo. Tal vez diga que él también siente lo mismo.

Esa posibilidad es la más peligrosa.

Porque ya construí demasiadas escenas en mi cabeza.

Ethan mirándome con esa sonrisa tranquila. Ethan tomándome de la mano. Ethan diciendo que él también esperó. Ethan besándome

como si fuera lo más natural del mundo.

Nunca imagino el rechazo hasta el final.

Cuando lo intento, todo mi cuerpo se cierra.

— Estás mirando la misma página desde hace ocho minutos.

Ethan arrastra la silla frente a mí.

— Estaba leyendo.

— Estabas mirando.

— Es una técnica avanzada.

— ¿Funciona?

— Todavía lo estoy evaluando.

Coloca dos cafés sobre la mesa, se sienta y abre su propio libro.

Durante unos minutos, estudiamos en silencio. El silencio entre nosotros nunca es incómodo. Ethan puede pasar horas a mi lado sin decir nada, y aun así no me siento sola.

Él anota algo. Yo observo su letra inclinada.

La letra que reconozco en notas, exámenes, listas de compras y mensajes escritos a toda prisa.

La letra que apareció en mi cuaderno en el primer año, cuando dibujó un corazón torcido al lado de la palabra "sobreviviremos" durante una clase de química.

— ¿Te acuerdas de cuando decidimos hacer Medicina? — pregunto.

— Decidimos eso varias veces.

— La primera vez.

— ¿Fue en el patio de mi casa?

— Fue.

— Tú tenías nueve años.

— Tú tenías diez.

— Un año mayor y claramente más sabia.

— Dijiste que querías ser médico porque creías que los médicos podían usar estetoscopios todo el día.

— Y tú dijiste que querías ser médica porque querías ayudar a la gente.

— Todavía quiero.

— Lo sé.

Ethan cierra el libro.

— ¿Estás pensando en renunciar?

— No.

— Entonces, ¿en qué estás pensando?

— En nosotros.

Él no lo entiende de inmediato.

— ¿En Medicina?

— También.

— Todo va a salir bien.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque eres la persona más decidida que conozco.

— Eso no significa que todo vaya a salir bien.

— No. Pero significa que, cuando no salga, vas a seguir hasta que salga.

La ternura en su voz casi me desarma.

— ¿Y tú? — pregunto. — ¿Tienes miedo?

— Claro.

— ¿De qué?

— De no ser lo suficientemente bueno.

Ethan mira sus propias manos.

— Todo el mundo cree que tengo seguridad de todo porque siempre fui bueno en los exámenes. Pero Medicina es diferente. Allí, nadie va a ser el mejor de la clase solo porque estudió la noche anterior. Todo el mundo será inteligente. Todo el mundo tendrá motivos para estar allí.

— Tú también tienes motivos.

— Lo sé. Pero saberlo no impide el miedo.

Su honestidad me toca más de lo que debería.

— Vas a ser un gran médico.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque escuchas a la gente.

— Eso no parece una gran habilidad.

— Es la más importante.

Él levanta la vista.

— ¿Tú crees?

— Creo.

— Tú también escuchas.

— Yo hablo demasiado.

— Hablas cuando estás nerviosa.

— No estoy nerviosa.

— Lo estás ahora.

— No lo estoy.

— Estás escondiendo algo.

Mi corazón late con fuerza.

Ethan no aparta la mirada.

— Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad?

Lo sé.

Justamente ese es el problema.

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué no lo cuentas?

Se me seca la garganta.

La biblioteca permanece silenciosa a nuestro alrededor, pero dentro de mí todo parece demasiado ruidoso. Tengo ganas de decirlo. Tengo ganas de poner la mano sobre la mesa, tocar sus dedos y confesar que no es solo miedo a la universidad, a la distancia o al futuro.

Es él.

Siempre fue él.

— Porque algunas cosas pueden cambiarlo todo — respondo.

Ethan frunce el ceño.

— Tal vez cambiar sea bueno.

— Tal vez no.

— ¿De qué estás hablando?

— De nada.

— Lily.

— Solo estoy cansada.

Él sigue mirándome, pero no insiste.

Esa es una de las cosas que más amo de él.

Ethan sabe cuándo avanzar y cuándo retroceder.

Solo no sabe que, a veces, yo quería que avanzara de todos modos.

...

Por la noche, mi madre entra en la habitación mientras me arreglo.

— Vas a estar preciosa.

— Todavía ni terminé.

— No hace falta que termines para que yo lo sepa.

Estoy frente al espejo, intentando sujetarme el pelo sin que parezca que pasé más de veinte minutos eligiendo cómo llevarlo. El vestido negro es simple, pero se ajusta a mi cuerpo de una manera que me hace sentir diferente. Más mayor. Más valiente.

O solo más vulnerable.

— ¿Ethan ya vino a buscarte? — pregunta mi madre.

— Todavía no.

— ¿Él va a conducir?

— Probablemente.

— Entonces llévate un abrigo. Por la noche va a refrescar.

— Mamá, voy a estar en una casa llena de gente. No voy a tener frío.

— Lo tendrás cuando salgas.

Se acerca y acomoda un mechón de mi pelo.

— ¿Está todo bien?

La pregunta vuelve.

Mi madre siempre se da cuenta.

— Está.

— Pareces feliz y triste al mismo tiempo.

Suelto una risa baja.

— ¿Eso es posible?

— Para ti, aparentemente.

Miro mi reflejo.

— La escuela se está acabando.

— Lo sé.

— Todo va a cambiar.

— Algunas cosas cambian. Otras permanecen.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque conocí a tu padre cuando tenía diecisiete años. Yo también creí que el mundo terminaría cuando la escuela se acabara.

— ¿Y no terminó?

— No. Solo se volvió más complicado.

— Eso no es muy reconfortante.

— La vida adulta no viene con garantías, Lily. Pero no necesitas decidirlo todo hoy.

Si ella supiera lo que estoy intentando decidir, tal vez diría lo mismo.

O tal vez me mandaría a dormir y olvidarlo.

— Ethan va a seguir siendo tu amigo — dice.

Se me aprieta el pecho.

— Lo sé.

— Ustedes dos siempre encuentran una manera de volver el uno al otro.

Esa frase debería calmarme.

En lugar de eso, me asusta.

Porque yo no quiero seguir volviendo al mismo lugar.

Quiero que algo cambie.

Quiero que Ethan me mire y vea a la chica que creció a su lado, no solo a la mejor amiga que conoce desde la infancia.

Mi móvil vibra sobre la cama.

Ethan: Estoy aquí.

Mi madre mira la pantalla y sonríe.

— Ve. Y no vuelvas muy tarde.

— Vuelvo.

— Lily.

— Vuelvo a salvo.

— No era eso lo que quise decir.

Sé lo que quiso decir.

No hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

Pero hay una cosa que necesito hacer antes de que el valor desaparezca.

Agarro el bolso y me despido de ella con un beso en la mejilla.

Cuando bajo, Ethan está parado en el porche, con una camisa oscura y una chaqueta clara. El pelo está ligeramente despeinado, como si se hubiera pasado la mano varias veces mientras esperaba.

Me mira.

Y se queda en silencio.

— ¿Qué? — pregunto.

— Nada.

— Me estás mirando fijamente.

— Estoy intentando descubrir si siempre fuiste así de bonita o si yo simplemente no me di cuenta.

Todo mi cuerpo se calienta.

— ¿Estás intentando hacerme sentir incómoda?

— No. Estoy siendo sincero.

— Para.

— ¿Por qué?

— Porque tú nunca me hablas así.

— Tal vez debería hablarte más.

Doy un paso hacia él.

— Ethan.

— ¿Qué?

— Nosotros somos mejores amigos.

Él sonríe despacio.

— Lo sé.

La respuesta es la misma de la biblioteca.

Pero ahora parece diferente.

Me abre la puerta del coche. Entro, intentando controlar el nerviosismo. Ethan cierra la puerta, da la vuelta y se pone al volante.

Durante el camino, hablamos de cosas simples. La fiesta. La música. Quién probablemente bebería demasiado. Qué profesor aparecería por unos minutos solo para fingir que confiaba en los alumnos.

Pero, por debajo de todo, existe una expectativa silenciosa.

Yo la siento.

Tal vez él también.

Cuando llegamos, la casa ya está llena. Música alta, luces de colores, gente repartida por el porche y el césped. Ethan pone la mano en la parte baja de mi espalda para conducirme hasta la entrada.

El contacto dura solo unos segundos.

Es suficiente para hacerme olvidar cómo respirar.

— Quédate conmigo — dice.

— Yo siempre me quedo.

— Hoy puede ser diferente.

— ¿Por qué?

Él mira la casa, luego me mira a mí.

— Porque esta es la última vez.

La frase golpea un lugar dolorido.

La última fiesta.

La última noche antes de que todo cambie.

La última oportunidad de contarlo.

Ethan me toma de la mano y me tira hacia dentro.

Yo lo acompaño.

Durante las horas siguientes, bailamos con nuestros compañeros, nos reímos de conversaciones que no escuchamos bien y compartimos una bebida que a ninguno de los dos le gusta. Ethan se queda cerca, exactamente como prometió. Cada vez que alguien intenta tirarme hacia el centro de la sala, él aparece a mi lado. Cada vez que me aparto para respirar, él viene detrás.

Como si supiera que lo necesito.

Como si no supiera que necesito mucho más.

Cerca de la medianoche, reúno valor.

— Ethan.

Él se inclina para oírme por la música.

— ¿Qué?

— Necesito contar una cosa.

— ¿Ahora?

— Ahora.

— ¿Está todo bien?

— Está.

— Entonces vamos a un lugar más tranquilo.

Me toma de la mano.

Mi corazón se dispara.

Tal vez sea hoy.

Tal vez, después de tantos años, por fin lo diga.

Pero, antes de que podamos salir de la sala, alguien llama a Ethan.

— ¡Carter! ¡Ven aquí!

Él mira por encima del hombro.

— Ya vuelvo.

— Ethan…

— Prometo que vuelvo.

Me aprieta los dedos antes de soltarlos.

Me quedo quieta, observándolo desaparecer entre la gente.

El valor, que parecía tan grande unos segundos antes, empieza a disminuir.

Aun así, espero.

Porque, por primera vez, decidí que no huiré.

No importa lo que pase.

No importa si él no siente lo mismo.

No importa si, después de esta noche, nuestra amistad nunca vuelve a ser igual.

Necesito decirlo.

Necesito que él lo sepa.

Porque la verdad es que, mientras Ethan siempre fue mi mejor amigo, mi puerto seguro y la persona que conocía todos mis secretos, yo le oculté el más importante de todos.

Me enamoré de Ethan Carter hace mucho tiempo.

Tal vez ocurrió a los quince, cuando se quedó a mi lado durante una tormenta.

O a los dieciséis, cuando me abrazó después de un examen malo.

Tal vez ocurrió poco a poco, en todos los días comunes que pasamos juntos.

Solo sé que, aquella noche, a los dieciocho años, decidí que por fin contaría la verdad.

Ethan era el amor de mi vida.

Y yo estaba lista para dejar de ser solo su mejor amiga.

CAPÍTULO 2

ETHAN

Mi madre dice que siempre he sido fácil de encontrar.

Cuando era niño, bastaba con buscar en el patio trasero de los Bennett. Cuando era adolescente, solo había que revisar la biblioteca de la escuela, la piscina municipal o el cuarto de Lily, donde pasaba más tiempo que en el mío.

Ahora, durante las últimas semanas de la secundaria, ella me encuentra casi siempre en la cocina, preparando café mientras repaso alguna materia o intentando convencer a mi hermano menor de que no existe ninguna posibilidad de que sobreviva a la escuela si sigue entregando los trabajos después del plazo.

— Estás usando mi taza — se queja Noah.

— La taza es de la casa.

— Tiene mi nombre.

— Tiene el nombre de una banda que te gusta.

— Yo la compré.

— Tienes dieciséis años. No puedes reclamar objetos de la cocina.

Él intenta tirar de la taza de mi mano. Yo levanto el brazo, manteniéndola fuera de su alcance.

— Eres insoportable.

— Y tú vas a agradecer cuando yo sea un médico famoso y pague tu universidad.

— No quiero que pagues mi universidad.

— Entonces entrega los trabajos en el plazo y consigue una beca.

— Hablas igual que papá.

— Eso es un cumplido.

— No lo es.

Mi madre entra en la cocina en el momento en que Noah intenta golpearme con un paño de cocina.

— ¿Qué está pasando?

— Ethan está robando mi taza — dice mi hermano.

— La taza no es de él — respondo.

— Ninguno de los dos debería estar peleándose antes de las siete de la mañana — dice ella, agarrando la cafetera. — Ethan, ¿Lily ya está esperando?

Miro el reloj.

— Todavía no.

— ¿No ibas a pasar por su casa?

— Dijo que iría directo a la escuela.

Mi madre me lanza una mirada que conozco bien.

— ¿Se pelearon?

— No.

— ¿Estás seguro?

— Mamá.

— Solo estoy preguntando.

— Lily está bien.

Digo eso tan rápido que Noah levanta una ceja.

— ¿Por qué respondiste antes de que la acusaran de algo?

— Porque conozco a tu madre.

— No fue eso lo que pregunté.

— Termina tu cereal.

Él pone los ojos en blanco.

Mi madre esconde una sonrisa mientras nos sirve café a los dos.

Lily también habría respondido algo parecido. Tal vez diría que mi madre estaba intentando crear un problema donde no lo había. Tal vez robaría una rebanada de tostada de mi plato y luego alegaría que yo no la estaba usando.

Lily hace eso desde que éramos niños.

Entra en mi casa sin llamar, abre la nevera, se queja de que no hay nada interesante para comer y se sienta en la encimera mientras cuenta algo que pasó durante el día. Mi familia se acostumbró a ella. Mi padre pregunta por Lily cuando ella no aparece en la cena. Noah le pide ayuda con los trabajos de redacción. Mi madre guarda los muffins de canela porque sabe que son sus favoritos.

En algún momento, Lily dejó de ser una visita.

Simplemente pasó a formar parte de la casa.

— ¿Vas a la fiesta hoy? — pregunta mi madre.

— Voy.

— ¿Con Lily?

— Dijo que va.

— Entonces asegúrate de que no vuelva sola.

— Lo sé.

Mi madre apoya las manos en la encimera.

— No estoy diciendo que ustedes sean niños. Solo estoy diciendo que es la última fiesta de la secundaria. La gente suele tomar malas decisiones cuando sabe que algo se está acabando.

— Yo no voy a tomar malas decisiones.

Noah se ríe.

— Ya estás tomando una al usar esa camisa.

Miro hacia abajo. Llevo una camiseta gris sencilla.

— ¿Qué tiene de malo?

— Nada. Ese es el problema.

— ¿Quieres elegir mi ropa?

— Quiero evitar que parezcas un profesor sustituto.

— Va a estudiar Medicina, no a desfilar — dice mi madre.

— Menos mal — respondo.

Pero, mientras termino el café, pienso en la fiesta.

No en la ropa. No en las bebidas. No en la gente.

Pienso en el hecho de que será la última gran noche antes de que todos sigamos caminos diferentes.

Lily va a Duke. Yo voy a Chapel Hill.

Seguimos hablando como si eso fuera temporal, como si unas horas en coche no significaran nada. Decimos que vamos a visitarnos los fines de semana, estudiar juntos por videollamadas, continuar con las mismas conversaciones y hacer planes como siempre.

Pero sabemos que la universidad cambia a las personas.

Tal vez por eso los dos evitamos hablar del tema por mucho tiempo.

...

De camino a la escuela, paro en la casa de los Bennett de todos modos.

No porque Lily lo haya pedido.

Porque hago eso todos los días.

La puerta está sin llave. Entro y encuentro a la señora Bennett en la cocina, cortando frutas.

— Buenos días, cariño.

— Buenos días. ¿Lily está lista?

— Está terminando de arreglarse.

— Eso significa que todavía va a tardar quince minutos.

— Significa que puedes subir y apurarla.

No necesito una segunda autorización.

Subo las escaleras y llamo dos veces a la puerta de su cuarto.

— Pasa — responde Lily.

Abro la puerta.

Está sentada frente al escritorio, rodeada de libros, tarjetas de repaso y hojas con anotaciones de colores. El pelo está recogido de cualquier manera, y lleva una blusa ancha que probablemente pertenece a su padre.

— Sabes que la escuela empieza en veinte minutos, ¿verdad?

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué estás estudiando?

— Porque algunas personas se toman el futuro en serio.

— Algunas personas necesitan dormir.

— ¿Dormiste?

— Lo suficiente.

— Eso significa que no.

— Significa que estoy vivo.

— No es un estándar muy alto.

Se gira para mirarme.

— ¿Viniste aquí a buscarme o a criticar mis decisiones?

— Las dos cosas.

— Eres una persona muy desagradable por la mañana.

— Mi madre dice que soy fácil de encontrar.

— Tu madre dice eso porque pasas la mitad del tiempo aquí.

— Lo dices como si fuera un problema.

— Yo nunca dije que lo fuera.

La manera en que responde me hace sonreír.

Lily siempre ha sido así conmigo. No necesitamos llenar cada silencio. No necesitamos fingir que nos estamos divirtiendo cuando no lo estamos. Podemos discutir diez minutos por una taza y, al minuto siguiente, compartir el mismo paquete de galletas.

Cierra el libro y se levanta.

— Voy a agarrar mi mochila.

— Está detrás de ti.

— Ya lo sabía.

— Claro.

Pasa junto a mí, y yo doy un paso a un lado para dejarla pasar. El cuarto de Lily es exactamente como ella: organizado hasta el límite de lo posible, pero con pequeños desórdenes esparcidos donde nadie además de ella sabría encontrarlos.

Hay una pila de libros en el suelo, una fotografía nuestra pegada al espejo y una lista de universidades pegada en la pared. Duke está resaltada en amarillo. Chapel Hill, en azul.

Durante meses, estudiamos para entrar en universidades diferentes y fingimos que eso no era extraño.

Siempre pensamos en estudiar juntos.

No porque alguien haya hecho una promesa formal. Ocurrió naturalmente. Cuando teníamos quince años, elegimos las mismas materias preparatorias. Cuando empezamos a hablar sobre Medicina, comparamos universidades. Cuando recibimos las cartas de aceptación, yo acepté Chapel Hill y Lily eligió Duke.

La decisión de ella tenía sentido.

Duke era excelente. Tal vez mejor para el tipo de médica que Lily quería ser. Yo lo sabía y dije que estaba orgulloso. Ella sonrió, me abrazó y preguntó si yo estaba feliz con Chapel Hill.

Respondí que sí.

Era verdad.

Pero no era la única verdad.

— Estás mirando la lista otra vez — dice Lily.

Me doy cuenta de que está parada a mi lado.

— Estaba pensando.

— ¿En qué?

— Que Duke queda a casi tres horas de aquí.

— Chapel Hill también queda lejos.

— No tanto.

— ¿Me vas a extrañar?

Hace la pregunta mientras busca algo dentro de la mochila, como si no estuviera realmente interesada en la respuesta.

— Probablemente.

— ¿Probablemente?

— Eres ruidosa. Va a ser difícil estudiar sin oírte quejarte.

— Yo no me quejo.

— Te quejaste ayer porque tu bolígrafo favorito se quedó sin tinta.

— Eso fue una emergencia.

— También te quejaste porque el profesor dejó una tarea de cuatro páginas.

— Eso fue una injusticia.

— Y porque tu madre compró el cereal equivocado.

— Eso fue una tragedia.

— Exactamente.

Encuentra lo que buscaba y cierra la mochila.

— Tal vez descubras que te gusta el silencio.

— Tal vez.

Lily me mira fijamente.

— No vas a olvidarte de mí.

No es una pregunta.

— No.

— ¿Incluso haciendo nuevos amigos?

— Los nuevos amigos no sustituyen a los antiguos.

— ¿Y si son más inteligentes?

— Imposible.

Ella sonríe, pero sus ojos siguen serios.

— No lo sabes.

— Sí lo sé.

— ¿Cómo?

— Porque nadie va a saber que odias las pasas en las galletas. Nadie va a entender por qué te tocas el pelo cuando estás mintiendo. Nadie va a saber que lloras con los comerciales de animales o que finges no gustarte las películas románticas cuando, en realidad, conoces todos los finales.

— Yo no lloro con los comerciales de animales.

— Lily.

— Algunas veces.

— Y nadie va a saber que duermes con la luz del pasillo encendida cuando estás ansiosa.

Ella baja la mirada.

No sé por qué cambia su expresión.

Tal vez hablé de más.

— Ya no hago eso — dice.

— Lo haces.

— No lo hago.

— La luz de tu pasillo quedó encendida ayer.

— Mi madre la dejó.

— Tu madre duerme en su cuarto.

— Entonces fue una falla eléctrica.

— Una falla eléctrica muy selectiva.

Ella agarra una almohada y la lanza contra mi pecho.

— Vámonos.

Atrapo la almohada antes de que caiga.

— No puedes huir de una discusión usando objetos blandos.

— Sí puedo. Acabo de hacerlo.

Bajo detrás de ella.

En la cocina, la señora Bennett nos entrega una bolsa con muffins.

— Llévenlos a la escuela.

— Mi madre también mandó a Ethan llevar comida — dice Lily.

— Entonces pueden compartir.

— Él se lo va a comer todo.

— Yo sé controlarme — respondo.

Lily me mira.

— Te comiste cuatro el domingo.

— Tenía hambre.

— Siempre tienes hambre.

— Es una característica masculina.

— Es una falta de disciplina.

La señora Bennett sonríe como si estuviera observando una escena que ya vio cientos de veces.

Tal vez la vio.

Los dos crecimos así: discutiendo por cosas pequeñas, compartiéndolo todo sin pensar y yendo juntos al coche como si no existiera otra manera de hacer las cosas.

...

La escuela está más ruidosa esa mañana.

Los alumnos hablan sobre la fiesta. Algunos ya están coordinando quién llevará bebidas, quién se encargará de la música y qué profesor probablemente aparecerá para verificar que nadie esté destruyendo la casa.

No estoy particularmente interesado.

Aun así, termino rodeado por tres compañeros cerca de los casilleros.

— Carter, ¿vas hoy por la noche? — pregunta Marcus.

— Voy.

— ¿Vas solo?

— No sé.

— Eso significa que Lily va contigo — concluye él.

— Lily es mi amiga.

— Tu mejor amiga.

— Sí.

— ¿Ustedes nunca se besaron?

La pregunta se hace con una naturalidad irritante.

— No.

— ¿Por qué?

— Porque somos amigos.

— Eso no responde.

— Responde perfectamente.

Marcus se ríe.

— Ustedes dos pasan más tiempo juntos que las parejas.

— Eso tampoco significa nada.

— Te estás poniendo a la defensiva.

— Estoy intentando abrir mi casillero.

— Ni siquiera pusiste la combinación.

Miro el candado.

Tiene razón.

— Tal vez deberían besarse hoy — sugiere otro compañero. — Es la última fiesta. Si sale mal, van a estudiar en ciudades diferentes.

— No voy a besar a Lily.

La respuesta sale rápido.

No porque la idea me parezca absurda. Lily es bonita. Siempre lo fue. Pero también es la persona que más conozco en el mundo, y convertir nuestra amistad en algo confuso parece una pésima decisión.

Si algo saliera mal, lo perdería todo.

— ¿Por qué no? — insiste Marcus.

— Porque ella no es una chica cualquiera.

— Eso sonó aún más sospechoso.

— Significa que es mi mejor amiga.

— Hablas como si eso fuera una barrera.

— Lo es.

Lily aparece al final del pasillo antes de que yo tenga que responder.

Nos ve y se acerca.

— ¿Qué es una barrera?

— Nada — digo.

Marcus sonríe.

— Estábamos hablando de que tú y Ethan se besen esta noche.

— Marcus.

— ¿Qué? Es una sugerencia.

Lily me mira.

Por una fracción de segundo, no sé qué hay en su rostro. Sorpresa, tal vez. O algo que desaparece antes de que yo consiga entender.

— Ethan no me besaría — dice ella.

La frase me incomoda.

— Yo no dije eso.

— Pero es verdad.

— ¿Cómo lo sabes?

Ahora es ella quien parece sorprendida.

No sé por qué lo pregunté.

Marcus suelta un silbido bajo.

— Esto se puso interesante.

— No se puso — respondo.

Lily cierra el casillero con más fuerza de la necesaria.

— Tenemos clase.

Empieza a caminar.

Yo la acompaño.

— No deberías prestarle atención a Marcus.

— No se la presté.

— Sí se la prestaste.

— Tú te pusiste nervioso.

— No me puse.

— Te pusiste.

— No quiero que él siga haciendo bromas sobre nosotros.

— ¿Por qué?

— Porque es irritante.

— Siempre dices que no te importa lo que la gente piense.

— No me importa.

— Entonces, ¿por qué estás irritado?

No tengo una buena respuesta.

Porque Lily no es una chica cualquiera.

Porque la idea de que alguien convierta lo que tenemos en una broma me incomoda.

Porque, si la gente empieza a preguntar demasiado, tal vez yo también empiece a pensar demasiado.

— Olvídalo — digo.

— Ya lo olvidé.

Pero no parece haberlo olvidado.

...

Después de la última clase, encuentro a Lily en la biblioteca.

Está sentada en la mesa habitual, rodeada de libros, pero no está estudiando. Hay una tarjeta de repaso en su mano y una expresión distante en su rostro.

— Estás haciendo eso otra vez — digo.

— ¿Haciendo qué?

— Mirando sin leer.

— Estoy descansando los ojos.

— ¿Con ellos abiertos?

— Una técnica avanzada.

— Me robaste mi respuesta.

Me siento frente a ella.

— ¿Estás pensando en la fiesta?

— Tal vez.

— No tienes que ir si no quieres.

— Quiero.

— No parece que quieras.

— Quiero — repite.

— Está bien.

Abro mi libro.

Lily me observa.

— ¿No vas a preguntar por qué no parezco querer?

— Acabas de responder.

— ¿Y siempre aceptas respuestas incompletas?

— Solo cuando la persona no quiere hablar.

Ella baja la tarjeta.

— ¿Crees que no quiero hablar contigo?

— Creo que hay algo que te está distrayendo.

— No es nada importante.

— Sabes que, si es importante, puedes contármelo.

— Lo sé.

La respuesta es la misma que me dio la noche anterior, cuando pregunté si podía contar cualquier cosa.

No sé por qué eso me deja inquieto.

Lily nunca me ocultó nada. Por lo menos, no de verdad. Puede evitar hablar de sus propias preocupaciones, pero siempre termina contando. Fue así cuando tuvo miedo de no ser aceptada en Medicina. Fue así cuando se peleó con su padre. Fue así cuando empezó a dudar de qué especialidad elegir.

Siempre encontramos una manera de hablar.

— ¿Estás feliz con Duke? — pregunto.

— Estoy.

— ¿Incluso yendo sola?

— No voy a estar sola. Habrá miles de personas.

— Entendiste.

Ella hace girar la tarjeta entre los dedos.

— Tú vas a estar en Chapel Hill.

— Lo sé.

— Y vamos a estar ocupados.

— Vamos a seguir hablándonos.

— No tienes cómo saberlo.

— Tengo cómo decidirlo.

Ella levanta la mirada.

— ¿Puedes decidir por los dos?

— Puedo decidir por mí.

— ¿Y si cambias?

— No voy a cambiar.

— Ethan, la gente cambia.

— Yo no soy la gente.

— Tú eres una persona.

— Una persona muy terca.

— Eso es verdad.

— Entonces puedes confiar en que seré lo bastante terco como para seguir siendo tu mejor amigo.

La comisura de su boca se levanta, pero la sonrisa parece cansada.

— Tú haces que todo sea muy simple.

— ¿No es simple?

— No.

— ¿Qué es complicado?

Abre la boca, pero no responde.

Por un momento, pienso que va a decir algo.

Entonces su celular vibra sobre la mesa.

Lily mira la pantalla y bloquea el aparato inmediatamente.

— ¿Quién era?

— Mi madre.

Sé que no era.

No porque haya visto el nombre, sino porque ella suele sonreír cuando es su madre. Ahora, solo parece más tensa.

— ¿Todo bien?

— Todo.

Guarda el celular.

Yo podría insistir.

No insisto.

Tal vez ese sea mi mayor defecto con Lily: confío tanto en ella que no me doy cuenta cuando está ocultando algo.

...

Por la noche, llego a la fiesta antes de la hora acordada.

Lily dijo que iría después. No explicó por qué. Solo afirmó que nos encontraría allí.

Yo quise pasar a buscarla, pero ella insistió en que su madre la llevaría.

La casa está llena incluso antes de que la música se ponga alta. Hay gente repartida por la sala, la cocina y el porche. Reconozco a casi todos, pero no me siento realmente cercano a nadie. Saludo a algunos compañeros, agarro una bebida y me quedo cerca de la puerta, mirando el camino.

Lily todavía no llegó.

Le mando un mensaje.

Ethan: ¿Vienes?

Ella tarda unos minutos en responder.

Lily: Voy. No empieces la fiesta sin mí.

Ethan: No puedo prometerlo.

Lily: Ethan.

Ethan: Voy a esperar.

Lily: Ya lo sabía.

Guardo el celular.

El mensaje es simple, pero me quedo mirando la pantalla después de que desaparece.

Marcus me encuentra cerca de la cocina.

— ¿La estás esperando?

— Estoy esperando a alguien.

— Ella es alguien.

— Lo sé.

— Entonces estás esperando a Lily.

— Estás obsesionado con esta conversación.

— Estoy intentando entender cómo ustedes consiguen pasar cuatro años comportándose como una pareja sin serlo.

— No somos una pareja.

— Ya lo dijiste.

— Entonces, ¿por qué sigues preguntando?

— Porque sigues pareciendo irritado.

Agarro otra bebida.

— No estoy irritado.

— Lo estás.

— Deberías encontrar a otra persona para molestar.

— Estoy intentando. Pero tú eres más divertido.

Se aleja después de unos minutos, dejándome conversar con otros compañeros. La noche avanza. Lily no llega.

Bebo más de lo que pretendía.

No lo suficiente como para perder el control, pero lo bastante como para sentir el cuerpo caliente y la cabeza un poco más ligera. Hablo sobre la universidad, sobre el examen de biología y sobre el profesor que probablemente no se acuerda de nuestros nombres.

Sigo mirando hacia la puerta.

Cada vez que alguien entra, espero ver a Lily.

Cada vez, no es ella.

— ¿Estás esperando a alguien importante? — pregunta una voz femenina.

Giro la cara.

Madison Reed está a mi lado.

Tiene el pelo rojo largo, ojos claros y un vestido rojo que llama la atención incluso entre las luces de colores de la sala. Estudiamos juntos desde el primer año, pero nunca hablamos mucho más allá de lo necesario.

— Estoy esperando a mi amiga — respondo.

— ¿La famosa Lily?

— ¿Famosa?

— Hablas de ella todo el tiempo.

— No hablo.

— Sí hablas.

— ¿De qué?

— De cualquier cosa. Su universidad. Los exámenes. Lo que le gusta comer. El hecho de que odia las pasas.

— Ella realmente odia las pasas.

Madison sonríe.

— Sabes muchas cosas sobre ella.

— Somos amigos desde hace años.

— Mejores amigos.

— Sí.

— Eso parece intenso.

— Es solo amistad.

— Yo no dije que no lo fuera.

Da un sorbo a su bebida.

— ¿Estás soltero?

— Sí.

— Interesante.

— ¿Por qué?

— Porque eres guapo.

— Gracias.

— Y pareces disponible.

— No estoy seguro de que parezca disponible.

— Estás solo en una fiesta, bebiendo y mirando hacia la puerta cada dos minutos.

— Eso no parece disponible. Parece distraído.

— Puedo ayudar con eso.

Madison se acerca un poco.

No me aparto, pero tampoco le devuelvo la sonrisa.

— No hace falta.

— ¿Siempre eres tan educado?

— Intento serlo.

— ¿Y siempre tan difícil?

— No estoy intentando ser difícil.

— Entonces tal vez solo no estás interesado.

— Tal vez.

Ella no parece ofendida.

Al contrario, su sonrisa se agranda.

— Eres más honesto de lo que esperaba.

— ¿Eso es bueno?

— Todavía lo estoy decidiendo.

Madison toca mi brazo.

El gesto es leve, casi casual, pero no hay nada casual en la manera en que me mira.

Pienso en Lily.

Pienso que probablemente haría alguna broma sobre Madison intentando seducirme. Pienso que se pondría a mi lado y tal vez tiraría de mi brazo para alejarlo, solo para provocarme.

Pienso que ella todavía no llegó.

— Ethan — llama Madison.

— ¿Qué?

— ¿Estás aquí?

— Estoy.

— No parece.

— Perdón.

— Puedes dejar de pensar en ella por cinco minutos.

La frase me toma desprevenido.

— No estoy pensando en ella.

— Sí lo estás.

— Ni siquiera la conoces.

— No necesito conocerla para darme cuenta de cómo miras hacia la puerta.

— Ella es mi mejor amiga.

— Ya lo explicaste.

Madison se acerca otra vez.

— Entonces dime una cosa que no tenga que ver con Lily.

— Quiero estudiar Medicina.

— Eso ya lo sabía.

— ¿Cómo?

— Todo el mundo lo sabe.

— ¿Todo el mundo conoce mi vida?

— No. Pero tú y Lily hablan de eso todo el tiempo.

Levanta el vaso.

— Por la Medicina.

Choco mi vaso con el suyo.

— Por la Medicina.

— Y por la última fiesta.

— Por eso también.

La conversación continúa por unos minutos más. Madison pregunta sobre Chapel Hill, sobre mi familia y sobre lo que pretendo hacer después de la universidad. Respondo sin dificultad. Ella es graciosa, segura de sí misma y no parece interesada en fingir que no sabe lo que quiere.

Cuando se inclina cerca de mí, siento el olor dulce del perfume.

— Sabes que estoy coqueteando contigo, ¿verdad?

— Lo sé.

— ¿Y vas a hacer algo al respecto?

Miro otra vez hacia la puerta.

Lily todavía no llegó.

— No sé.

— Piensas demasiado.

— Tal vez.

— Entonces para.

Madison pone la mano en mi nuca y me besa.

En el primer instante, me quedo inmóvil.

No porque no sepa qué hacer. El beso es fácil. Ella presiona los labios contra los míos, espera una reacción y, cuando no me aparto, profundiza el contacto.

Mi mano toca su cintura por reflejo.

Alrededor, la música sigue alta. La gente conversa. Alguien se ríe cerca del sofá. La casa entera parece seguir adelante, mientras yo permanezco atrapado en una sensación que debería ser buena.

Madison besa bien.

Ella es bonita.

No hay motivo para que yo me sienta incómodo.

Aun así, algo empieza a pesar.

Tal vez sea el alcohol.

Tal vez sea el hecho de que yo no había planeado aquello.

Tal vez sea porque sigo pensando que Lily puede entrar por la puerta en cualquier momento.

Abro los ojos por un instante.

La puerta está vacía.

Madison se mueve contra mí, y vuelvo a cerrar los ojos. Intento concentrarme. Intento corresponder. Intento dejar que el momento sea solo lo que es.

Pero, después de unos segundos, ya no puedo.

Sujeto sus hombros e interrumpo el beso.

Madison retrocede, sorprendida.

— ¿Qué fue?

— Perdón.

— ¿No te gustó?

— No es eso.

— Entonces, ¿qué es?

Miro hacia el pasillo.

— Yo solo… necesito salir de aquí.

— ¿Por tu amiga?

La pregunta es demasiado directa.

— No.

— ¿Estás seguro?

— Estoy seguro.

Madison cruza los brazos.

— Pareces estar seguro de muchas cosas que no consigues explicar.

— Tal vez bebí demasiado.

— No estás borracho.

— Estoy cansado.

— Ethan.

— Lo siento.

No sé por qué pido perdón tantas veces.

No sé por qué el beso, que debería haber sido simple, empieza a parecer una decisión que no me pertenece.

Madison me observa por unos segundos más.

— Eres complicado.

— Ya me dijeron eso hoy.

— Tal vez deberían decírtelo con más frecuencia.

Se aleja, desapareciendo entre la gente.

Yo me quedo quieto, sintiendo el sabor del beso todavía en los labios y una irritación creciente en el pecho.

No con Madison.

Conmigo.

Debería haber dicho que no desde el principio.

Debería haber prestado más atención.

Debería haber esperado a que Lily llegara.

Agarro la chaqueta y salgo al porche.

El aire de la noche está frío. Apoyo las manos en la baranda y me quedo mirando el césped oscuro, escuchando la música amortiguada detrás de mí.

Mi celular vibra.

Es un mensaje de Lily.

Lily: Llegué.

Miro hacia la puerta de la casa.

Por un instante, pienso en volver inmediatamente.

Entonces guardo el celular.

No sé por qué.

Tal vez porque necesito unos minutos antes de encontrarme con mi mejor amiga después de una noche extraña.

Tal vez porque todavía estoy intentando entender por qué interrumpí un beso que yo mismo permití que empezara.

O tal vez porque no me di cuenta de que, al dejar a Lily esperando dentro de esa casa, acababa de cruzar una línea que ella nunca me contó que existía.

Solo sé que sigo solo junto a la baranda, mientras la fiesta ocurre detrás de mí.

Y, sin tener idea de lo que está a punto de pasar, pienso que mañana todo volverá a la normalidad.

No volverá.

CAPÍTULO 3

LILY

Paso demasiado tiempo frente al espejo.

No porque no sepa qué ponerme. Elegí el vestido negro la noche anterior y lo dejé colgado en la puerta del armario para no cambiar de idea. También separé los zapatos, el bolso y los pendientes.

Todo está listo.

El problema soy yo.

— ¿Lily? — llama mi madre desde el otro lado de la puerta. — ¿Todavía te estás arreglando?

— Ya estoy casi lista.

— Dijiste eso hace veinte minutos.

— Llevo casi lista veinte minutos.

Abre la puerta sin esperar autorización y me encuentra sentada en el borde de la cama, con el vestido en el regazo y una expresión que debe de parecer mucho más desesperada de lo que me gustaría.

— ¿Todavía no te lo has puesto?

— Estaba pensando.

— ¿En la ropa?

— En la fiesta.

Mi madre entra y cierra la puerta detrás de sí.

— ¿Estás pensando en no ir?

— No.

— ¿Estás pensando en irte temprano?

— Tampoco.

— Entonces, ¿cuál es el problema?

Miro el vestido.

No puedo contárselo.

No porque mi madre no sea de fiar. Ella es la persona que sabe cuándo estoy enferma antes de que yo lo admita, que se da cuenta cuando discuto con Ethan aunque yo diga que no pasó nada y que guarda todas mis cartas de aceptación como si fueran documentos históricos.

Pero no puedo decir que pienso declararme a mi mejor amigo.

Si lo digo en voz alta, la idea se volverá real.

— Solo quiero que la noche sea buena — respondo.

Mi madre se sienta a mi lado.

— Es la última gran fiesta de la escuela. Tienes derecho a querer que sea buena.

— ¿Y si no lo es?

— Entonces vuelves a casa, te quitas los zapatos y comes algo en la cocina.

— Parece una solución muy simple.

— Las mejores soluciones suelen serlo.

Sonrío, pero no consigo sostener la expresión.

Mi madre observa mi rostro.

— ¿Es por Ethan?

Su nombre basta para que se me contraiga el estómago.

— ¿Por qué lo sería?

— Porque estás eligiendo el vestido como si fueras a encontrarte con el presidente.

— No lo estoy.

— Y porque, desde que recibieron las cartas de las universidades, pareces estar intentando aprovechar cada minuto a su lado.

— Somos mejores amigos.

— Lo sé.

— Entonces es normal.

— Lo es.

No dice nada más.

Tal vez no quiera presionarme. Tal vez esté esperando que hable por mí misma.

Mi silencio crece entre nosotras.

— Mamá…

— ¿Sí?

— ¿Crees que dos personas pueden ser amigas durante mucho tiempo y después… dejar de ser solo amigas?

No parece sorprendida.

— Creo que algunas personas pasan años fingiendo que no sienten lo que sienten.

Se me calienta la cara.

— Yo no estoy fingiendo nada.

— Yo no dije que lo estuvieras.

— Hablas como si supieras algo.

— Soy tu madre. Sé cuando miras a alguien de una manera diferente.

— Yo no miro a Ethan de una manera diferente.

Mi respuesta es demasiado rápida.

Mi madre inclina la cabeza.

— Lily, no te estoy preguntando si estás enamorada de él.

El aire desaparece de mis pulmones.

— No lo estoy.

— Tampoco necesitas responder tan deprisa.

— Porque no lo estoy.

— Está bien.

Levanta las manos, rendida, y me dan ganas de pedir perdón.

El problema es que, a veces, negar duele casi tanto como admitir.

Mi madre se levanta y coge el vestido.

— Ponte esto. Vas a llegar tarde.

— Todavía necesito arreglarme el pelo.

— Haz lo que quieras con él. Ethan va a seguir reconociéndote.

Mi corazón late con fuerza.

— No estoy intentando impresionarlo.

— Yo no dije que lo estuvieras.

Deja el vestido sobre la cama y sale antes de que yo pueda responder.

Me quedo sola en el cuarto, mirando la puerta cerrada.

Después de unos segundos, cojo el vestido.

...

Mientras me arreglo, ensayo la conversación.

La primera versión es simple.

Ethan, me gustas.

No.

Es demasiado directa.

La segunda parece más segura.

Ethan, ¿alguna vez imaginaste que los dos podríamos ser más que amigos?

Tampoco.

Si él no lo ha imaginado, va a ser incómodo. Si lo ha imaginado, tal vez pregunte por qué estoy hablando de eso ahora. Y entonces tendré que decirlo todo.

La tercera empieza con un recuerdo.

¿Te acuerdas de cuando teníamos quince años y pasamos toda la noche en tu cuarto hablando sobre el futuro?

Esta parece más natural.

Pero todos nuestros recuerdos llevan al mismo lugar.

A la verdad.

Te amo.

Lo digo en voz baja frente al espejo.

La frase suena extraña cuando sale de mi boca.

No porque sea mentira.

Porque es demasiado verdad.

Me peino, suelto algunos mechones alrededor del rostro y me pongo los pendientes que mi madre me dio en el último cumpleaños. Me pongo una capa discreta de maquillaje. Me cambio los zapatos dos veces antes de volver a los primeros.

Mi móvil vibra.

Ethan: Estoy aquí.

Leo el mensaje tres veces.

Mi corazón se calma solo con ver su nombre en la pantalla.

Lily: Ya voy.

Ethan: No te arregles demasiado. Voy a parecer mal vestido.

Lily: Tú siempre pareces mal vestido.

Ethan: Entonces está todo bien.

Sonrío.

Este es el tipo de conversación que tenemos todos los días. Pequeña, tonta, familiar. Es justamente por eso que me siento tan

segura de que puedo contarlo.

Ethan nunca me hace sentir ridícula.

Si digo que lo amo, tal vez él no sienta lo mismo, pero no se va a reír de mí. No va a convertir mis sentimientos en un chiste. No va a humillarme.

Al menos, eso es lo que creo.

Cojo el bolso y bajo.

Mi madre me espera en la sala.

— Estás preciosa.

— Gracias.

— Ethan ya está esperando.

— Lo sé.

— Lily.

— ¿Qué?

— No tienes que contar nada hoy si no estás lista.

Me detengo a mitad de camino.

No debería saberlo.

Aun así, tal vez lo sepa.

— Estoy lista.

Mi madre me mira durante unos segundos.

— Entonces sé honesta. Con él y contigo.

Asiento.

No confieso que estoy temblando.

No confieso que repetí esas tres palabras tantas veces que ya parecen formar parte de mi respiración.

Solo beso su mejilla y salgo.

...

La casa de la fiesta queda a pocos minutos de allí, en una calle donde las casas son grandes, los céspedes se extienden hasta la acera y los padres suelen viajar los fines de semana.

La música se puede oír incluso antes de que abra la puerta del coche.

Mi madre aparca cerca de la esquina.

— ¿Quieres que espere a que entres?

— No.

— ¿Estás segura?

— Sí.

— Manda un mensaje cuando quieras irte.

— Lo haré.

Me sujeta del brazo antes de que salga.

— Lily.

— Lo sé. Me cuidaré.

— No era eso lo que iba a decir.

— ¿Qué era?

— Buena suerte.

Se me encoge el corazón.

— Gracias.

Camino hacia la casa intentando no pensar en el significado de esa palabra.

Buena suerte.

Como si estuviera a punto de entrar en una sala para hacer un examen.

Como si Ethan fuera una pregunta difícil.

Como si hubiera estudiado lo suficiente para poder responder.

El porche está lleno. Algunas personas bailan, otras conversan en grupos y varias sostienen vasos de colores. La luz de la sala atraviesa las ventanas, mezclándose con la oscuridad de la noche.

Entro.

Lo primero que hago es buscar a Ethan.

No lo encuentro cerca de la puerta.

No está en la cocina.

Tampoco está al lado de la mesa donde los compañeros suelen dejar los abrigos.

Cojo el móvil.

Lily: ¿Dónde estás?

El mensaje se envía.

Espero.

Alguien choca con mi hombro. Pido perdón automáticamente, aunque no haya sido culpa mía. Miro la pantalla otra vez.

Nada.

Ethan suele responder rápido.

Incluso cuando está estudiando, responde con algo. Incluso cuando está conduciendo, manda un mensaje en cuanto aparca. Incluso cuando se enfada conmigo, no consigue permanecer en silencio mucho tiempo.

Lily: ¿Ethan?

Ninguna respuesta.

La música está demasiado alta. El aire parece caliente. Aprieto el bolso contra el cuerpo e intento convencerme de que simplemente no oyó el móvil.

Tal vez esté conversando.

Tal vez haya dejado el aparato en el coche.

Tal vez haya salido a comprar algo.

Hay decenas de explicaciones.

Ninguna de ellas impide la sensación de abandono que empieza a formarse dentro de mí.

— ¡Lily!

Me giro y encuentro a Claire, una compañera de clase, al lado de otros dos estudiantes.

— Viniste — dice.

— Vine.

— Estábamos pensando que no aparecerías.

— ¿Por qué no aparecería?

Claire se encoge de hombros.

— Nunca te gustan mucho las fiestas.

— Me gustan algunas.

— Esta es importante.

— Lo sé.

Me entrega un vaso.

— Bebe algo.

— No, gracias.

— Estás demasiado sobria para una noche como esta.

— Tal vez quiera recordarla.

— Esa es una decisión cuestionable.

Los otros se ríen.

Intento acompañarlos, pero sigo mirando la sala.

— ¿Has visto a Ethan? — pregunto.

Claire piensa.

— Creo que sí.

— ¿Dónde?

— Estaba aquí hace un rato.

— ¿Aquí dónde?

— Cerca de la cocina, tal vez.

— ¿Tal vez?

— La casa está llena, Lily.

— Me mandó un mensaje diciendo que estaba aquí, pero no consigo encontrarlo.

— Entonces llama.

Cojo el móvil y pulso su nombre.

La llamada suena una vez.

Dos.

Tres.

No contesta.

Cuelgo antes de que salte el buzón de voz.

— Tal vez esté en el baño — sugiere Claire.

— Ethan no tarda en el baño.

— De verdad conoces cada hábito suyo, ¿no?

— Somos amigos desde hace mucho tiempo.

Digo la frase automáticamente.

No debería doler.

Pero duele.

Porque es exactamente lo que soy.

La mejor amiga.

La persona que conoce sus hábitos, sus miedos, sus horarios, sus gustos y sus manías.

La persona que sabe dónde está cuando nadie más lo sabe.

Y, esa noche, no consigo encontrarlo.

— Debe de estar ahí fuera — dice uno de los chicos.

— ¿Cómo lo sabes?

— Lo vi cerca de la barandilla del porche de atrás.

Mi corazón se acelera.

— ¿Con quién?

— Solo, cuando pasé por su lado.

La información me alivia.

Por un segundo, pienso que tal vez Ethan se apartó para esperarme.

Tal vez no oyó el móvil.

Tal vez esté mirando hacia la verja, esperando a que yo llegara.

Tal vez, cuando me vea, sonría y diga que estaba empezando a pensar que yo no vendría.

La esperanza es tan inmediata que casi me hace olvidar el nerviosismo.

— ¿Dónde queda? — pregunto.

El chico señala el pasillo lateral.

— Sal por la puerta de atrás y sigue hasta el porche. Es donde está la barandilla de madera.

— Gracias.

— ¿Quieres que vaya contigo?

— No.

No quiero a nadie cerca cuando lo cuente.

Atravieso la casa.

Con cada paso, ensayo la primera frase.

Ethan, necesito hablar contigo.

O tal vez:

¿Te acuerdas de cuando prometimos que nos contaríamos todo el uno al otro?

O, simplemente:

Te amo.

El pasillo está más oscuro que la sala. La música llega amortiguada, transformada en un ritmo distante. Hay personas apoyadas en las paredes, parejas ocupando rincones y risas que desaparecen detrás de puertas.

Sigo caminando.

La puerta de atrás está entreabierta.

El aire frío entra por la rendija.

Mi corazón late tan rápido que casi no puedo respirar.

Pienso en la mano de Ethan sobre la parte baja de mi espalda.

Pienso en la forma en que me dijo que me quedara con él.

Pienso que, tal vez, esa noche realmente pueda cambiarlo todo.

Empujo la puerta.

El porche está casi vacío.

Ethan está junto a la barandilla.

Por un instante, es solo él.

La silueta alta, la chaqueta clara, las manos apoyadas en la madera. El rostro inclinado hacia alguien que está delante de él.

Una chica.

Pelirroja.

Reconozco a Madison Reed incluso antes de que gire el rostro.

Tiene las manos en la nuca de Ethan.

Los dedos de él están agarrados a su cintura.

Los dos se están besando.

Me detengo.

El mundo no.

La música sigue dentro de la casa. Alguien grita de felicidad en el piso de arriba. Un vaso cae al suelo y se rompe. Un coche pasa por la calle, los faros atravesando la valla.

Todo continúa.

Solo yo me quedo inmóvil.

Durante unos segundos, no consigo entender lo que estoy viendo.

Ethan está besando a Madison.

Ethan.

Mi Ethan.

No.

Él no es mío.

Nunca lo fue.

La idea surge entera, cruel, sin que yo pueda impedirlo.

Es tu mejor amigo.

Solo eso.

Todo mi cuerpo se enfría.

Madison se acerca más. Ethan responde al beso. No parece completamente involucrado, pero tampoco se está apartando.

No me está buscando.

No está esperando para oír lo que tengo que decir.

Tal vez nunca lo estuvo.

El vestido negro, los pendientes, el pelo arreglado y las palabras ensayadas de repente parecen ridículos.

Pasé horas eligiendo una ropa para confesar que amo a un chico que está besando a otra chica en un porche.

Se me revuelve el estómago.

Aprieto la correa del bolso hasta que me duelen los dedos.

La primera reacción es llamarlo.

Ethan.

La segunda es caminar hacia los dos y preguntar qué significa eso.

La tercera es huir.

La tercera gana.

Doy un paso atrás.

La madera bajo mi zapato hace un ruido bajo.

Ethan no lo oye.

O lo oye y no mira.

No sé cuál de las dos posibilidades es peor.

Sigo retrocediendo.

La puerta permanece abierta detrás de mí. Paso por ella sin hacer ruido y vuelvo al pasillo. Nadie presta atención. Nadie sabe que acabo de presenciar la destrucción de algo que existía solo dentro de mí.

La fiesta continúa.

Yo no.

...

Llego a la sala y camino hacia la salida.

Claire me llama.

— Lily, ¿adónde vas?

— A casa.

— ¿Ya?

— No me siento bien.

— ¿Quieres que llame a alguien?

— No.

— ¿Ethan lo sabe?

Su nombre me atraviesa el pecho.

— Está ocupado.

Claire mira hacia atrás, tal vez intentando entender.

— ¿Qué pasó?

— Nada.

— Lily.

— Solo necesito irme a casa.

Me agarra del brazo.

— No puedes irte sola.

— Mi madre viene.

Es mentira.

No sé si se da cuenta.

— Al menos espera a que alguien venga a buscarte.

— No hace falta. Está en la esquina.

Suelto el brazo con cuidado.

— Mando un mensaje cuando llegue.

Claire parece insegura, pero al final asiente.

— Está bien. Pero manda de verdad.

— Mando.

Salgo antes de que haga otra pregunta.

El aire frío de la noche me toca la cara.

Inspiro profundamente, pero no consigo llenar los pulmones.

La música queda atrás cuando camino por la acera. La casa iluminada disminuye en mi campo de visión. Las voces se vuelven distantes. El vestido, que hace pocos minutos me hacía sentir bonita, ahora parece un disfraz incómodo.

Cojo el móvil.

Hay un mensaje de Ethan.

Ethan: ¿Llegaste?

Me quedo mirando esas dos palabras.

No lo sabe.

No sabe que llegué.

No sabe que lo encontré.

No sabe que lo vi besando a Madison.

Mi dedo se queda suspendido sobre el teclado.

Puedo escribir:

Sí. ¿Dónde estás?

Puedo decir:

Te vi.

Puedo preguntar:

¿Te gusta ella?

Puedo confesar:

Iba a decirte que te amo.

Borro todas las posibilidades antes de escribir.

Lily: Llegué.

La respuesta aparece casi de inmediato.

Ethan: Estoy afuera. ¿Dónde estás?

Cierro los ojos.

Está afuera.

¿Todavía con ella?

Tal vez Madison se haya ido.

Tal vez hayan parado.

Tal vez el beso no haya significado nada.

Pero, si no significó nada para Ethan, ¿por qué parece significarlo todo para mí?

Lily: Me fui.

Ethan: ¿Qué?

Lily: No me siento bien.

Ethan: Yo te llevo.

Lily: No hace falta.

Ethan: Lily, espera.

Dejo de caminar.

Las ganas de volver son casi tan fuertes como las de seguir.

Me va a preguntar qué pasó.

Va a darse cuenta de que estoy llorando.

Me va a sujetar la cara y va a querer saber quién me hizo daño.

Y yo lo miraré y no conseguiré mentir.

Tal vez lo cuente.

Tal vez explique que Madison lo besó, que no significó nada, que estaba esperándome.

Tal vez descubra que creé una historia entera en torno a señales que nunca existieron.

Pero también existe la posibilidad de que diga que le gusta ella.

De que pregunte por qué me importa.

De que me mire y se dé cuenta de que no siento solo amistad.

No puedo correr ese riesgo.

Sigo caminando.

Ethan: Lily, ¿dónde estás?

Apago el móvil.

La primera lágrima cae antes de que llegue a la esquina.

Me paso la mano por la cara, irritada conmigo misma.

No quiero llorar por un beso.

No tengo derecho a llorar por un beso.

Ethan no me prometió nada.

Nunca dijo que le gustara.

Nunca sugirió que seríamos algo más que amigos.

Tal vez todos esos momentos fueron importantes solo para mí.

Las mañanas en la cocina.

Las noches en el sofá.

Los mensajes de madrugada.

Las manos dadas durante películas de miedo, incluso cuando él decía no tener miedo.

Las conversaciones sobre el futuro.

Los planes de estudiar Medicina.

La certeza de que él sería la primera persona a la que yo le contaría cualquier novedad.

Todo eso podía existir dentro de una amistad.

Yo fui quien transformó cada detalle en esperanza.

Yo fui quien confundió cuidado con deseo.

Yo fui quien creyó que ser la persona más importante en su vida significaba ser la persona que él elegiría.

La casa de mi familia aparece al final de la calle.

Mi madre todavía está despierta. La luz de la sala atraviesa las cortinas.

Antes de entrar, me quito los zapatos y me limpio la cara con las manos.

No quiero que lo sepa.

No quiero explicar.

No quiero oír que tenía razón al preguntar si era por Ethan.

Subo las escaleras en silencio.

En el cuarto, me quito el vestido y lo dejo caer sobre la silla. Los pendientes van a parar al escritorio. El pelo, antes cuidadosamente arreglado, se deshace cuando paso los dedos por él.

Mi móvil sigue vibrando.

Ethan llama.

Una vez.

Dos.

Tres.

No contesto.

Él manda mensajes.

Ethan: ¿Llegaste a casa?

Ethan: Por favor, responde.

Ethan: No entendí qué pasó.

Ethan: ¿Lily?

Pongo el aparato boca abajo.

Me siento en la cama y miro la fotografía pegada al espejo.

Los dos tenemos quince años. Ethan está sonriendo a la cámara, con un brazo alrededor de mis hombros. Yo estoy inclinada contra él, sonriendo como si supiera exactamente cuál era mi lugar.

Al lado de la fotografía, hay una tarjeta de repaso sobre Medicina.

Mi nombre está escrito de un lado.

El suyo, del otro.

Durante años, imaginé que seguiríamos juntos.

Esa noche, comprendo que tal vez yo haya sido la única en imaginar eso como algo más que amistad.

Me acuesto sin cambiarme de ropa.

El pecho duele de una forma que no sé explicar. No es solo celos. No es solo decepción. Es la vergüenza de haber creído que yo podría ser elegida.

Es la certeza de que, si lo cuento ahora, mi confesión parecerá una reacción desesperada al beso que vi.

Ethan nunca sabrá que pensaba decirle que lo amo.

Nunca sabrá que elegí ese vestido por él.

Nunca sabrá que pasé la noche entera reuniendo valor.

Si él quiere besar a Madison, entonces tiene derecho a hacerlo.

Y yo tengo derecho a alejarme.

Cojo el móvil una última vez.

La pantalla está llena de mensajes suyos.

Borro toda la conversación.

No porque haya dejado de amarlo.

Porque todavía lo amo.

Y es justamente por eso que no puedo seguir lo bastante cerca como para esperar algo que tal vez nunca ocurra.

Esa noche, decido que Ethan Carter jamás sabrá lo que pensaba decir.

Voy a guardar esas palabras conmigo.

Voy a fingir que no pasó nada.

Voy a alejarme despacio, hasta que se acostumbre a mi ausencia.

Y, si algún día pregunta por qué desaparecí, encontraré cualquier mentira.

Cualquier cosa será mejor que admitir la verdad.

Estaba enamorada de él.

Y, esa noche, viendo a Ethan besar a otra chica, mi corazón se rompió incluso antes de que él supiera que yo se lo había entregado.

CAPÍTULO 4

ETHAN

Lo primero que noto es que Lily deja de esperarme.

El lunes después de la fiesta, llego a la escuela unos minutos tarde. No lo suficiente como para perder la primera clase, pero lo bastante como para encontrar el estacionamiento casi lleno.

Siempre nos encontramos cerca de la entrada principal.

Ella suele estar apoyada en el murete, sosteniendo un café y quejándose del frío, incluso cuando la temperatura es agradable. A veces llega antes que yo y manda un mensaje diciendo que llego tarde. Otras veces, yo llego primero y le compro un muffin.

Esa mañana, no hay ningún mensaje.

Tampoco hay Lily en el murete.

Pienso que tal vez esté en la biblioteca.

Voy hasta allí.

Está sentada en una mesa al fondo, con los libros abiertos y los auriculares puestos. No está escuchando música. Lo sé porque uno de los lados está suelto, y Lily solo usa los dos cuando quiere estudiar de verdad.

Me detengo frente a ella.

Ella alza la vista.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Llegaste temprano.

—Llegué a tiempo.

—Para ti, eso es temprano.

El comentario es familiar, casi normal.

Pero la sonrisa no aparece.

Me quito la mochila del hombro y arrastro la silla.

—¿Estás bien?

—Estoy.

—¿Cómo fue cuando llegaste a casa?

—Normal.

—¿Tu madre fue a buscarte?

—Fue.

—¿Todavía te sentías mal?

—Un poco.

—¿Y ahora?

—Mejor.

Las respuestas son cortas.

Lily vuelve la vista al libro.

Me quedo de pie al lado de la mesa, esperando que se dé cuenta de que algo está diferente y decida contármelo.

No se da cuenta.

O se da cuenta y no quiere contarlo.

—¿Te enojaste conmigo? —pregunto.

El bolígrafo se detiene entre sus dedos.

—No.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

—Entonces ¿por qué estás actuando así?

—¿Así cómo?

—Distante.

—No estoy distante.

—Lily.

—Ethan.

Mi nombre en su boca siempre sonó familiar. Esa mañana, parece una puerta cerrada.

—Si hice algo, puedes decírmelo.

—No hiciste nada.

—Entonces pasó algo.

—No.

—Te fuiste de la fiesta sin despedirte.

—No me estaba sintiendo bien.

—Intenté hablar contigo.

—Lo vi.

—Entonces ¿por qué no respondiste?

Ella por fin me mira.

Los ojos están demasiado tranquilos.

—Porque no quería hablar.

La respuesta me golpea de una forma que no consigo demostrar.

Lily nunca necesitó querer hablar conmigo. Simplemente lo hacía. Podía estar cansada, irritada o triste, y aun así me respondía. Incluso cuando discutíamos, siempre había algún mensaje unas horas después.

¿Sigues vivo?

O:

Sigo enojada, pero traje tu libro.

O simplemente:

¿Vas a estudiar hoy?

Ahora dice que no quería hablar.

—Está bien —respondo.

—Ethan…

—No. Está bien.

Vuelvo a la silla, pero no abro el libro.

Durante los siguientes cuarenta minutos, no leo ni una sola página.

Lily estudia.

O finge estudiar.

No sé cuál de las dos cosas me molesta más.

...

En el recreo, espero que camine conmigo hasta el comedor.

Guarda los libros y se levanta antes de que yo pueda preguntar.

—Voy a comer con Claire.

—Siempre comes conmigo.

—Hoy voy a comer con ella.

—¿Pasó algo entre ustedes?

—No.

—Entonces ¿por qué estás cambiando todo?

Lily aprieta la mochila contra el pecho.

—No estoy cambiando todo.

—Lo estás.

—Ethan, solo estoy ocupada.

—Antes estabas ocupada.

—Las cosas cambian.

La frase parece casual.

Pero no consigo dejarla pasar.

—¿Qué cambió?

—Nada.

—Acabas de decir que las cosas cambian.

—Estaba hablando de horarios.

—No estás hablando conmigo.

—Estoy hablando ahora.

—Porque estoy insistiendo.

Ella mira hacia el pasillo.

Hay estudiantes pasando por ambos lados, conversaciones cruzándose, casilleros golpeando. Nadie nos presta atención.

Aun así, siento como si todos estuvieran mirando.

—Solo necesito un poco de espacio —dice.

La palabra me deja sin reacción.

—¿Espacio?

—Sí.

—¿De mí?

—No conviertas esto en algo más grande de lo que es.

—Acabas de pedirme espacio.

—Porque estás haciendo todo más difícil.

—Estoy intentando entender.

—No necesitas entender.

—Lily.

—Ethan, no estoy enojada contigo. No pasó nada. Solo quiero pasar el día sin tener que explicar cada cosa que hago.

Su tono no es agresivo.

Tal vez sería más fácil si lo fuera.

La irritación sería una respuesta. Una pelea tendría motivos. Yo sabría cómo lidiar con cualquiera de las dos.

Pero Lily parece simplemente decidida a mantenerme afuera.

—Está bien —digo.

—Gracias.

Se va.

Me quedo mirando su espalda hasta que desaparece en el pasillo.

No sé qué pasó.

No sé por qué mi mejor amiga decidió que necesita espacio justo ahora, cuando faltan pocas semanas para que terminemos la escuela.

No sé cómo preguntar sin parecer desesperado.

Y no sé cómo fingir que no me importa.

...

Los mensajes empiezan a disminuir ese mismo día.

Antes, Lily me mandaba mensajes por la mañana, durante el almuerzo y por la noche. No había un motivo específico. A veces era una foto de una anotación graciosa. A veces, una queja sobre el profesor. A veces, solo una frase sin sentido enviada porque sabía

que yo respondería.

Ahora, cuando escribo, ella tarda.

Ethan: ¿Vas a estudiar en la biblioteca?

Lily: No.

Ethan: ¿Vas a casa?

Lily: Sí.

Ethan: ¿Quieres que pase por ahí?

Lily: No hace falta.

Ethan: ¿Estás segura?

Lily: Estoy segura.

Ethan: Está bien.

La conversación termina.

Me quedo mirando la pantalla, esperando que añada algo.

No añade nada.

Al día siguiente, le pregunto si quiere ver la película que planeamos ver desde hace semanas.

—No puedo —responde.

—¿Por qué?

—Tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

—Cosas, Ethan.

—¿No puedes decírmelo?

—No es nada importante.

La misma respuesta.

Nada importante.

Empieza a usar esa frase para todo.

¿No quiere almorzar conmigo? No es nada importante.

¿No va a estudiar conmigo? No es nada importante.

¿No puede ir a mi casa después de clase? No es nada importante.

Cada vez que dice eso, siento que hay algo creciendo entre nosotros. Una distancia que nadie puede ver, pero con la que tropiezo cada vez que intento acercarme.

El jueves, aparezco en su casa sin avisar.

La señora Bennett abre la puerta.

—Ethan.

—Hola. ¿Está Lily?

Su expresión cambia por un instante.

—Está en su cuarto.

—¿Puedo subir?

—Claro.

Subo las escaleras con la familiaridad de siempre.

Llamo a la puerta.

—Pasa.

Lily está sentada en la cama, rodeada de cajas y ropa. Hay papeles esparcidos a su alrededor, pero no parecen materiales de estudio.

—¿Te vas a mudar? —pregunto.

—Estoy organizando algunas cosas.

—Pensé que todavía faltaban semanas.

—Faltan.

—Entonces ¿por qué estás haciendo esto ahora?

—Porque no quiero dejar todo para el último momento.

—Tú siempre dejas todo para el último momento.

—Estoy intentando cambiar.

Dobla una blusa y la mete dentro de una caja.

—¿Viniste por algún motivo?

—Vine a verte.

—Aquí estoy.

—No es eso lo que quise decir.

—Lo sé.

Me siento en la silla frente al escritorio.

—No puedes seguir fingiendo que no pasó nada.

—No estoy fingiendo.

—Lily, casi no hablas conmigo.

—Estamos hablando ahora.

—Sabes a qué me refiero.

—Lo sé.

—Entonces explícame.

Deja de doblar la ropa.

Por un momento, creo que por fin va a responder.

—No sé qué quieres que explique.

—¿Por qué me estás tratando como si yo fuera un desconocido?

Lily mira la caja abierta.

—Tal vez porque las cosas están cambiando.

—Otra vez eso.

—Es la verdad.

—No lo es.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque cambiar de universidad no debería cambiar lo que somos.

Ella levanta la vista.

—No puedes decidir eso tú solo.

—No lo estoy decidiendo yo solo. Estoy intentando entender por qué tú decidiste por los dos.

—Yo no decidí nada.

—Entonces ¿qué estás haciendo?

—Intentando prepararme.

—¿Para qué?

No responde.

La pregunta queda entre nosotros.

—Para irme —dice después de unos segundos.

—No necesitas prepararte para irte de mí.

La frase sale antes de que pueda pensar.

Lily se queda inmóvil.

Su rostro pierde un poco de color.

—Tal vez lo necesite.

—¿Por qué?

—Porque no sabes lo que estás diciendo.

—Sé exactamente lo que estoy diciendo.

—No lo sabes.

—Entonces dímelo.

—No puedo.

—¿Por qué no?

Ella cierra los ojos por un segundo.

—Porque no quiero.

La respuesta es baja, pero definitiva.

Siento una presión en el pecho.

No recuerdo la última vez que Lily no quiso contarme algo. Siempre decía que yo era la persona a la que podía contarle todo. Yo lo creía.

Tal vez lo entendí mal.

—Está bien —digo.

—Ethan.

—No. Está bien.

Me levanto.

—Si necesitas espacio, te lo voy a dar.

—No te pedí que desaparecieras.

—¿No es eso lo que quieres?

Abre la boca, pero no responde.

Es suficiente.

Salgo del cuarto antes de que vea que estoy herido.

En el pasillo, me encuentro con la señora Bennett.

No pregunta nada.

Tal vez mi cara responda por mí.

...

Los días se convierten en semanas.

La distancia no desaparece.

Solo se vuelve más fácil de ocultar.

En la escuela, Lily se sienta al lado de Claire. En la biblioteca, elige mesas diferentes. Cuando nos encontramos en el pasillo, sonríe de manera educada y pregunta cómo estoy, como si fuéramos

compañeros que no comparten una vida entera.

Yo respondo de la misma forma.

—Estoy bien.

—Yo también.

—El examen fue difícil.

—Lo fue.

—¿Ya entregaste el trabajo?

—Ya.

Conversaciones de dos minutos.

Tres, cuando intento prolongarlas.

A veces, escribo un mensaje y lo borro antes de enviarlo. No quiero parecer insistente. No quiero obligarla a responder. Tampoco quiero aceptar que mi presencia se ha convertido en algo que ella necesita soportar.

En casa, mi madre se da cuenta.

—¿Te peleaste con Lily?

—No.

—Entonces ¿qué pasó?

—No lo sé.

—¿Está molesta contigo?

—No lo sé.

—¿Hiciste algo?

—No lo sé.

Mi madre suspira.

—Ethan, ¿sabes algo?

—Sé que no quiere hablar conmigo.

—¿Le preguntaste?

—Varias veces.

—¿Y ella dijo?

—Que no pasó nada.

—Tal vez realmente no pasó nada.

—Entonces ¿por qué cambió?

Mi madre no tiene respuesta.

Nadie la tiene.

Sigo intentando encontrar una explicación, pero todo lo que recuerdo es la fiesta. Lily llegó después que yo. Mandó un mensaje. Yo estaba en el porche.

Madison se acercó.

Nos besamos.

Yo lo interrumpí.

Después, Lily se fue.

No sé si existe una relación entre las cosas.

No consigo imaginar cómo la habría.

Lily no vio el beso.

Al menos, no que yo sepa.

Y, aunque lo hubiera visto, ¿por qué eso haría que se alejara?

No éramos una pareja.

Ella no tenía motivos para importarle a quién besaba yo.

Esa lógica debería tranquilizarme.

No me tranquiliza.

...

La graduación llega en una mañana calurosa de junio.

El auditorio está decorado con banderines azules y blancos, flores artificiales y un panel enorme con el nombre de la promoción. Los padres ocupan las primeras filas. Los profesores organizan a los alumnos en grupos.

Busco a Lily en cuanto entro.

La veo al otro lado del pasillo, conversando con sus padres.

Lleva un atuendo claro bajo la toga. El cabello está recogido y hay una sonrisa en su rostro. Parece feliz.

Quiero ir hacia ella.

Felicitarla.

Decirle que estoy orgulloso.

Pero me quedo quieto.

Durante semanas, cada intento de acercamiento terminó en una conversación corta y una mirada que no conseguía interpretar. No quiero convertir su día en otro momento incómodo.

Lily me ve.

Nuestras miradas se encuentran.

Ella sonríe.

—Felicidades —dice cuando me acerco.

—Para ti también.

—¿Estás nervioso?

—Un poco.

—¿Tú? Pensé que nada asustaba a un futuro médico.

—Las graduaciones dan más miedo que los exámenes.

—Lo sabía.

Ella mira el sobre que sostengo.

—¿Recibiste la respuesta final?

—La recibí.

—¿Y?

—Me aceptaron.

—Ethan, eso es maravilloso.

Su sonrisa parece verdadera.

Por primera vez en semanas, siento que algo se abre dentro del pecho.

—En una universidad en Virginia.

—No habías dicho que te habías postulado allí.

—No sabía si me aceptarían.

—¿Qué universidad?

Se lo digo.

Lily me felicita otra vez. Hace preguntas sobre el campus, el programa de Biología y la preparación pre-med. Yo respondo, intentando no demostrar cuánto estaba echando de menos esa versión de ella.

—¿Y tú? —pregunto.

—Massachusetts.

—¿Te aceptaron?

—Sí.

—¿En Biología?

—Biología y pre-med.

—Sabía que lo lograrías.

—No lo sabías.

—Sí lo sabía.

—Ni siquiera te enteraste de la carta.

—Yo te conozco.

Ella baja la mirada.

La frase parece golpear algo.

—Va a estar lejos —digo.

—Lo va a estar.

—Más lejos que Duke.

—Mucho más.

—Aun así podemos visitarnos.

—Podemos.

—Y hablar.

—Sí.

—No pareces creerlo.

—Lo creo.

Pero su sonrisa desaparece rápido.

El director llama a los alumnos para que se coloquen.

Lily da un paso atrás.

—Creo que tenemos que ir.

—Lily.

Se detiene.

—¿Qué pasó?

La pregunta sale baja, pero ya no puedo contenerla.

—¿Ahora?

—Necesito saberlo.

Ella mira a sus padres, luego a mí.

—No pasó nada.

—Te vas a Massachusetts sin decirme por qué dejaste de hablar conmigo.

—No dejé de hablar.

—Sabes que sí.

—Ethan…

—¿Hice algo esa noche?

Su expresión cambia.

Muy poco.

Pero cambia.

—No.

—Entonces ¿por qué parece que me están castigando por algo que no conozco?

—No te están castigando.

—Lo parece.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por hacerte sentir así.

No es una respuesta.

—No quiero que lo sientas. Quiero que me digas la verdad.

Sus ojos se ponen brillantes.

—La verdad es que algunas cosas necesitan terminar.

—¿Nuestra amistad?

Traga saliva.

—No dije eso.

—Pero es lo que está pasando.

—Tal vez sea solo una fase.

—No quiero una fase.

—No todo depende de lo que queremos.

El director llama a nuestro grupo otra vez.

Lily me mira.

—Felicidades, Ethan.

—Lily.

—Vas a ser un gran médico.

—Tú también.

Ella sonríe de manera triste.

Luego se aleja.

Me quedo mirando hasta que se une a los otros alumnos.

Durante la ceremonia, escucho los nombres siendo llamados, los aplausos, los discursos sobre nuevos comienzos.

Cuando llega mi turno, camino hasta el escenario.

Recibo el diploma.

Veo a mis padres en el público. Mi madre llora. Mi padre graba todo con el celular. Noah grita mi nombre antes de que alguien lo haga callar.

Lily también aplaude.

Pero no está a mi lado.

Y no puedo dejar de pensar que, incluso el día en que todos celebran el comienzo de nuestro futuro, ella ya parece haber decidido que yo no formaré parte de él.

...

Después de la ceremonia, las familias se reúnen para fotos.

Mi madre llama a Lily para una foto.

Ella va.

Nos quedamos lado a lado, como tantas veces antes.

Mi brazo rodea sus hombros por instinto.

Su cuerpo se pone rígido.

Retiro el brazo.

La señora Bennett se da cuenta, pero no dice nada.

El fotógrafo pide que sonriamos.

Lily sonríe.

Yo también.

La fotografía registra a dos personas que parecen felices.

No registra la distancia entre nosotros.

Más tarde, cuando todos empiezan a irse, encuentro a Lily cerca de la salida.

—¿Te vas ahora?

—Sí.

—¿Puedo hablar contigo?

—Ethan…

—Solo unos minutos.

Ella sujeta la correa del bolso.

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros.

—No necesitamos hablar de eso.

—Yo lo necesito.

—Tú vas a Virginia. Yo voy a Massachusetts. Tal vez sea mejor aceptar que las cosas cambiaron.

—No quiero aceptar sin entender.

—No necesitas entenderlo todo para seguir adelante.

—¿Cómo lograste hacer eso tan rápido?

—¿Hacer qué?

—Rendirme.

Lily se queda completamente inmóvil.

—No me rendí contigo.

—Entonces ¿por qué parece que sí?

Ella me mira durante unos segundos.

Hay tantas cosas en su rostro que no consigo descifrar.

—Ethan, deseo que seas feliz.

—Eso no responde.

—Es lo que puedo decir.

—Podrías decir la verdad.

—Ya la dije.

—¿No pasó nada?

—No.

—Entonces ¿simplemente te despertaste un día y decidiste que ya no querías ser mi amiga?

—Tal vez me di cuenta de que necesitaba cambiar.

—¿Sin mí?

Ella cierra los ojos.

—Sin depender de ti.

La frase me atraviesa.

—Tú nunca dependiste de mí.

—Dependía.

—Lily, eres la persona más independiente que conozco.

—No cuando se trata de ti.

El silencio que viene después parece demasiado grande.

Ella se da cuenta de lo que dijo y retrocede.

—Olvídalo.

—No.

—Ethan, necesito irme.

—Lily.

—Buena suerte en Virginia.

—Tú también.

Se va antes de que yo pueda preguntar cualquier otra cosa.

Me quedo en el estacionamiento viendo cómo su coche desaparece.

No sé si esa fue la última vez que la veré.

La idea debería parecer imposible.

No lo parece.

...

La noche anterior a mi mudanza, mi madre entra en el cuarto mientras termino de cerrar las cajas.

—¿Pusiste los libros de Anatomía en esa caja?

—Los puse.

—¿Y los documentos?

—En la mochila.

—¿El cargador?

—También.

Ella mira alrededor.

Mi cuarto parece más pequeño con todo guardado.

—Hablé con la señora Bennett hoy —dice.

Sigo doblando algo de ropa.

—¿Sobre qué?

—Lily.

Mi mano se detiene.

—¿Qué pasa con ella?

—Supe que la aceptaron en Massachusetts.

—La aceptaron.

—¿Lo sabías?

—Me enteré en la graduación.

—Está muy feliz.

—Espero que lo esté.

Mi madre se sienta en el borde de la cama.

—¿Pasó algo entre ustedes?

La pregunta viene sin acusación.

Aun así, no consigo responder de inmediato.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Ella dice que no pasó nada.

—¿Y tú le crees?

—No sé qué creer.

Mi madre se queda en silencio.

—Eran tan cercanos —dice después de un tiempo. —Tal vez algunas amistades de la secundaria simplemente se acaben cuando empieza la vida adulta.

—La nuestra no.

—Ethan…

—No es igual a las otras.

—No puedes obligar a Lily a permanecer en tu vida.

—No la estoy obligando.

—Pero estás esperando que ella elija quedarse.

—Porque pensé que sería diferente.

Mi madre me toma la mano.

—Tal vez todavía lo sea.

—No habla conmigo.

—Tal vez necesite tiempo.

—Tuvo semanas.

—Algunas personas necesitan más.

Miro las cajas.

—No sé cómo seguir adelante cuando no entiendo lo que hice.

—Puedes seguir adelante sin dejar de importarte.

—No quiero aprender a vivir sin ella.

Mi madre aprieta mis dedos.

—Lo sé.

Y esa es la peor parte.

Ella lo sabe.

Todos saben que Lily es importante para mí. Tal vez demasiado importante como para caber en la palabra amistad, aunque no sé qué otra palabra usar.

No pienso en ella como un romance.

No pienso en nosotros dos como una pareja.

Pienso en ella como parte de mi vida.

Como una certeza.

Como alguien que debería seguir ahí, incluso cuando todo lo demás cambiara.

—Vas a hacer amigos —dice mi madre.

—No quiero nuevos amigos.

—Los vas a necesitar.

—Yo ya tengo a Lily.

Mi madre no responde.

Tal vez porque sabe que la frase ya no es verdadera.

...

Dejo Carolina del Norte dos días después.

Mi padre conduce. Mi madre va a su lado. Noah ocupa el asiento trasero y se queja del aire acondicionado, de la música y de que el viaje es demasiado largo.

Yo miro por la ventana.

Las carreteras conocidas pasan lentamente. La ciudad se hace más pequeña. Los árboles se vuelven manchas verdes. Casas, gasolineras y carteles desaparecen detrás de nosotros.

Mi celular permanece en el bolsillo.

No hay mensajes de Lily.

Pienso en escribir.

Ethan: Me voy.

Borro.

Ethan: Espero que llegues bien.

Borro.

Ethan: ¿Me vas a extrañar?

Borro también.

No quiero ser la única persona intentando mantener algo vivo.

Cuando llegamos a la universidad, el campus está lleno de estudiantes y familias cargando cajas. Hay mapas, carteles y voluntarios orientando a los nuevos alumnos.

Mi residencia está en el tercer piso.

Subo con una caja en los brazos mientras mi padre carga otra detrás de mí. Mi madre sigue dando instrucciones que nadie pidió. Noah filma todo para usarlo contra mí en el futuro.

Abro la puerta del cuarto.

Dos camas. Dos escritorios. Una ventana grande con vista al patio.

Dejo la caja en el suelo.

Mi nuevo compañero de cuarto todavía no llegó.

Por unos segundos, me quedo parado en el centro del cuarto, sin saber qué hacer.

El futuro está delante de mí.

La universidad. Las clases. La Biología. El camino pre-med. Los laboratorios. Los exámenes. La postulación a Medicina dentro de unos años.

Mi objetivo sigue siendo el mismo.

Entrar en Medicina.

Convertirme en médico.

Construir la vida que Lily y yo planeamos desde niños.

Solo que no imaginaba que realizaría ese sueño sin que ella formara parte de mi vida.

CAPÍTULO 5

LILY

Cuatro años después.

Durante mucho tiempo, mi vida cabía en una secuencia de metas.

Terminar la secundaria.

Entrar en una buena universidad.

Concluir Biología.

Mantener notas altas.

Participar en investigaciones.

Cumplir todos los requisitos para la candidatura.

Estudiar hasta no poder mantener los ojos abiertos.

Reanudar al día siguiente.

No permitía que mi mente fuera demasiado lejos. No pensaba en lo que pasaría después del próximo examen, del próximo semestre o de la próxima entrevista. Dividía el futuro en pequeñas partes porque era más fácil soportarlo así.

Si pensara en la facultad de Medicina como un todo, parecería demasiado distante.

Entonces pensaba solo en la próxima etapa.

La próxima clase.

El próximo examen.

La próxima carta.

La mañana en que recibí la respuesta definitiva, estaba sentada a la mesa de la cocina del apartamento que compartía con dos compañeras en Massachusetts. Había una taza de café al lado de la computadora, un libro abierto sobre el sistema nervioso y tres mensajes sin responder de mi madre.

Había intentado estudiar durante casi una hora.

No lo logré.

La página delante de mí seguía exactamente igual. Las palabras parecían revueltas, y mis ojos volvían al mismo párrafo sin absorber nada.

El portal de la universidad permanecía abierto en otra pestaña.

Actualizaba la página cada pocos minutos, aunque supiera que eso no haría que la respuesta apareciera más rápido.

Cuando el aviso finalmente apareció, todo mi cuerpo se quedó inmóvil.

Hay una nueva actualización en su candidatura.

El café se enfría a mi lado.

Mi corazón empieza a latir tan fuerte que siento el pulso en la garganta.

Durante cuatro años, imaginé ese momento de maneras diferentes. Algunas veces, recibía la noticia sola. En otras, mi madre estaba a mi lado. También imaginé que lloraría, gritaría o llamaría inmediatamente a alguien.

En realidad, solo me quedo mirando la frase.

Mi mano se cierne sobre el mouse.

No hago clic.

Tengo miedo de abrir.

Tengo miedo de descubrir que todo lo que hice no fue suficiente.

Mi candidatura estaba en análisis desde hacía semanas. Ya había participado en la entrevista, enviado documentos complementarios y respondido a todas las solicitudes. Sabía que no había nada más que pudiera hacer.

Aun así, una parte de mí creía que, si no abría el mensaje, la posibilidad seguiría intacta.

La aprobación y el rechazo eran igualmente aterradores.

Respiro hondo.

Hago clic.

La página tarda unos segundos en cargar.

Entonces aparecen las palabras.

Es con gran satisfacción que le informamos que ha sido aceptada en el programa de Medicina…

Leo la frase una vez.

Luego otra.

Y una más.

Mi visión se nubla.

La universidad es la que siempre deseé. La institución cuyo nombre escribí en listas desde el primer año de la carrera. La ciudad que investigué tantas veces que conozco los barrios, los hospitales afiliados e incluso las líneas de tren cercanas al campus.

Chicago.

Fui aceptada en Chicago.

Me llevo las dos manos a la boca.

La primera lágrima cae antes de que consiga sonreír.

Luego viene otra.

Y, de repente, estoy riéndome sola en la cocina, con el corazón tan lleno que casi duele.

Agarro el celular y llamo a mi madre.

Ella contesta al segundo tono.

— ¿Lily? ¿Pasó algo?

— Lo conseguí.

Del otro lado, hay un segundo de silencio.

— ¿Conseguiste qué?

— La plaza.

Mi voz falla.

— Mamá, fui aceptada.

Ella suelta un sonido entre un sollozo y una risa.

— ¿En Chicago?

— En Chicago.

— Dios mío.

— Fui aceptada en la facultad de Medicina.

Mi madre empieza a llorar.

Yo también.

No hay ninguna frase perfecta. Ninguna respuesta capaz de contener cuatro años de esfuerzo, miedo y espera. Solo nos quedamos repitiendo que lo conseguí, como si necesitáramos oír la afirmación varias veces para creer.

— Tu padre va a estar tan orgulloso — dice.

— Lo sé.

— Tu hermana está aquí.

Su voz cambia incluso antes de llamar a la niña.

— ¿Puedo hablar con Lily?

Mi hermana aparece en la pantalla unos segundos después. A los diez años, todavía conserva el hábito de hablar sin respirar cuando está emocionada.

— ¿Aprobaste?

— Aprobé.

— ¿Vas a ser médica?

— Voy a empezar a estudiar para eso.

— ¿Entonces ya puedes cuidarme cuando me enferme?

— Puedo, pero todavía no voy a saber hacer muchas cosas.

— Puedes aprender rápido.

— Lo intentaré.

Sonríe tanto que sus ojos casi desaparecen.

— Yo sabía que lo ibas a conseguir.

— ¿Lo sabías?

— Lo sabía. Tú estudias más que todo el mundo.

— Eso no garantiza nada.

— Garantiza para ti.

La frase me hace sonreír.

Mi hermana tenía solo seis años cuando me mudé a Massachusetts. En esa época, lloró porque creía que yo no volvería más. Le expliqué que seguiría siendo su hermana incluso viviendo lejos, que haría videollamadas y volvería en las vacaciones.

Me hizo prometer que jamás olvidaría el camino a casa.

Lo prometí.

Durante los cuatro años siguientes, cumplí.

Volví en todos los feriados posibles. Vi las presentaciones de la escuela por videollamada cuando no podía viajar. Ayudé con tareas de Matemáticas, escuché historias sobre compañeros y acompañé su crecimiento a través de fotografías enviadas por mi madre.

Aun así, cada despedida dolía.

— ¿Chicago está muy lejos? — pregunta.

— Un poco.

— ¿Más lejos que Massachusetts?

— Sí.

— Entonces vas a necesitar visitarme más.

— Voy a hacerlo.

— Y yo voy a visitarte en las vacaciones.

— Trato hecho.

— Quiero conocer tu dormitorio.

— Lo vas a conocer.

— Y quiero ver toda la facultad.

— La vas a ver.

— Y quiero comer la comida de Chicago.

— Eso también.

Mi madre recupera el celular.

— Ya está planeando el viaje.

— Déjalo. Voy a reservar una habitación para ella.

— Ni siquiera te mudaste todavía.

— Ya estoy planeando.

Mi hermana aparece otra vez en la pantalla.

— ¿Vas a vivir sola?

— Voy a compartir un dormitorio.

— ¿Con una niña?

— Probablemente.

— ¿Y si es pesada?

— Voy a sobrevivir.

— Tú sabes sobrevivir a gente pesada. Ethan era tu amigo.

La mención surge de manera tan inesperada que mi sonrisa desaparece.

Mi hermana no se da cuenta.

Ella tenía solo seis años cuando Ethan dejó de formar parte de nuestra rutina. Para ella, él era solo el chico que aparecía en las fotos antiguas y que solía ayudarla a armar juguetes en el suelo de la sala.

Mi madre se da cuenta.

— No vamos a hablar de eso ahora — dice, con delicadeza.

— ¿De quién?

— De nadie — respondo.

Mi hermana frunce el ceño, pero pronto vuelve a hablar sobre Chicago.

Yo escucho.

Hago preguntas.

Sonrío cuando debo.

Pero el nombre sigue dentro de mí.

Ethan.

Incluso después de cuatro años, todavía basta oírlo para que una parte de mi vida se abra como una herida antigua.

...

La mudanza sucede rápido.

Después de aceptar la plaza, paso las semanas siguientes organizando todo lo que necesitaré llevar. Mi carrera terminó oficialmente, pero no siento que haya tenido tiempo para descansar. La alegría de la aprobación pronto se transforma en listas, plazos y decisiones.

Documentos.

Matrícula.

Vivienda.

Pasajes.

Libros.

Uniformes.

Seguro de salud.

Con cada ítem concluido, aparece una nueva tarea.

Mi madre insiste en ayudar a separar la ropa. Mi hermana convierte las cajas en un laberinto y escribe su propio nombre en una de ellas, alegando que es su contribución a la mudanza.

— ¿Qué pusiste aquí? — pregunto.

— Una sorpresa.

— Eso no responde.

— Solo puedes abrirla cuando llegues.

— ¿Es frágil?

— Tal vez.

— ¿Está vivo?

Se queda en silencio.

— Alice.

— No está vivo.

— Dudaste.

— Solo estaba pensando.

Mi madre aparece detrás de ella.

— Puso dibujos y fotografías.

— Entonces no es una sorpresa. Es una colección de dibujos.

— Es una sorpresa — insiste mi hermana.

Dejo la caja a un lado.

La mayor parte de mis cosas se envía por transportista. Libros, ropa de invierno, utensilios, documentos antiguos y objetos que acumulé a lo largo de la carrera.

El apartamento en Massachusetts parece diferente a medida que se vacía.

Durante cuatro años, ese lugar fue mi intento de construir una vida nueva. Había fotografías en la pared, tazas diferentes, libros apilados y pequeños recuerdos de una rutina que ya no existiría.

No me llevo todo.

Algunas cosas se quedan atrás.

Aprendí que empezar de nuevo también significa elegir lo que merece espacio.

La noche anterior al vuelo, me siento en el suelo del cuarto rodeada de cajas abiertas. Mi pasaporte está sobre la cama. El pasaje aparece en el celular. El pronóstico del tiempo en Chicago está guardado en tres aplicaciones diferentes.

Mi madre está en videollamada.

— ¿Dormiste algo? — pregunta.

— Un poco.

— Eso no es una cantidad.

— Dos horas.

— Lily.

— Estoy bromeando.

— No lo estás.

Mi hermana se inclina para aparecer en la pantalla.

— ¿Pusiste la caja que hice?

— La puse.

— ¿En el avión?

— Va conmigo.

— ¿Lo prometes?

— Lo prometo.

— ¿Y vas a llamarme cuando llegues?

— En cuanto aterrice.

— ¿Incluso si estás cansada?

— Incluso si estoy cansada.

Apoya el mentón en las manos.

— ¿Tienes miedo?

Miro las cajas.

— Un poco.

— ¿De Chicago?

— De la mudanza.

— Pero tú querías ir.

— Mucho.

— Entonces, ¿por qué tienes miedo?

Mi hermana hace la pregunta con una simplicidad que me desarma.

— Porque querer algo no significa que no asuste.

— Tuviste miedo cuando fuiste a Massachusetts.

— Tuve.

— ¿Y después te gustó?

— Me gustó.

— Entonces te va a gustar Chicago.

— Espero que sí.

— Siempre dices "espero" cuando ya sabes la respuesta.

Mi madre sonríe.

— Observa demasiado.

— Aprendí contigo — respondo.

La llamada termina casi una hora después. Mi hermana me hace prometer tres veces más que visitará Chicago en las vacaciones. Mi madre me pide que no cargue cajas pesadas sola. Yo prometo no hacer ninguna de las dos cosas.

Después, me quedo en el cuarto oscuro.

Por algunos minutos, pienso en todo lo que está a punto de empezar.

La facultad de Medicina siempre pareció una promesa distante. Ahora tiene dirección, calendario y horario de clases.

Aun así, existe una ausencia que no sé nombrar.

Cuando empecé la carrera, Ethan también estaba empezando la suya.

Durante los primeros meses, esperé que él escribiera.

No esperé de manera consciente. Solo revisaba el celular más veces de lo que debía. Mantenía su número guardado. Leía mensajes antiguos. Imaginaba que, en algún momento, preguntaría por qué me había ido de aquella fiesta sin despedirme.

Nunca preguntó.

Tal vez preguntó esa noche, pero no después.

Tal vez se rindió más rápido de lo que yo esperaba.

Con el paso de los semestres, dejé de revisar.

No borré el número inmediatamente. Lo hice solo cuando me di cuenta de que todavía conocía la secuencia de memoria.

Borrar no significó olvidar.

Significó dejar de buscar.

Esa diferencia me acompañó durante años.

...

El vuelo a Chicago es tranquilo.

Durante casi todo el trayecto, observo las nubes por la ventana e intento leer uno de los libros recomendados para el primer semestre. No consigo avanzar más que unas pocas páginas.

La ansiedad no viene solo de la mudanza.

Es la sensación de estar delante de la vida que imaginé cuando todavía era una chica en la secundaria. La versión de mí que escribió "Lily Bennett, médica" en cuadernos y hojas sueltas finalmente se acercó lo suficiente como para tocar ese futuro.

Pienso en la chica de dieciocho años que salió de una fiesta con el corazón roto.

Creía que, si se alejaba, conseguiría olvidar.

Durante algún tiempo, creí que lo había conseguido.

Aprendí a hablar de Ethan sin llorar. Aprendí a responder preguntas sobre la escuela sin mencionar que él había estudiado conmigo. Aprendí a guardar fotografías en el fondo de una caja.

Pero olvidar no fue exactamente lo que pasó.

Yo solo me volví buena en no recordar.

Cuando el avión aterriza, agarro el celular incluso antes de dejar la pista.

Mamá: ¿Llegaste?

Respondo inmediatamente.

Lily: Acabo de aterrizar. Estoy bien.

Mi hermana manda una secuencia de mensajes.

Alice: ¡Estás en Chicago!

Alice: ¡Manda foto!

Alice: ¿Viste la ciudad?

Alice: ¡No te olvides de mi caja!

Tomo una fotografía por la ventana del aeropuerto y la envío.

Ella responde con decenas de emojis.

Sonrío mientras camino hacia el área de equipajes.

El aeropuerto está lleno. La gente pasa apurada, cargando maletas y hablando por teléfono. Hay carteles, voces y anuncios resonando por todos lados.

Chicago es más grande que cualquier lugar donde ya viví.

La ciudad parece no importarle que yo esté nerviosa.

Tal vez eso sea bueno.

...

El dormitorio está en un edificio antiguo, cerca del campus. Mi cuarto es pequeño, pero tiene una ventana grande y espacio suficiente para la cama, el escritorio y algunas cajas.

La mudanza principal llega dos días después.

Hasta entonces, organizo solo lo esencial.

Finalizo la matrícula.

Confirmo mi inscripción en las asignaturas.

Recibo el horario de clases.

Leo los nombres de los profesores.

Hago el registro en la biblioteca.

Compro los libros indicados.

Visito el centro académico, el laboratorio de Anatomía y la cafetería que una de las estudiantes mayores recomendó en un grupo de mensajes.

Cada tarea concluida me acerca a la realidad.

En la primera tarde, recorro el campus sola.

Hay edificios de piedra, árboles altos y caminos llenos de estudiantes. Algunos llevan batas dobladas en los brazos. Otros conversan en pequeños grupos, todavía intentando descubrir dónde están las aulas.

Paso delante del hospital vinculado a la universidad y me detengo por algunos minutos.

Es enorme.

Las ventanas reflejan el cielo gris, y las puertas permanecen abiertas para personas entrando y saliendo. Observo el movimiento con una

mezcla de admiración y miedo.

Un día, tal vez yo camine por ese pasillo como médica.

La idea parece demasiado grande.

Mi celular vibra.

Es una videollamada de mi hermana.

Contesto.

La imagen aparece temblorosa. Está en el sofá de casa, con la cabeza apoyada en el hombro de mi madre.

— ¿Estás en el campus? — pregunta.

— Estoy.

Giro la cámara para mostrar el edificio detrás de mí.

— Es enorme — dice.

— Lo es.

— ¿Ya te perdiste?

— Todavía no.

— Entonces no conociste todo.

— Eso es verdad.

Mi madre mira la pantalla.

— ¿Comiste?

— Comí.

— ¿Qué?

— Un sándwich.

— Eso no es una comida.

— Era un sándwich grande.

Mi hermana mueve la cabeza.

— Necesitas aprender a cocinar.

— Yo sé cocinar.

— La pasta instantánea no cuenta.

— Cuenta si le agrego algo.

— ¿Qué?

— Misterio.

Ella se ríe.

El sonido es familiar y cómodo.

— En las vacaciones voy ahí — dice.

— Lo sé.

— No pareces feliz.

— Estoy feliz.

— Entonces pruébalo.

— ¿Cómo?

— Sonriendo.

Sonrío exageradamente a la cámara.

Ella entrecierra los ojos.

— Esa sonrisa es falsa.

— Te estás volviendo muy exigente.

— Aprendí contigo.

Mi madre observa en silencio.

— ¿Te gustó el campus? — pregunta.

— Me gustó mucho.

— ¿Estás sintiendo que hiciste la elección correcta?

Miro el hospital.

— Creo que sí.

— No pareces convencida.

— Solo estoy cansada.

Mi madre entiende cuando no quiero hablar.

Ella no insiste.

Me despido de las dos y cuelgo.

La pantalla se oscurece.

Por algunos segundos, me quedo mirando mi propio reflejo.

La mujer en el vidrio parece más vieja que la chica que salió de Carolina del Norte cuatro años antes. El cabello está más corto. El rostro cambió. Hay líneas de cansancio cerca de los ojos.

Pero, en algún lugar, todavía existe la niña que esperó a Ethan Carter en la terraza de una fiesta.

No permito que piense en él por mucho tiempo.

Guardo el celular y vuelvo al dormitorio.

...

La noche anterior al primer día de clase, organizo mi mochila tres veces.

Cuaderno.

Bolígrafos.

Tarjeta de identificación.

Botella de agua.

Libro de Anatomía.

Agenda.

El horario impreso.

Saco todo, reviso y lo vuelvo a poner.

Mi compañera de cuarto todavía no llegó, así que el silencio ocupa todo el espacio. Me acuesto temprano, pero no me duermo inmediatamente.

El techo parece claro en la oscuridad.

Pienso en las clases.

En la cantidad de estudiantes.

En los exámenes.

En los profesores.

En cuánto todavía necesito aprender.

No pienso en Ethan.

Repito eso hasta casi creerlo.

A la mañana siguiente, me despierto antes del despertador.

Me baño, me recojo el cabello y me pongo una ropa sencilla. El primer día no exige bata, pero elijo una camisa blanca bajo el abrigo oscuro. Quiero parecer preparada.

En el espejo, me acomodo el cuello.

Por un instante, recuerdo la noche de la fiesta.

Del vestido negro.

De la terraza.

De la pelirroja.

El recuerdo viene rápido y todavía duele, pero no como antes.

El dolor quedó más distante.

Tal vez aprendí a cargarlo.

Agarro la mochila y salgo.

El campus está lleno de alumnos caminando en la misma dirección. Algunos conversan con entusiasmo. Otros sostienen mapas. Hay estudiantes solos, como yo, intentando demostrar que saben exactamente adónde van.

El auditorio es más grande de lo que esperaba.

Las puertas están abiertas, y decenas de alumnos ya ocupan los lugares. En el escenario, una pantalla exhibe el nombre del programa de Medicina. Los profesores conversan cerca de la primera fila.

Elijo una silla aproximadamente en el medio.

No quiero quedarme demasiado cerca del escenario. Tampoco quiero quedarme al fondo.

Pongo la mochila en el suelo y saco el cuaderno.

A mi alrededor, la gente se presenta.

Una chica dos filas adelante comenta que vino de California. Un chico cerca de la ventana habla sobre una investigación que realizó durante la carrera. Un grupo intercambia números de teléfono y

queda en almorzar después de la clase.

Observo todo sin participar.

La sensación de estar sola regresa.

No es una soledad nueva. La conozco desde Massachusetts. Aprendí a funcionar con ella.

Aun así, en el primer día de una vida tan importante, me gustaría tener a alguien al lado que supiera exactamente cómo me siento.

Alguien que entendiera mi silencio sin preguntar.

La silla vacía a mi lado permanece desocupada.

Miro el reloj.

Faltan pocos minutos para el inicio de la clase.

Entonces alguien se sienta.

No presto atención inmediatamente. Sigo organizando los bolígrafos sobre la mesa, manteniendo los ojos en el cuaderno.

La persona a mi lado pone una carpeta sobre el asiento y respira hondo.

— Solo puedes estar bromeando conmigo.

La voz atraviesa el auditorio.

Mi cuerpo reconoce antes que mi mente.

El bolígrafo se detiene entre mis dedos.

El sonido de la sala desaparece.

Durante cuatro años, intenté olvidar esa voz.

Intenté borrar la manera en que Ethan decía mi nombre, cómo se reía de mis quejas, cómo me llamaba terca cuando yo insistía en algo.

Intenté convencerme de que la memoria cambiaría con el tiempo.

No cambió.

Giro el rostro lentamente.

Ethan está sentado a mi lado.

Más viejo.

Más guapo.

Diferente.

El cabello está más corto. El rostro perdió la suavidad de la adolescencia. Los hombros parecen más anchos, y hay una seguridad nueva en su postura.

Pero los ojos siguen iguales.

Los mismos ojos que pasé cuatro años intentando olvidar.

Me mira con la misma sorpresa.

Por algunos segundos, ninguno de los dos habla.

La vida que yo había separado en antes y después parece doblarse sobre sí misma.

— Lily — dice.

Mi nombre suena exactamente como lo recordaba.

No consigo responder.

Ethan mira la pantalla en el escenario, luego mi cuaderno, como si cualquier cosa pudiera explicar el hecho de que estemos en el mismo auditorio.

— Estás aquí.

— Estoy.

Mi voz sale baja.

— ¿Estudias aquí?

— Por lo visto.

Suelta una risa breve, sin humor.

— No lo sabía.

— Yo tampoco sabía que vendrías.

— Me postulé hace meses.

— Yo también.

La frase no ayuda.

El silencio entre nosotros se vuelve imposible de ignorar.

Ethan me observa.

— Solo puedes estar bromeando conmigo.

La misma frase.

La misma voz.

Pero ahora no existe una fiesta a nuestro alrededor, ni música, ni una chica pelirroja, ni una salida fácil.

Solo hay un auditorio lleno de estudiantes y una silla vacía que, por alguna razón, él eligió ocupar.

El profesor sube al escenario.

Las luces disminuyen.

Todos se vuelven hacia el frente.

Ethan sigue a mi lado.

Mi corazón late como si tuviera dieciocho años otra vez.

Pero ya no soy aquella chica.

No voy a preguntar por qué desapareció.

No voy a contar por qué me fui.

No voy a cometer el mismo error dos veces.

La clase comienza.

Y, por primera vez en cuatro años, Ethan Carter vuelve a formar parte de mi vida.

CAPÍTULO 6

ETHAN

Chicago me recibe con una fila interminable de coches, un cielo gris y la certeza de que debería haber salido de Virginia al menos seis horas antes.

El problema no fue la distancia.

Fue creer que lograría hacerlo todo solo.

Mi coche está lleno de cajas. Hay libros en el asiento trasero, ropa en el maletero, una cafetera atrapada entre dos maletas y una caja de documentos en el asiento del pasajero. El GPS informa que aún faltan algunos kilómetros hasta la universidad, pero la hora en el panel me deja claro que no tengo tiempo para parar, respirar o comprobar si todo está en su sitio.

La primera clase empieza en menos de dos horas.

Aún necesito encontrar la residencia, descargar las cajas, ducharme, finalizar la matrícula y buscar los libros que no conseguí comprar por internet.

Debería haber llegado ayer.

O, como mínimo, debería haber pedido ayuda.

Pero dejar Virginia fue más difícil de lo que imaginé.

Pasé los últimos cuatro años en esa universidad. Llegué a los dieciocho años con dos maletas, un plan para entrar en Medicina y la convicción de que lograría construir una vida nueva sin mirar atrás.

No lo conseguí exactamente.

Construí la vida.

Miré hacia adelante.

Pero siempre había una parte de mí que permanecía atrapada en Carolina del Norte.

No en la ciudad entera.

En una persona.

Lily.

El nombre aparece en mi mente sin que yo lo invite.

Aprieto el volante.

Han pasado cuatro años.

No hay motivo para pensar en ella ahora.

Tengo una mudanza que terminar, una nueva universidad que conocer y un programa de Medicina que empezar. Pasé meses esperando este momento. Envié documentos, participé en entrevistas, seguí plazos y revisé cada etapa de la matrícula.

Chicago es una oportunidad enorme.

La facultad es una de las mejores del país. El hospital vinculado al campus tiene programas de investigación que pueden definir mi

formación. La ciudad ofrece todo lo que buscaba para la siguiente etapa.

Debería estar pensando en eso.

En lugar de eso, recuerdo el cuarto de Lily.

La fotografía pegada al espejo.

La forma en que me miró durante la graduación.

La última vez que la vi antes de partir hacia Virginia.

Vas a ser un gran médico.

Lo dijo como si se estuviera despidiendo de una parte de mi vida.

Tal vez lo estuviera.

El coche delante de mí avanza.

Piso el acelerador.

— Vamos, vamos — murmuro.

El conductor no tiene cómo oírme.

Aun así, sigo quejándome.

Es un hábito antiguo.

Lily siempre decía que yo hablaba solo cuando estaba nervioso. Yo decía que ella se inventaba cosas. Ella respondía que me conocía mejor que yo mismo.

Tal vez me conociera.

Durante años, fue la persona que sabía cuándo yo estaba mintiendo, cuándo necesitaba ayuda y cuándo prefería estar solo. Sabía que yo odiaba conducir de noche, que no podía estudiar con música y que siempre me olvidaba de comprar pasta de dientes.

Yo también lo sabía todo sobre ella.

O creía que lo sabía.

Hasta el día en que se fue sin decirme por qué.

...

La carretera se vuelve más concurrida cuando me acerco al centro.

Chicago crece ante mí en edificios, viaductos, señales y personas cruzando las calles con prisa. La ciudad parece no ofrecer espacio para la vacilación. Todos saben adónde van.

Yo soy el único que todavía está intentando averiguarlo.

Mi móvil vibra en el soporte.

Es un mensaje de la universidad.

Recordatorio: concluya los asuntos pendientes de matrícula antes de la orientación.

Miro la hora.

Si llego a la residencia en veinte minutos, tal vez consiga dejarlo todo en el cuarto, darme una ducha de cinco minutos y cruzar el campus a tiempo.

Tal vez.

Así fue como organicé los últimos cuatro años.

Siempre creyendo que lograría hacer una cosa más.

Durante la carrera, estudiaba por la mañana, trabajaba algunas horas en el laboratorio, participaba en grupos de investigación y aún encontraba tiempo para entrenar. Cuando la gente preguntaba cómo lo conseguía, yo respondía que era solo cuestión de planificación.

En realidad, era terquedad.

Lily lo reconocería.

Solía decir que yo convertía cualquier tarea simple en una misión imposible porque me negaba a admitir que necesitaba ayuda.

— Podrías pedirle a alguien que cargue tus cajas — decía.

— Yo puedo.

— Tú también creíste que podrías montar tu estantería solo.

— La monté.

— Se cayó dos veces.

— Pero está en pie ahora.

— Esa no es la definición de éxito.

Sonrío sin darme cuenta.

La sonrisa desaparece cuando veo la entrada de la universidad.

No porque el recuerdo sea malo.

Porque, por primera vez, la idea de que Lily podría estar en Chicago se me pasa por la cabeza.

Yo sabía que la habían aceptado en una facultad de Medicina. Lo supe en la graduación, cuando me contó que se iría a Massachusetts.

Durante los cuatro años siguientes, no seguí su vida.

No porque no me importara.

Porque dejó claro que no quería que yo formara parte de ella.

Al principio, intenté escribir.

Un mensaje en su cumpleaños.

Otro cuando recibí una buena noticia sobre la universidad.

Otro más cuando mi madre preguntó por ella.

Lily respondió algunas veces, siempre con educación. Después, dejó de hacerlo.

Yo podría haber insistido.

Pero no quería ser la persona a la que ella necesitara evitar.

Así que aprendí a no buscarla.

La posibilidad de encontrarla en Chicago parece tan improbable que no merece espacio en mi mente.

Hay miles de candidatos a Medicina en el país.

Las probabilidades de que los dos elijamos la misma universidad son casi inexistentes.

Sigo conduciendo.

...

La residencia queda más lejos de la entrada principal de lo que esperaba.

Encuentro un lugar temporal cerca del edificio y aparco con una de las ruedas sobre la franja amarilla. No tengo tiempo de buscar un sitio mejor.

Me bajo del coche y abro el maletero.

Las cajas parecen más grandes ahora que tengo que cargarlas.

Agarro dos a la vez.

La primera contiene ropa. La segunda, libros.

De camino a la entrada, un voluntario intenta ayudarme.

— Puedo llevar una de esas.

— Yo puedo.

La respuesta sale automática.

Él mira las cajas, luego me mira a mí.

— ¿Estás seguro?

— Lo estoy.

— Está bien.

Subo las escaleras intentando no mostrar esfuerzo.

En el tercer piso, encuentro el cuarto. La puerta está abierta y una cama permanece vacía. Mi compañero aún no ha llegado.

Dejo las cajas en el suelo.

Vuelvo al coche.

Hago el mismo recorrido tres veces más.

En la cuarta, siento que los brazos se quejan.

Lily habría dicho que eso era exactamente el motivo para aceptar ayuda.

Yo habría respondido que ella se quejaba demasiado.

La familiaridad de la conversación imaginada me acompaña hasta la última caja.

Cuando por fin cierro el maletero, el reloj marca una hora que me hace maldecir.

Tengo poco más de cuarenta minutos hasta la clase.

Aún necesito ducharme.

El cuarto está lleno de cajas abiertas. Algo de ropa está arrugada. Mi cama no tiene sábanas. La cafetera está dentro de una caja que no encuentro.

Agarro la mochila y entro en el baño del pasillo.

El agua fría me cae en la cara antes de que consiga ajustar la temperatura. No me importa.

Me doy una ducha rápida, me pongo una camisa limpia y me paso la mano por el pelo mojado.

En el espejo, parezco exactamente como me siento: cansado, atrasado y despreparado.

— Excelente comienzo — le digo a mi reflejo.

Mi móvil vibra de nuevo.

Una notificación informa que aún falta confirmar una firma digital.

Abro el formulario mientras camino.

Relleno los datos, envío el documento y espero la confirmación.

La página se bloquea.

— No.

Actualizo.

La conexión desaparece.

— No, no, no.

Un estudiante entra en el baño y me mira como si hubiera perdido la cabeza.

— ¿Está todo bien?

— La universidad está intentando impedirme estudiar Medicina.

Él no sabe si estoy bromeando.

— Buena suerte.

— Gracias.

La página por fin carga.

Confirmo la matrícula.

La pantalla muestra el plan del primer semestre.

Anatomía.

Fisiología.

Histología.

Introducción a la práctica clínica.

Seminarios de formación médica.

Lo leo todo rápidamente, guardo el archivo y envío una copia al correo electrónico.

Mi primer compromiso es dentro de quince minutos.

Agarro la mochila y salgo corriendo.

...

La central académica está en un edificio que parece haber sido diseñado para confundir a los estudiantes.

Entro por la puerta equivocada, sigo un pasillo, subo dos tramos de escaleras y descubro que estoy en el sector administrativo.

Una empleada señala el edificio de al lado.

— La retirada de los libros es en la biblioteca médica.

— Tengo quince minutos.

— Entonces es mejor que corras.

— Ya lo estoy haciendo.

Ella sonríe.

Atravieso el patio con la mochila golpeándome la espalda.

El campus es más grande de lo que parecía en las fotografías. Hay árboles, pasarelas, edificios históricos y grupos de estudiantes reunidos por todas partes. Algunos parecen tranquilos. Otros llevan mapas y miran las señales con la misma expresión desesperada que debo de estar usando.

Paso por un puesto de información.

— ¿Auditorio principal? — pregunto.

— Edificio de Ciencias Médicas. Detrás de la biblioteca.

— ¿Dónde está la biblioteca?

La voluntaria señala.

— Allí.

Miro en la dirección indicada.

— ¿La de las columnas?

— Sí.

— Hay tres edificios con columnas.

Ella parece pensarlo.

— El más grande.

— Vale.

— ¿Vas tarde?

— Mucho.

— Buena suerte.

Parece ser el deseo oficial de esa universidad.

Corro hasta la biblioteca.

De camino, recibo un mensaje informando que mis libros están separados en el mostrador de retirada.

Entro, muestro mi documento y firmo la recepción.

La empleada coloca los libros en una bolsa.

— Puedes dejarlo para recogerlo después, si quieres.

— No puedo.

— Es pesado.

— Yo puedo.

Ella me entrega la bolsa.

El peso me tira del brazo hacia abajo.

Lily habría hecho un comentario sobre mi insistencia.

Pienso en ella de nuevo.

Esta vez, el recuerdo viene acompañado de una sensación incómoda. Hace años que no la veo, pero puedo imaginar su expresión cuando me encontrara corriendo por el campus con una pila de libros en los brazos.

Se reiría.

Luego preguntaría por qué no me organicé mejor.

Yo respondería que estaba todo bajo control.

Ella no lo creería.

La imagen desaparece cuando me doy cuenta de que estoy delante del edificio equivocado.

Retrocedo unos pasos.

Veo un cartel indicando el auditorio principal.

El reloj marca la hora exacta del inicio de la clase.

— Perfecto.

Corro.

...

El auditorio ya está casi lleno cuando llego.

Abro la puerta con cuidado para no llamar la atención, aunque mi respiración agitada probablemente lo haga por mí.

Una empleada situada en la entrada señala las sillas vacías.

— Puede entrar.

— Perdón por el retraso.

— Aún no han empezado.

Le doy las gracias y sigo por el pasillo lateral.

No quiero sentarme en la primera fila. Tampoco quiero cruzar todo el auditorio delante de todos.

Encuentro una de las pocas sillas vacías aproximadamente en el medio.

Pongo la bolsa de libros en el suelo, me quito la mochila y me siento.

El escenario está iluminado. Un profesor conversa con otros miembros del equipo. Los estudiantes alrededor intercambian saludos y hojean los materiales de orientación.

Respiro hondo.

Lo logré.

Llegué.

Mi primera clase de Medicina está a punto de empezar.

La sensación debería ser de realización.

Durante unos segundos, lo es.

Miro el cuaderno, saco un bolígrafo y organizo los documentos sobre la mesa.

Entonces me doy cuenta de que la silla a mi lado está ocupada.

No lo había notado antes.

Una chica está sentada allí, mirando al frente. Lleva el pelo recogido. Sostiene un bolígrafo entre los dedos y mantiene un cuaderno abierto delante de sí.

Reconozco la postura antes que el rostro.

La forma en que se sienta cuando está intentando parecer tranquila.

La manera en que inclina la cabeza mientras lee.

El gesto de alinear los bolígrafos sobre la mesa.

Mi corazón se detiene.

No puede ser.

No aquí.

No después de cuatro años.

La chica gira el rostro.

Lily.

El mundo no se queda en silencio de golpe. Primero, los sonidos se alejan. Las conversaciones se vuelven apagadas. El ruido de las sillas desaparece. Mi propia respiración parece venir de muy lejos.

Está más mayor.

El rostro perdió la suavidad de la adolescencia. El pelo está diferente. Los ojos parecen más cansados. Hay una seguridad nueva en su expresión, una especie de control que no tenía a los dieciocho años.

Pero es Lily.

La misma Lily que entraba en mi casa sin llamar.

La misma que robaba comida de mi plato y fingía que no le gustaban las películas románticas.

La misma que sabía cuándo yo estaba mintiendo.

La misma que, un día, simplemente dejó de querer mi amistad.

Cuatro años sin verla.

Cuatro años intentando entender qué pasó.

Cuatro años oyendo de mi madre que algunas amistades terminan cuando empieza la vida adulta.

Nunca acepté del todo esa explicación.

No con Lily.

Ella no era una compañera de la escuela. No era una amiga de una etapa específica. Era la persona con la que yo había planeado el futuro incluso antes de entender lo que futuro significaba.

Y ahora está sentada a mi lado.

En el mismo auditorio.

En la misma universidad.

En el primer día de la facultad de Medicina.

Mi mirada recorre su rostro, intentando encontrar algún vestigio de la chica que conocí. Ella también me observa, tan sorprendida como yo.

Por una fracción de segundo, tengo ganas de decir su nombre.

Lily.

La palabra se queda atascada.

Pienso en todas las preguntas que me hice durante esos años.

¿Qué pasó aquella noche?

¿Por qué te fuiste?

¿Por qué dejaste de hablar conmigo?

¿Por qué me trataste como a un extraño?

Pienso en todas las respuestas que nunca recibí.

Ella aparta la mirada primero.

El gesto es pequeño, pero familiar.

Lily siempre mira a otro lado cuando no quiere que yo vea lo que está sintiendo.

— Estás aquí — digo.

Mi voz suena diferente a mis propios oídos.

Ella levanta los ojos de nuevo.

— Estoy.

La respuesta es baja.

La misma voz que conozco desde la infancia.

La misma voz que estuvo ausente de mi vida durante cuatro años.

Miro al escenario, como si la pantalla con el nombre del programa pudiera explicar algo.

— ¿Estudias aquí?

— Por lo visto.

La respuesta contiene una ironía discreta.

Es tan parecida a la Lily que conozco que casi sonrío.

Casi.

— No lo sabía.

— Yo tampoco sabía que tú vendrías.

— Me postulé hace meses.

— Yo también.

El silencio vuelve.

No es el silencio cómodo de antes.

Está lleno de años perdidos, preguntas y heridas.

Tengo la impresión de que, si digo lo equivocado, se levantará y saldrá del auditorio.

Una parte de mí quiere preguntarlo todo inmediatamente.

Otra parte teme oír la respuesta.

El profesor se coloca delante del micrófono.

— Buenos días a todos. Bienvenidos…

La atención de los estudiantes se vuelve hacia el escenario.

Lily acomoda el cuaderno.

Yo sigo mirándola.

Ella se da cuenta.

— Ethan.

Mi nombre no es un reproche. Tampoco es una invitación.

Es solo el nombre de alguien que ella no esperaba encontrar.

— Perdón.

Vuelvo el rostro hacia adelante.

Pero no consigo oír bien el discurso.

El profesor habla sobre responsabilidad, dedicación y los próximos años. Habla sobre el privilegio de estudiar Medicina y sobre cuánto exigirá el curso a los alumnos.

Yo debería estar prestando atención.

En lugar de eso, pienso en Lily.

Pienso que está a pocos centímetros de distancia.

Pienso que, durante cuatro años, imaginé que nunca más la vería.

Pienso que puede haber cambiado de ciudad, elegido otra carrera o construido una vida entera sin mí.

Pienso que, a pesar de todo, todavía sé reconocer la forma en que aprieta el bolígrafo cuando está nerviosa.

Lo hace ahora.

El pulgar pasa por la tapa repetidamente.

Miro sus manos.

Ella se da cuenta y las cierra.

— Todavía haces eso — digo, demasiado bajo para que los demás lo oigan.

— ¿Hago qué?

— Aprietas el bolígrafo cuando estás nerviosa.

— No estoy nerviosa.

— Lo estás.

— Ya no me conoces.

La frase se dice sin agresividad.

Aun así, duele.

— Te conocí durante mucho tiempo.

— Eso fue hace mucho tiempo.

Vuelvo los ojos al escenario.

— Cuatro años no parecen tanto tiempo.

— Lo parecen, para mí.

La respuesta me deja sin reacción.

El profesor sigue hablando.

Yo intento prestar atención, pero cada palabra de Lily se me queda en la cabeza.

Cuatro años parecen mucho tiempo para ella.

Tal vez eso sea lo que nunca entendí.

Mientras yo llevé nuestra amistad como algo interrumpido, ella tal vez la haya considerado terminada.

...

Cuando la presentación termina, los alumnos empiezan a levantarse.

Algunos conversan sobre el horario. Otros quedan en conocer la cafetería. Una chica en la fila de delante se gira hacia Lily y le pregunta si quiere participar en un grupo de estudio.

Lily responde con educación.

Yo guardo el bolígrafo.

Ella empieza a meter los materiales en la mochila.

— ¿Vas a salir? — pregunto.

— Sí.

— ¿Adónde?

— Tengo que buscar mi tarjeta de acceso.

— Puedo acompañarte.

Ella se detiene.

— No hace falta.

La respuesta es inmediata.

— Yo también necesito resolver algunas cosas.

— Entonces puedes ir solo.

— Lily.

Ella cierra la mochila.

— Ethan, no hace falta que hagas esto.

— ¿Esto qué?

— Actuar como si no hubiera pasado nada.

La frase me golpea con fuerza.

— No estoy actuando así.

— Estás sentado a mi lado, haciendo preguntas e intentando caminar conmigo por el campus.

— Acabamos de encontrarnos.

— Exactamente.

— ¿Preferirías que fingiera que no te conozco?

— Tal vez sería más fácil.

— ¿Para quién?

Ella no responde.

El auditorio empieza a vaciarse a nuestro alrededor.

— Yo no vine aquí para discutir contigo — dice ella.

— Yo tampoco.

— Entonces no conviertas el primer día en algo complicado.

— ¿Crees que yo lo estoy complicando?

— Creo que los dos sabemos que esto no será simple.

La palabra los dos pesa entre nosotros.

— Quiero saber qué pasó.

El rostro de ella se cierra.

— No aquí.

— Entonces ¿dónde?

— Ethan.

— Lily, desapareciste.

— Yo no desaparecí.

— Dejaste de hablar conmigo.

— Porque lo necesitaba.

— ¿Lo necesitabas por qué?

Ella mira hacia la puerta.

— No quiero hablar de eso.

La misma respuesta de hace cuatro años.

La misma distancia.

La misma sensación de estar delante de una puerta que ella se niega a abrir.

— Sigues haciendo eso.

— ¿Haciendo qué?

— Decidiendo que yo no necesito saber.

— No necesitas saberlo todo.

— Yo era tu mejor amigo.

— Era.

La palabra es baja.

Pero parece un golpe.

Se arrepiente inmediatamente. Lo veo en su rostro.

Aun así, no retiro la pregunta.

— ¿Y ahora?

Lily se pasa la correa de la mochila por el hombro.

— Ahora somos compañeros.

No sé cómo responder.

Compañeros.

Después de todo.

Después de años compartiendo cuartos, secretos, planes y miedos, somos compañeros porque ella decidió que esa era la palabra adecuada.

El auditorio está casi vacío.

— ¿De verdad quieres que sea así? — pregunto.

Ella mantiene los ojos en los míos.

— Quiero que sea simple.

— Eso no es una respuesta.

— Es la única que tengo.

Ella se aleja.

Por instinto, doy un paso atrás y dejo el camino libre.

No voy a impedírselo.

No voy a sujetarle el brazo.

No voy a exigirle que me cuente algo que no quiere contar.

Pero tampoco consigo aceptar que la primera conversación después de cuatro años termine de esa manera.

— Lily.

Ella se detiene cerca de la puerta.

— ¿Qué?

— ¿Estás feliz de estar aquí?

La pregunta parece sorprenderla.

Tal vez porque no sea sobre el pasado.

Ella mira alrededor del auditorio.

— Lo estoy.

— Entonces yo también estoy feliz.

Sus ojos vuelven a mí.

— ¿Por qué?

— Porque lo lograste.

— Ni siquiera sabías que yo lo estaba intentando.

— Yo sabía que conseguirías algo grande.

— Eso no es lo mismo.

— Para mí, lo es.

Por un instante, su rostro se suaviza.

Es casi la sonrisa que conozco.

Casi.

— Buena clase, Ethan.

— Lily.

— Hasta luego.

Ella sale.

Me quedo solo en el auditorio vacío, rodeado de sillas y de los sonidos lejanos del campus.

El primer día de Medicina empezó hace menos de una hora.

Ya parece el día más confuso de mi vida.

...

Salgo unos minutos después.

El pasillo está lleno. Busco el cartel de la central académica e intento reorganizar los pensamientos.

No puedo dejar que el reencuentro me desvíe del motivo por el que estoy aquí.

Pasé años trabajando para llegar a la facultad de Medicina. No voy a permitir que la presencia de Lily haga que pierda el foco.

Repito eso mientras camino.

No funciona.

En la central, resuelvo la tarjeta de acceso. Después, retiro los libros restantes y recibo las instrucciones de la residencia. Una empleada me entrega una carpeta con mapas y horarios.

— Pareces perdido — comenta.

— Estoy empezando.

— Todos lo estamos en el primer día.

— Ya estuve en una universidad antes.

— Entonces deberías saber que perderse forma parte.

— Esperaba no tener que aprender eso dos veces.

Ella se ríe.

Guardo los documentos en la mochila.

Cuando salgo del edificio, veo una parte del campus que aún no conocía. Hay un césped amplio delante de la biblioteca y bancos ocupados por estudiantes. El día está frío, pero el sol atraviesa las nubes en algunos puntos.

Pienso en buscar a Lily.

La idea surge de manera automática.

Tal vez esté en la central. Tal vez en la cafetería. Tal vez en algún lugar del camino.

No la busco.

Si ella quiere distancia, necesito respetarlo.

Pero el hecho de que yo no vaya tras ella no impide que mis ojos busquen su rostro entre la gente.

No encuentro.

Vuelvo a la residencia.

...

Mi compañero de cuarto llega a primera hora de la tarde.

Se llama Daniel, viene de Colorado y habla como si ya conociera a todo el mundo. Trae dos maletas, una guitarra y una colección de tazas que ocupa la mitad del escritorio.

— ¿Llegaste temprano? — pregunta.

— Esta mañana.

— Yo solo llegué ahora. Me perdí la orientación.

— Yo casi me pierdo la clase.

— Entonces estamos empatados.

Deja una maleta sobre la cama.

— ¿Estás en Medicina?

— Sí.

— Yo también.

— Genial.

— Pareces emocionado.

— Lo estoy.

— No lo parece.

— Fue un día largo.

Daniel mira las cajas esparcidas.

— Aún no organizaste nada.

— Llegué justo a tiempo.

— ¿De dónde?

— Virginia.

— ¿Conduciendo?

— Sí.

— ¿Por qué?

— Tenía muchas cajas.

— ¿Y no confiaste en una empresa de mudanzas?

— Confié en mí.

Me mira fijamente.

— ¿Siempre respondes así?

— ¿Así cómo?

— Como si estuvieras intentando demostrar algo.

— No lo estoy.

— Está bien.

Daniel no insiste.

Tal vez porque me conoció hace pocos minutos.

Lily habría insistido.

Habría dicho que yo era imposible, que necesitaba aprender a delegar y que mi orgullo haría que muriera sepultado por libros.

Pienso en ella mientras abro una caja.

Daniel empieza a hablar sobre las clases, la ciudad y los restaurantes cercanos. Respondo cuando es necesario, pero mi atención sigue volviendo al auditorio.

A la silla vacía.

A la voz.

A los ojos de ella.

A la forma en que dijo:

Ahora somos compañeros.

...

Al final de la tarde, me siento en el escritorio con el plan del semestre delante de mí.

El objetivo está escrito en la parte superior de la página.

Programa de Medicina.

El mismo sueño que me acompaña desde la adolescencia.

Durante años, imaginé el primer día. Imaginé a los profesores, los libros, las aulas y el peso de la responsabilidad.

Nunca imaginé a Lily sentada a mi lado.

Abro el libro de Anatomía.

Leo la primera página.

No consigo avanzar.

Mi mente sigue volviendo a la misma pregunta.

¿Qué pasó aquella noche?

La respuesta permanece fuera de mi alcance.

Sé que Lily llegó a la fiesta. Sé que me mandó un mensaje. Sé que estuvo allí, en algún momento, y se fue sin hablar conmigo.

Yo sé que Madison me besó.

No sé si Lily lo vio.

No sé si eso tendría importancia para ella.

No sé por qué, cuatro años después, todavía siento que aquella noche fue el punto en el que perdí algo.

Cierro el libro.

Agarro el móvil.

El número de Lily no está guardado.

Aun así, lo recuerdo.

No debería.

Abro la lista de contactos y escribo el nombre.

El número aparece.

Me quedo mirando la pantalla.

Podría mandar un mensaje simple.

Fue bueno verte.

O:

Espero que te estés adaptando bien.

O:

¿Podemos hablar?

Ninguno parece adecuado.

Dejó claro que no quiere complicar las cosas.

Borro el nombre.

Pongo el móvil boca abajo.

Unos minutos después, vibra.

Un mensaje de la universidad.

Bienvenido a la promoción.

Leo el texto y dejo el aparato sobre la mesa.

Mi objetivo sigue siendo el mismo.

Entrar en Medicina.

Convertirme en médico.

Construir una vida que exija todo lo que tengo.

Solo que no imaginaba que, en el primer día de esa nueva vida, encontraría a Lily Bennett sentada a mi lado.

Y no imaginaba que, cuatro años después de perderla, bastaría oír su voz para darme cuenta de que yo nunca había aprendido realmente a vivir sin su presencia.

CAPÍTULO 7

LILY

La clase empieza antes de que consiga procesar el reencuentro.

El profesor se coloca delante del auditorio, ajusta el micrófono y observa a los estudiantes como si pudiera identificar, solo por nuestro rostro, quién sobrevivirá a los próximos años.

Mantengo los ojos fijos al frente.

No miro a Ethan.

No porque no quiera.

Porque sé que, si miro, no conseguiré prestar atención a nada más.

— Mi nombre es profesor Marshall — empieza. — Durante este semestre, seré responsable de una de las asignaturas que probablemente hará que muchos de ustedes cuestionen sus propias elecciones.

Algunos alumnos se ríen.

Yo no.

Aún siento la presencia de Ethan a mi lado. Su cercanía ocupa más espacio del que debería. Puedo oír el sonido discreto de su respiración, el movimiento del bolígrafo entre sus dedos y el ruido de

la bolsa de libros apoyada cerca de sus pies.

Hace cuatro años, sabía reconocer todos esos sonidos sin necesidad de pensar.

Ahora, mi cuerpo reconoce antes de que mi mente consiga impedirlo.

— La facultad de Medicina no es una continuación cómoda de la carrera — continúa el profesor. — Ya no serán los alumnos que estudiaban la víspera y conseguían una nota alta. La cantidad de contenido será mayor, el tiempo será menor y la responsabilidad será real.

Camina lentamente por el escenario.

— Algunos de ustedes descubrirán que no están preparados. Otros descubrirán que son más capaces de lo que imaginaban. La mayoría alternará entre las dos cosas durante el mismo día.

Un murmullo recorre el auditorio.

Observo mis apuntes.

El título de la primera clase está escrito en la parte superior de la hoja: Fundamentos de la Anatomía Humana.

Debajo, mi letra permanece firme, a pesar de la confusión dentro de mí.

Ethan escribe a mi lado.

Su letra ha cambiado poco. Sigue inclinada, organizada y ligeramente apretada cuando tiene prisa.

No debería saber eso.

No debería percibir que aún sostiene el bolígrafo con la mano derecha, que apoya el codo en la mesa cuando concentra la atención o que pasa el pulgar por el borde del cuaderno cuando está intentando memorizar algo.

Pero lo sé.

El problema es que cuatro años no borraron lo que aprendí sobre él.

Solo añadieron cosas que no conozco.

— Espero que todos hayan aprovechado el verano — dice el profesor. — A partir de hoy, el ritmo será diferente.

Proyecta la primera diapositiva.

El contenido aparece en la pantalla.

Empiezo a copiar.

Durante algunos minutos, consigo concentrarme. La materia exige atención, y la familiaridad de los conceptos me ayuda a aferrarme al presente. Huesos, planos anatómicos, regiones del cuerpo, términos de orientación.

El profesor habla con rapidez.

La clase acompaña como puede.

Ethan también.

Su postura está más segura que la de los otros estudiantes. No parece perdido. Tal vez sea el resultado de cuatro años de

preparación. Tal vez siempre haya sido así.

Recuerdo cuando estudiábamos juntos en la secundaria.

Ethan solía convertir cualquier sesión de estudio en una competición silenciosa. No decía que quería terminar primero, pero aceleraba la lectura siempre que percibía que yo iba adelantada.

Yo fingía no notarlo.

Después, encontraba un error en algún apunte mío y sonreía como si hubiera ganado.

— ¿Estás escribiendo? — pregunta en voz baja.

La pregunta me sorprende.

— Sí.

— Pensé que solo estabas mirando la hoja.

— Estoy siguiendo.

— No anotaste nada en los últimos tres minutos.

Miro el cuaderno.

Tiene razón.

— Estoy prestando atención.

— No dije que no lo estuvieras.

— Entonces no hace falta comentar.

— Está bien.

Vuelve a su propio material.

Intento retomar la clase.

No puedo.

Su voz, incluso baja, atraviesa el esfuerzo que hago por mantener distancia.

— La buena noticia — dice el profesor — es que nadie espera que ustedes lo sepan todo el primer día.

Mi cuerpo reacciona a la palabra nadie.

La antigua Lily se habría inclinado hacia Ethan y susurrado que necesitaba oír eso. Ethan habría respondido que ya lo sabía todo. Yo le habría dado una patada en la pierna por debajo de la mesa.

No hago nada.

Solo escribo.

Cuando el profesor empieza a hablar sobre la evaluación inicial, siento que el estómago se me encoge.

— Antes de liberarlos, voy a entregar una hoja con algunas preguntas — explica. — No vale nota. No se usará para clasificarlos. Solo quiero comprender el nivel de conocimiento de la clase.

Un alumno en la primera fila pregunta si se recogerá la prueba.

— Se recogerá.

Un gemido colectivo se extiende por el auditorio.

— Como dije, no vale nota.

— Eso no lo hace menos aterrador — comenta alguien.

El profesor sonríe.

— Buena suerte.

La frase provoca algunas risas.

Empieza a distribuir las hojas por las filas. Cuando llega a la nuestra, le pasa un ejemplar a Ethan, que me lo entrega a mí antes de tomar el suyo.

Nuestros dedos se rozan.

Es un toque insignificante.

Aun así, todo mi cuerpo reacciona.

Retiro la mano deprisa.

Ethan se da cuenta.

No comenta.

La hoja contiene preguntas de opción múltiple y algunas preguntas abiertas. Leo la primera, reconozco el tema y empiezo a responder.

La evaluación no es difícil, pero exige concentración.

Ethan escribe a mi lado.

El silencio entre nosotros parece aún más intenso ahora que estamos ocupados con la misma tarea.

No miro sus respuestas.

No quiero descubrir si aún tenemos el mismo ritmo.

No quiero saber si él sigue terminando antes que yo.

No quiero confirmar que, en alguna parte, aún somos exactamente como antes.

Termino la última pregunta unos minutos antes que él.

Le entrego la hoja al profesor y guardo el material.

Ethan aún está escribiendo.

Espero a que termine.

No sé por qué.

Tal vez porque irme sin decir nada parezca cruel.

Tal vez porque una parte de mí aún espera que él me acompañe.

Cuando deja el bolígrafo sobre la mesa, me levanto.

— Hasta luego — digo.

Él me mira.

— Lily.

— ¿Qué?

— ¿Vas a salir?

— La clase terminó.

— Lo sé.

— ¿Entonces?

— Nada.

La palabra me irrita.

Es la misma que usé durante semanas, hace cuatro años.

Nada.

No pasó nada.

Nada importa.

No hace falta explicar nada.

— Hasta luego, Ethan.

Empiezo a caminar.

— Lily, espera.

No me detengo.

Atravieso el pasillo entre las sillas, paso por la puerta y entro en el vestíbulo antes de que pueda alcanzarme.

El aire allí parece más frío.

Sigo caminando.

No corro, pero mantengo un ritmo rápido, como si hubiera algún compromiso urgente esperándome al otro lado del edificio.

No lo hay.

Solo necesito salir antes de que él haga preguntas.

Solo necesito llegar al dormitorio, cerrar la puerta y recordar que puedo pasar por aquel día sin dejar que el pasado me alcance.

En el pasillo, los estudiantes se dispersan en varias direcciones. Algunos hablan sobre la evaluación. Otros buscan las próximas aulas. Hay un grupo reunido cerca de las ventanas, bloqueando parte del paso.

Me desvío de ellos.

— Lily.

La voz viene detrás de mí.

Mi paso vacila.

No me detengo.

— Lily, espera.

Ethan acelera.

Puedo oírlo acercarse, como podía años atrás cuando huía de él después de una discusión. En aquella época, él siempre me alcanzaba antes de la puerta de casa.

Ahora, no quiero que me alcance.

Aprieto la correa de la mochila y sigo hasta la salida lateral.

Él me agarra del brazo.

No con fuerza.

Solo lo suficiente para hacerme parar.

Mi cuerpo reacciona al contacto antes de que consiga controlar.

Ethan suelta de inmediato.

— Perdón.

Me doy la vuelta.

Está un poco sin aliento, aunque solo haya caminado unos metros. El cabello aún está húmedo en las puntas. La camisa oscura está arrugada en las mangas, probablemente por la prisa con la que se arregló.

Sigue siendo él.

Esa es la parte que más me asusta.

— ¿Qué quieres? — pregunto.

— Hablar.

— Hablamos en el auditorio.

— No fue una conversación.

— Fue suficiente.

— Para ti, tal vez.

El pasillo está lleno, pero parece que todos los sonidos se han apartado. La gente pasa a nuestro alrededor sin prestar atención. La distancia entre nosotros es demasiado pequeña para dos compañeros y demasiado grande para dos antiguos mejores amigos.

— ¿Cómo estás? — pregunta.

La pregunta es simple.

Tal vez esté intentando empezar por algo que no duela.

— Estoy bien.

— Aún respondes así.

— Es una respuesta común.

— No cuando estás mintiendo.

Se me oprime el pecho.

— No estoy mintiendo.

— Sí lo estás.

— No puedes saberlo.

— Puedo.

— Ya no me conoces.

Se queda en silencio un momento.

— Sigues diciendo eso.

— Porque es verdad.

— Entonces dime cómo estás de verdad.

— Estoy bien, Ethan.

— ¿Estás feliz de estar aquí?

— Sí.

— ¿Te estás adaptando?

— Sí.

— ¿Ya conociste el campus?

— Sí.

— ¿Tu dormitorio está listo?

— Sí.

— ¿Piensas responder todas mis preguntas con una palabra?

— Si es necesario.

Se pasa la mano por el cabello, frustrado.

Reconozco el gesto.

Ethan hacía eso cuando no sabía cómo continuar una discusión. A los quince años, se dejaba caer en el sofá y decía que yo era

imposible. A los dieciocho, se quedaba parado delante de mí, esperando que yo ofreciera alguna explicación.

A los veintidós, aún no sabe qué hacer cuando yo me cierro.

— ¿Dónde estudiaste? — pregunta.

— Massachusetts.

— Sé que fue en Massachusetts. ¿Qué universidad?

Digo el nombre.

Él asiente lentamente.

— ¿Biología?

— Sí.

— ¿Terminaste el semestre pasado?

— Sí.

— ¿Cuándo llegaste a Chicago?

— Hace unos días.

— ¿Ya estás instalada?

— Más o menos.

— ¿Y tu familia?

— Está bien.

— ¿Tu madre sigue en Carolina del Norte?

— Sí.

— ¿Y tu hermana?

La pregunta me sorprende.

— ¿Te acuerdas de ella?

— Me acuerdo de muchas cosas.

La frase contiene más de lo que debería.

— Tiene diez años ahora.

— ¿Diez?

— Tenía seis cuando nos fuimos.

— Lo sé.

— No la ves desde aquella época.

— Eso no significa que la olvidé.

No respondo.

Ethan me observa con atención.

— ¿Sigues hablando con ella?

— Claro.

— ¿Ella aún dibuja?

— Sí.

— ¿Y sigue haciendo demasiadas preguntas?

— Más que antes.

Una pequeña sonrisa aparece en su rostro.

— Entonces algunas cosas no cambiaron.

También surge la ganas de sonreír.

Las reprimo.

— Ethan, ¿por qué estás preguntando todo esto?

— Porque hace cuatro años que no sé nada de ti.

— Podrías haber preguntado.

Se queda inmóvil.

La acusación sale antes de que pueda impedirlo.

— Lo intenté.

— No lo suficiente.

— ¿Cómo puedes decir eso?

— Paraste.

— Porque tú no respondías.

— Deberías haber insistido.

— No quería forzarte.

— Entonces te rendiste.

— Me pediste espacio.

— Yo nunca te pedí que te rindieras.

La conversación nos deja sin aliento.

Ethan mira al suelo por un instante.

— Sabes que eso no tiene sentido.

— Lo tiene para mí.

— Desapareciste de mi vida de un día para otro.

— Me fui a la universidad.

— No fue eso lo que pasó.

— Fue exactamente eso.

— No, Lily.

La manera en que pronuncia mi nombre hace que el pasado vuelva con fuerza.

— No te alejaste poco a poco — continúa. — No fue una amistad que simplemente se volvió distante porque cada uno empezó a estudiar en un lugar diferente.

— Fue lo que pasó.

— No fue.

— No puedes decidir lo que me pasó a mí.

— Y tú no puedes fingir que yo no estaba allí.

La frase me golpea.

Yo estaba allí.

Ese es el problema.

Ethan estaba allí cuando me enamoré. Estaba allí cuando reuní valor. Estaba allí cuando vi el beso.

Él estaba allí en todos los momentos, pero nunca supo lo que significaban para mí.

— Éramos adolescentes — digo.

— ¿Eso es lo que vas a usar para explicar?

— Es la verdad.

— Éramos adolescentes y, de repente, empezaste a actuar como si yo fuera un extraño.

— La gente cambia.

— Ya dijiste eso.

— Porque es verdad.

— No es una respuesta.

— Es la única que tengo.

Da un paso más cerca.

No lo suficiente para tocarme, pero lo bastante para que sienta el calor de su cuerpo.

— ¿Por qué desapareciste de mi vida?

La pregunta por fin llega.

La pregunta que sabía que vendría desde el instante en que lo oí sentarse a mi lado.

Mi corazón empieza a latir rápido.

No puedo responder.

No aquí.

No ahora.

Tal vez nunca.

— Yo no desaparecí.

— Lily.

— Simplemente seguimos caminos diferentes.

— No.

— Tú fuiste a Virginia. Yo fui a Massachusetts.

— Eso explica la distancia. No explica el silencio.

— Estaba ocupada.

— Yo también lo estaba.

— Entonces sabes cómo es.

— Yo nunca dejé de responderte.

— Respondiste algunas veces.

— Siempre que tú escribiste.

— Y después paraste.

— Porque empezaste a responder como si me estuvieras haciendo un favor.

— Tal vez no supiera qué decir.

— Podrías haber dicho cualquier cosa.

— No todo necesita ser dicho.

Su expresión cambia.

— ¿De verdad crees eso?

— Lo creo.

— Entonces ¿por qué estás tan nerviosa?

Todo mi cuerpo se tensa.

— No lo estoy.

— Estás apretando la correa de la mochila.

Miro mi mano.

Mis dedos están blancos.

Suelto la correa.

— Es un hábito.

— Lo sé.

El pasillo parece demasiado pequeño.

Cuatro años de distancia no fueron suficientes para protegerme de Ethan. Él aún percibe cosas que nadie más nota. Aún encuentra las grietas en mi defensa con una facilidad que me asusta.

— No quiero hablar de eso — digo.

— No querías hablar de eso en aquella época.

— Porque no había nada de qué hablar.

— Entonces ¿por qué te fuiste?

— Ya lo expliqué.

— No lo explicaste.

— No aceptas la respuesta porque quieres una historia más complicada.

— Quiero la verdad.

— A veces, la verdad es simple.

— No fue simple para mí.

Su voz pierde firmeza.

Es la primera vez que veo el dolor tan claramente.

Durante cuatro años, imaginé a Ethan siguiendo adelante sin dificultad. Imaginé nuevos amigos, nuevas chicas, nuevos recuerdos ocupando el espacio que dejé.

Tal vez fue así.

Pero ahora parece estar delante de mí con la misma pregunta que cargué durante años: ¿por qué no fui elegida?

La diferencia es que él no sabe que esa era mi pregunta.

— Tú estuviste bien — digo.

— ¿Qué?

— Después de que yo me fui.

— ¿Cómo lo sabes?

— Seguiste adelante.

— Tenía que seguir adelante.

— Todos siguen adelante.

— Hablas como si fuera fácil.

— No dije que lo fuera.

— Entonces no finjas que sabes.

— No estoy fingiendo.

Se ríe sin humor.

— Sigues haciendo eso.

— ¿Qué?

— Hablas como si cada cosa tuviera una explicación tranquila. Como si pudiéramos meterlo todo en una caja, cerrarla y seguir adelante.

— Es lo que hice.

— Me di cuenta.

La frase duele.

Aparto la mirada.

— Ethan, tengo clase en unos minutos.

— Yo también.

— Entonces deberíamos ir.

— Estás huyendo.

— Estoy intentando llegar al siguiente aula.

— Lily.

— ¿Qué?

— No voy a fingir que esto no pasó.

— ¿Qué?

— Que te encontré.

— No tienes que fingir.

— Tampoco voy a aceptar que seamos solo compañeros.

Mi corazón falla.

— No puedes elegir eso tú solo.

— Tú elegiste sola cuando me apartaste.

— No fue así.

— Entonces dime cómo fue.

No puedo.

Si abro la boca, el recuerdo del porche vendrá entero.

Ethan besando a Madison.

Sus manos en la cintura de ella.

La certeza de que todo lo que imaginé era solo mío.

El miedo de que, si digo la verdad, él me mire con pena.

No puedo volver a ese lugar.

— Éramos adolescentes — repito.

— Lo sé.

— Teníamos dieciocho años.

— Lo sé.

— La escuela terminó. Cada uno se fue a un lugar.

— Eso no cambia quiénes éramos.

— Tal vez yo no quisiera seguir siendo quien yo era.

Me mira fijamente.

— ¿No querías seguir siendo mi amiga?

La pregunta es tan directa que siento que la defensa se derrumba.

— Necesitaba alejarme.

— ¿De mí?

— De todo.

— ¿Por qué?

— Porque lo necesitaba.

— Eso no es una respuesta.

— Es la única que vas a recibir.

Se queda en silencio.

Por un instante, creo que se rendirá.

Tal vez vea en su rostro la misma aceptación que esperé encontrar años atrás.

Pero Ethan no se rinde.

Respira hondo.

— ¿Sabes lo que recuerdo?

No respondo.

— Recuerdo esperarte en la entrada de la escuela al día siguiente de la fiesta. No. Tú no estabas allí. Recuerdo mandar un mensaje preguntando si estabas bien y recibir una respuesta de dos palabras. Recuerdo ir a tu casa y que fingieras que estabas ocupada. Recuerdo intentar entender si había hecho algo.

Se me cierra la garganta.

— No lo hiciste.

— Entonces ¿por qué parecía que sí lo había hecho?

— No sé.

— Tú lo sabes.

— No.

— Lily, pasé cuatro años intentando descubrirlo.

Su sinceridad me desarma más que una acusación.

Yo quería que él hubiera olvidado.

Quería que hubiera sido fácil para él.

Quería no oír que también pasó años buscando una explicación.

— No deberías haberlo intentado — digo.

— ¿Por qué?

— Porque no hay nada que descubrir.

— Eso lo decido yo.

— No conviertas esto en una misión.

— No es una misión.

— Entonces ¿qué es?

— Tú eres mi mejor amiga.

La palabra le sale como si aún fuera verdad.

Se me cierra el pecho.

— Yo lo era.

— No acepto eso.

— Tienes que aceptarlo.

— No.

— Ethan.

— No voy a pasar los próximos años sentado a tu lado, fingiendo que no te conozco.

— Tal vez sea mejor.

— ¿Para quién?

No consigo responder.

Da un paso atrás, como si estuviera intentando contener su propia frustración.

— Puede que no me lo cuentes hoy. Puede que no quieras hablar ahora. Pero no voy a fingir que te alejaste sin motivo.

— No sabes nada.

— Sé que cambiaste de un momento a otro.

Se me corta la respiración.

— No fue poco a poco. No fue porque empezó la vida adulta. No te fuiste volviendo distante. Simplemente decidiste que yo ya no formaba parte de tu vida.

Tiene razón.

Esa es la peor parte.

— Y ahora — continúa — que el destino te puso de nuevo delante de mí, por fin voy a descubrir el motivo.

— No hagas eso.

— ¿Por qué?

— Porque no va a cambiar nada.

— Tal vez cambie.

— No.

— No puedes saberlo.

— Puedo.

— ¿Cómo?

Lo miro.

La respuesta casi se me escapa.

Porque aún te amo.

Porque te amé aquella noche.

Porque te vi besando a otra chica y decidí que moriría antes de contarlo.

Pero me lo trago todo.

— Porque algunas cosas, después de que terminan, no vuelven a ser como antes.

Ethan sostiene mi mirada.

— Tal vez no necesiten volver a ser como antes.

La frase me desequilibra.

Antes de que consiga responder, el timbre anuncia el inicio de la siguiente orientación.

El pasillo se llena de movimiento.

Los estudiantes pasan entre nosotros, obligándonos a abrir espacio.

— Tengo que irme — digo.

— Lo sé.

— Ethan…

— Hasta la próxima clase, Lily.

No es una despedida.

Es una certeza.

Se aleja en la dirección opuesta.

Me quedo quieta, observándolo desaparecer entre los estudiantes.

Hace cuatro años, pensé que apartarlo sería suficiente para arrancarlo de mi vida.

Ahora, Ethan está en el mismo campus, en las mismas aulas y en los mismos pasillos.

Y decidió que no se irá hasta descubrir la verdad.

La verdad que escondí durante cuatro años.

La verdad que juraba no contar nunca.

CAPÍTULO 8

ETHAN

La primera semana deja claro que evitar a Lily será imposible.

No porque yo esté intentando evitarla.

Ella está en todas partes.

En la primera clase de la mañana, se sienta dos filas delante de mí. En el laboratorio, está en la mesa de trabajo al lado de la mía. En la orientación clínica, aparece en la misma lista de alumnos. En la cafetería, suele elegir una mesa cerca de la ventana, con los libros abiertos y el café olvidado al lado.

La universidad no es pequeña.

Aun así, parece haber sido organizada para ponernos en el mismo camino.

El lunes, llego temprano al aula de Anatomía.

Elijo un lugar al fondo, creyendo que podré asistir a la clase sin necesidad de hablar con ella. Cinco minutos después, Lily entra con la mochila colgada de un hombro y un cuaderno contra el pecho.

Ella me ve.

Su mirada pasa por mí rápidamente.

Luego, elige una silla tres filas delante.

No me molesta.

Al menos, eso es lo que me digo a mí mismo.

Durante la clase, me concentro en la explicación del profesor. Tomo apuntes, sigo las diapositivas y respondo mentalmente a las preguntas hechas a la clase.

Aun así, percibo cada movimiento de Lily.

Levanta la mano cuando el profesor pregunta sobre la estructura ósea. Escribe con rapidez. Se inclina sobre el cuaderno cuando necesita comprobar una información.

Cuatro años no cambiaron su manera de estudiar.

Tal vez hayan cambiado todo lo demás.

Cuando termina la clase, guardo los libros con calma. No quiero parecer que estoy intentando alcanzarla.

Cuando salgo al pasillo, ella ya ha desaparecido.

En la clase siguiente, la encuentro de nuevo.

En el laboratorio, nos distribuyen en grupos de cuatro. Lily se queda en la mesa de trabajo opuesta, trabajando con dos estudiantes que conoció en la primera semana. Paso casi dos horas intentando prestar atención al profesor, pero sigo consciente de la presencia de ella al otro lado del aula.

Al final, ella limpia los materiales, se recoge el pelo otra vez y se va antes de que yo consiga acercarme.

El martes, me siento en la misma mesa de la cafetería en la que ella estaba diez minutos antes.

No lo hago a propósito.

Al menos, eso es lo que me digo a mí mismo.

Elijo una mesa en la esquina, abro el libro e intento comer algo mientras estudio. El lugar a mi lado permanece vacío.

Lily entra acompañada de una compañera.

Ella me ve.

Por un instante, parece considerar si debe salir.

Luego, elige una mesa distante.

No levanta la vista durante todo el tiempo.

La compañera habla. Lily responde. Yo no consigo oír la conversación.

Termino el café y vuelvo a clase.

El miércoles, nos ponen en la misma fila para retirar los materiales de una asignatura.

Ella está delante de mí.

—¿Me estás siguiendo? —pregunta sin darse la vuelta.

—Es una fila.

—Podrías haber elegido otra.

—No sabía que había una fila exclusiva para ti.

Ella mira por encima del hombro.

—¿Estás intentando ser gracioso?

—No. Estoy intentando coger un libro.

—Entonces cógelo.

—Es exactamente lo que pretendo hacer.

Ella vuelve a mirar hacia delante.

No sonreír es un esfuerzo visible.

La conversación termina antes de que yo pueda añadir algo.

Aun así, es la primera vez que ella me responde sin parecer a punto de huir.

Guardo ese detalle.

...

El jueves, tenemos tres clases juntos.

La primera termina a las nueve y media. La segunda empieza a las diez. La tercera se extiende hasta el inicio de la tarde.

Lily pasa toda la mañana manteniendo una distancia calculada.

Si entro por la puerta de la derecha, ella elige la izquierda. Si me siento al fondo, ella se queda delante. Si el aula tiene dos salidas, espera unos minutos para salir por una de ellas cuando se da cuenta

de que estoy cerca de la otra.

No es coincidencia.

Ella está haciendo eso a propósito.

Y, aunque me diga a mí mismo que debería respetar su decisión, algo dentro de mí empieza a cansarse de ser tratado como una amenaza.

En el descanso, la alcanzo cerca de las máquinas de café.

—¿Estás huyendo de mí?

Ella coge un vaso desechable.

—No.

—Cambias de camino cada vez que me ves.

—Tal vez esté yendo a lugares diferentes.

—¿Durante cinco días?

—El campus es grande.

—Ya has usado esa excusa tres veces.

—Entonces deberías creerla.

—Yo no la creo.

Ella coloca el vaso bajo la máquina.

—Eso es un problema tuyo.

—Lo es.

—Entonces resuélvelo solo.

—Lo estoy intentando.

La máquina empieza a verter café.

Lily observa cómo sube el líquido.

—¿Necesitas algo?

—Quiero hablar.

—Ya hablamos.

—Aquello no fue una conversación. Fuiste tú diciendo que no querías contarme nada.

—Entonces tuvimos una conversación corta.

—Siempre fuiste mejor en cerrar las cosas que en explicar.

Ella retira el vaso de la máquina.

—Estás resentido.

—Estoy confundido.

—Cuatro años deberían haber resuelto eso.

—No lo resolvieron.

Ella añade azúcar.

—Tal vez deberías aceptar.

—¿Tú aceptaste?

Su mano se detiene.

El pequeño sobre de azúcar permanece entre sus dedos.

—¿Acepté qué?

—Que nosotros terminamos.

Lily levanta la vista.

—Nosotros no éramos una pareja.

—Sabes lo que quiero decir.

—No, Ethan. No lo sé.

—Nuestra amistad.

Su expresión se cierra.

—Algunas amistades se acaban.

—¿De verdad crees eso?

—Lo creo.

—Entonces ¿por qué no puedes mirarme cuando lo dices?

Ella echa el azúcar en el vaso con fuerza.

—Porque estás volviendo esto muy dramático.

—Estoy haciendo preguntas.

—Después de cuatro años.

—Porque nunca tuve respuestas.

—Tal vez necesites dejar de buscar.

—No puedo.

—Entonces ese es un problema tuyo.

Ella coge el café y se va.

Me quedo delante de la máquina, observando el espacio que dejó.

No quiero presionarla.

Pero tampoco quiero aceptar la versión en la que nuestra amistad terminó sin motivo.

Hay cosas que cambian con el tiempo.

Las personas se alejan.

Las rutinas terminan.

Pero Lily no se fue poco a poco.

Ella cerró una puerta.

Y nunca me dijo por qué.

...

El viernes, me doy cuenta de que ella está en la biblioteca incluso antes de verla.

La biblioteca médica está casi vacía al final de la tarde. La mayoría de los alumnos prefiere estudiar en los dormitorios o en las salas de grupo. Paso por la entrada después de resolver un asunto pendiente en el laboratorio y busco una mesa libre.

Encuentro a Lily al fondo, cerca de las estanterías.

Está sola.

Hay libros esparcidos sobre la mesa, hojas con apuntes y un vaso de café al lado del codo. Lleva el pelo recogido en lo alto de la cabeza. Un mechón le cayó sobre la cara, y ella lo aparta sin levantar la vista de la página.

Podría elegir cualquier otra mesa.

Hay varias disponibles.

En lugar de eso, camino hasta la suya.

Pongo mis libros sobre la silla vacía frente a ella y arrastro el asiento.

Lily levanta la vista.

Su expresión dice exactamente lo que su boca tarda un segundo en formular.

—¿Qué estás haciendo?

Abro mi libro.

—Estudiando.

Ella mira alrededor.

—Hay otras mesas.

—Me gustó esta.

—Ethan.

—La iluminación es mejor.

—Acabas de llegar.

—Y ya hice una evaluación.

—Estás haciendo esto a propósito.

—¿Estudiar?

—Sentarte aquí.

—Sí.

Ella cierra el bolígrafo.

—¿Por qué?

—Porque estás sola.

—Yo estudio mejor sola.

—Yo también.

—Entonces vete a otra mesa.

—No quiero.

Lily me mira fijamente.

—Estás intentando irritarme.

—¿Está funcionando?

—Mucho.

—Genial.

Ella suelta el aire por la nariz y vuelve a abrir el libro.

No se va.

Eso ya es una victoria.

Cojo mis materiales y empiezo a estudiar.

Durante unos minutos, ninguno de los dos habla.

El silencio es diferente del del auditorio.

No es pesado todo el tiempo.

La biblioteca tiene sus propios sonidos: páginas pasando, bolígrafos tocando la madera, sillas moviéndose. A nuestro alrededor, estudiantes entran y salen. La vida continúa sin prestar atención a lo que existe entre nosotros.

Lily escribe.

Yo leo.

La mesa es lo bastante pequeña como para que nuestros libros casi se toquen.

—Estás usando tres colores para una sola definición —digo.

Ella no levanta la vista.

—Y tú estás usando solo uno.

—Exactamente. Eficiencia.

—Eso no es eficiencia. Es pereza.

—No puedes saberlo.

—Yo conozco tu letra.

—Mi letra mejoró.

—Sigue pareciendo una secuencia de latidos cardíacos.

—Eso es apropiado para un estudiante de Medicina.

—No fue un cumplido.

—Yo lo acepté como si lo fuera.

Ella intenta mantenerse seria.

Me doy cuenta del esfuerzo.

—Todavía haces eso —digo.

—¿Qué?

—Inclinas la cabeza cuando estás intentando entender algo que ya entendiste.

—Yo no hago eso.

—Lo haces.

—Me has estado observando cinco minutos.

—Han sido ocho.

Ella levanta la vista.

—¿Los contaste?

—Tengo buena memoria.

—Eso es perturbador.

—Antes te gustaba.

—Yo era adolescente.

—Tú también eras más amable.

—Yo nunca fui amable.

—Me trajiste sopa cuando me enfermé.

—Tu madre me lo pidió.

—Escribiste mis apuntes cuando me lastimé la mano.

—No podías escribir.

—Te quedaste tres horas escuchándome hablar sobre un examen en el que me había ido mal.

—Eras insoportable.

—Y aun así te quedaste.

—Me daba pena.

—Entonces era amabilidad.

—No lo era.

—Estás intentando reescribir la historia.

—Tú eres quien está haciendo eso.

—Yo solo estoy recordando.

La palabra cae entre nosotros.

Lily baja la vista.

Yo también.

No quiero que piense que estoy intentando convertir la biblioteca en un interrogatorio. Solo quería hablar con ella sin que cada frase se convirtiera en una disputa.

Tal vez eso sea imposible ahora.

—¿Cómo fueron tus clases hoy? —pregunto.

—Difíciles.

—El profesor de Fisiología habla rápido.

—¿Te diste cuenta?

—Me di cuenta.

—Pensé que estabas ocupado observándome.

—Puedo hacer dos cosas al mismo tiempo.

—Siempre fuiste engreído.

—Siempre te gustó eso.

Ella me mira.

—Yo nunca dije que me gustaba.

—No hacía falta.

La respuesta es ligera, pero su rostro cambia.

La sonrisa desaparece antes de nacer.

Me arrepiento.

No sé qué exactamente dije mal. Tal vez el pasado sea un área en la que no existe una frase segura.

Lily vuelve a los apuntes.

—¿Todavía vives en el dormitorio?

—Sí.

—¿Con alguien?

—Un estudiante llamado Daniel.

—¿Es simpático?

—Habla demasiado.

—Entonces es simpático.

—No lo conoces.

—Las personas que hablan demasiado suelen ser simpáticas.

—Tú hablas demasiado.

—Yo no hablo demasiado.

—Explicaste durante cuarenta minutos por qué una taza no debería ser usada por otra persona.

—Esa taza era mía.

—Era de tu casa.

—Tenía mi nombre.

—El nombre de la banda.

—Aun así.

Ella niega con la cabeza.

La reacción es pequeña.

Pero me recuerda a la chica que yo conocía.

Seguimos estudiando.

...

La biblioteca empieza a vaciarse cuando el cielo se oscurece.

Lily cierra uno de los libros y se masajea el lado del cuello.

—Estás cansada —digo.

—No.

—Estás haciendo eso otra vez.

—Si dices que estoy apretando el bolígrafo, me voy.

—Iba a decir que te estás frotando el cuello.

—Entonces tampoco lo digas.

—No puedes prohibir todas las observaciones.

—Puedo intentarlo.

—Siempre intentas controlar todo.

—Alguien tiene que hacerlo.

—Tú no tienes que hacerlo.

—Tú no sabes lo que yo necesito.

La respuesta termina con la broma.

Me quedo mirándola.

Lily se da cuenta y suspira.

—Perdón.

—No tienes que pedir perdón.

—Fui grosera.

—Has sido grosera desde que nos encontramos.

—Entonces ya deberías estar acostumbrado.

—No lo estoy.

—Te acostumbrarás.

—No quiero.

Ella cierra el cuaderno.

—Ethan.

—¿Qué?

—¿Por qué estás haciendo esto?

—¿Esto qué?

—Sentarte aquí. Hacer bromas. Intentar conversar como si todavía fuéramos…

Ella se detiene.

—¿Como si todavía fuéramos qué?

—Nosotros.

—Nosotros somos nosotros.

—No.

—Entonces ¿qué somos?

No consigo responder inmediatamente.

Compañeros.

Ella dijo eso.

Pero la palabra parece insuficiente.

—Dos personas que se conocen —digo.

—¿Eso es todo?

—No lo sé.

—Yo sí lo sé.

—¿Tú siempre lo sabes todo?

—No.

—Lo parece.

—Es más fácil fingir que lo sé.

La sinceridad me sorprende.

Lily aparta la mirada, como si hubiera dicho más de lo que pretendía.

—No necesitas fingir conmigo —digo.

—Necesito.

—¿Por qué?

—Porque tú haces preguntas.

—Hacer preguntas no es malo.

—Cuando la persona no quiere responder, lo es.

—Entonces dime que pare.

—Ya lo dije.

—No lo suficiente.

—Ethan, no puedes exigir que te cuente algo que no estoy lista para contar.

—No estoy exigiendo.

—Lo estás intentando.

—Estoy intentando entenderte.

—Tal vez yo no quiera ser entendida.

—Eso no va contigo.

—Ya no sabes qué va conmigo.

—Sé algunas cosas.

—Algunas no son suficientes.

—Son un comienzo.

Ella me mira fijamente durante unos segundos.

La mirada no es tan fría como en el pasillo.

Hay cansancio en ella.

Tal vez ella también esté cansada de luchar contra una conversación que no puede evitar.

—Sigues insistiendo —dice ella.

—Sigo.

—¿Por qué?

—Porque tú importas.

La frase sale sin planificación.

Lily se queda inmóvil.

Yo también.

No hay nada romántico en las palabras. Al menos, no es así como las digo. Lily siempre fue una de las personas más importantes de mi vida. Eso es un hecho, no una declaración.

Aun así, el silencio que viene después hace parecer que dije algo mucho más grande.

Ella mira el libro abierto.

—Las personas importantes también pueden quedarse en el pasado.

—¿Tú crees eso?

—Lo estoy intentando.

—¿Y está funcionando?

Lily aprieta los labios.

—No lo sé.

La respuesta es la más honesta que me ha dado desde que nos reencontramos.

No lo sé.

Es poco.

Pero es algo.

...

Seguimos estudiando hasta que la biblioteca anuncia el cierre.

Cuando la empleada pasa entre las mesas avisando que faltan quince minutos, Lily empieza a guardar los materiales.

Yo hago lo mismo.

—¿Vas a cenar? —pregunto.

—Probablemente.

—Eso no es una respuesta.

—Es lo que tengo.

—Todavía no has cambiado.

—Tú sigues haciendo demasiadas preguntas.

—Yo tampoco cambié.

—Me di cuenta.

Salimos juntos de la biblioteca.

No caminamos lado a lado exactamente. Lily va medio paso por delante, como si necesitara mantener una distancia segura. Yo podría acelerar y acompañarla, pero no quiero asustarla.

El camino hasta la salida pasa por un pasillo largo, con ventanas altas y paredes cubiertas por fotografías de promociones antiguas.

Lily mira una de ellas.

—¿Todavía lees todo? —pregunto.

—¿Qué?

—Placas, carteles, nombres en puertas.

—Yo presto atención.

—Te parabas en medio del camino para leer los anuncios de la escuela.

—Algunos eran importantes.

—¿El anuncio del club de ajedrez?

—Estaba considerando participar.

—No sabes jugar al ajedrez.

—Podría aprender.

—También te inscribiste en una competición de poesía.

—Tenía interés.

—Escribiste un poema sobre una rana.

—Era simbólico.

Lily me mira.

—Era sobre una rana.

—Una rana puede representar muchas cosas.

—No ganaste.

—El jurado no entendió mi visión.

—El jurado era tu profesora de Inglés.

—Tenía prejuicios contra los anfibios.

Se le escapa la risa.

Es pequeña, espontánea y completamente involuntaria.

Lily se lleva la mano a la boca en el mismo instante, como si pudiera recoger el sonido.

Pero yo ya lo oí.

Esa risa.

La misma que llenaba la cocina de mi casa cuando Noah contaba un chiste malo. La misma que surgía cuando yo fingía tener miedo de películas infantiles. La misma que no escuchaba desde hacía cuatro años.

Dejo de caminar.

Lily también.

Durante unos segundos, nos quedamos mirándonos el uno al otro.

El pasillo sigue lleno. Un grupo pasa detrás de nosotros. Una puerta se cierra. Alguien llama a un compañero.

Pero todo parece distante.

Porque, por un instante, cuatro años desaparecen.

No existe la fiesta.

No existe el silencio.

No existen Massachusetts, Virginia o Chicago.

Solo existe Lily riéndose de un chiste idiota sobre una rana.

Y yo recuerdo lo fácil que era estar cerca de ella.

Parece darse cuenta de lo mismo.

La sonrisa permanece en su rostro menos de un segundo, pero es suficiente para cambiar toda su expresión.

—Todavía cuentas los peores chistes —dice ella.

Su voz está más suave.

—Tú todavía te ríes de ellos.

—Yo no me reí.

—Lo oí.

—Fue una reacción involuntaria.

—Entonces mi humor sigue funcionando.

—No exageres.

—Solo estoy registrando el hecho.

—¿Registras todo?

—Solo lo que es importante.

La sonrisa desaparece despacio.

La palabra queda entre nosotros.

Importante.

Lily baja la vista.

—Necesito irme.

—Lo sé.

—Tengo cosas que hacer.

—Siempre tienes.

—¿Eso fue una crítica?

—Fue una observación.

—¿Estás aprendiendo la diferencia?

—Con mucha dificultad.

Ella respira hondo.

Durante unos segundos, ninguno de los dos se mueve.

El recuerdo de la risa sigue en el aire, demasiado frágil para tocarlo.

—Buenas noches, Ethan.

—Buenas noches, Lily.

Ella empieza a caminar.

Esta vez, no la llamo.

La observo alejarse por el pasillo hasta desaparecer por la puerta de salida.

Solo entonces me doy cuenta de que estoy sonriendo.

Es una sonrisa pequeña, casi dolorosa.

Pero es real.

Durante unos segundos, parecía que cuatro años nunca hubieran ocurrido.

Y esa pequeña brecha es suficiente para convencerme de que todavía existe algo entre nosotros.

No sé si es la amistad que teníamos.

No sé si es solo un recuerdo.

Pero sé que Lily se rió.

Y, por primera vez desde que la reencontré, no pareció estar intentando huir de mí.

CAPÍTULO 9

LILY

Estoy irritada conmigo misma.

No con Ethan.

Conmigo.

Él está entrando de nuevo en mi rutina, y yo no estoy haciendo lo suficiente para impedirlo.

Al principio, pensé que sería fácil mantener la distancia. Bastaba con elegir otra mesa, irme antes que él, responder solo lo necesario y evitar cualquier conversación que pudiera superar la superficie.

Funcionó durante algunos días.

Después, Ethan se sentó frente a mí en la biblioteca.

Hizo una broma idiota.

Yo me reí.

Y, desde entonces, algo cambió.

No fue una decisión consciente. No combinamos horarios, no establecimos una rutina y no dijimos que volveríamos a estudiar juntos.

Sucedió poco a poco.

Él empezó a aparecer en la biblioteca al final de la tarde. A veces se sentaba conmigo. A veces ocupaba una mesa cercana y esperaba a que yo fuera hasta allí. En algunas ocasiones, yo llegaba antes y encontraba un café al lado de la silla vacía.

Nunca pregunté si era para mí.

Él nunca lo confirmó.

La primera vez, bebí.

La segunda, también.

La tercera, dejé el vaso intacto durante casi una hora antes de llevarlo a la basura.

Al día siguiente, había otro sobre la mesa.

— ¿Estás intentando sobornarme? — pregunté.

Ethan abrió el libro.

— No.

— Entonces, ¿por qué sigues trayendo café?

— Tú bebes café.

— Mucha gente bebe café.

— Pero no a todo el mundo le gusta sin azúcar.

Miré el vaso.

Lo había dejado exactamente como me gustaba.

— Podrías preguntar.

— Podrías dar las gracias.

— Gracias.

— De nada.

Después, los dos empezamos a estudiar.

Como si cuatro años no hubieran pasado.

Como si yo no hubiera pasado todo ese tiempo intentando olvidar la manera en que él sabía esas cosas.

El problema es que ahora reconozco que no es solo el café.

Es la forma en que Ethan se inclina sobre el cuaderno cuando está concentrado. La manera en que muerde la esquina del bolígrafo cuando intenta recordar algo. El hábito de fruncir el ceño y murmurar para sí mismo cuando una pregunta parece mal formulada.

Sigue haciendo bromas malas.

Sigue robando comida de mi plato.

Sigue dejando los libros esparcidos de una manera que, para él, parece organizada.

Pero ya no es el chico que conocí a los quince años.

Ni el chico al que besé una vez en la imaginación y perdí la misma noche en que decidí confesar.

Ethan se convirtió en un hombre.

Esa constatación me irrita aún más.

...

Aquella mañana, salgo de la clase de Fisiología con la intención de estudiar sola.

Tengo una lista de contenidos para repasar y un horario apretado. Si voy directo a la biblioteca, podré terminar antes de la cena.

Estoy a punto de alcanzar la escalera cuando oigo pasos detrás de mí.

— ¿Vas a la biblioteca?

No necesito darme la vuelta para saber quién es.

— Tal vez.

— Esa respuesta significa sí.

— O significa tal vez.

— Solo dices tal vez cuando no quieres decir sí.

— ¿Sigues analizando mis respuestas?

— Es una de las pocas cosas que hago bien.

Me doy la vuelta.

Ethan lleva dos libros bajo el brazo y una mochila colgada de un hombro. El pelo está ligeramente despeinado, como si se hubiera

pasado la mano varias veces por él durante la clase.

El gesto me trae un recuerdo antiguo.

En la escuela, Ethan hacía lo mismo siempre que no sabía responder a una pregunta. Después, decía que solo estaba pensando.

— ¿Vas a estudiar? — pregunto.

— Esa era la idea.

— Entonces estudia.

— En la biblioteca.

— Hay otros lugares.

— Lo sé.

— Pareces decidido a ignorarlos todos.

— Me gusta la biblioteca.

— ¿Te gustaba la biblioteca antes de saber que yo estaría allí?

— Me gustaba.

— ¿Y después de saberlo?

Él inclina la cabeza.

— Me gusta más.

La frase es simple.

Mi cuerpo, sin embargo, reacciona como si hubiera sido algo diferente.

— Eres muy engreído.

— Ya dijiste eso.

— Porque sigue siendo verdad.

— Algunas verdades merecen ser repetidas.

Empiezo a bajar las escaleras.

Ethan me acompaña.

No pide permiso.

No lo necesita.

Ese es exactamente el problema.

...

Elegimos una mesa cerca de las ventanas.

Yo abro el cuaderno y empiezo a organizar los temas de la clase. Ethan pone los libros al lado de los míos, saca dos bolígrafos de la mochila y elige una hoja en blanco.

Durante los primeros veinte minutos, no hablamos.

Su concentración es casi irritante.

Ethan lee con absoluta atención. No se distrae con el movimiento de la biblioteca, con la gente pasando o con los sonidos de los ordenadores. Cuando encuentra alguna información importante,

subraya una vez. Cuando no entiende, vuelve al párrafo y lee de nuevo.

Recuerdo pasar tardes observándolo hacer exactamente eso.

Antes, la observación parecía natural.

Ahora, parece peligrosa.

— Me estás mirando — dice sin levantar la vista.

— No lo estoy.

— Sí lo estás.

— Estoy pensando.

— ¿Sobre el contenido?

— Sí.

— Entonces, ¿por qué tus ojos están en mi cara?

Aparto la mirada hacia el cuaderno.

— Estaba intentando averiguar si siempre tuviste esa frente arrugada.

Él levanta la mano y se toca la propia frente.

— Mi frente está normal.

— No lo está.

— ¿Me estás llamando viejo?

— Estoy diciendo que pareces preocupado.

— Estoy estudiando.

— Estudiar no debería parecer una guerra.

— Nunca estudiaste lo suficiente para entender.

— Saqué mejores notas que las tuyas.

— Porque hacías trampa.

— ¿Cómo hace trampa alguien en un examen de Biología?

— Tenías una memoria sospechosamente buena.

— Eso se llama inteligencia.

— Yo lo llamaba trampa para sentirme mejor.

La respuesta me hace sonreír.

No quería sonreír.

Pero la sonrisa aparece.

Ethan se da cuenta.

— ¿Ves?

— ¿Qué?

— Todavía te gustan mis bromas.

— Esa ni siquiera fue una broma.

— Fue mejor que las que hago normalmente.

— Eso no es difícil.

— Eché de menos esto.

La sonrisa desaparece.

No parece haber planeado decirlo.

Tal vez se le escapó.

— ¿Echaste de menos qué? — pregunto.

Ethan me mira.

— Que me insultes mientras estudias.

La respuesta es segura, pero no oculta por completo lo que hay debajo.

Vuelvo al cuaderno.

— Podrías haber encontrado a otra persona para insultar.

— No sería lo mismo.

Mi corazón se encoge.

Bajo la cabeza y empiezo a escribir, aunque no consigo seguir mis propios pensamientos.

No hagas esto.

No conviertas una tarde común en algo que yo no puedo soportar.

No me hagas recordar por qué me alejé.

Pero Ethan siempre tuvo ese efecto.

Él vuelve el pasado cercano.

...

El almuerzo ocurre casi por casualidad.

La biblioteca se llena más al inicio de la tarde, y una empleada nos pide que guardemos los libros para liberar espacio a otros estudiantes.

Salimos juntos.

— ¿Vas a comer? — pregunta él.

— Ya comí.

— ¿Cuándo?

— Por la mañana.

— El café no es almuerzo.

— Me comí una barrita de cereal.

— Eso tampoco es almuerzo.

— ¿Te has vuelto nutricionista?

— Me he vuelto una persona preocupada.

— Siempre fuiste entrometido.

— Preocupado.

— Entrometido.

— Podemos estar de acuerdo en que soy persistente.

— Eso lo acepto.

La cafetería está concurrida. Cogemos nuestras bandejas y encontramos una mesa vacía cerca de la pared.

Ethan elige un plato más grande que el mío.

Yo cojo una ensalada, una porción pequeña de pasta y una fruta.

Él observa.

— ¿Eso es todo?

— Es suficiente.

— Antes comías patatas fritas.

— Todavía como.

— No cuando estoy mirando.

— Entonces deja de mirar.

Él no responde.

Empezamos a comer.

Durante algunos minutos, hablamos sobre la clase. Ethan se queja de que el profesor presentó una cantidad absurda de contenido para una sola mañana. Yo digo que debería haber prestado más atención.

Él afirma que estaba prestando, pero que el problema era la velocidad del profesor.

La conversación es ligera.

Familiar.

Casi normal.

Entonces Ethan extiende la mano y coge una de mis patatas.

El movimiento es tan automático que ni pienso antes de darle en los dedos.

— No.

Él mira la patata.

— Solo cogí una.

— Tienes comida en tu plato.

— La tuya parece mejor.

— Es la misma comida.

— No lo es.

— Es exactamente la misma.

— La tuya tiene otro sabor.

— No la probaste.

— Estoy a punto de probarla.

Él intenta coger otra.

Sujeto el tenedor delante de la bandeja.

— Ethan.

— Lily.

— No toques mi comida.

— Estás usando una ensalada para proteger tres patatas.

— Es una cuestión de principios.

— Siempre fuiste territorial con las patatas.

— Tú siempre robaste.

— Porque tú siempre dejabas.

— Yo nunca dejé.

— Nunca me impediste.

— Estoy impidiéndolo ahora.

— Cuatro años después, por fin aprendiste a defenderte.

La frase cambia el aire entre nosotros.

Mi tenedor permanece suspendido.

Ethan se da cuenta de lo que dijo.

— Perdón.

— No hace falta.

— Yo no quise…

— Lo sé.

— No, Lily. Yo no estaba hablando…

— Lo sé.

La conversación muere.

El ruido de la cafetería vuelve a ocupar el espacio.

Ethan retira la mano.

Yo miro el plato, aunque la comida ha perdido el sabor.

La verdad es que no aprendí a defenderme.

Solo me volví mejor en huir.

...

Después del almuerzo, volvemos a la biblioteca.

No porque ninguno de los dos lo haya sugerido.

Solo seguimos en la misma dirección.

La rutina empieza a tomar forma sin que yo quiera admitirlo.

Él se sienta frente a mí. Yo me quejo de la cantidad de libros que trae. Él afirma que no confía en resúmenes. Yo digo que le gusta complicar. Él responde que a mí solo me gusta creer que lo sé todo.

En algún momento, nuestras piernas se rozan bajo la mesa.

Retiro la mía inmediatamente.

Ethan mira hacia abajo.

— Perdón.

— No fue nada.

— Lo sé.

La respuesta debería cerrar el asunto.

No lo cierra.

Paso la página siguiente.

Él sigue mirándome.

— ¿Qué pasa?

— Nada.

— Estás usando mi respuesta.

— Es una respuesta común.

— No va contigo.

— Ya dijiste que no me conoces más.

— Aún puedo reconocer cuando estás mintiendo.

— Tienes mucha confianza.

— Pasé años practicando.

— ¿Practicando qué?

— Conociéndote.

Mi corazón se acelera.

Cierro el libro.

— No necesitas hacer eso.

— ¿Qué?

— Intentar recuperar lo que había.

— No estoy intentando recuperar.

— Estás.

— Tal vez solo estoy intentando descubrir qué pasó.

— Ya hablamos de eso.

— Dijiste que éramos adolescentes.

— Éramos.

— Dijiste que seguimos caminos diferentes.

— Seguimos.

— Pero eso no explica el cambio.

— No hace falta explicarlo todo.

— Para mí, hace falta.

— ¿Por qué?

Él se inclina un poco sobre la mesa.

— Porque yo me acuerdo de ti.

— Eso no es una explicación.

— Me acuerdo de cómo me hablabas. De cómo aparecías en mi casa. De cómo me llamabas cuando pasaba algo. Me acuerdo de que me contaste que te habían aceptado antes de contárselo a tus padres.

— No lo conté antes de contárselo a ellos.

— Me mandaste un mensaje mientras todavía estabas sentada delante de tu madre.

— Estaba nerviosa.

— Siempre me lo contabas todo cuando estabas nerviosa.

— La gente cambia.

— Estás usando eso como una pared.

— Tal vez lo sea.

— Yo no quiero una pared.

— Yo la necesito.

Él se calla.

Me gustaría que se enfadara. Sería más fácil lidiar con la rabia que con la manera en que me mira.

Ethan no me mira como alguien que quiere ganar una discusión.

Mira como alguien que está intentando encontrar a la persona que perdió.

El problema es que esa persona todavía existe.

Está sentada delante de él.

Solo que ya no puede permitirse quedarse.

...

A lo largo de la semana, estudiar con Ethan se convierte en algo ocasional.

Demasiado ocasional para llamarlo rutina.

Demasiado frecuente para ignorarlo.

A veces, él aparece en la biblioteca y yo ya estoy allí. Otras veces, llego y encuentro un sitio ocupado frente a él. Una tarde, me siento sin preguntar.

Él levanta la vista.

— ¿Te gustó esta mesa?

— La iluminación es mejor.

— ¿Me estás siguiendo?

— Es una biblioteca.

— Podrías haber elegido otra.

— Me gustó esta.

Él sonríe.

Me arrepiento inmediatamente de haber usado sus palabras.

Pero no me levanto.

La presencia de Ethan empieza a volverse familiar otra vez.

Y es justamente eso lo que me asusta.

Me doy cuenta de que él sigue poniendo los libros en una pila torcida. Sigue olvidando la tapa del bolígrafo sobre la mesa. Sigue golpeando el pie en el suelo cuando está impaciente. Sigue robando cualquier cosa que esté al alcance, desde una patata hasta la goma que uso para borrar.

— Tú tienes la tuya — digo cuando él coge la mía.

— La mía desapareció.

— Está en tu mano.

Él mira.

— Eso explica muchas cosas.

— Eres increíble.

— Me echaste de menos.

La frase me pilla desprevenida.

— No.

— Respondiste demasiado rápido.

— Porque es una pregunta absurda.

— No lo es.

— Sí lo es.

— Sí lo hiciste.

— Eché de menos algunas cosas.

Ethan se pone serio.

— ¿Cuáles?

No debería responder.

— A tu hermano.

— ¿Noah?

— Era gracioso.

— Acabas de decir que lo echaste de menos a él, no a mí.

— Tú estabas incluido en el paquete.

— Qué bien.

— No te emociones.

— Demasiado tarde.

Él vuelve a estudiar.

Yo también.

Pero el calor permanece en mi rostro.

Esta es la peor parte de Ethan.

No necesita hacer grandes declaraciones. No necesita tocarme ni decir algo bonito.

Basta con sonreír.

Basta con recordar.

Basta con actuar como si todavía me conociera.

...

El viernes por la tarde, estudiamos solos en una sala vacía.

La biblioteca está llena, así que Ethan encuentra una sala de seminarios abierta y me sostiene la puerta.

— Sabes que esto puede considerarse allanamiento — digo.

— La puerta estaba abierta.

— Ese argumento no funciona.

— Funciona hasta que alguien se queje.

— ¿Y si alguien se queja?

— Digo que tú me obligaste.

— Siempre fuiste un cobarde.

— Yo prefiero estratégico.

Nos sentamos en lados opuestos de la mesa.

El espacio es silencioso, iluminado por el sol débil que atraviesa las ventanas. Hay una pizarra blanca en la pared, y Ethan escribe una secuencia de conceptos mientras repasa la materia.

Yo lo sigo.

Su concentración vuelve a llamar mi atención.

La cara seria.

Los labios entreabiertos.

La línea firme de los hombros bajo la camisa.

Las mangas dobladas hasta los antebrazos.

La mano sujetando el rotulador.

No es justo.

Durante cuatro años, me acostumbré a recordar a Ethan como un chico. Alto, guapo, pero todavía joven. Una persona a la que yo amaba de una forma que parecía imposible esconder y, al mismo tiempo, imposible revelar.

Ahora, está delante de mí con el cuerpo de un hombre.

La voz más grave.

La postura más segura.

La mirada más difícil de sostener.

La atracción surge con una fuerza que no puedo controlar.

Cierro el libro.

Necesito dejar de observarlo.

Necesito recordar.

Recuerdo la fiesta.

A la pelirroja.

El beso.

La manera en que Ethan sostenía a Madison.

Recuerdo la vergüenza de haber creído que nuestros momentos significaban algo más que amistad.

Recuerdo haber llegado a aquella casa preparada para entregar mi corazón y haber salido sin que él siquiera supiera que yo lo había llevado.

Por eso me alejé.

No porque fuera fácil.

Porque quedarme cerca de él era peor.

— ¿Estás bien? — pregunta Ethan.

— Estoy.

— Cerraste el libro.

— Estaba cansada.

— ¿Quieres parar?

— No.

— Lily.

— Dije que estoy bien.

Él me observa durante unos segundos.

Después, deja el rotulador sobre la mesa.

— Haces eso cuando quieres que deje de preguntar.

— Entonces deja de hacerlo.

— No puedo.

La honestidad me hace mirarlo.

— Podrías intentarlo.

— Lo intenté durante cuatro años.

Mi pecho se encoge.

— Y sobreviviste.

— No fue exactamente una experiencia agradable.

— Encontraste a otras personas.

— Sí.

— Hiciste amigos.

— Sí.

— Seguiste adelante.

— Terminé la carrera.

— No fue eso lo que pregunté.

Ethan se queda en silencio.

No debería haber dicho eso.

No debería haber permitido que la conversación se acercara a esa zona.

Pero él no aparta la mirada.

— ¿Quieres saber si seguí adelante? — pregunta.

— No.

— Sí quieres.

— No importa.

— Para ti, parece importar.

— No importa.

— Lily.

— ¿Qué?

Él apoya los brazos sobre la mesa.

— ¿Qué te hice yo?

El mundo parece detenerse.

La pregunta es la misma que pasé años temiendo.

No es una acusación.

Es peor.

Es un intento sincero de entender.

La respuesta está dentro de mí.

No hiciste nada.

Besaste a otra chica.

No sabías que yo te amaba.

No tenías cómo saberlo.

— Nada — respondo.

Ethan frunce el ceño.

— ¿Nada?

— Nada.

— Entonces, ¿por qué me trataste como si yo lo hubiera hecho todo?

No respondo.

La sala permanece silenciosa.

El rotulador está al lado de su mano. El libro sigue abierto delante de mí, pero no consigo ver las palabras.

Ethan espera.

No me presiona con la voz.

No repite la pregunta.

Solo espera.

Me gustaría que hiciera una broma. Que robara algo de mi plato. Que se quejara de la materia.

Cualquier cosa sería mejor que este silencio.

Porque ahora él me está mirando como miraba a los quince años, cuando yo escondía algo y él sabía que había una verdad detrás de mi respuesta.

La diferencia es que, esta vez, la verdad puede destruirlo todo.

— No lo sé — digo.

Mi voz casi no sale.

Ethan no lo cree.

Lo veo en su rostro.

— Sí lo sabes.

— No.

— Lily.

— No sé cómo explicarlo.

— Inténtalo.

— No puedo.

— ¿Por qué?

Levanto la vista.

Está lo bastante cerca como para que yo vea el cambio en su rostro, el cansancio, la confusión y la esperanza que intenta esconder.

La esperanza de que yo todavía confíe en él.

La esperanza de que exista alguna respuesta capaz de devolver los cuatro años perdidos.

— Porque no fue simple — digo.

— Entonces no era nada.

— Yo no dije eso.

— Dijiste que yo no hice nada.

— No lo hice.

— Pero algo pasó.

Cierro el libro.

— Ethan, no quiero hablar de eso.

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué sigues?

— Porque no puedes decirme que no hice nada y, al mismo tiempo, esperar que yo acepte haber sido borrado de tu vida.

— Yo no espero nada de ti.

— Ese es el problema.

La frase me hiere.

Él se levanta.

Por un segundo, creo que se irá.

Pero se queda junto a la mesa.

— No necesitas contármelo todo hoy — dice. — Tal vez ni quieras contármelo mañana.

— Ethan…

— Pero no digas que no pasó nada.

— ¿Qué quieres que diga?

— La verdad.

— No te va a gustar.

— Tal vez no me guste el silencio.

No encuentro respuesta.

Él coge el rotulador y borra parte de lo que escribió en la pizarra. El gesto es lento, distraído.

— No sé por qué te fuiste — dice. — No sé por qué dejaste de hablar conmigo. No sé por qué, después de cuatro años, todavía me miras como si yo fuera alguien de quien necesitas protegerte.

Todo mi cuerpo se queda inmóvil.

— Pero sé que hay un motivo.

Vuelve a mirarme fijamente.

— Y, mientras no me lo cuentes, no voy a poder fingir que somos solo dos compañeros que tuvieron la suerte o la mala suerte de estudiar en la misma universidad.

La palabra mala suerte me molesta.

— ¿Crees que fue mala suerte?

— No lo sé.

— Entonces, ¿por qué sigues sentado aquí?

— Porque todavía quiero creer que algunas cosas no terminan simplemente.

No consigo respirar bien.

Ethan se aparta de la mesa.

— Voy a dejarte estudiar.

— Ethan.

Él se detiene.

— ¿Qué?

Quiero decir que lo siento.

Quiero decir que él no hizo nada.

Quiero decir que yo lo amé desde antes de aquella noche y que me alejé porque no soporté descubrir que tal vez él nunca me había visto de la misma manera.

No digo nada.

Él espera un segundo más.

Después sale.

Me quedo sola en la sala, con el libro abierto, la pizarra parcialmente borrada y una verdad atrapada en la garganta.

Ethan tiene razón en una cosa.

Nada de aquello fue simple.

Pero él todavía no sabe que, para mí, lo peor no fue el beso.

Fue darme cuenta de que yo había pasado años amando a alguien que ni siquiera supo que necesitaba elegirme.

CAPÍTULO 10

ETHAN

Las primeras evaluaciones llegan antes de que tengamos tiempo de acostumbrarnos a la rutina.

En la segunda semana, los profesores empiezan a hablar sobre exámenes como si estuvieran anunciando cambios en el clima.

— El próximo viernes, tendremos la primera evaluación.

— El examen cubrirá todo el contenido presentado hasta aquí.

— No será un examen difícil para quien esté siguiendo.

Esta última frase provoca más ansiedad que cualquier amenaza.

Nadie cree cuando un profesor dice que la evaluación no será difícil.

La biblioteca se llena todas las tardes. Las mesas ocupadas, los pasillos llenos de estudiantes cargando libros y los grupos de estudio repartidos por los espacios comunes. La universidad entera parece respirar a un ritmo más rápido.

Yo también.

Paso más tiempo frente a los libros del que debería. Tomo demasiado café. Duermo menos. Releo las mismas páginas hasta que las palabras pierden el sentido.

Daniel se da cuenta primero.

— Has estado estudiando durante cinco horas —dice, apoyado en el marco de la puerta del dormitorio.

— No lo estoy.

— Sí lo estás.

— Hice una pausa.

— Fuiste al baño.

— Fue una pausa.

— Necesitas dormir.

— Necesito aprobar el examen.

— Las dos cosas pueden coexistir.

— No estoy seguro.

Él observa la pila de libros sobre la mesa.

— ¿Estás intentando memorizar todo el curso en una noche?

— Estoy intentando seguir el ritmo.

— Siempre hablas como si estuvieras atrasado.

— Tal vez lo esté.

— El examen es el viernes.

— Hoy es martes.

— Exactamente. Todavía tienes tres días.

— Tres días no es mucho tiempo.

Daniel entra en la habitación y toma uno de los libros.

— Sabes que no necesitas ser el mejor alumno de todos, ¿verdad?

— Lo sé.

— No lo parece.

— No estoy intentando ser el mejor.

— Ethan.

— Estoy intentando estar preparado.

— ¿Eso es diferente?

— Sí.

Él deja el libro de vuelta sobre la mesa.

— ¿Conoces a alguien aquí que esté más preparado que tú?

Pienso en Lily.

Ella probablemente tendría una respuesta mejor para esa pregunta.

— Conozco a algunas personas.

— ¿Quién?

— No importa.

— ¿Lily?

No respondo.

Daniel me mira con una expresión que se vuelve cada vez más familiar.

— ¿La chica de la biblioteca?

— Ella es mi compañera.

— La chica a la que conoces desde hace mucho tiempo.

— Sí.

— ¿La misma que hace que mires el celular cada diez minutos?

— No miro el celular cada diez minutos.

Él revisa el aparato sobre la mesa.

— Hace ocho minutos que miraste.

Agarro el teléfono.

— Estaba esperando un mensaje de la universidad.

— Claro.

— Hablas demasiado.

— Ya usaste esa frase sobre mí.

— Porque sigue siendo verdad.

— Y tú sigues desviándote cuando el tema es ella.

— No existe tema.

Daniel levanta las manos.

— Está bien.

Vuelve a su propia cama.

Yo intento retomar la lectura.

No puedo.

El problema no es Lily.

O no solo ella.

Es el hecho de que, desde que la reencontré, no consigo separar completamente el pasado del presente. Cada evaluación, cada libro y cada aula me recuerda que estamos nuevamente en la misma vida.

Ethan y Lily.

Los dos estudiantes que estudiaban juntos en la secundaria.

Los dos que soñaban con Medicina.

Los dos que siguieron caminos diferentes.

Los dos que ahora comparten el mismo campus.

Debería estar concentrado en el examen.

En lugar de eso, pienso en cómo Lily aprieta el bolígrafo cuando está nerviosa.

...

La encuentro en la biblioteca al final de la tarde.

Ocupa la mesa habitual, rodeada de hojas, libros y tarjetas de repaso. El cabello está recogido de cualquier manera. Hay una taza de café al lado de su mano, pero no parece haber bebido más que unos pocos sorbos.

Me acerco.

— ¿Cuánto tiempo llevas estudiando?

Ella no levanta la vista.

— No sé.

— Eso significa mucho tiempo.

— Significa que no miré el reloj.

— ¿Has comido?

— Sí.

— ¿Qué?

— Comida.

— Eso no es una respuesta.

— Es suficiente.

Tiro de la silla frente a ella.

— Estás agotada.

— No lo estoy.

— Sí lo estás.

— Pareces estar obsesionado con decir eso.

— Porque pareces decidida a negarlo.

Ella sigue escribiendo.

— Solo estoy concentrada.

— Estás sujetando el bolígrafo con demasiada fuerza.

Su mano se relaja un poco.

— Es un hábito.

— Lo sé.

— Sabes muchas cosas.

— Algunas.

Por fin levanta la vista.

— No empieces.

— No empecé nada.

— Siempre dices eso antes de empezar.

— Entonces todavía recuerdas cómo soy.

— Desafortunadamente.

Me siento.

Lily no me echa.

Eso se ha convertido en una especie de acuerdo silencioso entre nosotros. Yo aparezco. Ella se queja. Yo me quedo. Después de un tiempo, la conversación disminuye y estudiamos.

No es como antes.

Pero se parece lo suficiente como para dejarme queriendo más.

Abro el libro.

— ¿Qué contenido estás repasando?

— Anatomía.

— Ya terminaste ese capítulo.

— Quiero repasarlo otra vez.

— Lo repasaste ayer.

— Puedo repasarlo cuantas veces quiera.

— Puedes. Pero no vas a recordar nada si estás cansada.

— Yo recuerdo.

— Lily.

— Ethan.

— No dormiste bien.

Ella cierra el libro.

— ¿Cómo lo sabes?

— Estás leyendo la misma línea desde hace diez minutos.

— Estaba pensando.

— ¿Piensas mirando la misma línea?

— A veces.

— Siempre te tocas el cabello cuando estás intentando convencerte de que estás bien.

Su mano se levanta por reflejo hasta el lado de la cabeza.

Se detiene a mitad del movimiento.

— Yo no hice eso.

— Sí lo hiciste.

— Te lo estás inventando.

— Solías hacerlo cuando escondías algo.

— Yo no escondo nada.

La frase sale rápida.

Demasiado rápida.

Su mirada se desvía.

La vieja respuesta.

Por unos segundos, pienso en preguntar qué está escondiendo ahora.

No lo hago.

No quiero convertir la biblioteca en otra discusión.

— Necesitas hacer una pausa —digo.

— No.

— Sí.

— No.

— Estás repitiendo la misma respuesta desde hace tres minutos.

— Porque sigues preguntando.

— Entonces la respuesta es no.

— Exactamente.

— Genial. Vamos a salir.

Lily frunce el ceño.

— ¿Nosotros vamos a dónde?

— A comer.

— Ya dije que comí.

— Dijiste que comiste comida. No dijiste cuándo.

— No tengo hambre.

— Yo sí.

— Entonces ve a comer.

— Quiero que vengas conmigo.

Ella me mira por encima del libro.

La frase parece más íntima de lo que pretendía.

Corrijo rápidamente:

— Porque llevas horas estudiando.

— Podrías simplemente decir que necesito alimentarme.

— Podría.

— Entonces, ¿por qué no lo dijiste?

— Porque parece algo que diría tu madre.

— Y tú no quieres parecer mi madre.

— Definitivamente no.

Una sonrisa pequeña aparece en su rostro.

— Eres un idiota.

— Ya escuché eso antes.

— Muchas veces.

— Generalmente de ti.

— Porque te lo mereces.

— Entonces ven a cenar conmigo.

Lily mira los libros.

Luego el reloj.

— Solo por media hora.

— Treinta minutos.

— Sin elegir un lugar caro.

— Estaba pensando en la cafetería.

— ¿Ahí todavía sirven comida?

— Si llamamos a eso comida.

— Ethan.

— Está bien. Vamos a buscar algo.

Ella empieza a guardar los materiales.

No digo que estoy satisfecho.

Pero lo estoy.

...

Salimos de la biblioteca ya al inicio de la noche.

El aire está frío, y el campus parece diferente bajo las luces de los edificios. Estudiantes cruzan las aceras cargando abrigos y mochilas. Algunos caminan en grupos. Otros van solos, concentrados en sus propios pensamientos.

Lily se abraza los brazos contra el cuerpo.

— ¿Trajiste abrigo? —pregunto.

— No.

— Sabías que hacía frío.

— Salí por la mañana.

— ¿Y no te diste cuenta de que la temperatura cambiaría?

— Estaba ocupada.

— Nunca cambias.

— ¿Eso es una crítica?

— Una observación.

— ¿Aprendiste esa palabra hoy?

— Estoy intentando usarla correctamente.

Me quito la chaqueta.

— No.

— Tienes frío.

— No lo tengo.

— Lily.

— Ethan.

— Póntela.

— Tú vas a tener frío.

— Llevo una camisa gruesa.

— Eso no es una chaqueta.

— Siempre fuiste muy preocupada por los detalles.

— Alguien tiene que serlo.

Ella no toma la chaqueta.

Seguimos caminando.

Después de unos pasos, la veo frotarse las manos.

— Tienes frío.

— Estoy bien.

— Puedes dejar de usar esa respuesta.

— Tú también.

Me detengo y le extiendo la chaqueta.

Lily me mira fijamente.

— No hace falta.

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué la estás ofreciendo?

— Porque quiero.

Ella duda.

Sus ojos bajan hasta la chaqueta, luego vuelven a mi rostro.

— Te vas a congelar.

— No me voy a congelar.

— Estás siendo dramático.

— Ya dijiste eso.

— Porque sigue siendo verdad.

— Póntela.

Ella suspira y toma la chaqueta.

La tela es demasiado grande para ella. Las mangas cubren parte de sus manos. Cuando cierra la cremallera, el olor de mi perfume se

queda en ella.

Intento no pensar en eso.

Fallo.

Lily también parece darse cuenta.

Baja el rostro, como si el frío fuera la razón de que sus mejillas estén sonrojadas.

— ¿Está mejor? —pregunto.

— Sí.

— Entonces funcionó.

— No te acostumbres.

— Acabas de usar una de mis frases.

— Lo sé.

Sonrío.

Ella mira hacia el otro lado.

...

Encontramos un pequeño restaurante a dos cuadras del campus.

No está planeado.

No es especial.

Hay algunas mesas ocupadas, luces amarillentas y un menú sencillo pegado a la pared. El lugar parece hecho para estudiantes que necesitan comer rápido antes de volver a los libros.

— ¿Esto sirve? —pregunto.

Lily observa el interior.

— Sirve.

— ¿Estás segura?

— Dije que tenía treinta minutos.

— No quiero que te arrepientas.

— Me arrepiento de muchas cosas. Un restaurante no será lo más importante.

La frase se dice como una broma.

No lo parece.

Elegimos una mesa cerca de la ventana.

Lily coloca mi chaqueta sobre el respaldo de la silla, pero no me la devuelve.

— Puedes seguir usándola —digo.

— Lo sé.

— Solo lo estoy avisando.

— Gracias.

— De nada.

El camarero entrega los menús. No necesitamos mucho tiempo para elegir. Lily pide pasta. Yo elijo un sándwich y papas.

Cuando llega el plato, ella observa mis papas.

— Ni lo pienses.

— No hice nada.

— Estás mirando.

— Estoy mirando la mesa.

— La mesa está al lado de mi plato.

— Coincidencia.

— Ethan.

— Lily.

Ella empuja el plato un poco más cerca de sí.

— Sigues robando comida.

— Todavía no robé nada.

— Porque estoy prestando atención.

— Siempre fuiste muy vigilante.

— Aprendí de ti.

— Soy una buena influencia.

— Intentaste convencerme de faltar a un examen.

— Estaba proponiendo una pausa estratégica.

— Me llevaste a comprar helado.

— Y sacaste la nota más alta de la clase.

— Porque estudié después.

— Entonces funcionó.

Ella niega con la cabeza.

La conversación fluye con una facilidad que no debería existir.

Hablamos sobre profesores, sobre la universidad y sobre el campus. Lily se queja de que todavía se pierde en algunos edificios. Yo digo que pasé casi media hora buscando la biblioteca el primer día. Ella pregunta cómo conseguí llegar a clase.

— Corriendo.

— ¿Llegaste tarde?

— Casi.

— Siempre llegas temprano.

— Venía desde Virginia.

— ¿Condujiste hasta aquí el mismo día?

— Sí.

— ¿Con todas esas cajas?

— Sí.

— ¿Por qué?

— Porque pensé que podría.

— No cambiaste nada.

— Eso parece importante para ti.

— No lo es.

— Estás sonriendo.

— No lo estoy.

— Sí lo estás.

— Te estás volviendo insoportable.

— Siempre lo fui.

— Verdad.

La palabra se dice con tanta naturalidad que nos detenemos por unos segundos.

Es extraño oír a Lily admitir cualquier cosa sobre el pasado sin intentar cerrarla inmediatamente.

— ¿Te gustó Virginia? —pregunta ella.

— Me gustó.

— ¿Hiciste amigos?

— Algunos.

— ¿Estudiaste mucho?

— Sí.

— Eso podría haberlo respondido yo.

— No lo sabes todo.

— Sé que conviertes cualquier examen en una cuestión de supervivencia.

— Y tú conviertes cualquier contenido en una competencia.

— Yo no hago eso.

— Lo hacías.

— Tal vez.

— Acabas de admitirlo.

— No te acostumbres.

La conversación adquiere un ritmo propio.

No necesitamos pensar tanto.

No necesitamos medir cada palabra.

Durante casi una hora, somos solo dos personas cenando después de estudiar.

La realidad vuelve cuando el celular de Lily vibra sobre la mesa.

Ella mira la pantalla.

— ¿Tu madre? —pregunto.

— Mi hermana.

— ¿Todavía llama con frecuencia?

— Casi todos los días.

— ¿Está emocionada por visitar Chicago?

— Mucho.

— ¿La vas a llevar al hospital?

— La voy a llevar a todos los lugares que ella quiera.

— ¿Todavía dibuja?

Lily sonríe.

— Sigue.

— Tal vez algún día haga sus dibujos en un libro.

— Ella dice que va a ser artista.

— Y tú la vas a apoyar.

— Siempre.

La respuesta es inmediata.

No hay vacilación.

Observo la forma en que su rostro se transforma cuando habla de su hermana. La rigidez desaparece. Los ojos se vuelven más vivos. La voz se vuelve más ligera.

Es una parte de Lily que siempre conocí.

Pero también es una parte que perdí durante cuatro años.

— ¿La extrañaste mucho cuando te fuiste a Massachusetts? — pregunto.

— Sí.

— ¿Y a tu madre?

— También.

— ¿Te adaptaste rápido?

— No.

Ella juega con la servilleta.

— Al principio, llamaba a casa todos los días. Después, encontré una rutina. La carrera ocupaba mucho tiempo.

— Nunca fuiste buena para quedarte quieta.

— Tú tampoco.

— Lo sé.

El silencio que viene después no es incómodo.

Por primera vez, hablamos de los años separados sin que ella salga corriendo o termine la conversación.

No hablamos directamente del motivo.

Pero hablamos de lo que pasó después.

Tal vez sea lo máximo que ella puede ofrecer.

...

— ¿Saliste con alguien en Virginia? —pregunta Lily.

La pregunta parece casual.

Pero percibo la forma en que sostiene el vaso.

— Con algunas personas.

— ¿Algunas?

— No al mismo tiempo.

Ella me lanza una mirada.

— No quise decir eso.

— Lo sé.

— ¿Fueron relaciones serias?

— Una de ellas duró casi un año.

— ¿Y las otras?

— No fueron exactamente relaciones.

— Entiendo.

Ella baja la mirada.

— ¿Y tú?

La pregunta sale antes de que yo consiga decidir si quiero hacerla.

Lily parece pensar.

— No tuve nada serio.

— ¿Nada?

— Algunas cosas.

— ¿Algunas cosas?

— Personas con las que salí. Nada que durara mucho.

— ¿Por qué?

Ella levanta la vista.

— ¿Por qué qué?

— ¿Por qué nada duró?

— Yo estudiaba.

— Tú también estudiabas cuando tenías dieciocho años.

— En esa época, yo tenía tiempo para otras cosas.

— ¿Y después?

— Después, no quise.

La respuesta es simple, pero no parece completa.

— ¿No quisiste tener novio?

— No quise complicar mi vida.

— ¿Las relaciones complican?

— Algunas.

— Hablas como si tuvieras experiencia suficiente para afirmarlo.

Ella aprieta los labios.

— No necesito haber vivido todo para saber que puede ser complicado.

— Tal vez.

— ¿Me estás interrogando?

— No.

— Parece.

— Solo estoy conversando.

— Entonces conversa sobre otra cosa.

Ella levanta el vaso y toma un sorbo.

No hay nada agresivo en su tono, pero el cambio es evidente.

La conversación se cerró.

— Está bien —digo.

— No hace falta que te ofendas.

— No lo estoy.

— Sí lo estás.

— No lo estoy.

— Ethan.

— Lily.

Ella me mira.

— A ti tampoco te gusta cuando yo uso tus respuestas.

— No me gusta cuando cierras una conversación sin explicar.

— No todo necesita ser explicado.

La frase vuelve.

La misma pared.

No insisto.

El camarero pasa cerca de la mesa, y Lily pide la cuenta antes de que yo consiga llamar.

— Yo pago —digo.

— No.

— Yo te invité.

— Tú no me invitaste. Tú me arrastraste fuera de la biblioteca.

— Entonces pago por el rescate.

— Ethan.

— Lily.

— Lo dividimos.

— No.

— No voy a dejar que pagues tú solo.

— Todavía discutes por todo.

— Tú todavía intentas decidir por mí.

— Es una tradición.

Ella mira el recibo.

— No recuerdo haber estado de acuerdo.

— Estuviste de acuerdo cuando aceptaste mi chaqueta.

— Puedo devolverla.

— Después de usarla.

— Eres muy irritante.

— Y tú todavía estás usando la chaqueta.

Lily se da cuenta.

Su mano toca la manga.

— Lo olvidé.

— Claro.

Ella no se la quita.

Cuando salimos del restaurante, la noche está más fría.

Esta vez, Lily no intenta devolver la chaqueta.

...

Caminamos de vuelta al campus sin prisa.

La conversación sobre relaciones dejó una marca en el aire. Ninguno de los dos menciona el tema otra vez, pero sigue presente.

Ethan salió con alguien.

Esa información debería ser indiferente.

Vivió cuatro años sin mí. Es natural que haya conocido gente, salido, besado y construido relaciones.

Aun así, imaginar a alguien ocupando el espacio que yo siempre quise tener hace que se me oprima el pecho.

No tengo derecho a sentir celos.

Ethan nunca supo que yo lo amaba.

Nunca me prometió nada.

Nunca me pidió que esperara.

— Estás callada —dice él.

— Estoy cansada.

— ¿Es por la conversación?

— ¿Qué conversación?

— Tú sabes.

— No estoy pensando en eso.

— Sí lo estás.

— No puedes saberlo todo.

— Estás caminando más rápido.

Me doy cuenta de que, de hecho, aceleré el paso.

— Tengo frío.

— Estás usando mi chaqueta.

— Todavía tengo frío.

— Entonces quédate más cerca.

La frase sale con naturalidad.

Mi cuerpo reacciona antes de que yo consiga impedirlo.

— No hace falta.

— Yo no dije que hiciera falta.

— Lo sugeriste.

— Hice una observación.

— Estás usando esa palabra otra vez.

— Funciona.

— No funciona conmigo.

— Está funcionando ahora.

Nos detenemos frente a la entrada del dormitorio.

La puerta de vidrio refleja nuestras imágenes. Yo estoy usando su chaqueta. Ethan está sin abrigo, con las manos en los bolsillos y el cabello despeinado por el viento.

La escena parece demasiado íntima.

— Gracias por la cena —digo.

— No fue una cita.

Las palabras se escapan.

Ethan me mira.

Yo también.

— Yo no dije que lo fuera —respondo.

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué lo dijiste?

— Porque me estás mirando como si yo lo hubiera llamado cita.

— No lo estoy.

— Sí lo estás.

— Sigues convencido.

— Y tú sigues negando lo obvio.

— ¿Qué obvio?

— Que fue agradable.

— ¿La cena?

— La noche.

Mi corazón late más fuerte.

— Lo fue.

La respuesta es baja.

Él parece satisfecho, pero no sonríe del todo.

— A mí también me gustó.

El viento pasa entre nosotros.

— Deberías entrar —digo.

— Tú también.

— Yo estoy entrando.

— Lo sé.

Ninguno de los dos se mueve.

La puerta automática se abre cuando alguien se acerca desde dentro. Un grupo de estudiantes sale conversando y pasa a nuestro lado. Necesitamos hacer espacio.

Lily aprieta la chaqueta contra el cuerpo.

Ethan mira la mano de ella.

Luego el rostro.

La luz del vestíbulo ilumina sus ojos.

Por unos segundos, no existe conversación.

Existe solo la proximidad.

El recuerdo de cómo sería tocar.

El pensamiento surge rápido, no deseado e imposible de ignorar.

Ethan se acerca un poco.

No lo suficiente para tocar.

Todo mi cuerpo se pone alerta.

Él parece darse cuenta.

Se detiene.

La distancia entre nosotros permanece.

Ninguno de los dos hace nada.

Si él se inclinara, tal vez yo no me apartaría.

Esa es la verdad más peligrosa de la noche.

— Buenas noches, Lily —dice él.

— Buenas noches, Ethan.

Él espera un segundo más.

Entonces se aleja.

Entro en el dormitorio sin mirar atrás.

Pero siento sus ojos en mí hasta que la puerta se cierra.

...

En la habitación, me quito la chaqueta despacio.

La tela todavía conserva el olor de Ethan.

La coloco sobre la silla.

No debería haberla traído conmigo.

No debería haber aceptado.

No debería haberme quedado tanto tiempo frente a la puerta.

No debería haber deseado que él se acercara.

Abro el libro de Anatomía.

Las palabras no tienen sentido.

Cierro.

Me siento en la cama y miro la chaqueta.

El recuerdo de la cena vuelve en fragmentos.

Las papas.

Las bromas.

La pregunta sobre relaciones.

La forma en que él me miró frente a la entrada.

La proximidad que no llegó a suceder.

Me recuerdo a mí misma por qué me alejé.

Ethan estaba besando a otra chica.

Yo lo amaba.

Él no lo sabía.

Nada cambió.

Pero mi cuerpo no parece convencido.

El problema no es solo que todavía siento algo.

Es que ahora, después de cuatro años, Ethan también parece darse cuenta de que hay algo entre nosotros.

Tal vez no sepa qué es.

Tal vez todavía piense que se trata solo de amistad, nostalgia o curiosidad.

Pero la manera en que nos quedamos parados frente al dormitorio no perteneció completamente al pasado.

Fue presente.

Fue atracción.

Y, por primera vez desde que Ethan volvió a mi vida, no estoy segura de que vaya a poder seguir huyendo.

CAPÍTULO 11

LILY

Lo primero que noto es que he empezado a esperar los mensajes de Ethan.

No de una manera obvia.

No dejo el celular sobre la mesa con la pantalla hacia arriba. No reviso la bandeja de entrada cada minuto. No sonrío cada vez que aparece su nombre.

Al menos, no cuando alguien está mirando.

Pero lo noto.

El lunes, entro en el aula de Fisiología y lo busco antes de elegir un lugar.

El martes, llego a la biblioteca y miro automáticamente la mesa cerca de las ventanas.

El miércoles, reconozco sus pasos en el pasillo incluso antes de que aparezca su voz.

El jueves, abro el celular durante la cena solo para comprobar si escribió.

El viernes, me doy cuenta de que sé exactamente dónde suele estudiar Ethan cuando no está en la biblioteca.

Prefiere la sala de seminarios del segundo piso, porque la iluminación es mejor y casi nadie pasa por allí. Se sienta siempre en la misma posición, de espaldas a la pared y de frente a la puerta. Dice que le gusta ver quién entra.

Yo sé que es mentira.

Le gusta controlar el ambiente.

Siempre le gustó.

A los quince años, elegía la silla más cercana a la ventana durante las clases particulares. A los diecisiete, se sentaba en la esquina del sofá para poder alcanzar el control de la televisión. A los dieciocho, estacionaba el coche de modo que pudiera salir primero cuando fuera necesario.

A Ethan le gusta saber dónde están las cosas.

Incluidas las personas.

Yo solía ser una de ellas.

Quizá todavía lo sea.

Eso es lo que necesito evitar.

...

Aquella mañana, él no llega antes de la clase.

Me siento en el lugar de siempre y abro el cuaderno. Hay estudiantes repartidos por el aula, conversando sobre la evaluación. Algunos repasan apuntes. Otros parecen demasiado tranquilos para alguien que tendrá que responder preguntas sobre un contenido que

el profesor presentó a una velocidad absurda.

Miro la puerta.

Ethan no aparece.

Intento volver la vista al cuaderno.

No puedo.

Pasan dos minutos más.

Luego, tres.

El profesor entra.

Ethan todavía no.

Siento una inquietud que no debería existir.

Tal vez esté durmiendo.

Tal vez se haya quedado atrapado en el tráfico.

Tal vez haya decidido estudiar en otro lugar.

La última posibilidad me incomoda más de lo que debería.

Cuando el profesor empieza a hablar, intento concentrarme. No consigo seguir la primera explicación porque sigo escuchando el pasillo a través de la puerta.

Cuando se abre, mi rostro se gira antes de que pueda impedirlo.

Ethan entra.

Lleva la mochila sobre un hombro, el cabello húmedo y una expresión cansada. Pide disculpas al profesor y busca un lugar.

Hay una silla vacía a mi lado.

Él se da cuenta.

Yo también.

Por un segundo, considero poner mi mochila sobre ella.

No lo hago.

Ethan se acerca.

— ¿Puedo?

— La silla está vacía.

— Eso no responde.

— Ya te sentaste antes sin pedir.

— Estoy intentando ser educado.

— Estás fallando.

Él sonríe y se sienta.

Su perfume me llega.

Mi cuerpo lo reconoce antes de que yo consiga controlar.

— ¿Estás bien? — pregunto en voz baja.

— Estoy.

— Llegas tarde.

— Me di cuenta.

— Tú nunca llegas tarde.

— Me fui a dormir tarde.

— ¿Estudiando?

— No exactamente.

Lo miro.

— ¿Qué hiciste?

— Me quedé conversando.

— ¿Con quién?

— Daniel.

La respuesta debería tranquilizarme.

No sé por qué me tranquiliza.

— No deberías quedarte despierto hasta tarde durante la semana.

— ¿Estás preocupada por mí?

— Estoy haciendo una observación.

— Claro.

El profesor mira en nuestra dirección.

Los dos volvemos la atención hacia delante.

Durante la clase, Ethan intenta seguir los apuntes, pero se queda unos segundos atrás. Empujo mi cuaderno discretamente hacia un lado, permitiendo que vea una parte de la página.

Él mira.

— Gracias — murmura.

— No te acostumbres.

— Acabas de usar una frase mía.

— Lo sé.

Él copia rápidamente.

El movimiento es familiar.

La forma en que se inclina para escribir.

El hombro casi rozando el mío.

La respiración baja.

Yo solía estudiar así con él.

No debería echarlo de menos.

Pero lo echo.

...

Después de la clase, Ethan me alcanza en el pasillo.

— ¿Vas a la biblioteca?

— Tal vez.

— Eso significa que sí.

— Ya sabes la respuesta.

— Entonces puedo acompañarte.

— No necesitas preguntar.

— Estoy intentando ser educado.

— Ya usaste esa excusa.

— Porque funcionó.

— No funcionó.

— No me mandaste a freír espárragos.

— Todavía.

— Entonces hay esperanza.

Camina a mi lado.

No demasiado cerca.

No lo bastante lejos.

El campus está lleno, pero, cuando Ethan camina conmigo, siento que el camino se cierra a nuestro alrededor. Hay estudiantes

pasando, voces y puertas abriéndose, pero mi atención permanece en él.

— ¿Recibiste la nota de la evaluación inicial? — pregunto.

— Todavía no.

— El profesor dijo que no contaba para nota.

— Eso no significa que no quiera saber.

— Quieres saber si fue mejor que yo.

— Ya sabes que lo fue.

— No estoy tan segura.

— Lily, terminaste antes que yo.

— Eso no quiere decir nada.

— Quiere decir que respondiste más rápido.

— O que tú leíste con más cuidado.

— ¿Estás intentando ser humilde?

— Estoy intentando no parecer desesperado.

— Fallaste.

— Eres muy crítica.

— Te gusta.

La frase sale sin pensar.

Ethan me mira.

Yo sigo caminando.

— Acabas de decir que te gusta que yo te critique — comenta.

— Dije que a ti te gusta.

— Eso es diferente.

— Lo es.

— Entonces ¿tú sabes lo que me gusta?

— Algunas cosas.

— ¿Cuáles?

— Café sin azúcar. Lugares con poca gente. Libros organizados por tema. Música baja cuando estudias.

— Todavía lo recuerdas.

— No es difícil.

— Para mí, lo es.

La frase altera el ritmo de la conversación.

— ¿Qué es difícil? — pregunto.

— Recordar que tú sabes esas cosas y, al mismo tiempo, no saber casi nada sobre ti ahora.

No respondo.

El sentimiento que surge no es solo culpa.

Es añoranza.

Y la añoranza es peligrosa porque hace que la distancia parezca un error que todavía puede corregirse.

...

En la biblioteca, elegimos la mesa cerca de las ventanas.

No discutimos.

Solo nos sentamos.

Esa naturalidad debería incomodarme.

En lugar de eso, abre un espacio dentro de mí.

Ethan esparce los materiales.

Yo me quito el abrigo y empiezo a repasar.

Durante casi una hora, estudiamos en silencio.

De vez en cuando, él hace una pregunta. A veces, yo respondo. En otras, discrepamos sobre alguna definición y necesitamos consultar el libro.

La dinámica regresa.

No exactamente como antes.

Más cuidadosa.

Más lenta.

Pero regresa.

— Estás subrayando demasiado — dice.

— No lo estoy.

— Marcaste casi la página entera.

— Todo era importante.

— Si todo es importante, nada lo es.

— Eso no tiene sentido.

— Lo tiene.

— Te estás inventando reglas.

— Tú siempre decías eso cuando yo tenía razón.

— Yo nunca decía eso.

— Lo decías.

— Pruébalo.

— No tengo grabaciones.

— Entonces no pasó.

— Sigues siendo imposible.

— Y tú sigues exagerando.

Él sonríe.

La sonrisa me afecta más de lo que debería.

Bajo la mirada.

— ¿Qué pasa? — pregunta.

— Nada.

— Estás usando tu respuesta.

— Es una respuesta común.

— No para ti.

— Estás repitiendo eso.

— Porque sigue siendo verdad.

Sigo escribiendo.

Pero mi letra pierde firmeza.

Ethan no se da cuenta.

O finge que no.

...

Por la noche, recibo un mensaje suyo.

Ethan: ¿Terminaste el repaso de Fisiología?

Estoy sentada en la cama, con el libro abierto delante de mí.

Lily: Casi.

Ethan: Eso significa que todavía estás estudiando.

Lily: Significa que estoy casi terminando.

Ethan: ¿Comiste?

Lily: Sí.

Ethan: ¿Qué?

Lily: Comida.

Ethan: Esa respuesta es sospechosa.

Lily: No eres mi madre.

Ethan: Tu madre preguntaría con más detalles.

Lily: Ella preguntaría si comí verduras.

Ethan: ¿Comiste?

Lily: Tal vez.

Ethan: Lily.

Lily: Ethan.

Ethan: No cambiaste nada.

Me quedo mirando la pantalla.

La frase debería ser solo una provocación.

Aun así, se me oprime el pecho.

Lily: Tú tampoco.

Ethan: ¿Eso es bueno?

Lily: Todavía lo estoy decidiendo.

Ethan: ¿Necesitas cuatro años para decidir?

Lily: Tal vez.

Ethan: Entonces voy a esperar.

La conversación podría terminar ahí.

No termina.

Él pregunta por el examen. Yo me quejo de la cantidad de contenido. Él manda una fotografía de sus propios apuntes, con una flecha señalando una definición que yo había interpretado de otra manera.

Lily: Estás equivocado.

Ethan: Tengo razón.

Lily: Siempre dices eso.

Ethan: Porque casi siempre la tengo.

Lily: Eso es mentira.

Ethan: Puedes demostrármelo.

Lily: Puedo.

Ethan: Entonces ven aquí.

Lily: Estás en la residencia.

Ethan: Exactamente.

Lily: No voy a cruzar el campus ahora.

Ethan: Tienes miedo de descubrir que tengo razón.

Lily: Tengo miedo de que empieces a creer que la tienes.

Ethan: Demasiado tarde.

Sonrío.

Miro la pantalla y me doy cuenta de que estoy sonriendo sola.

Borro la expresión cuando mi compañera de cuarto entra.

— ¿Buena conversación? — pregunta.

— Con un compañero.

— ¿El compañero de la biblioteca?

— ¿Cómo lo sabes?

— Lo mencionas.

— No lo menciono.

— Lo mencionas.

— Está en la misma clase.

— ¿Solo eso?

— Solo.

Ella se quita los zapatos y se sienta en su propia cama.

— Sonríes cuando hablas de él.

— No estoy hablando de él ahora.

— Estás escribiéndole.

Miro el celular.

Ethan: ¿Sigues ahí?

Lily: Sigo.

Ethan: Pensé que te habías dormido.

Lily: No duermo tan temprano.

Ethan: Dormías a las diez cuando tenías dieciséis años.

Lily: Yo era una persona responsable.

Ethan: Dormías porque te quejabas de que yo no te dejaba dormir.

Lily: Hablabas demasiado.

Ethan: Lo echabas de menos.

Lily: No.

Ethan: Estás mintiendo.

Lily: Buenas noches, Ethan.

Ethan: Todavía no.

Lily: ¿Todavía no qué?

Ethan: Todavía no quiero decir buenas noches.

Mi corazón se acelera.

La frase permanece en la pantalla.

No es una declaración.

No significa nada.

Aun así, siento que algo se abre dentro de mí.

Lily: Tienes clase temprano.

Ethan: Tú también.

Lily: Entonces duerme.

Ethan: ¿Me estás echando?

Lily: Estoy intentando ser sensata.

Ethan: Tú nunca fuiste sensata conmigo.

Lily: Eso es injusto.

Ethan: Es verdad.

Lily: Eres insoportable.

Ethan: Y tú sigues respondiendo.

No encuentro una respuesta inmediata.

Porque él tiene razón.

Podría dejar el celular a un lado.

Podría decir buenas noches.

Podría terminar la conversación.

No lo hago.

Lily: ¿Estás estudiando?

Ethan: No.

Lily: Entonces ¿por qué me preguntaste si terminé?

Ethan: Quería saber si estabas bien.

Leo el mensaje otra vez.

Lily: Estoy bien.

Ethan: Lo sé.

Lily: Entonces ¿por qué preguntaste?

Ethan: Porque me gusta oírte decirlo.

La habitación parece más silenciosa.

Mi compañera de cuarto está acostada, usando auriculares. No se da cuenta de que dejé de escribir.

No sé cómo responder.

La frase es simple.

Pero hay intimidad en ella.

Ethan siempre preguntaba si yo estaba bien. En la escuela, en casa, después de los exámenes, durante las tormentas y en los días en que yo no conseguía respirar bien.

Lo hacía porque era mi mejor amigo.

Solo eso.

El recuerdo debería protegerme.

No protege.

Lily: ¿Todavía haces eso con todo el mundo?

Ethan: ¿Qué?

Lily: Preguntar si están bien.

Ethan: No.

Lily: ¿Por qué?

Ethan: No todo el mundo responde como tú.

Lily: ¿Yo respondo?

Ethan: Tú respondes incluso cuando dices que no quieres.

Lily: Eso no tiene sentido.

Ethan: Lo tiene para mí.

La conversación continúa.

No sé cómo.

Pasamos de exámenes a profesores, de profesores a nuestras familias, de nuestras familias a recuerdos de la escuela.

Él pregunta si todavía tengo miedo de las tormentas.

Digo que no.

Él recuerda que yo dormía con la luz del pasillo encendida.

Lo niego.

Él envía una fotografía de la antigua lámpara del pasillo que encontró en una imagen de la casa de mi madre.

Lily: ¿Guardaste esa foto?

Ethan: Mi madre me la mandó.

Lily: ¿Por qué?

Ethan: Encontró un álbum antiguo.

Lily: ¿Todavía tienen álbumes?

Ethan: Mi madre tiene.

Lily: ¿Todavía ves tus fotos de infancia?

Ethan: Algunas.

Lily: ¿Yo aparezco en muchas?

Ethan: En varias.

Mi dedo se detiene sobre el teclado.

Lily: ¿Por qué?

Ethan: Porque tú siempre estabas allí.

La respuesta es tan simple que duele.

Lily: Podías haber pedido que yo no apareciera.

Ethan: Yo nunca quise que te fueras.

No sé qué decir.

Él tampoco envía otro mensaje.

Durante unos minutos, nos quedamos en silencio, conectados por la pantalla.

La conversación no termina.

...

Ethan: Encontré una cosa.

El mensaje llega casi a medianoche.

Lily: ¿Qué?

Ethan: Una fotografía.

Lily: ¿De qué?

Ethan: Nuestra.

El corazón me late más fuerte.

Lily: ¿Dónde la encontraste?

Ethan: En el fondo de una caja.

Lily: ¿Todavía guardas tus cosas de la escuela?

Ethan: Guardo demasiadas cosas.

Lily: Eso es verdad.

Ethan: ¿Quieres ver?

Lily: Quiero.

La fotografía llega justo después.

La abro.

El cuarto de Ethan aparece en la imagen, más desordenado de lo que yo recordaba. Sobre la cama, hay una caja abierta con cuadernos, tarjetas y fotografías antiguas.

En el centro, una fotografía nuestra.

Tenemos quince años.

Ethan lleva una camiseta azul y tiene el cabello cayéndole sobre la frente. Yo estoy a su lado, con una blusa clara y una sonrisa que parece pertenecer a otra persona.

Estamos sentados en el suelo del cuarto.

Entre nosotros, hay dos libros de Biología y un paquete abierto de galletas.

Reconozco el día.

Fue después de un examen.

Pasamos la tarde estudiando y decidimos que merecíamos una pausa. La madre de Ethan entró en el cuarto, encontró a los dos tumbados en la alfombra y tomó la fotografía sin que nos diéramos cuenta.

Recuerdo reír.

Recuerdo a Ethan quejarse.

Recuerdo pensar que aquel momento era perfecto.

No sabía que, años después, una imagen tan pequeña podría herirme.

Lily: Me acuerdo de ese día.

Ethan: Acababas de decir que ibas a renunciar a Medicina.

Lily: Yo no dije eso.

Ethan: Lo dijiste.

Lily: Dije que iba a renunciar a ese examen.

Ethan: Dijiste que el examen era una conspiración contra ti.

Lily: Lo era.

Ethan: Yo dije que estabas exagerando.

Lily: Tú siempre decías eso.

Ethan: Porque tú siempre exagerabas.

Lily: Te dio miedo que yo realmente renunciara.

Ethan: Me dio.

Lily: ¿Por qué?

La respuesta tarda.

Ethan: Porque tú eras la persona más determinada que yo conocía. No podía imaginarte renunciando.

Aprieto el celular.

La fotografía sigue abierta.

Ethan: Echaba de menos esto.

Me quedo mirando la frase.

Lily: ¿Esto qué?

La respuesta aparece casi de inmediato.

Ethan: A ti.

Mi corazón se detiene.

La pantalla ilumina el cuarto oscuro.

La palabra parece ocupar todo el espacio.

A ti.

No a la fotografía.

No a la escuela.

No a los años antiguos.

A ti.

No consigo responder.

Mis dedos permanecen sobre el teclado.

Escribo una frase.

Borro.

Escribo otra.

Borro.

Lily: Yo…

Me detengo.

Borro.

Ethan no envía nada.

Tal vez esté esperando.

Tal vez haya notado el peso de lo que dijo.

Tal vez haya escrito sin pensar, como tantas otras cosas.

Pero yo pienso.

Pienso demasiado.

Porque él me echó de menos.

Mi cuerpo reacciona a una esperanza que enterré hace cuatro años.

No puedo permitirlo.

No puedo convertir tres palabras en una promesa.

No puedo olvidar la terraza.

La pelirroja.

El beso.

La manera en que Ethan parecía pertenecer a aquel momento.

Él no sabía que yo lo amaba.

Tal vez todavía no lo sepa.

Tal vez "a ti" signifique solo que echó de menos a la amiga que perdió.

Esa es la interpretación más segura.

La única que puedo aceptar.

Aun así, no consigo responder.

Ethan: ¿Lily?

El mensaje aparece.

Lily: Estoy aquí.

Ethan: Desapareciste.

Lily: Estoy pensando.

Ethan: ¿En la fotografía?

Lily: En lo que dijiste.

Su respuesta tarda.

Ethan: Quise decir que te eché de menos.

Lily: Lo entendí.

Ethan: No lo parece.

Lily: Es que no sé qué responder.

Ethan: No necesitas responder nada.

Lily: Pero estás esperando.

Ethan: Tal vez.

Se me oprime el pecho.

Lily: ¿Me echaste de menos durante todo este tiempo?

La pregunta se me escapa.

No debería haberla enviado.

El indicador de escritura aparece casi de inmediato.

Desaparece.

Vuelve.

Desaparece otra vez.

Ethan: Algunos días, más que otros.

La respuesta es demasiado honesta.

Lily: ¿Qué días?

Ethan: Cumpleaños. Exámenes. Cuando pasaba algo bueno. Cuando quería contarle algo a alguien y recordaba que tú eras la primera persona a la que yo llamaba.

Leo despacio.

Cada frase encuentra un lugar dentro de mí.

Lily: Podías haber llamado.

Ethan: Lo intenté.

Lily: No lo intentaste lo suficiente.

Ethan: Tal vez tú no supieras cuánto quería que atendieras.

La culpa me atraviesa el pecho.

Lily: No lo sabía.

Ethan: Lo sé.

Lily: ¿Cómo?

Ethan: Porque tú nunca preguntaste.

No hay acusación.

Solo una verdad.

Me quedo sentada en la cama, con las rodillas dobladas y el celular en las manos.

Lily: No sabía qué decir.

Ethan: Ya dijiste eso.

Lily: Era verdad.

Ethan: ¿Todavía lo es?

La pregunta me paraliza.

No respondo.

La conversación permanece abierta.

Ethan no insiste.

Después de unos minutos, escribe:

Ethan: Deberías dormir.

Lily: Tú también.

Ethan: Buenas noches, Lily.

Lily: Buenas noches.

La pantalla se oscurece.

Pero no consigo dormir.

...

Paso el resto de la noche mirando el techo.

La fotografía sigue guardada en la conversación.

Podría borrarla.

No la borro.

La imagen muestra a una chica que reconozco y no reconozco. La niña de quince años no sabe lo que sentirá tres años después. No sabe que pasará una noche eligiendo un vestido para confesar su amor y saldrá de una fiesta en silencio.

Tampoco sabe que pasará cuatro años escondiendo la verdad.

La chica de la fotografía cree que Ethan es su mejor amigo.

Yo sé que él es más que eso.

Siempre lo supe.

La frase que él envió sigue dentro de mí.

Echaba de menos esto.

A ti.

No sé si quiso decir amistad.

No sé si quiso decir la rutina.

No sé si, al escribir, se dio cuenta de lo que esas palabras me harían.

Tal vez para Ethan sean solo palabras.

Para mí, son una puerta.

Y yo pasé años construyendo paredes para que él no pudiera entrar.

A la mañana siguiente, me despierto antes del despertador.

Lo primero que hago es revisar el celular.

No hay un nuevo mensaje.

Siento decepción.

La constatación me asusta.

Durante el desayuno, espero que él escriba.

No escribe.

En el aula, lo busco antes de sentarme.

Él ya está allí.

Cuando nuestras miradas se encuentran, Ethan sonríe levemente.

No es una sonrisa completa.

Es un reconocimiento silencioso de lo que compartimos durante la madrugada.

Mi corazón se acelera.

Él señala la silla de al lado.

— ¿Dormiste? — pregunta.

— Casi.

— Yo también.

— ¿Te quedaste despierto?

— Tal vez.

— Estás usando esa palabra demasiado.

— Aprendí de ti.

Me siento.

El profesor todavía no llegó.

Ethan saca el cuaderno de la mochila.

— Respondiste a la fotografía.

— Respondí.

— Tardaste.

— Estaba pensando.

— Lo sé.

— No hagas preguntas.

— No lo haré.

Él no pregunta.

Lo agradezco en silencio.

Al mismo tiempo, una parte de mí desearía que preguntara.

Eso es lo que está pasando otra vez.

Ethan está entrando en mi rutina.

Espero sus mensajes.

Lo busco al entrar en el aula.

Sé dónde estudia.

Sé cuándo está nervioso.

Sé cuándo está cansado.

Y él sigue sabiendo cuándo estoy exhausta.

Seguimos intercambiando mensajes como antes.

Seguimos riéndonos de las mismas cosas.

Seguimos encontrando motivos para estar cerca.

Tal vez recuperar a Ethan como amigo parezca inofensivo.

Tal vez sea exactamente lo que yo debería evitar.

Porque, cuando él me mira, no veo solo al chico que perdí.

Veo al hombre que todavía podría destruirlo todo dentro de mí.

Y, por primera vez, no sé si quiero seguir protegiendo mi corazón de él.

CAPÍTULO 12

ETHAN

La amistad vuelve antes de que me dé cuenta.

No hay un momento específico.

Ninguna conversación en la que Lily diga que me perdona. Ninguna promesa de que las cosas serán como antes. Ninguna decisión consciente de ambos.

Simplemente sucede.

Ella empieza a mandarme mensajes por la mañana.

Ethan: ¿Ya estás despierto?

Lily: Por desgracia.

Ethan: Eso significa que dormiste poco.

Lily: Eso significa que tengo clase temprano.

Ethan: Necesitas café.

Lily: Lo sé.

Ethan: Estoy llevando.

Lily: No hace falta.

Ethan: Lo sé.

Cuando llego al aula, ella está sentada en el mismo lugar de siempre. Hay un espacio vacío a su lado.

No necesito preguntar si es para mí.

Me siento.

Ella toma el café de mi mano.

— ¿Sin azúcar? — pregunta.

— Te gusta así.

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué preguntaste?

— Quería confirmar si te acordabas.

— Me acuerdo de algunas cosas.

— ¿Algunas?

— Las importantes.

Ella finge no verse afectada.

Pero sus dedos permanecen alrededor del vaso por unos segundos antes de abrir el cuaderno.

La dinámica regresa en las cosas pequeñas.

Lily me manda fotografías de apuntes cuando falto a alguna parte de la clase. Yo le guardo un lugar en la biblioteca. Ella me recuerda comer. Yo recuerdo que ella se olvidó el abrigo. Ella se queja de que estoy robando su comida. Yo robo de todos modos.

No hablamos todos los días sobre el pasado.

No necesitamos.

El pasado permanece entre nosotros, pero deja de ser la única cosa que existe.

A veces, conseguimos atravesar una tarde entera sin mencionar la fiesta, la graduación o los años en que no nos vimos.

Hablamos sobre la carrera.

Sobre nuestras familias.

Sobre Daniel, que sigue hablando demasiado.

Sobre la hermana de Lily, que manda mensajes durante las clases y exige fotografías de todo lo que existe en Chicago.

Sobre cosas pequeñas.

Así es como la amistad se reconstruye.

No con grandes gestos.

Con repetición.

Con presencia.

Con el hábito de elegir al otro incluso cuando nadie lo está pidiendo.

...

El lunes, Lily llega a la biblioteca antes que yo.

Cuando entro, la encuentro sentada en la mesa cerca de la ventana, con un chico inclinado a su lado.

Él no forma parte de nuestro grupo de estudio.

Lo reconozco vagamente de una de las clases de la semana anterior. Alto, pelo oscuro, sonrisa fácil. Está señalando alguna cosa en el libro de Lily, y ella acompaña la explicación con atención.

Me detengo a unos pasos de la mesa.

No sé por qué me detengo.

El chico dice alguna cosa.

Lily sonríe.

No es la sonrisa que pone cuando mis chistes son malos.

Es una sonrisa educada, pero genuina.

Aun así, siento que algo se me aprieta en el pecho.

No es rabia.

No tengo motivo para estar con rabia.

Él no está haciendo nada malo.

Lily tampoco.

Ella puede hablar con quien quiera. Puede estudiar con quien quiera. Puede sonreírle a quien quiera.

Durante cuatro años, tuvo una vida de la que no formé parte.

No tengo derecho a molestarme por una conversación de cinco minutos.

Aun así, me molesto.

Agarro un libro de una estantería cercana y finjo buscar alguna cosa.

— ¿Ethan?

La voz de Lily me alcanza.

Miro hacia la mesa.

— Hola.

— Llegaste.

— Llegué.

El chico se vuelve hacia mí.

— Tú eres Ethan, ¿verdad?

— Sí.

— Soy Oliver. Estamos en la misma clase de Fisiología.

— Me acuerdo.

Oliver señala la silla vacía.

— ¿Quieres unirte a nosotros?

La pregunta es cordial.

— Claro.

Me siento frente a Lily.

Oliver vuelve a explicar el contenido.

Intento seguirlo, pero mi atención se divide entre el libro y la manera en que él se inclina hacia ella. No hay nada inapropiado. Solo está mostrando un apunte.

Aun así, mi cuerpo permanece tenso.

— ¿Tienes alguna duda? — pregunta Oliver.

— No.

— Ni miraste la página.

— Estoy escuchando.

— Entonces eres mejor que yo.

— Él siempre finge que está prestando atención — dice Lily.

— Yo no finjo.

— Haces eso desde la secundaria.

Oliver mira de uno al otro.

— ¿Ustedes estudiaron juntos?

— Crecimos juntos — respondo.

— Interesante.

— No es tan interesante.

— Lo parece.

Lily cierra el libro.

— Ya entendí esta parte.

— Genial — dice Oliver. — Puedo mandarte las preguntas que resolví ayer.

— Puedes.

Él agarra el celular.

Observo a los dos intercambiando números.

No debería sentir nada.

Es solo un intercambio de contacto entre compañeros.

Cuando Oliver se aleja, Lily guarda el material.

— Estás callado — comenta.

— Estoy estudiando.

— No leíste una línea desde que llegaste.

— Estoy pensando.

— ¿En el contenido?

— También.

Ella me observa.

— Estás raro.

— No lo estoy.

— Lo estás.

— Tal vez sea hambre.

— Comiste hace una hora.

— Entonces no es hambre.

— Ethan.

— ¿Qué?

— ¿Te molestó Oliver?

La pregunta me sorprende.

— No.

— Yo no dije que estabas celoso.

— Yo tampoco.

— Pero lo pensaste.

— No lo pensé.

— Te estás poniendo a la defensiva.

— No lo estoy.

Lily contiene la sonrisa.

— Odias cuando me doy cuenta de las cosas.

— Te lo estás inventando.

— Mueves el pie cuando estás molesto.

Miro hacia abajo.

Mi pie está golpeando el suelo.

Me detengo.

— Es una costumbre.

— Lo sé.

El intercambio de palabras me hace recordar todas las veces en que ella me desarmó con facilidad. La diferencia es que, ahora, percibo algo nuevo.

Me gusta que ella me conozca.

Me gusta más de lo que debería.

...

Seguimos estudiando.

Oliver regresa unos minutos después y participa en la revisión por más de media hora. Intento concentrarme. Hago preguntas.

Respondo cuando es necesario.

Él es inteligente.

Educado.

No demuestra interés en provocar a nadie.

No hay razón para que no me caiga bien.

Aun así, cuando él se inclina para mostrarle alguna cosa a Lily, siento la misma incomodidad.

La sensación no es posesiva.

No quiero apartarlo.

No quiero que Lily deje de hablar con él.

No quiero convertir una situación banal en un problema.

Simplemente no me gusta la idea de que alguien nuevo pueda ocupar, con facilidad, el espacio que me llevó años recuperar.

Esa constatación me deja incómodo.

El espacio de Lily en mi vida no es una silla, un horario o una mesa en la biblioteca.

Es una cosa que siempre existió.

Incluso cuando ella se fue.

Incluso cuando intentó borrar lo que éramos.

Incluso cuando yo me dije a mí mismo que necesitaba aceptar.

Tal vez por eso la presencia de Oliver me afecta.

No porque él esté amenazando alguna cosa.

Porque me hace darme cuenta de cuánto quiero que Lily siga eligiendo estar conmigo.

...

A la hora del almuerzo, Lily me encuentra en el pasillo.

— ¿Vas a comer?

— Sí.

— ¿Con Daniel?

— Él tiene clase.

— Entonces conmigo.

La respuesta sale antes de que piense.

— ¿Me estás invitando?

— Estoy evitando comer sola.

— Eso parece menos importante.

— Puedes elegir no venir.

— Voy.

— Ya lo sabía.

Caminamos hasta la cafetería.

Ella habla sobre la hermana, que está organizando una lista de lugares para conocer en Chicago. Yo cuento que Daniel compró una cafetera nueva y ahora cree ser especialista en bebidas calientes.

— ¿Él hace café?

— Lo intenta.

— ¿Cuál es la diferencia?

— El suyo parece medicina.

— Deberías decirle eso.

— Se lo dije.

— ¿Y se ofendió?

— Mucho.

— Entonces fuiste honesto.

— Yo siempre lo soy.

— Tú no lo eres.

— Lo soy.

— Tú omites cosas.

— Eso es diferente de mentir.

Ella se queda en silencio por un instante.

La frase fue casual, pero ambos sabemos que no lo es.

— ¿Sigues pensando en eso? — pregunto.

— ¿En qué?

— En lo que omití.

— No vamos a hablar de eso durante el almuerzo.

— Está bien.

No insisto.

Llegamos a la cafetería.

Lily elige una mesa en la esquina. Yo me siento frente a ella.

Ella agarra una papa frita de mi plato.

— Eso es mío — digo.

— Tú robaste las mías primero.

— Hoy todavía no.

— No importa.

— Te estás anticipando al crimen.

— Estoy aprendiendo de ti.

— ¿Extrañas cuando yo robaba tu comida?

La mano de ella se detiene.

— Tal vez.

— Entonces puedo seguir.

— No abuses.

— Nunca.

Ella sonríe.

La incomodidad que sentí en la biblioteca desaparece casi por completo.

Tal vez solo era cansancio.

Tal vez era la sensación de estar aprendiendo de nuevo a compartir a Lily con el mundo.

No hay nada más que eso.

No debería haberlo.

...

Esa noche, intento estudiar en el dormitorio.

Daniel está hablando por teléfono con alguien. La conversación atraviesa el cuarto, interrumpida por risas y exclamaciones. Después de veinte minutos, desisto.

Agarro el celular.

Ethan: ¿Biblioteca?

Lily responde casi inmediatamente.

Lily: Sala de seminarios.

Ethan: ¿Sola?

Lily: Sí.

Ethan: ¿Puedo ir?

La respuesta tarda.

Lily: Ya estás viniendo.

Sonrío.

Lily: No lo niegues.

Ethan: Iba a preguntar.

Lily: Siempre apareces cuando crees que estoy estudiando demasiado.

Ethan: Porque siempre estás estudiando demasiado.

Lily: Voy a bloquear tu número.

Ethan: No harías eso.

Lily: Tal vez.

Ethan: Usas esa palabra cuando no quieres decir que no.

Lily: Buenas noches.

Ethan: Estoy saliendo.

Ella no responde.

Agarro los libros y cruzo el campus.

La sala de seminarios está iluminada solo por las lámparas del techo. Lily ocupa una de las mesas, con el pelo suelto y una expresión de concentración absoluta.

Ella levanta la vista cuando entro.

— Te demoraste.

— ¿Estabas esperando?

— Estaba estudiando.

— Entonces no notaste el tiempo.

— Lo noté.

— Me extrañaste.

— Siéntate antes de que cambie de idea.

Tiro de la silla.

La noche avanza.

Estudiamos durante horas.

Al principio, conversamos bastante. Después, el cansancio empieza a reducir las palabras. Lily apoya el codo sobre la mesa y apoya la frente en la mano. Sus ojos permanecen en el libro, pero parpadean

con más lentitud.

— Necesitas descansar — digo.

— Después de esta página.

— Dijiste eso hace tres páginas.

— Entonces estoy casi terminando.

— Lily.

— Ethan.

— Cierra el libro.

— No.

— Estás leyendo la misma frase desde hace cinco minutos.

— Estoy memorizando.

— Estás durmiendo despierta.

— No lo estoy.

Ella bosteza.

— Eso fue una prueba.

— Fue un reflejo.

— Cierra el libro.

— Eres muy mandón.

— Te gusta cuando alguien insiste.

— No me gusta.

— Estás cerrando el libro.

Ella mira sus propias manos.

Sin darse cuenta, obedeció.

— Fue porque terminé.

— Claro.

— No sonrías.

— No estoy sonriendo.

— Estás.

— Sigues dándote cuenta de todo.

— Es una costumbre.

— Lo sé.

Ella deja el bolígrafo sobre la mesa y se recuesta en la silla.

— Cinco minutos.

— ¿Qué?

— Voy a descansar cinco minutos.

— Está bien.

— No me dejes dormir.

— Yo no lo haría.

— ¿Lo prometes?

La pregunta está hecha con los ojos ya entrecerrados.

— Lo prometo.

Lily cruza los brazos sobre la mesa y apoya la cabeza en ellos.

La posición parece incómoda.

— Te vas a lastimar el cuello.

— No me voy a lastimar.

— Te vas a lastimar.

— Hablas demasiado.

— Tú también.

Ella cierra los ojos.

— Buenas noches, Ethan.

— Todavía no es hora de dormir.

— Lo sé.

— Lily.

No hay respuesta.

Observo su rostro.

Se durmió.

...

El silencio de la sala cambia.

Hasta entonces, la presencia de Lily estaba asociada al movimiento. A la escritura, a las preguntas, a las quejas y a las respuestas rápidas.

Ahora, ella está inmóvil delante de mí.

Un mechón de pelo cubre parte de su rostro. La respiración es tranquila. Los hombros, generalmente tensos, por fin se relajan.

Ella parece más joven durmiendo.

No como la chica de quince años de la fotografía.

Como alguien que, por unos minutos, dejó de cargar con todo sola.

Mi primer impulso es despertarla.

No lo hago.

Sé cuánto está cansada.

Sé que no duerme lo suficiente cuando está preocupada. Sé que estudia hasta convertir la ansiedad en agotamiento. Sé que prefiere decir que está bien a admitir que necesita ayuda.

Pasé años conociendo estas señales.

Y ahora me doy cuenta de que recordarlas no es solo nostalgia.

Es atención.

Es cuidado.

Es alguna cosa que siento en el cuerpo cuando ella está cerca.

Agarro mi celular y verifico la hora.

Han pasado veinte minutos.

No la despierto.

Agarro mi propio libro, pero no consigo leer.

Mis ojos vuelven a ella.

El pelo.

La línea de la nariz.

La boca relajada.

La curva suave del rostro.

La mano que descansa sobre la mesa, cerca de la mía.

Recuerdo a Lily a los dieciocho años.

Del vestido negro.

Del balcón.

De la forma en que se alejó sin que yo comprendiera.

En aquella época, yo la veía como mi mejor amiga.

La persona a la que buscaba cuando alguna cosa salía mal. La persona que conocía todas mis costumbres. La persona que formaba parte de mi casa, de mi familia y de mis planes.

Eso era.

Siempre fue eso.

O era lo que yo creía.

Ahora, observándola dormir delante de mí, me doy cuenta de que alguna cosa cambió.

Tal vez no haya empezado en Chicago.

Tal vez siempre haya existido, escondida detrás de la familiaridad.

Tal vez lo haya llamado amistad porque era la palabra más segura. La palabra que no exigía decisiones. La palabra que no ponía nada en riesgo.

Pero la amistad no lo explica todo.

No explica el modo en que sentí su ausencia durante cuatro años.

No explica por qué busqué su rostro en cada lugar nuevo.

No explica la incomodidad que sentí al verla conversando con Oliver.

No explica por qué la cercanía de sus piernas bajo la mesa me dejó incapaz de pensar.

No explica por qué todavía recuerdo la manera en que ella se reía.

No explica por qué quiero ser la persona a la que ella le cuenta todo.

Mi mejor amiga duerme a pocos centímetros de mí.

Y por fin admito lo que venía intentando ignorar desde que la vi en aquel auditorio.

Me estoy enamorando de Lily Bennett.

La comprensión no llega como un shock.

Llega como una verdad antigua que, por fin, encontré el valor para nombrar.

Me enamoré de mi mejor amiga.

Tal vez haya empezado ahora, después de cuatro años sin verla.

Tal vez haya empezado antes, cuando todavía éramos adolescentes y yo no sabía reconocer lo que sentía.

Tal vez haya ocurrido poco a poco, en todos los momentos que siempre atribuí a la amistad.

No lo sé.

Solo sé que, sentado delante de ella, siento algo que no parece nostalgia.

No es solo añoranza de la chica que conocí.

Es atracción por la mujer en la que se convirtió.

Es deseo de conocer todo lo que cambió.

Es ganas de tocar su mano, apartar el mechón de pelo de su rostro y descubrir si ella todavía encaja contra mí de la misma manera.

Esa última idea me hace retroceder.

No quiero despertarla.

No quiero cruzar una línea mientras ella está vulnerable.

Solo observo.

Y, mientras observo, entiendo que la chica que pasó cuatro años intentando olvidar tal vez sea exactamente la mujer de la que estoy empezando a enamorarme.

...

Lily se mueve después de unos minutos.

Levanta la cabeza despacio, confundida.

— ¿Me dormí?

— No.

Ella parpadea.

— Ethan.

— Descansaste los ojos.

— ¿Por cuánto tiempo?

— Cinco minutos.

— Estás mintiendo.

— Un poco.

Ella mira el reloj y se endereza.

— Dios mío.

— ¿Qué?

— Necesitaba estudiar.

— Estudiaste durante horas.

— El examen es mañana.

— Y estás agotada.

— Yo puedo.

— Lo sé.

— Entonces no lo digas como si yo no pudiera.

— No estoy diciendo eso.

— Parece.

— Estoy diciendo que no necesitas demostrar que puedes quedarte despierta hasta desmayarte.

Ella se queda en silencio.

La expresión defensiva desaparece por un instante.

— No me gusta no estar preparada.

— Estás preparada.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque te conozco.

Lily me mira.

La frase parece tocar alguna cosa.

— No puedes seguir diciendo eso.

— ¿Por qué?

— Porque tal vez ya no sea verdad.

— Lo es.

— No sabes quién soy ahora.

— No todo.

— Entonces no puedes decir que me conoces.

— Puedo decir que te reconozco.

— Eso no es lo mismo.

— Tal vez sea un comienzo.

Ella baja la mirada.

— Siempre conviertes todo en algo simple.

— No creo que sea simple.

— Entonces, ¿por qué hablas como si lo fuera?

— Porque, si pienso demasiado, me voy a asustar.

Lily levanta el rostro.

— ¿De qué?

Casi respondo.

De perderte otra vez.

De querer más de lo que puedes darme.

De descubrir que lo que siento no es correspondido.

En lugar de eso, digo:

— Del examen.

Ella me observa, intentando decidir si lo cree.

— ¿Estás nervioso?

— Un poco.

— Mueves el pie cuando estás nervioso.

Miro hacia abajo.

Ella sonríe.

— Ya lo sabía.

— No cambiaste nada.

— Tú tampoco.

Las palabras permanecen entre nosotros.

Esta vez, no parecen una acusación.

Parecen una constatación.

...

Guardamos los materiales.

Cuando salimos de la sala, el campus está casi vacío. Las luces de los pasillos permanecen encendidas, y el silencio de la noche hace que nuestros pasos parezcan más altos.

Lily camina a mi lado.

No medio paso por delante.

A mi lado.

El cambio es pequeño.

Para mí, parece enorme.

— ¿Vas a volver al dormitorio? — pregunto.

— Sí.

— Puedo acompañarte.

— Sabes que puedo llegar sola.

— Lo sé.

— ¿Entonces?

— Quiero acompañarte.

Ella me mira.

— Estás usando esa frase con frecuencia.

— Tal vez haya aprendido.

— Estás aprendiendo a ser insistente.

— Siempre lo fui.

— Verdad.

Llegamos a la entrada del dormitorio.

Lily sujeta la correa de la mochila.

— Gracias por no despertarme antes.

— Necesitabas dormir.

— ¿Roncaba?

— No.

— ¿Estás seguro?

— Respiras muy bajo.

— Eso no es una respuesta.

— No roncas.

— Menos mal.

— Hablabas dormida.

Ella se detiene.

— Yo no hablaba.

— Hablabas.

— ¿Qué decía?

— Cosas sin sentido.

— ¿Como qué?

— Una vez, dijiste que necesitabas salvar una papa.

Ella se lleva la mano a la frente.

— Yo nunca dije eso.

— Lo dijiste.

— Yo tenía quince años.

— La papa era importante.

— Te lo inventaste.

— Tal vez.

Ella sonríe.

La sonrisa es cansada, pero verdadera.

Observo su rostro bajo la luz de la entrada.

La atracción vuelve.

Más clara ahora.

Más difícil de negar.

No hago nada.

Todavía no.

— Buenas noches, Lily.

— Buenas noches, Ethan.

Ella entra.

La puerta se cierra entre nosotros.

Me quedo parado unos segundos.

Mañana tendremos una evaluación.

Necesitamos estudiar.

Necesitamos dormir.

Necesitamos seguir fingiendo que lo que existe entre nosotros es solo una amistad que volvió.

Pero ya no es solo eso.

Lo sé.

Mientras camino de vuelta, la certeza me acompaña.

Me estoy enamorando de Lily.

Tal vez justamente de la chica que pasó cuatro años intentando olvidar.

CAPÍTULO 13

LILY

Me doy cuenta del cambio en Ethan antes de que diga cualquier cosa.

No es un cambio brusco.

No empieza a actuar como otra persona. Sigue haciendo chistes malos, robando comida de mi plato y quejándose cuando estudio hasta tarde.

Pero ahora hay algo por debajo.

Un cuidado diferente.

Una mirada que se demora.

Un silencio que no existía antes.

La primera vez, ocurre durante el repaso para el examen.

Estamos sentados en la biblioteca, cada uno con un libro abierto. Ethan me hace una pregunta sobre el contenido, y yo me inclino para señalar la respuesta en la página.

Cuando levanto el rostro, él me está mirando.

No al libro.

A mí.

Me quedo inmóvil.

— ¿Qué pasa? — pregunto.

— Nada.

— Estás mirando.

— Estoy pensando.

— ¿En la materia?

— También.

La respuesta no parece suficiente.

Él aparta la mirada, pero no lo bastante rápido.

Mi corazón se acelera.

La segunda vez, ocurre en el pasillo.

Estamos caminando lado a lado cuando alguien pasa apurado y choca contra mi hombro. Ethan me toca la cintura para equilibrarme.

Es un gesto automático.

Tal vez.

La mano permanece allí por un segundo más de lo necesario.

Cuando la retira, mis ojos se encuentran con los de él.

— Perdón.

— Está bien.

— Casi te caes.

— Lo sé.

— Yo solo…

— Ethan.

Él deja de hablar.

Seguimos caminando.

El punto donde su mano tocó parece caliente durante varios minutos.

La tercera vez, estamos en la cafetería.

Él extiende la mano para agarrar una papa de mi plato. Le sujeto la muñeca antes de que lo consiga.

El toque es simple.

Nuestros dedos se rozan.

Ethan mira mi mano sobre su piel.

Después, mi rostro.

Ninguno de los dos se mueve.

— ¿Todavía vas a robar? — pregunto.

— Depende.

— ¿De qué?

— De cuánto tiempo piensas seguir sujetándome la mano.

Lo suelto inmediatamente.

— Estaba impidiendo que robaras mi comida.

— Claro.

— Ese era el objetivo.

— Te creo.

Pero su sonrisa es diferente.

Más lenta.

Más consciente.

Empiezo a darme cuenta de que no soy la única que siente algo.

Esa constatación debería hacerme retroceder.

En vez de eso, hace que busque sus ojos más veces.

...

El examen ocurre el viernes.

El auditorio está silencioso cuando entramos. Los estudiantes ocupan los lugares con una tensión que se puede sentir en el aire. Algunos repasan fórmulas. Otros mantienen los ojos cerrados y

respiran profundamente.

Ethan se sienta a mi lado.

No pregunta si puede.

Yo no me quejo.

El profesor reparte las pruebas.

— Tendrán dos horas. No habrá reposición para quien no esté preparado.

La frase provoca algunos suspiros.

Recibo el cuadernillo de preguntas y paso la primera página.

El contenido no es imposible.

Pero hay preguntas que exigen más tiempo del que esperaba. Empiezo a responder. Ethan trabaja a mi lado, concentrado.

De vez en cuando, siento su brazo tocar el mío.

Ninguno de los dos se aparta inmediatamente.

La cercanía hace que la prueba sea más difícil.

Intento concentrarme.

Recuerdo por qué estoy allí.

Pasé años esperando por esa sala. Estudié demasiado como para dejar que un intercambio de miradas me distrajera.

Aun así, cada vez que Ethan se inclina sobre la mesa, me doy cuenta.

Cada vez que respira hondo, me doy cuenta.

Cada vez que su mano se mueve cerca de la mía, me doy cuenta.

Termino antes que él.

Releo las respuestas y entrego la prueba.

Cuando vuelvo al pasillo, espero cerca de la puerta.

No sé por qué.

Ethan sale unos minutos después.

— ¿Cómo te fue? — pregunto.

— Algunas preguntas fueron injustas.

— Eso significa que fue difícil.

— Significa que el profesor tiene problemas personales con sus alumnos.

— Siempre culpas al profesor.

— Es una estrategia emocional.

— ¿Funciona?

— Todavía lo estoy evaluando.

Sonrío.

Él me observa.

— ¿Crees que te fue bien?

— Creo que sí.

— No pareces aliviada.

— Estoy cansada.

— Estás frotándote el pulgar en el costado de la mano.

Me detengo.

— Es un hábito.

— Lo sé.

— ¿Ahora te das cuenta de todo?

— Tal vez siempre me haya dado cuenta.

— No de esta manera.

La frase se me escapa.

Ethan se pone serio.

— ¿De qué manera?

— Nada.

— Lily.

— Vamos a almorzar.

Cambio de tema antes de que pueda insistir.

Él lo permite.

Pero la mirada permanece conmigo hasta la cafetería.

...

Después del examen, toda la facultad parece respirar mejor.

Las mesas de la biblioteca quedan menos llenas. Los estudiantes hablan más alto. Algunos celebran. Otros se quejan de las preguntas.

Ethan y yo volvemos a la rutina de estudio, pero hay algo menos urgente entre nosotros.

No necesitamos repasar cada capítulo esa tarde.

Aun así, nos encontramos.

La biblioteca ya no es solo un lugar para estudiar.

Es donde nos vemos.

Él llega primero y guarda una silla.

Yo llego después y me siento frente a él.

— ¿Reservaste mi lugar? — pregunto.

— No.

— La silla está vacía.

— Por casualidad.

— Claro.

— Podría estar esperando a otra persona.

— ¿Lo estás?

— No.

— Entonces reservaste.

— Tal vez.

— Estás usando esa palabra otra vez.

— Es útil.

— Para esconder respuestas.

— Hablas como si yo tuviera algo que esconder.

La frase hace que mi cuerpo se tense.

Ethan se da cuenta.

— No quise decir…

— Lo sé.

Él cierra el libro.

— ¿Estás bien?

— Estoy bien.

— Lily.

— No empieces.

— Solo pregunté.

— Y yo respondí.

— Estás haciendo eso de nuevo.

— ¿Qué?

— Cerrando la conversación antes de que empiece.

— Tal vez no quiera conversar.

— Está bien.

Él abre el libro de nuevo.

La respuesta debería tranquilizarme.

No me tranquiliza.

Una parte de mí quiere que él continúe.

Quiere que insista.

Quiere que diga que no aceptará una respuesta corta.

Otra parte recuerda que no tengo derecho a exigir eso, después de pasar cuatro años haciendo exactamente lo mismo.

Nos quedamos en silencio.

La tensión no desaparece.

Solo se acomoda entre nosotros.

...

Esa tarde, una de las profesoras pide que los alumnos devuelvan los materiales utilizados en el laboratorio.

No es una tarea importante. Solo necesitamos organizar las cajas, revisar los instrumentos y dejar la sala lista para el próximo grupo.

La mayoría de los estudiantes termina rápidamente.

Yo me quedo porque mi lista está incompleta.

Ethan se queda porque, aparentemente, no sabe irse cuando alguien todavía está trabajando.

— No necesitas quedarte — digo.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué estás aquí?

— Todavía no terminaste.

— Puedo hacerlo sola.

— Lo sé.

— Sigues diciendo eso.

— Porque es verdad.

— Entonces vete.

— ¿Quieres que me vaya?

La pregunta me toma por sorpresa.

El laboratorio está casi vacío. El sonido de las otras personas saliendo disminuye hasta desaparecer. Solo está el ruido del aire acondicionado, el zumbido de las lámparas y nuestros movimientos frente a la mesa.

— No importa lo que yo quiera — respondo.

— Importa para mí.

Mi corazón se encoge.

— No puedes seguir intentando agradarme.

— No estoy intentando agradarte.

— Te estás quedando.

— Tal vez me guste quedarme.

— Ethan.

— ¿Qué?

— Sabes que no puedes hacer esto.

— ¿Hacer qué?

— Actuar como si nada hubiera cambiado.

— No estoy actuando así.

— Estás.

— Lily, todo cambió.

Su voz es baja.

— Volviste a mi vida. Estamos estudiando juntos. Hablamos todas las noches. Usas mi chaqueta. Te ríes de mis chistes.

— No debería haber hecho ninguna de esas cosas.

— Pero las hiciste.

— Porque no pensé.

— Piensas demasiado como para no haber pensado.

— No estoy hablando de eso.

— Entonces ¿de qué estás hablando?

No respondo.

Él se acerca a la mesa.

No mucho.

Pero lo suficiente para que la distancia entre nosotros se vuelva evidente.

— ¿Tienes miedo de mí? — pregunta.

— No.

— Entonces ¿de qué?

— Ethan, necesitamos terminar esto.

— ¿Qué?

— La lista.

— Puede esperar cinco minutos.

— No debería.

— Siempre huyes al trabajo cuando no quieres responder.

— Porque el trabajo no pregunta nada.

— Yo pregunto.

— Exactamente.

Él se apoya en la mesa, frente a mí.

— No estoy intentando presionarte.

— Estás.

— Estoy intentando entender qué pasa cuando estamos cerca.

— No pasa nada.

— Sigues diciendo eso.

— Porque es verdad.

— No lo es.

Mi pecho se contrae.

— Tú no lo sabes.

— Lo sé cuando me miras.

— No sabes lo que estoy pensando.

— No necesito saberlo todo.

— Entonces deja de actuar como si lo supieras.

— ¿Quieres que pare?

La pregunta resuena en el laboratorio vacío.

No consigo responder.

Está demasiado cerca.

La luz blanca recorta su rostro. Hay una sombra suave bajo sus ojos, señales de cansancio que conozco. El cabello le cae sobre la frente. La boca está entreabierta, como si él también hubiera olvidado cuál era la siguiente frase.

Mi mirada baja.

No debería.

Pero baja.

La boca de Ethan.

El pensamiento de besarlo surge con una fuerza casi dolorosa.

La última vez que imaginé eso, tenía dieciocho años y creía que un beso podría transformar nuestra amistad en algo mayor.

Ahora, la idea parece aún más peligrosa.

Porque sé exactamente lo que es perder a Ethan.

No sobreviviría a perderlo otra vez.

Él se da cuenta de hacia dónde miro.

Su cuerpo se queda inmóvil.

— Lily.

Su voz cambia.

No es una pregunta.

Es una advertencia.

O una súplica.

No lo sé.

Ethan se acerca un paso.

Mi corazón se dispara.

No hay música, fiesta u otra persona alrededor. Solo el silencio del laboratorio y la distancia mínima entre nosotros.

Él levanta la mano.

Por un instante, creo que va a tocarme el rostro.

La mano se detiene en el aire.

Yo debería retroceder.

No retrocedo.

Ethan baja los ojos a mi boca.

El aire entre nosotros se vuelve caliente.

El recuerdo de la noche de la fiesta invade mi mente.

La pelirroja.

El beso.

Las manos de él sobre otra persona.

Mi corazón rompiéndose en silencio.

El dolor me devuelve al presente.

Doy un paso atrás.

La mano de Ethan cae al lado del cuerpo.

— ¿Qué pasó? — pregunta.

Mi respiración está desacompasada.

— Nada.

Su expresión se endurece.

— No digas eso.

— Necesito terminar la lista.

— Lily.

— Eso sería un error.

La palabra sale antes de que pueda suavizarla.

Ethan se queda completamente inmóvil.

— ¿Qué?

— Lo que casi pasó.

— ¿Por qué?

— Porque sería un error.

— Ya lo dijiste.

— Entonces no necesitas preguntar de nuevo.

— Quiero saber por qué.

— No importa.

— Para mí, importa.

— Ethan, nosotros somos compañeros.

— No es solo eso.

— Es lo que necesitamos ser.

— ¿Por qué?

— Porque no podemos repetir el pasado.

— No estamos repitiendo el pasado.

— Estamos.

— No.

— ¿No te das cuenta?

— ¿De qué debería darme cuenta?

— De que estamos haciendo lo mismo. Tú te acercas. Yo olvido por qué me alejé. Empiezo a esperar tus mensajes, tus chistes, tus cafés. Empiezo a creer que tal vez te importo de una manera diferente.

La última frase se me escapa.

Ethan me mira fijamente.

Mi corazón late tan fuerte que parece imposible que él no lo oiga.

— Me importas — dice.

— Como amigo.

— No solo.

El mundo se inclina.

— No digas eso.

— ¿Por qué?

— Porque no sabes lo que estás diciendo.

— Lo sé.

— No lo sabes.

— Sé que no puedo seguir fingiendo que eres solo una compañera.

— Ethan.

— Sé que pienso en ti cuando no estás cerca. Sé que te busco en todas las salas. Sé que me molesta cuando otro hombre consigue tu atención. Sé que, cuando te dormiste delante de mí, no pude dejar de mirar.

Se detiene.

Tal vez se dé cuenta de que habló demasiado.

Yo tampoco puedo respirar.

— No — digo.

— Lily…

— No hagas esto.

— ¿Qué?

— No conviertas esto en algo.

— Ya es algo.

— No.

— ¿Por qué estás tan asustada?

La pregunta hace que algo dentro de mí se rompa.

— Porque ya destruimos esto una vez.

Las palabras salen de un impulso.

El dolor, la rabia y todos los años de silencio encuentran una salida.

Ethan frunce el ceño.

— Yo no destruí nada.

— ¿No?

— No.

— ¿De verdad vas a decir eso?

— No sé de qué estás hablando.

— Claro que no lo sabes.

— Lily, no estoy entendiendo.

— Nunca entendiste.

— Entonces explícame.

— No puedo.

— Siempre dices eso.

— Porque es verdad.

— ¿Qué te hice?

— ¡Nada!

Mi voz resuena en el laboratorio.

Ethan se queda en silencio.

Mi pecho sube y baja deprisa.

— No me hiciste nada — continúo. — Eso es lo que hace que todo sea peor.

— Si no hice nada, ¿por qué me estás culpando?

— No te estoy culpando.

— Estás.

— Me estoy culpando a mí misma.

— ¿Por qué?

— Por haber creído.

— ¿Creído en qué?

— Que lo que había entre nosotros significaba algo.

Ethan da un paso hacia mí.

— Lily.

— No.

— ¿Estás hablando de nuestra amistad?

— Estoy hablando de todo.

— ¿Qué significa todo?

— No entiendes.

— Entonces hazme entender.

— No puedo simplemente explicarlo después de cuatro años.

— Podrías haberlo explicado antes.

— No me diste motivo.

— Yo estaba intentando hablar contigo.

— Después.

— Esa noche.

El silencio cambia.

Ethan frunce el ceño.

— ¿Qué pasó esa noche?

Mi cuerpo se congela.

No lo sabe.

Después de todos estos años, todavía no lo sabe.

— Nada.

— Acabas de decir que esa noche tiene algo que ver con esto.

— Dije que destruimos esto.

— ¿Qué hice yo esa noche?

— Nada.

— Lily, no puedo seguir oyendo esa palabra.

— Entonces deja de preguntar.

— No voy a hacerlo.

— ¿Por qué?

— Porque pasé cuatro años intentando descubrir por qué mi mejor amiga me abandonó.

— Yo no te abandoné.

— Fue exactamente lo que pareció.

— Necesitaba irme.

— ¿Por qué?

— Porque no podía quedarme.

— ¿Por qué?

— Porque tú…

Me detengo.

La palabra se queda atrapada.

Porque besaste a otra chica.

Porque yo te amaba.

Porque no soportaba seguir siendo solo tu mejor amiga cuando todo dentro de mí quería más.

Ethan espera.

— Porque no podía seguir — termino.

Él cierra los ojos por un instante.

— Eso no es una explicación.

— Es la única que puedo dar.

— No es suficiente.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué la dices?

— Porque no puedo contar el resto.

— ¿No confías en mí?

La pregunta duele.

— No es eso.

— Lo parece.

— Confío en ti.

— Entonces ¿por qué no me lo cuentas?

— Porque puedes mirarme de una manera diferente.

— Tal vez ya te esté mirando.

Mi corazón se rompe por segunda vez.

— No hagas eso.

— ¿Quieres que finja?

— Quiero que entiendas que esto es peligroso.

— ¿Para quién?

— Para los dos.

— Acabas de decir que ya destruimos esto.

— Y podemos destruirlo de nuevo.

— Yo no destruí nada.

Su voz se vuelve más firme.

— Te fuiste y nunca me dijiste por qué.

La frase golpea exactamente el lugar que intenté proteger.

— Lo sé.

— Me dejaste creer que yo había hecho algo, pero no dijiste qué.

— Lo sé.

— Pasé cuatro años pensando que había sido un amigo horrible.

— No lo fuiste.

— ¿Cómo iba a saberlo?

— No podías.

— Entonces ¿por qué me castigaste?

— No quise castigarte.

— Pero lo hiciste.

— Estaba intentando sobrevivir.

Su expresión cambia.

— ¿Sobrevivir a qué?

No consigo responder.

Las lágrimas llegan antes de que pueda impedirlo. Giro el rostro, furiosa conmigo misma.

No quiero llorar delante de él.

No ahora.

— Lily.

— No.

— Estás llorando.

— Lo sé.

— No quería hacerte llorar.

— Entonces deja de preguntar.

— No puedo.

— Necesitas.

— No quiero.

— Ethan.

— No quiero perderte otra vez.

La frase me atraviesa.

— No vas a perderme.

— Ya te perdí.

— No.

— Estás delante de mí, pero no me dejas acercarme.

— Porque acercarse es peligroso.

— Lo sé.

— No lo sabes.

— Entonces dímelo.

— No puedo.

— ¿Por qué no?

La verdad está entre nosotros.

No hay espacio suficiente para esconderla.

— Porque todavía no sé si puedo sobrevivir a que me rechaces otra vez.

Ethan se queda inmóvil.

El silencio que sigue es absoluto.

Me doy cuenta de lo que dije.

Me llevo la mano a la boca.

— No quise decir eso.

— ¿Rechazarte?

— Olvídalo.

— Lily.

— Necesito irme.

— Acabas de decir…

— Sé lo que dije.

— ¿Estabas enamorada de mí?

La pregunta casi me hace dejar de respirar.

Por fin se acercó.

Demasiado.

— No.

La mentira sale débil.

Ethan no lo cree.

Lo veo en su rostro.

— No me mientas.

— No puedo hacer esto.

— ¿Hacer qué?

— Quedarme aquí.

Agarro mi mochila.

Él no intenta impedírmelo.

Solo observa mientras recojo las hojas con manos temblorosas.

— Lily.

— No.

— No voy a fingir que no oí.

— Necesitas fingir.

— No puedo.

— Entonces aprende.

Salgo del laboratorio antes de que haga otra pregunta.

La puerta se cierra detrás de mí.

El pasillo está vacío.

Camino deprisa, casi corriendo.

Mi visión está borrosa, pero sigo.

Dije demasiado.

No todo.

Pero lo suficiente.

Ethan sabe que hubo sentimientos.

Sabe que no fue solo una amistad la que terminó.

Sabe que la noche de la fiesta está en el centro de todo.

No sabe que lo vi besando a Madison.

Todavía no.

Tal vez nunca lo sepa.

...

Llego al dormitorio y entro en la habitación sin encender la luz.

Mi compañera no está.

Lo agradezco en silencio.

Tiro la mochila sobre la cama y me siento en el suelo.

Las manos tiemblan.

El rostro está mojado.

No sé exactamente cuándo empecé a llorar.

Tal vez fue cuando dijo que no quería perderme otra vez.

Tal vez cuando preguntó si estaba enamorada.

Tal vez cuando afirmó que no había destruido nada.

La verdad es que Ethan no destruyó nada.

No lo sabía.

No sabía que yo lo amaba.

No sabía que yo pretendía confesar.

No sabía que lo vi besando a Madison.

No sabía que, para mí, esa escena significó que nunca existiría espacio para lo que yo sentía.

Me fui porque no soporté seguir cerca.

Pero, ahora, él está de vuelta.

Y lo peor es que parece sentir algo.

No sé qué es.

No sé si es amor.

No sé si es deseo.

No sé si es solo la nostalgia de la amistad que perdió.

Solo sé que casi lo besé.

Y, si hubiera pasado, tal vez ya no podría esconder nada.

Agarro el celular.

Hay un mensaje de él.

Ethan: ¿Llegaste?

Leo.

No respondo.

Llega otro mensaje.

Ethan: Lily, no quería presionarte.

Después:

Ethan: Pero no voy a fingir que esa conversación no ocurrió.

Cierro los ojos.

Aparece el último mensaje.

Ethan: Cuando estés lista, quiero saber la verdad.

Dejo el celular a mi lado.

No consigo responder.

Porque la verdad todavía está atrapada en mí.

Y porque, ahora, Ethan también sabe que hay algo entre nosotros que nunca fue solo amistad.

CAPÍTULO 14

ETHAN

Después de la conversación en el laboratorio, decido dejar de presionar a Lily.

No porque mis preguntas hayan dejado de existir.

Siguen todas dentro de mí.

¿Qué pasó aquella noche?

¿Por qué se fue?

¿Por qué pasó cuatro años intentando olvidarme?

¿Qué quiso decir exactamente cuando dijo que no sabía si lograría sobrevivir a un rechazo?

Las preguntas permanecen.

Pero, por primera vez, entiendo que insistir no hará que Lily responda.

Tal vez solo haga que huya de nuevo.

Y yo no quiero ser el motivo de una nueva huida.

Esa noche, envío solo un mensaje.

Ethan: Llegué al dormitorio.

Me quedo mirando la pantalla.

No añado que lo siento. No digo que quiero hablar. No pregunto si está bien.

Si Lily quiere responder, responderá.

El mensaje permanece sin ser visto durante casi una hora.

Después, aparece el aviso.

Lo vio.

No escribe nada.

Pongo el celular sobre la mesa e intento estudiar.

No puedo.

La imagen de ella en el laboratorio vuelve todo el tiempo.

Las lágrimas.

Las manos temblorosas.

La manera en que dijo que no lograría sobrevivir a un rechazo.

No sé qué hice para que ella creyera que yo podría rechazarla.

No sé si el rechazo estaba relacionado conmigo.

Pero, por la forma en que habló, parece que sí.

Tal vez fui más ciego de lo que imaginaba.

Tal vez Lily intentó decirme algo hace cuatro años y yo no me di cuenta.

La posibilidad me deja inquieto.

Recuerdo la mañana de la fiesta.

Del vestido negro.

De la manera en que llegó tarde.

Del mensaje que envió.

Del hecho de que yo no respondí inmediatamente.

Recuerdo a Madison.

Del beso.

Del balcón.

¿Por qué Lily se alejaría por eso?

Ella no vio.

Estoy seguro.

Yo estaba de espaldas a la puerta. La música estaba alta. No oí a nadie llegar.

Pero tal vez vio.

Tal vez estuvo allí.

La idea surge por primera vez con fuerza suficiente para hacerme levantar de la silla.

¿Y si Lily me hubiera visto besando a Madison?

¿Y si creyera que yo la quería?

¿Y si se hubiera ido aquella noche porque estaba enamorada de mí?

La hipótesis parece imposible.

Y, al mismo tiempo, lo explica todo.

El cambio repentino.

El silencio.

La distancia.

La manera en que decía que yo no había hecho nada, pero me trataba como si lo hubiera hecho.

No puedo estar seguro.

No voy a convertir una suposición en verdad.

Pero, por primera vez, la historia parece tener una forma.

...

A la mañana siguiente, veo a Lily en el pasillo.

Está sola, cargando algunos libros contra el pecho. Cuando nuestras miradas se encuentran, ella desacelera.

Yo también.

Durante un instante, ninguno de los dos sabe qué hacer.

Antes, yo habría caminado hasta ella.

Preguntado si durmió.

Hecho algún comentario sobre la cantidad de libros.

Ahora, permanezco donde estoy.

— Buenos días — digo.

— Buenos días.

Su voz es baja.

— ¿Estás bien?

La pregunta casi se me escapa.

La contengo.

No quiero convertir un saludo en un reclamo.

— Espero que tu clase sea buena.

Ella parece sorprendida.

— La tuya también.

Pasamos el uno junto al otro.

Siento la distancia entre nosotros como algo físico.

En el aula, elijo un lugar unas filas atrás.

Lily mira la silla a su lado, pero no dice nada.

Me siento lejos.

Durante la clase, ella no se gira.

Yo tampoco.

En el descanso, salgo antes de que ella pueda encontrarme.

No porque quiera huir.

Porque quiero cumplir la decisión que tomé.

No voy a presionarla.

No voy a seguirla por la universidad.

No voy a ocupar todas las mesas a su alrededor.

Si Lily quiere hablar conmigo, tendrá espacio para hacerlo.

Si no quiere, tendré que aceptar.

La aceptación parece mucho más difícil cuando existe la posibilidad de que ella aún sienta algo.

...

Los días siguientes toman una forma extraña.

Seguimos asistiendo a las mismas clases, pero no caminamos juntos.

Seguimos estudiando, pero en mesas diferentes.

Seguimos intercambiando mensajes, pero solo sobre asuntos necesarios.

Lily: ¿Anotaste la última parte de la clase?

Ethan: Sí. Voy a enviar.

Lily: Gracias.

Ethan: De nada.

Por la noche, abro la conversación varias veces.

Quiero preguntar si está bien.

Quiero decir que pienso en lo que pasó.

Quiero asegurar que no estoy enojado.

No escribo.

Ella tampoco.

La distancia que antes yo intentaba atravesar ahora es elegida por los dos.

Aun así, no es como antes.

Antes, Lily me trataba como a un extraño.

Ahora, busca mi mirada cuando entra en el aula.

Pasa por mí más despacio en el pasillo.

A veces, empieza a decir algo y se rinde.

Me doy cuenta de todo.

No con la certeza de antes, pero con atención.

El miércoles, encuentro un café sobre mi mesa antes de la clase.

Sin azúcar.

No hay nota.

No necesito preguntar quién lo dejó.

Lily entra unos minutos después.

Me ve con el vaso en la mano.

— ¿Lo recibiste? — pregunta.

— Lo recibí.

— Estaba en la mesa.

— Lo vi.

— Puede ser de cualquiera.

— Claro.

— No significa que sea mío.

— Yo no dije que significara.

— Estás sonriendo.

— No lo estoy.

— Lo estás.

— Tú todavía te das cuenta de todo.

— De algunas cosas.

Ella mira el café.

— ¿Dormiste?

— Sí.

— ¿Cuánto?

— Lo suficiente.

— Esa respuesta es sospechosa.

— ¿Estás preocupada?

Lily aparta el rostro.

— Estoy haciendo una observación.

— Aprendiste conmigo.

— Tal vez.

Ella va hacia su propio lugar.

No se sienta a mi lado.

Pero deja el café conmigo.

La tensión entre nosotros no desaparece.

Solo se vuelve más suave.

...

El jueves, tenemos un laboratorio juntos.

El profesor divide la clase en grupos, y Lily termina en la mesa de trabajo al lado de la mía. No hay forma de cambiar sin hacer la situación más evidente.

Ella pone los materiales sobre la mesa.

— ¿Tienes la lista?

— La tengo.

— ¿El bolígrafo?

— Sí.

— ¿El cuaderno?

— Lily.

— Estoy comprobando.

— Siempre lo compruebas todo cuando estás nerviosa.

Ella se detiene.

— No estoy nerviosa.

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué lo dijiste?

— Porque te gusta repetir que no lo estás.

Ella sostiene la mirada por un instante.

Después, baja los ojos.

Trabajamos en silencio.

La distancia entre nuestras manos es pequeña. De vez en cuando, necesitamos alcanzar el mismo instrumento. Uno retrocede. El otro espera.

No hay ningún roce.

Aun así, cada movimiento parece cargado.

— Estás haciendo todo mal — dice ella.

— Estoy siguiendo la instrucción.

— Tu interpretación de la instrucción está mal.

— No puedes probarlo.

— Puedo.

Ella se acerca para señalar una línea en el manual.

Su hombro roza el mío.

Me quedo inmóvil.

Lily se da cuenta.

Se aparta.

— Perdón.

— No hace falta.

— Yo no quería…

— Lily, está todo bien.

Ella me mira.

Por unos segundos, parece que va a decir algo.

No lo dice.

El profesor llama nuestra atención.

Volvemos al trabajo.

Pero el roce permanece.

...

El viernes por la noche, Daniel me encuentra sentado en el suelo del dormitorio, con el celular en la mano y ningún libro abierto.

— ¿Estás bien?

— Estoy.

— Esa respuesta es sospechosa.

Lo miro.

— ¿Hablaste con Lily?

— No.

— Entonces, ¿por qué estás repitiendo sus respuestas?

— Porque tú vives haciendo preguntas.

— Y tú no respondes.

— No siempre hay una respuesta.

Daniel se sienta en la cama.

— ¿Se pelearon?

— No exactamente.

— ¿Casi se besaron?

La pregunta es tan directa que levanto la mirada.

— ¿Por qué piensas eso?

— Porque estás actuando como alguien que casi besó a alguien.

— ¿Cómo actúa alguien así?

— No sé. Tal vez exactamente como tú.

— Eso no explica nada.

— Pasaste toda la semana mirando el celular, estudiando sin leer y entrando en la biblioteca sin decidir si querías encontrar o evitar a una persona.

— Tenía exámenes.

— Siempre tienes exámenes.

— Medicina es así.

— No es el examen.

Me quedo en silencio.

Daniel no me presiona.

Tal vez porque, a diferencia de mí, sabe que algunas personas necesitan tiempo antes de hablar.

— ¿Ella está bien? — pregunta.

— No sé.

— ¿Le preguntaste?

— Estoy intentando no presionar.

— Eso es nuevo.

— Lo sé.

— ¿Y está funcionando?

Miro el celular.

— Ella todavía habla conmigo.

— Entonces tal vez esté funcionando.

— No sé.

— ¿Estás enamorado de ella?

La pregunta me atraviesa con una simplicidad desconcertante.

No respondo.

Daniel no necesita más.

— Entiendo.

— No entiendes.

— Ethan.

— No sé lo que estoy sintiendo.

— Tú lo sabes.

— No es tan simple.

— Siempre es simple cuando la persona es la primera a la que miras al entrar en un aula.

Me quedo inmóvil.

Tiene razón.

He estado buscando a Lily desde el primer día.

Incluso antes de admitir el motivo.

— Ella es mi mejor amiga.

— Eso no impide nada.

— Puede destruirlo todo.

— Solo si ustedes no son honestos.

La palabra me incomoda.

Honestidad.

Es exactamente lo que Lily me debe.

Es exactamente lo que yo necesito ofrecer.

Pero no quiero exigirle una confesión mientras todavía estoy intentando entender la mía.

— Ella no quiere hablar sobre el pasado — digo.

— Tal vez porque tiene miedo de lo que tú vas a hacer con la verdad.

— Yo no haría nada.

— Tú no lo sabes.

— Lo sé.

— Entonces díselo a ella.

Miro el celular otra vez.

Tal vez sea lo que debo hacer.

No contarlo todo.

No presionar.

Solo decir que no estoy enojado.

Que no me voy a ir.

Que puede hablar cuando esté lista.

Abro la conversación.

Escribo:

Ethan: No voy a presionarte.

Leo.

Borro.

Escribo otra:

Ethan: Si quieres hablar, estaré aquí.

También borro.

No sé cómo transformar algo tan importante en una frase que no parezca un reclamo.

Al final, no envío nada.

...

El sábado, Lily no aparece en la biblioteca.

Espero encontrarla en el lugar de siempre.

La mesa está vacía.

Estudio solo durante casi dos horas.

No consigo concentrarme.

El campus está más silencioso el fin de semana. Hay menos estudiantes en los pasillos, menos voces en la cafetería, menos movimiento en los edificios.

La ausencia de ella parece mayor.

Agarro el celular.

Lily no mandó mensaje.

Intento convencerme de que eso es el resultado de la distancia que yo mismo elegí.

Aun así, la extraño.

No de la manera vaga como extrañé durante los primeros años.

Es una falta específica.

Falta del sonido de su voz.

De la manera en que se queja.

Del café sin azúcar.

De la mano que me roba mis papas fritas.

De la mirada que busca la mía antes de que ella se dé cuenta.

Cierro el libro.

Me levanto.

No voy a buscarla.

Me lo digo mientras salgo de la biblioteca.

En el camino al dormitorio, paso por la cafetería.

Veo a Lily sentada sola cerca de la ventana.

Está con el celular en las manos, pero no parece usarlo. Solo mira la pantalla apagada.

Me detengo afuera.

Ella todavía no me vio.

Tengo la opción de seguir caminando.

Tal vez sea lo que debería hacer.

Entonces Lily levanta la mirada.

Nuestras miradas se encuentran a través del vidrio.

Ella no aparta la vista.

Tampoco se levanta.

Me quedo quieto unos segundos.

Después entro.

— Hola — digo.

— Hola.

— ¿Estás bien?

La pregunta sale antes de que yo consiga impedirlo.

Lily mira el vaso delante de ella.

— Estoy.

No insisto.

— ¿Puedo sentarme?

Ella mira la silla frente a ella.

— Hay otras mesas.

— Me gustó esta.

La comisura de su boca se levanta.

— Eres predecible.

— ¿Sabías que yo vendría?

— Tal vez.

— Estás usando esa palabra otra vez.

— Se está convirtiendo en una tradición.

Me siento.

La conversación no empieza inmediatamente.

Pero la distancia de los últimos días disminuye solo porque estamos frente a frente.

— ¿Estudiaste? — pregunta ella.

— Lo intenté.

— ¿Y lo lograste?

— No mucho.

— ¿Por qué?

— La biblioteca estaba ruidosa.

— Siempre estudiabas con ruido cuando no querías admitir que estabas distraído.

— Tú sigues conociéndome.

La expresión de ella cambia.

— A veces.

— Eso es mejor que nada.

— No sé.

— Yo sí.

Ella gira el vaso entre las manos.

— Te mantuviste distante.

— Estaba intentando respetar lo que pediste.

— Yo no pedí eso.

— Pediste que dejara de presionar.

— Eso no significa que deberías desaparecer.

La frase me golpea de manera inesperada.

— Yo no desaparecí.

— Sabes lo que quiero decir.

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué lo hiciste?

— Porque pensé que era lo que necesitabas.

— ¿Y si yo no lo necesitaba?

— Yo no lo sabría.

— Podrías haber preguntado.

— ¿Habrías respondido?

Lily se queda en silencio.

La pregunta no es una acusación.

Aun así, ella no consigue negarla.

— Tal vez — dice.

— ¿Tal vez?

— No lo sé.

— Estás usando tu palabra.

— Aprendí contigo.

— No es justo.

— Nada de esto es justo.

La frase es baja.

— No — concuerdo. — No lo es.

Ella me mira.

— Yo no quería que te fueras.

La confesión es tan pequeña que casi no la oigo.

— Yo no me fui.

— Te mantuviste distante.

— Porque me pediste espacio.

— Lo sé.

— Y porque yo no quería hacerte sentir atrapada.

— Yo nunca me sentí atrapada contigo.

— Lo parecía.

— Yo estaba intentando huir de mí misma.

No sé qué decir.

Lily baja la mirada.

— No quiero perder nuestra amistad otra vez.

La frase es simple.

Pero carga el miedo que ella intentó esconder desde nuestro reencuentro.

— No la vas a perder.

— No puedes prometerlo.

— Puedo prometer lo que haré.

— ¿Y qué vas a hacer?

— No voy a desaparecer.

— ¿Aunque yo no cuente todo?

— Aunque no.

— ¿Aunque yo pida distancia?

— Si es lo que realmente necesitas.

— ¿Y si no sé lo que necesito?

— Entonces me quedaré hasta que lo descubras.

Ella respira hondo.

— No deberías decir cosas así.

— ¿Por qué?

— Porque hace que todo sea más difícil.

— Lo sé.

— ¿Lo sabes?

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué lo dices?

— Porque no quiero mentirte.

Ella cierra los ojos por un instante.

— Yo tampoco quiero perderte.

— Yo tampoco quiero perderte.

La respuesta es inmediata.

Lily levanta el rostro.

— Como amigo — dice, casi como si necesitara definir.

La palabra queda entre nosotros.

No me aparto.

No quiero asustarla.

Pero tampoco consigo seguir fingiendo.

— No sé si puedo mirarte solo como amiga.

El rostro de ella pierde el color.

Permanece inmóvil.

Siento el peso de la frase en cuanto sale.

No hay manera de recogerla.

No hay manera de fingir que no la dije.

— Ethan…

— Sé que tienes miedo.

— No lo sabes.

— Tal vez no.

— Entonces no lo digas.

— No estoy diciendo que lo sé todo. Estoy diciendo que ya no puedo fingir que lo que siento es solo amistad.

Lily mira sus propias manos.

— ¿Hablas en serio?

— Sí.

— ¿Desde cuándo?

— No lo sé.

— Necesitas saberlo.

— Tal vez empezó cuando te reencontré.

— ¿O antes?

— Tal vez.

— Ethan.

— No sé responder todas las preguntas.

— Pero sabes que no puedes verme solo como amiga.

— Lo sé.

El silencio crece.

Ella parece incapaz de decidir si debe irse o quedarse.

No me acerco.

No la toco.

Solo espero.

— No puedo hacer esto — dice.

— ¿Hacer qué?

— Convertir todo en otra cosa.

— No te estoy pidiendo que lo conviertas ahora.

— Pero eso es lo que va a pasar.

— Tal vez.

— Estás usando esa palabra otra vez.

— Porque no puedo prometer lo que va a pasar.

— No quiero destruir nuestra amistad.

— Yo tampoco.

— Entonces, ¿por qué decir eso?

— Porque esconderlo no está funcionando.

Ella levanta la mirada.

— ¿Para ti?

— Para ninguno de los dos.

La expresión de ella se vuelve vulnerable.

— No sabes lo que estás diciendo.

— Sé lo suficiente.

— ¿Y si estás confundiendo la añoranza con otra cosa?

— Pensé en eso.

— ¿Y si es solo porque nos reencontramos?

— También lo pensé.

— ¿Y si se pasa?

— Puede pasarse.

— Entonces, ¿por qué arriesgar?

— Porque tal vez no se pase.

Lily cierra los ojos.

No responde.

La ausencia de respuesta no es un rechazo.

Pero tampoco es aceptación.

Es solo silencio.

Por primera vez, no intento llenarlo.

...

Nos quedamos sentados unos minutos.

La cafetería sigue funcionando a nuestro alrededor. Estudiantes entran, compran bebidas, buscan mesas y salen. Una música baja suena en los altavoces.

La vida sigue.

Lily permanece frente a mí, mirando el vaso.

— No necesitas responder ahora — digo.

Ella levanta la mirada.

— No sé qué responder.

— Lo sé.

— ¿No estás enojado?

— No.

— ¿Ni frustrado?

— Estoy un poco.

— ¿Porque yo no dije nada?

— Porque yo dije una cosa que tal vez complique todo.

— No deberías haberlo dicho.

— Tal vez.

— Ethan.

— Perdón.

— No quiero que pidas perdón.

— Entonces, ¿qué quieres?

Ella tarda.

— Quiero que las cosas sigan igual.

— Ya no están igual.

La verdad hace que ella se calle.

— Lo sé — admite.

— No necesitamos decidir nada hoy.

— ¿Y si no quiero decidir nunca?

— Entonces lo respetaré.

— ¿Aun sintiendo eso?

— Aun sintiendo.

Ella parece no creerlo.

— ¿Cómo?

— No lo sé.

— No puedes estar cerca de mí y fingir que no sientes.

— Yo no dije que pudiera fingir.

— Entonces esto va a acabar alejándonos otra vez.

— No si no lo dejamos.

— No puedes controlarlo todo.

— Lo sé.

— No parece.

— Estoy intentando aprender.

Ella me mira por demasiado tiempo.

Después, por fin sonríe.

Es una sonrisa pequeña, triste y familiar.

— Siempre fuiste pésimo para aprender rápido.

— Tú siempre fuiste impaciente.

— Yo necesitaba compensar tu lentitud.

— Yo estaba pensando.

— Siempre decías eso.

— Porque era verdad.

El momento no resuelve nada.

Pero hace que la conversación sea soportable.

La antigua dinámica aparece por una rendija.

Agarro la oportunidad.

— ¿Todavía estás usando mi chaqueta?

Ella mira su propio abrigo.

— No.

— Pensé que tal vez te la habías llevado.

— La devolví.

— Podrías habértela quedado.

— No quería que pensaras que estaba robando.

— Tú robabas mi comida.

— Eso era diferente.

— Claro.

— Mucho.

— ¿La chaqueta también tenía otro significado?

Lily se pone seria.

— Ethan.

— Estoy bromeando.

— No sabes bromear con ciertas cosas.

— Lo sé.

— No parece.

— Perdón.

— Ya dije que no necesitas pedir perdón.

— Entonces estamos atrapados en un ciclo.

— Te encantan los ciclos.

— Yo te adoro—

La frase casi sale entera.

Me detengo antes de la última palabra.

Lily se da cuenta.

El silencio vuelve.

Esta vez, ninguno de los dos intenta convertirlo en una broma.

...

Esa noche, cuando regreso al dormitorio, no siento alivio.

Tampoco siento arrepentimiento.

Estoy asustado.

Poner en palabras lo que siento lo volvió todo más real.

Antes, yo podía llamarlo añoranza.

Amistad.

Nostalgia.

Preocupación.

Ahora no.

Le dije a Lily que no puedo mirarla solo como amiga.

La frase permanece en mi mente mientras me quito el abrigo.

No sé cómo reaccionará.

No sé si siente algo parecido.

No sé si la verdad que esconde tiene relación con lo que acabo de admitir.

Pero, por primera vez, no estoy intentando fingir que la amistad lo explica todo.

Me siento en la cama y agarro el celular.

La conversación con Lily está abierta.

No hay mensajes nuevos.

Pienso en escribir buenas noches.

No escribo.

Ella necesita espacio para pensar.

Yo también.

Miro la fotografía de los dos a los quince años, todavía guardada en la conversación.

Esa chica no sabía qué sentir.

El chico a su lado tampoco.

Ahora, al menos, sé una cosa.

Estoy enamorado de Lily.

Y, por fin, puse en palabras aquello que venía pasando entre nosotros desde que ella volvió a mi vida.

CAPÍTULO 15

LILY

Ahora sé que Ethan siente atracción por mí.

Esa certeza lo empeora todo.

O mejor.

Aún no lo he decidido.

Antes, podía fingir que las miradas prolongadas eran solo añoranza. Que los silencios cargados eran consecuencia de los años separados. Que la manera en que se acercaba era solo un intento de reconstruir la amistad.

Ahora ya no puedo fingir.

Ethan dijo que no puede mirarme solo como amiga.

Las palabras siguen dentro de mi cabeza desde el momento en que las pronunció en la cafetería.

No dijo que me ama.

No dijo que quiere estar conmigo.

No dijo que siente lo mismo que yo sentí aquella noche.

Pero dijo que hay algo.

Y eso es suficiente para convertir cada encuentro en un riesgo.

A la mañana siguiente, entro en el aula y encuentro a Ethan sentado junto a la ventana.

Levanta la mirada en cuanto me ve.

Antes, habría caminado hacia él sin pensarlo.

Ahora, me detengo cerca de la puerta.

La silla de al lado está vacía.

Ethan no hace ningún gesto.

No me llama.

No señala el lugar.

Solo espera.

La elección es mía.

Camino hasta allí y me siento.

— Buenos días — dice.

— Buenos días.

— ¿Dormiste?

— Un poco.

— Yo también.

— ¿Te quedaste pensando?

— Sí.

Mi corazón se encoge.

— ¿En qué?

— En lo que dije.

— Ethan.

— No estoy intentando presionar.

— Lo parece.

— Entonces no voy a explicar.

— Acabas de explicar.

— Estoy aprendiendo.

Miro el cuaderno.

— Siempre fuiste pésimo para aprender rápido.

— Ya dijiste eso.

— Porque sigue siendo verdad.

El pequeño intercambio debería ser cómodo.

No lo es.

Ahora cada frase tiene una segunda capa.

Cuando él sonríe, pienso que tal vez esté sonriendo porque sabe lo que provoca en mí.

Cuando nuestros brazos se rozan, pienso que tal vez él también lo note.

Cuando mira mi boca, ya no puedo creer que me lo esté imaginando.

Empieza la clase.

El profesor habla.

Yo escribo.

Ethan también.

Pero el espacio entre nuestros cuerpos parece menor que antes.

...

Intentamos estudiar juntos aquella tarde.

La iniciativa es mía, aunque no lo admita.

Le mando un mensaje después del almuerzo.

Lily: ¿Vas a la biblioteca?

Ethan: Voy.

Lily: ¿La mesa cerca de la ventana está ocupada?

Ethan: Todavía no.

Lily: Entonces guárdala.

Ethan: ¿Me estás invitando?

Lily: Estoy evitando que otra persona se siente.

Ethan: Claro.

Lily: Ethan.

Ethan: La guardaré.

Llego diez minutos después.

Está sentado frente a dos pilas de libros. La silla frente a mí sigue vacía. Sobre la mesa, hay un café.

Sin azúcar.

— ¿Ya sabías que vendría? — pregunto.

— Me mandaste un mensaje.

— Podría haber cambiado de idea.

— Siempre cambias de idea después de mandar mensajes.

— No siempre.

— La mayoría de las veces.

Tomo el café.

— Gracias.

— De nada.

Me siento.

La biblioteca está llena, pero la mesa parece aislada.

Abro el libro.

Ethan hace lo mismo.

Durante unos minutos, logramos estudiar.

O fingir.

Mi atención no se queda en la página. Se queda en él.

En la manera en que sus dedos sostienen el bolígrafo.

En la forma en que se inclina sobre el libro.

En el silencio concentrado.

Ahora que sé que siente atracción por mí, no puedo dejar de imaginar qué piensa cuando me observa.

¿Se da cuenta de mi corazón acelerado?

¿Recuerda el casi beso?

¿También vuelve a aquella noche?

Su mano se mueve sobre la mesa al mismo tiempo que la mía.

Ambos alcanzamos el mismo libro.

Nuestros dedos se tocan.

El contacto es breve.

Ninguno de los dos retira la mano de inmediato.

Ethan mira nuestros dedos.

Luego, a mí.

— Puedes cogerlo — dice.

— Tú llegaste primero.

— No importa.

— Importa.

— Lily.

— Ethan.

El libro permanece entre nosotros.

Él desliza la mano hacia un lado, permitiendo que yo lo coja.

Cuando retiro los dedos, siento un escalofrío subir por el brazo.

— ¿Estás bien? — pregunta.

— Estoy bien.

— Te quedaste pálida.

— La biblioteca está fría.

— Está caliente.

— ¿Siempre tienes una respuesta?

— Para algunas cosas.

— No para aquella noche.

Su rostro cambia.

La conversación muere.

Tomo el libro y lo abro en cualquier página.

— Vamos a estudiar.

— Está bien.

Pero ninguno de los dos lee.

...

Después de un tiempo, una estudiante se acerca para devolverle algunos materiales a Ethan.

Lo conoce de una de las clases y habla con él durante unos minutos. Mientras conversan, los observo a los dos sin querer.

La chica sonríe.

Ethan responde con educación.

No siento la misma incomodidad que sentí al verlo hablar con Oliver. Tal vez porque ahora sé que lo que hay entre nosotros no está solo

dentro de mi cabeza.

Aun así, el recuerdo de la conversación sobre relaciones vuelve.

Ethan tuvo a otras personas.

Una relación que duró casi un año.

Tal vez besó a esa chica del mismo modo que besó a Madison.

Tal vez dijo cosas bonitas.

Tal vez aprendió a amar a alguien después de que yo me fui.

La idea me incomoda.

No porque él haya hecho algo mal.

Porque una parte de mí quería haber sido la primera.

La chica de la fotografía.

La mejor amiga.

La persona que él elegiría antes que a todas las demás.

— Estás mirando el libro al revés — dice Ethan.

Miro mis manos.

El libro realmente está invertido.

— Te estaba poniendo a prueba.

— Y yo la pasé.

— No significa nada.

— Significa que estabas distraída.

— No lo estoy.

— Lo estás.

— Parece que te gusta decir eso.

— Me gusta darme cuenta.

— No es lo mismo.

— Para mí, lo es.

La estudiante se va.

Ethan vuelve toda la atención hacia mí.

— ¿Qué fue?

— Nada.

— Lily.

— No empieces.

— Te quedaste callada.

— Estoy estudiando.

— No lo estás.

— Tú tampoco.

— Yo estaba hablando con alguien.

— Me di cuenta.

— ¿Te molestó?

La pregunta me golpea.

— No.

— Yo no dije que estuvieras celosa.

— Yo tampoco.

— Te estás poniendo a la defensiva.

— Te estás volviendo insoportable.

— Estás usando esto para no responder.

— Es una buena estrategia.

— No conmigo.

Su voz baja.

El ambiente alrededor parece desaparecer.

— No hagas eso — digo.

— ¿Qué?

— Háblame como si supieras lo que estoy pensando.

— No lo sé.

— Entonces deja de actuar como si lo supieras.

— Solo sé que estabas mirándome.

— Tú también me miras.

— Lo sé.

Mi corazón late fuerte.

Él no aparta la mirada.

— Entonces no me preguntes por qué — digo.

— Yo no sé por qué.

— Exactamente.

— Pero quiero saber.

La frase se queda entre nosotros.

No consigo responder.

...

Al final de la tarde, cerramos los libros.

La biblioteca empieza a vaciarse.

— ¿Vas a cenar? — pregunta Ethan.

— Tal vez.

— ¿Puedes dejar de usar esa palabra?

— No.

— Entonces consideraré que sí.

— Tú no decides por mí.

— Yo no decidí. Solo interpreté.

— ¿Es diferente?

— Mucho.

— Aún no has aprendido.

— Estoy trabajando en eso.

Salimos juntos.

En el pasillo, camino a su lado sin mantener la distancia habitual. Nuestros hombros se rozan dos veces.

En la segunda, Ethan no se aparta.

Yo tampoco.

El contacto dura solo unos pasos.

Es suficiente para hacer que el camino hasta la salida sea demasiado largo.

Afuera, el viento está fuerte.

Mi mano sujeta un mechón de pelo que insiste en caer sobre mi cara.

— Espera — dice Ethan.

Me detengo.

Él se acerca.

— ¿Qué pasa?

— Tu pelo.

— ¿Qué tiene?

— Tiene algo enganchado.

— ¿Dónde?

Él levanta la mano.

Todo mi cuerpo se queda inmóvil.

Ethan toca una pequeña hoja atrapada entre los mechones cerca de mi sien. Sus dedos rozan mi piel mientras la retira.

El gesto dura menos de un segundo.

Pero no lo parece.

Él se queda cerca.

La hoja está entre sus dedos.

— Listo.

— Gracias.

— De nada.

No se aparta de inmediato.

Su mano aún está cerca de mi rostro.

Sus ojos se encuentran con los míos.

El viento sigue pasando a nuestro alrededor.

La universidad está llena de gente, pero el momento parece privado.

— Aún haces eso — dice.

— ¿Qué?

— Te quedas completamente inmóvil cuando no sabes qué decir.

— Sé qué decir.

— Entonces dilo.

— Gracias por la hoja.

— Ya lo dijiste.

— Entonces no hace falta que preguntes.

— Yo no pregunté.

— Está implícito.

— Estás nerviosa.

— No lo estoy.

— Lo estás.

— Ethan.

— Lily.

Él sonríe levemente.

Su mano baja.

El espacio entre nosotros sigue siendo pequeño.

— ¿Vamos? — pregunto.

— Vamos.

Caminamos.

Pero la sensación de la punta de sus dedos permanece en mi piel.

...

Al día siguiente, la lluvia empieza antes de la primera clase.

Chicago queda cubierta por un cielo oscuro, y los estudiantes entran en los edificios sacudiendo los paraguas. Yo salgo del dormitorio tarde y cruzo el patio corriendo.

Ethan está cerca de la entrada, sosteniendo un paraguas.

— ¿No trajiste uno? — pregunta.

— No.

— Claro que no.

— No sabía que llovería.

— El cielo está oscuro desde ayer.

— Estaba ocupada.

— Siempre lo estás.

Él hace espacio a su lado.

— Ven.

— Puedo correr.

— Vas a llegar empapada.

— No importa.

— Lily.

Entro bajo el paraguas.

Caminamos cerca.

El espacio es pequeño. Mi hombro roza su pecho cada pocos pasos. Cuando el viento cambia, Ethan inclina el paraguas para protegerme, dejando parte de su propio cuerpo expuesta a la lluvia.

— Te estás mojando — digo.

— Estoy bien.

— No lo estás.

— ¿Es una observación?

— Lo es.

— Entonces la acepto.

En la entrada del edificio, me detengo.

— Gracias.

— De nada.

— Vas a resfriarte.

— Estás preocupada por mí.

— Acabas de protegerme de la lluvia.

— Siempre hago eso.

La frase es simple.

Pero el pasado se abre ante mí.

Ethan siempre hizo eso.

Siempre puso su propio abrigo sobre mis hombros. Siempre caminó del lado de la calle. Siempre esperó a que yo entrara antes de irse.

Yo convertí esos gestos en esperanza.

Tal vez ese haya sido mi error.

— Estás pensando demasiado — dice.

— No puedes saberlo.

— Tu mirada se queda distante.

— No se queda.

— Se queda.

Él se acerca para mirar mi rostro.

La lluvia golpea el paraguas sobre nosotros.

— ¿Te acuerdas de aquella noche? — pregunta.

Mi estómago se contrae.

— ¿Qué noche?

— La fiesta.

El sonido de mi corazón parece más alto que la lluvia.

— ¿Por qué lo preguntas?

— Porque hablas de ella como si fuera el momento en que todo terminó.

— Yo no hablo de ella.

— Hablas cuando dices que nosotros destruimos nuestra amistad.

— Estaba hablando de otra cosa.

— No lo estabas.

— Ethan.

— Llegaste después que yo aquella noche.

— Sí.

— Mandaste un mensaje.

— Sí.

— Yo no respondí.

— Estabas ocupado.

Él me mira fijamente.

— No sabía que lo habías visto.

El mundo se detiene.

La lluvia continúa.

La gente pasa a nuestro lado, empujando puertas y sacudiendo abrigos.

Pero yo solo escucho una frase.

No sabía que lo habías visto.

Mi rostro pierde el calor.

— ¿Visto qué? — pregunto.

Ethan no aparta la mirada.

— Tú lo sabes.

— No.

— Lily.

— No sé de qué estás hablando.

— Vi la manera en que cambiaste después de aquella noche.

— Tú no sabes por qué.

— No lo sabía.

La palabra viene cargada de certeza.

— Pero ahora creo que lo sé.

Todo mi cuerpo se pone rígido.

— ¿Qué crees?

Él sostiene el paraguas con una mano. La otra permanece al lado del cuerpo.

— Creo que me viste con Madison.

No consigo respirar.

La lluvia cae a nuestro alrededor.

Ethan continúa:

— ¿Fue en aquella fiesta?

Me quedo helada.

Por fin unió los puntos.

CAPÍTULO 16

ETHAN

— ¿Fue en aquella fiesta?

La pregunta permanece entre nosotros.

Lily no responde.

La lluvia cae sobre el paraguas, llenando el silencio con un ruido constante. La gente pasa por la entrada del edificio, algunos nos saludan, otros se desvían para no chocar. Nadie se da cuenta de que, en ese instante, toda mi vida acaba de reorganizarse.

— Lily — digo.

Ella sigue inmóvil.

— ¿Me viste con Madison?

Sus ojos se cierran por un segundo.

Es la respuesta.

Siento el pecho apretarse.

Durante cuatro años, imaginé decenas de explicaciones para su alejamiento. Pensé que había dicho algo mal. Que había fallado como amigo. Que Lily simplemente había decidido que nuestra

amistad pertenecía al pasado.

Nunca pensé que ella pudiera haberme visto besando a Madison.

Mucho menos que ese beso tuviera alguna relación con todo lo que pasó después.

— Lo viste — digo.

— Sí.

La palabra sale tan baja que casi se pierde en el ruido de la lluvia.

— ¿Esa noche?

— Sí.

Me quedo mirándola.

La imagen de la fiesta regresa con una claridad incómoda. La sala llena. La música alta. Madison acercándose. Yo esperando a que Lily llegara. El beso que empezó sin planificación y terminó pocos minutos después.

Lily estaba allí.

Ella lo vio.

Y yo no lo supe.

— ¿Por qué nunca me lo dijiste? — pregunto.

Ella mira hacia el patio.

— No sabía qué decir.

— Podrías haber preguntado.

— ¿Preguntar qué?

— Cualquier cosa.

— "¿Te gusta ella?" Tal vez.

— Sí.

— ¿Y si dijeras que sí?

No respondo inmediatamente.

La pregunta parece simple, pero carga el peso de cuatro años.

— No me gustaba ella.

Lily aprieta los brazos contra el cuerpo.

— En esa época, no lo parecía.

— Lo sé.

— La estabas besando.

— Lo sé.

— Y no parecías molesto.

El recuerdo me avergüenza.

— Estaba confundido.

— No lo parecía.

— Lily, ni siquiera sabía que me estaban observando.

— Ese era el problema.

— ¿Qué problema?

Ella por fin me mira.

Sus ojos están brillantes, pero no hay lágrimas.

— No sabías que yo estaba allí. No sabías que yo estaba mirando. No sabías que había pasado la noche entera intentando reunir valor para hablar contigo.

Todo mi cuerpo se queda inmóvil.

— ¿Hablar conmigo sobre qué?

Lily suelta una risa baja, sin humor.

— ¿Todavía necesitas preguntar?

— Necesito.

— Ethan.

— No lo sabía.

— Lo sé.

— No, Lily. De verdad no lo sabía.

— Nunca lo supiste.

— Entonces dímelo.

Ella aparta la mirada.

La lluvia escurre por el lateral del paraguas. Una gota cae sobre su rostro, y Lily la limpia con el dorso de la mano.

— No aquí.

— Está bien.

— No sé si puedo hablar.

— No tienes que hacer esto ahora.

— Pero quieres saber.

— Quiero.

— ¿Y si no lo cuento?

— Voy a esperar.

Parece no creerlo.

— Ya dijiste eso antes.

— Lo sé.

— Y seguiste preguntando.

— Porque no entendía.

— ¿Ahora entiendes?

— Creo que sí.

— No lo sabes todo.

— No.

— Entonces no digas que entiendes.

— Entiendo que me viste con Madison. Entiendo que eso cambió la manera en que me veías. Entiendo que te fuiste porque pensaste que no podías seguir cerca de mí.

Lily permanece en silencio.

— Pero todavía no entiendo por qué eso dolió tanto — añado.

Ella cierra los ojos.

La respuesta parece exigir un valor que no tiene.

— Vamos a algún lugar tranquilo — digo.

— ¿Dónde?

— Podemos ir a la sala de seminarios.

— ¿Quieres hablar ahora?

— No tiene que ser ahora. Pero no quiero que salgas corriendo.

— No voy a salir corriendo.

— Perdón.

— Siempre pides perdón cuando tienes miedo.

La observación me golpea.

— Tengo miedo.

Lily me mira.

— ¿De qué?

— De la respuesta.

Ella no dice nada.

Caminamos hasta el edificio.

No lado a lado.

Tampoco separados.

El paraguas sigue entre nosotros, pero la distancia parece menor que antes. A cada paso, pienso en aquello que Lily está a punto de contar.

¿Estaba enamorada de mí?

La pregunta surge antes de que consiga impedirlo.

No quiero anticiparme.

No quiero construir una respuesta que tal vez no exista.

Pero sus palabras en la conversación del laboratorio vuelven a mi mente.

No sé si puedo sobrevivir a que me rechaces otra vez.

En ese momento, no tuve valor de preguntar directamente.

Ahora, la posibilidad parece imposible de ignorar.

...

La sala de seminarios está vacía.

Lily entra primero.

Yo cierro la puerta detrás de nosotros.

La lluvia golpea las ventanas. El cielo está oscuro, y las luces de la sala dejan el ambiente con una apariencia aún más aislada.

Lily se queda cerca de la mesa, sujetándose los propios brazos.

Pongo el paraguas en el suelo.

— ¿Quieres sentarte?

— No sé.

— Puedes quedarte de pie.

— Estás intentando hacer esto más fácil.

— Estoy intentando no hacerlo peor.

Ella me mira.

— Estás muy tranquilo.

— No lo estoy.

— Lo parece.

— Estoy intentando no interrumpirte antes de que empieces.

— Tal vez no pueda empezar.

— Entonces empezamos despacio.

— Siempre tienes un plan.

— No para esto.

El silencio se prolonga.

Lily mira hacia la ventana.

— Fui a aquella fiesta por tu culpa.

No me muevo.

— Sé que fuiste conmigo.

— No. Fui por tu culpa.

La diferencia es pequeña en la frase.

En mi pecho, parece enorme.

— Quería hablar contigo.

— ¿Sobre el beso?

— Antes del beso.

Siento el aire salir de mis pulmones.

— ¿Antes?

— Había decidido contar una cosa.

— ¿Qué?

Ella aprieta los dedos.

— Que estaba enamorada de ti.

La frase es baja.

Pero la escucho.

La escucho con claridad.

El mundo parece perder la forma alrededor.

Lily sigue mirando la ventana, como si no pudiera ver mi rostro.

Yo no consigo responder.

Durante años, imaginé que el cambio entre nosotros había sido causado por algo que yo hice.

Ahora descubro que ella me amaba.

Esa noche.

Cuando éramos adolescentes.

Cuando yo creía que ella era solo mi mejor amiga.

— Lily…

— No digas nada todavía.

Cierro la boca.

Ella inspira profundamente.

— Me gustabas desde hacía mucho tiempo. No fue una cosa que pasó de repente. No me desperté ese día y decidí que quería cambiar nuestra amistad. Ya sentía algo desde hacía años.

Sus manos tiemblan.

— Intenté ignorarlo. Intenté convencerme a mí misma de que era solo porque pasábamos mucho tiempo juntos. Porque eras la persona que más conocía. Porque nosotros hacíamos todo juntos.

Ella ríe sin humor.

— Pero no era solo eso.

No puedo apartar los ojos de ella.

— Ensayé lo que diría durante días. Después, durante horas. Me quedé cambiándome de ropa, escribiendo frases en el móvil y borrándolo todo. Mi madre se dio cuenta de que pasaba algo.

— No me lo contaste.

— Quería contártelo a ti.

— En la fiesta.

— Sí.

La palabra parece atravesarme el pecho.

— Llegué y te busqué.

— Yo estaba esperando.

— No respondiste a mi mensaje.

— No lo oí.

— Mandé otro.

— No lo vi.

— Porque estabas con Madison.

Su voz falla.

— Sí.

Cierro los ojos por un instante.

Madison.

Aquella noche que yo consideré solo extraña, incómoda y sin importancia.

Para Lily, había sido el momento en que una esperanza entera murió.

— Yo estaba en la sala cuando vi a alguien decir que estabas ahí fuera — continúa ella. — Fui a buscarte.

— Y me encontraste.

— Con ella.

— Lily, yo…

— No necesitas explicar el beso.

— Necesito.

— No.

— Necesito, porque pasaste cuatro años creyendo que significaba algo.

— Sé que no significaba.

— ¿Cómo lo sabes?

Ella por fin me mira.

— Porque interrumpiste.

— ¿Viste eso?

— No.

— Entonces ¿cómo lo sabes?

— Me lo dijiste.

— ¿Cuándo?

— No lo dijiste con palabras. Lo dijiste ahora.

— No sabía que estabas allí.

— Lo sé.

La repetición de la frase me golpea.

— No, Lily. Dices que lo sabes ahora. Pero esa noche no lo sabías.

— Tenía dieciocho años.

— Yo también.

— Parecías tan seguro de lo que estabas haciendo.

— No lo estaba.

— No importaba.

— Importaba para mí.

— No lo parecía.

— Recuerdo el beso. Recuerdo haber dejado que pasara porque Madison insistió. Recuerdo darme cuenta, pocos segundos después, de que no quería continuar. Recuerdo apartarme y salir al balcón.

— Te vi ahí fuera después.

— Me mandaste un mensaje.

— Ya me había ido.

— Quería encontrarte.

— No pude quedarme.

— ¿Por qué?

Ella mira sus manos.

— Porque me daba vergüenza.

La palabra me deja sin reacción.

— ¿Vergüenza de qué?

— De haber creído que podría decir que te amaba y ser correspondida.

— Lily.

— No era solo tristeza. Me sentí ridícula. Pasé años interpretando cada gesto tuyo como si fuera una promesa. Cada vez que cuidabas de mí, cada vez que me elegías para algo, cada vez que decías que yo era importante… yo pensaba que tal vez significaba más.

— Significaba.

— Amistad.

— No solo.

Ella levanta la mirada.

— No puedes decir eso ahora.

— ¿Por qué?

— Porque ahora lo sabes.

— Yo sabía que eras importante antes de saber lo que sentías.

— No es lo mismo.

— Tal vez no.

— Fui a aquella fiesta pensando que por fin tendría valor. Y te encontré besando a otra persona. ¿Qué debería pensar?

— Que yo no sabía que tú me amabas.

— No podía pensar así.

— ¿Por qué?

— Porque, cuando ves a la persona que amas besando a otra, no te pones a buscar explicaciones amables.

La frase me golpea como un dolor físico.

No sé cuántas veces Lily repitió aquella escena dentro de su cabeza.

No sé cuántas veces se preguntó si había imaginado todas las cosas entre nosotros.

— Nunca quise que sintieras eso — digo.

— Lo sé.

— Si lo hubiera sabido…

— No lo sabías.

— Habría ido a buscarte.

— Tal vez.

— Habría explicado.

— Tal vez.

— Habría dicho que Madison no significaba nada.

— Lo sé.

— No puedes seguir diciendo que lo sabes.

— Pero lo sé ahora.

Su voz se quiebra.

— No sabes lo que habrías hecho a los dieciocho años.

La verdad me silencia.

Ella tiene razón.

No puedo reescribir al chico que fui. No puedo garantizar cómo habría reaccionado. Solo puedo afirmar que, si lo hubiera sabido, jamás habría dejado que Lily creyera que no era deseada.

— Habría querido saberlo — digo.

— No pude contarlo.

— ¿Por qué?

— Porque después de verte con ella, pensé que ya tenía mi respuesta.

La frase permanece entre nosotros.

Por fin comprendo.

Lily no se fue porque creyera que yo hubiera hecho algo cruel.

Se fue porque creía que yo nunca podría sentir lo mismo.

Y yo pasé cuatro años intentando descubrir qué error había cometido.

Ninguno de los dos comprendió completamente lo que estaba pasando.

Ella no sabía que el beso no significaba nada.

Yo no sabía que ella me amaba.

La distancia nació de una verdad que nunca se dijo.

...

Me siento en una de las sillas.

Las piernas parecen débiles.

Lily sigue de pie, cerca de la ventana.

— Mandé mensajes — digo.

— Lo sé.

— Los viste.

— Algunos.

— Y no respondiste.

— No podía.

— Fui a tu casa.

— Lo sé.

— Tu madre me dejó subir.

— Yo estaba allí.

Levanto la mirada.

— ¿Estabas?

— En el cuarto.

— Llamé.

— Lo sé.

— ¿Oíste?

— Oí.

— ¿Por qué no abriste?

Ella respira hondo.

— Porque sabía que, si te veía, no conseguiría mantener la decisión de alejarme.

La confesión me deja sin aire.

— Querías alejarte de mí.

— Quería dejar de sentir.

— ¿Y lo lograste?

Ella sonríe de manera triste.

— No.

La palabra es casi un susurro.

Durante cuatro años, ella intentó olvidar.

Durante cuatro años, yo intenté aceptar.

Ninguno de los dos lo consiguió.

— Pensé que habías encontrado a otras personas — dice ella.

— Encontré.

— Lo sé.

— Pero no era lo mismo.

— No puedes decir eso solo para hacerme sentir mejor.

— No lo estoy diciendo para hacerte sentir mejor.

— Entonces ¿por qué?

— Porque es verdad.

Ella aparta la mirada.

— Tuviste una relación de casi un año.

— Tuve.

— Entonces existía algo.

— Existía.

— Te gustaba ella.

— Me gustaba.

— Y aun así…

— Y aun así, no eras tú.

Lily cierra los ojos.

— No digas cosas que no sé cómo recibir.

— Pasé cuatro años sin saber qué hacer con tu ausencia. Tal vez ahora sea tu turno de oír algo difícil.

Ella me mira.

— ¿Estás diciendo que me amabas en esa época?

La pregunta es delicada.

No quiero responder sin certeza.

Pero no quiero esconderme.

— No sabía llamarlo amor.

— Eso no es una respuesta.

— Lo sé. Pero es la verdad.

— ¿No lo sabías?

— Sabía que eras la persona más importante de mi vida. Sabía que no quería perderte. Sabía que nadie me conocía como tú. Sabía que, cuando pasaba algo, te buscaba a ti antes que a cualquier otra

persona.

— Eso podía ser amistad.

— Podía.

— Entonces no lo sabes.

— Sé lo que siento ahora.

Ella no pregunta.

— Ahora es diferente — continúo. — Ahora sé que no puedo mirarte solo como amiga. Sé que me enamoré de ti.

Lily se queda completamente inmóvil.

— ¿Cuándo?

— No lo sé.

— ¿Después de reencontrarte conmigo?

— Tal vez lo percibí después. Pero creo que empezó mucho antes.

— Ethan…

— No estoy diciendo que deberías haberlo sabido. Yo no lo sabía.

— Siempre fuiste tan seguro de todo.

— No sobre ti.

Ella mira al suelo.

— Si te lo hubiera contado, tal vez todo habría sido diferente.

— Habría sido.

— No puedes saberlo.

— No. Pero habríamos tenido una oportunidad de entender.

— O destruido todo más temprano.

— Tal vez.

— Odias esa palabra.

— Aprendí que hay cosas que no puedo controlar.

— Estás intentando parecer maduro.

— Estoy intentando no derrumbarme.

Ella levanta la mirada.

— Estás aturdido.

— Lo estoy.

— Sabía que sería así.

— No estoy aturdido porque tú me amabas.

— ¿No?

— Estoy aturdido porque pasaste cuatro años pensando que yo no podría amarte.

Las lágrimas por fin corren por su rostro.

Doy un paso hacia ella.

Me detengo antes de tocarla.

— ¿Puedo acercarme?

Ella no responde inmediatamente.

Después, hace un movimiento mínimo con la cabeza.

Me acerco.

No la toco.

Todavía no.

— No quería que sintieras vergüenza — digo.

— Lo sé.

— No eras ridícula.

— Yo me sentí.

— Eras la chica que más me gustaba tener cerca.

Ella cierra los ojos.

— Pero no sabías si era amor.

— No lo sabía.

— Entonces yo tenía razón en irme.

La frase me duele.

— Tenías razón en protegerte de lo que creías que era verdad. Pero no tenías que haber cargado con todo sola.

— No sabía cómo compartirlo contigo.

— Podrías habérmelo contado.

— Tenía dieciocho años.

— Yo también.

— No entiendes.

— Ahora entiendo un poco.

— No quería que me miraras con lástima.

— Nunca te miré con lástima.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque, si lo hubiera sabido, te habría mirado con amor.

Lily abre los ojos.

La frase parece golpear a los dos.

No sé si es una confesión sobre el pasado o sobre el presente.

Tal vez sea ambas.

...

Ella se aleja hasta apoyarse en la mesa.

— ¿Qué hacemos ahora?

La pregunta es la más difícil.

No hay una respuesta lista.

No después de cuatro años.

— No lo sé.

— Siempre tienes una respuesta.

— No para esto.

— ¿Vas a seguir queriendo descubrir?

— Ya lo descubrí.

— No todo.

— No necesito saber cada detalle para entender.

— Todavía no sabes por qué nunca lo conté.

— Pensaste que ya tenías tu respuesta.

— Sí.

— Y pasaste cuatro años creyendo en ella.

— Sí.

— Me habría gustado saberlo.

— Lo sé.

— No quiero que pidas perdón por lo que no sabías.

— Entonces no lo haré.

— Pero lo siento por lo que viviste.

Lily baja el rostro.

— Yo también lo siento por lo que viviste.

— Perdiste una amistad.

— Tú perdiste a tu mejor amiga.

— Los dos perdimos cuatro años.

La frase se vuelve la conclusión inevitable.

Cuatro años.

Cuatro años en universidades diferentes.

Cuatro años de mensajes sin responder, cumpleaños silenciosos, descubrimientos que no se compartieron y momentos en los que ambos desearon hablar, pero no hablaron.

Cuatro años por culpa de un beso que no significó nada para mí y lo significó todo para ella.

Por culpa de una confesión que nunca ocurrió.

Por culpa de una verdad que ninguno de los dos comprendió completamente.

— Podría haber evitado todo — digo.

— No lo sabías.

— Podría haber prestado más atención.

— Yo lo escondí.

— No deberías haber necesitado esconderlo.

— No sabía cómo ser valiente.

— Eras valiente.

— No esa noche.

— Fuiste a la fiesta para contármelo.

— Y me fui sin decirlo.

— Aun así, fuiste.

Ella me mira.

— Yo te amaba.

La frase es más directa esta vez.

No hay escapatoria.

No hay intento de suavizar.

Mi corazón se aprieta.

— Lo sé.

— No. No sabes lo que eso significó para mí.

— No lo sé completamente.

— Yo te amaba como si fueras la única persona en el mundo que podría elegirme.

— Lily.

— Y cuando te vi con ella, entendí que yo no era esa persona.

— Estabas equivocada.

— Lo sé ahora.

— Quería que lo supieras en esa época.

— Yo también.

El silencio que viene después no está vacío.

Está lleno de todo lo que por fin se dijo.

Me acerco un paso más.

Esta vez, Lily no retrocede.

Todavía no la toco.

— No quiero que hagas ninguna elección ahora — digo.

— ¿Por qué?

— Porque pasamos demasiado tiempo tomando decisiones basadas en el miedo.

Sus ojos se quedan fijos en los míos.

— ¿No vas a pedirme que lo olvide todo?

— No.

— ¿Ni que confíe inmediatamente?

— No.

— ¿Ni que finja que todo está resuelto?

— No.

— Entonces ¿qué quieres?

Pienso en la respuesta.

— Quiero que, de ahora en adelante, no tengas que adivinar lo que siento.

Lily respira hondo.

— ¿Y si no consigo creer?

— Voy a esperar.

— Ya esperaste cuatro años.

— Puedo esperar un poco más.

Ella sonríe a través de las lágrimas.

— Sigues siendo terco.

— A ti te gustaba eso.

— Tal vez.

— Estás usando mi palabra.

— Lo sé.

Esta vez, sonreímos juntos.

El dolor no desaparece.

Pero se vuelve menos afilado.

...

La lluvia disminuye cuando salimos de la sala.

Caminamos hasta la residencia de Lily sin hablar mucho.

No hay necesidad de llenar cada espacio. Por primera vez, el silencio no está hecho de cosas escondidas.

Llegamos a la puerta.

Ella me devuelve el paraguas.

— Puedes quedártelo.

— Lo vas a necesitar.

— Vivo a pocos pasos.

— Aun así.

— Ethan.

— Lily.

Ella sostiene el mango por un instante antes de aceptar.

Nuestros dedos se rozan.

El contacto es breve.

Pero, ahora, carga el peso de todo lo que descubrimos.

— Gracias por haber insistido — dice ella.

— Me pediste que parara.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué estás agradeciendo?

— Porque, si hubieras parado completamente, tal vez yo nunca lo contaría.

— No podría.

— Lo sé.

Nos quedamos frente a la puerta.

Hay algo diferente entre nosotros.

No solo porque Ethan sabe que yo lo amaba.

Porque ahora sé que él también siente algo.

La atracción permanece.

El deseo de besarla también.

Pero no lo hago.

No después de una conversación tan importante.

No quiero que el primer beso después de todo sea una respuesta al shock, a la culpa o al dolor.

— Buenas noches, Lily.

— Buenas noches, Ethan.

Ella abre la puerta.

Antes de entrar, me mira.

— No me arrepiento de haberte amado.

La frase me deja inmóvil.

— Yo tampoco me arrepiento de haberte amado.

Ella contiene la respiración.

No pregunta si yo la amaba en esa época.

Tal vez aún no esté lista para oírlo.

Tal vez yo tampoco esté listo para responder.

Lily entra.

La puerta se cierra.

Me quedo solo en el pasillo, sosteniendo el paraguas.

Ahora todo tiene sentido.

Los mensajes ignorados.

La distancia.

La frialdad.

El silencio.

La manera en que ella me miraba como si yo fuera alguien capaz de hacerle daño.

Ella me amaba.

Yo no lo supe.

Y, por no saberlo, perdimos cuatro años.

CAPÍTULO 17

LILY

Después de la revelación, algo cambia.

No sucede de manera visible.

A la mañana siguiente, el campus sigue igual. Los mismos pasillos llenos. Las mismas aulas. Los mismos profesores hablando sobre exámenes y lecturas obligatorias. Los mismos estudiantes cruzando el patio con café en las manos.

Pero Ethan y yo ya no somos iguales.

Ya no existen secretos entre nosotros.

Al menos, no los que importan.

Él sabe que yo lo amaba a los dieciocho años. Sabe por qué me fui. Sabe que pasé cuatro años intentando olvidarlo y que no pude.

Yo sé que el beso con Madison no significó nada para él. Sé que Ethan no sabía que yo estaba en la fiesta. Sé que, cuando me buscó aquella noche, no tenía idea de que yo me había ido con el corazón roto.

La verdad no arregla los años perdidos.

Pero cambia la forma en que los cargamos.

Entro en el aula de Anatomía unos minutos antes de la clase.

La silla a mi lado está vacía.

La miro.

Durante semanas, esa silla representó una elección simple. Podía dejar mi mochila allí o permitir que Ethan se sentara.

Ahora, parece una pregunta.

No sé si quiero que venga.

No sé si quiero que no venga.

Pongo mi mochila en el suelo.

Poco después, Ethan entra.

Nuestras miradas se encuentran.

Él no sonríe de inmediato. Primero, observa mi rostro, como si intentara entender si estoy bien.

Después, camina hacia mí.

— Buenos días.

— Buenos días.

— ¿Puedo?

Miro la silla.

— ¿Todavía preguntas?

— Ahora parece importante.

Mi pecho se oprime.

— Puedes sentarte.

Él se sienta.

No me toca.

No hace una broma.

No pregunta si dormí.

Su distancia cuidadosa me pone más nerviosa que cualquier acercamiento.

— ¿Estás bien? — pregunto.

— Estoy.

— No lo parece.

— Estoy intentando no presionarte.

— Estás haciendo eso otra vez.

— ¿Qué?

— Respondiendo como si todo estuviera bien cuando no lo está.

Surge una pequeña sonrisa.

— Aprendí de ti.

— No uses eso contra mí.

— No lo estoy usando.

— Lo estás.

— Tal vez.

Lo miro.

— Tienes una obsesión con esa palabra.

— Tú empezaste.

— No importa quién empezó.

— Para ti, todo importa.

La conversación es ligera, pero hay algo por debajo.

La clase empieza.

El profesor habla sobre articulaciones, movimientos y estructuras. Tomo notas. Ethan también.

Nuestros brazos casi se tocan cuando ambos alcanzamos el mismo espacio sobre la mesa.

Ninguno de los dos se aparta de inmediato.

El roce es rápido.

Pero ahora sabemos el posible significado de cada roce.

Eso lo vuelve todo más difícil.

O más honesto.

...

Después de la clase, Ethan no me acompaña de inmediato.

Espera a que yo guarde el material.

Cuando me levanto, está parado cerca de la puerta.

— ¿Tienes un minuto? — pregunta.

Mi corazón se acelera.

— Tengo.

— ¿Podemos hablar?

— ¿De qué?

— De nosotros.

La palabra me deja inmóvil.

— Nosotros ya hablamos.

— No lo suficiente.

— ¿Quieres hablar sobre la fiesta?

— También.

Lo sigo por el pasillo.

No vamos a la biblioteca. No vamos a la sala de seminarios. Ethan me lleva hasta una pequeña área exterior entre dos edificios, donde

hay bancos y árboles cubriendo parte del camino.

El lugar está casi vacío.

El cielo sigue gris, pero la lluvia de la noche anterior paró.

Nos sentamos en un banco.

Hay una pequeña distancia entre nosotros.

— No dormí — dice Ethan.

— Yo tampoco.

— Me quedé pensando en todo lo que me contaste.

— Lo siento mucho.

— No quiero que pidas disculpas.

— Ya dijiste eso.

— Porque es verdad.

— ¿Qué pensaste?

Él mira sus manos.

— Que pasé cuatro años intentando arreglar una cosa sin saber qué se había roto.

La frase me oprime el pecho.

— Yo no quería que pasaras por eso.

— Lo sé.

— No sabía cómo volver.

— Podrías haber vuelto sin contar.

— ¿Cómo?

— Podrías haber escrito.

— Escribí.

— Poco.

— No sabía si querías escucharme.

— Quería.

— No respondiste.

— Lo sé.

— Entonces los dos nos equivocamos.

— Sí.

Él levanta la mirada.

— Pero no de la misma manera.

— No.

— Yo me equivoqué por no darme cuenta de lo que sentías.

— No tenías forma de saberlo.

— Tal vez debería haberlo sabido.

— No deberías.

— Eras mi mejor amiga. Debería haberme dado cuenta de que había algo diferente.

— Yo lo escondía.

— Muy bien.

— Lo intenté.

— ¿Por qué?

— Porque tenía miedo.

— ¿De mí?

— De perderte.

La respuesta es simple.

Ethan se queda en silencio.

— Creí que, si lo contaba y tú no sentías lo mismo, todo cambiaría — continúo. — Pero, cuando te vi con Madison, fue como si la respuesta ya hubiera sido dada. No necesitaba preguntar.

— Estabas equivocada.

— Lo sé.

— No en aquella época.

— No.

— No puedo cambiar al chico que yo era a los dieciocho años.

La frase hace que lo mire.

— No tienes que hacerlo.

— Necesito que lo sepas.

— Lo sé.

— No, Lily. Yo quería haber sido más atento. Quería haberme dado cuenta. Quería haber entendido que estabas intentando hablar conmigo. Pero no puedo volver a aquella fiesta y cambiar lo que hice.

— No quiero que cambies.

— Tú no puedes cambiar a la chica que eras.

— No quiero.

— Entonces no vamos a pasar el resto de la vida intentando corregir aquella noche.

La idea parece imposible.

— ¿Cómo no?

— Podemos entender lo que pasó sin seguir atrapados allí.

— Hablas como si fuera fácil.

— No lo es.

— Entonces ¿cómo?

— Decidiendo lo que queremos ahora.

Mi corazón late más rápido.

— ¿Ahora?

— A los veintitantos. Aquí. Después de todo.

— Ethan…

— Quiero descubrir lo que hay entre nosotros ahora.

La frase me deja sin aire.

Él no está diciendo que todo está resuelto. No está prometiendo un futuro. No está intentando borrar el pasado con una declaración bonita.

Está hablando de descubrir.

De elegir.

De darle una oportunidad al presente.

— Estoy asustada — admito.

— Lo sé.

— No lo sabes.

— Pasaste años intentando dejarme atrás.

— Y fallé.

— Yo también.

— Tú seguiste adelante.

— Seguí con la vida. No es lo mismo.

— Saliste con otras personas.

— Sí.

— Besaste a otras personas.

— Sí.

— ¿Amaste a alguien?

Ethan piensa antes de responder.

— Me gustaron personas. Pero no sé si amé.

— ¿Cómo puedes no saber?

— Porque ahora sé que, cuando amo a alguien, no consigo llamarlo amistad y fingir que basta.

La frase me golpea.

Él no está hablando solo de mí.

Está hablando sobre lo que siente ahora.

— ¿Quieres saber si todavía te amo? — pregunto.

— Quiero.

Su honestidad me asusta.

— Nunca dejé de amar.

Ethan cierra los ojos por un instante.

Cuando vuelve a mirarme, hay una emoción tan abierta en su rostro que casi me hace retroceder.

— Lily.

— No sé si eso es suficiente.

— Es más que suficiente para empezar.

— ¿Y si empezar destruye nuestra amistad?

— Ya cambió.

— ¿No tienes miedo?

— Tengo.

— Entonces ¿por qué estás haciendo esto?

— Porque pasé demasiado tiempo con miedo de perderte y acabé perdiendo de todos modos.

La respuesta se queda dentro de mí.

Recuerdo la noche en que me fui.

Creía que alejarme impediría el dolor.

Pero el dolor vino conmigo.

Tal vez solo perdí a Ethan sin permitirle que tuviera la oportunidad de elegir.

— No quiero hacer esto otra vez — digo.

— Entonces no lo hagas.

— No es tan simple.

— Lo sé.

— Yo puedo echarme atrás.

— Yo también.

— Puedes arrepentirte.

— Puedo.

— Yo puedo lastimarme.

— Puedes.

— Estás haciendo que esto dé mucho miedo.

— Porque lo da.

— Esto no debería ser reconfortante.

— No estoy intentando hacerlo seguro. Estoy intentando ser honesto.

Miro el jardín.

Las hojas están mojadas. Pequeñas gotas todavía caen de las ramas.

— Pasé cuatro años intentando olvidarte — digo. — Cuando conseguí dejar de pensar en ti todos los días, creí que estaba mejor. Creí que, si nos encontrábamos otra vez, yo podría ser educada y seguir adelante.

— Y no pudiste.

— No.

— Yo tampoco.

— Lo sé.

— ¿Cómo?

— Porque me miras como si estuvieras intentando no mirar.

Mi rostro se calienta.

— Eso no significa nada.

— Significa para mí.

— Estás muy seguro.

— No lo estoy.

— Lo parece.

— Estoy aterrorizado.

Su sinceridad me hace volver la mirada hacia él.

Ethan sonríe sin humor.

— ¿Crees que es fácil decir todo esto? Pasé la vida entera tratándote como la persona más importante de mi vida sin admitir que tal vez yo quisiera más.

— ¿Tal vez?

— Estoy intentando no parecer desesperado.

— Estás fallando.

— Sabía que dirías eso.

Sonrío a pesar de mí misma.

Durante unos segundos, el miedo disminuye.

No desaparece.

Pero deja de ocupar todo el espacio.

...

Seguimos sentados.

Ethan no me toca.

Tal vez esté esperando que yo determine la distancia.

Tal vez tenga miedo de hacer cualquier movimiento que parezca una presión.

Esa cautela me emociona.

El chico de dieciocho años no sabía que yo lo amaba.

El hombre delante de mí lo sabe.

Y, aun así, no intenta usar eso para convencerme.

— ¿Estás esperando que yo haga algo? — pregunto.

— No.

— Lo parece.

— Estoy esperando que te sientas segura.

— No sé si consigo sentirme segura.

— Entonces vamos despacio.

— ¿Qué tan despacio?

— Más despacio de lo que te gustaría. Más rápido que cuatro años.

— Eso no es una medida.

— Es la única que tengo.

— Sigues improvisando.

— Lo estoy intentando.

— ¿De verdad no tienes un plan?

— No para ti.

La frase me hace respirar hondo.

Durante años, imaginé cómo sería besar a Ethan.

En todas las versiones, yo era más valiente.

Decía lo que sentía.

Él respondía.

El beso ocurría como una conclusión inevitable.

La realidad es diferente.

No hay música, vestido ni fiesta.

Hay un banco mojado, un campus silencioso y dos adultos intentando entender qué hicieron con sus propios sentimientos.

Tal vez sea mejor así.

— No sé cómo empezar — digo.

— Empezamos hablando.

— Eso ya lo hicimos.

— Entonces seguimos.

— ¿Y después?

— Después vemos.

— ¿No quieres besarme?

La pregunta se me escapa.

El silencio que viene después hace que mi rostro se incendie.

Ethan no parece sorprendido.

Solo se queda muy quieto.

— Quiero — responde.

Mi corazón late fuerte.

— Pero no voy a hacerlo sin saber si tú quieres.

— Yo no pregunté si tú querías que yo lo hiciera.

— Preguntaste si yo quiero.

— ¿Y tú quieres?

Él me mira.

— Quiero.

La palabra permanece.

No hay duda en ella.

No existe Madison.

No existe el balcón.

Solo existe Ethan diciendo que quiere besarme.

— ¿Por qué? — pregunto.

— Porque pienso en eso desde que volviste.

— ¿Solo desde entonces?

— No sé.

— Siempre dices que no sabes.

— Estoy intentando ser honesto.

— Puedes responder.

— Porque quiero descubrir cómo sería besarte sin miedo de perderlo todo después.

Mi pecho se oprime.

Esa es la diferencia entre el pasado y el presente.

A los dieciocho años, un beso parecía una puerta que solo podría abrirse una vez.

Ahora, Ethan entiende que también puede elegir quedarse después.

— Tengo miedo de que sea diferente de lo que imaginé — digo.

— Probablemente lo será.

— Eso no ayuda.

— Tal vez sea mejor no intentar controlar.

— ¿Me estás diciendo eso a mí?

— Estoy intentando aprender también.

Él levanta la mano despacio.

Cerca de mi rostro.

— ¿Puedo?

La pregunta es simple.

Esta vez, no retrocedo.

Asiento.

Sus dedos tocan mi cabello primero, apartando un mechón que el viento trajo a mi rostro. Después, la mano se desliza hasta mi mandíbula.

El toque es leve.

Cálido.

Familiar y completamente nuevo.

Mi corazón parece no saber cómo seguir latiendo.

Ethan se acerca.

Todavía hay tiempo para retroceder.

Todavía hay tiempo para decir que no.

No hago ninguna de las dos cosas.

Cierro los ojos.

Sus labios tocan los míos.

...

El primer beso no es apresurado.

Tampoco es perfecto.

Es cuidadoso.

Ethan apoya la boca en la mía como si estuviera confirmando que yo realmente estoy allí. Como si todavía esperara que yo desapareciera.

El roce es tan suave que casi duele.

Durante un segundo, permanezco inmóvil.

Todo el pasado existe entre nosotros.

La fiesta.

La pelirroja.

La vergüenza.

Los años alejados.

La silla en el auditorio.

Las conversaciones interrumpidas.

Las preguntas.

La verdad.

Entonces respiro y beso a Ethan de vuelta.

Su mano se ajusta a mi rostro.

La otra permanece sobre su propia rodilla, como si todavía se estuviera conteniendo.

Su boca se mueve contra la mía con más seguridad.

El beso no se parece a nada de lo que imaginé a los dieciocho años.

Es mejor porque es real.

No hay promesa de que todo será simple.

No hay garantía de que no vayamos a lastimarnos.

Solo está el momento.

Ethan.

Yo.

La distancia finalmente rota.

Cuando él se aparta, no se va lejos.

Nuestras frentes permanecen apoyadas.

El aire entre nosotros está caliente.

Ninguno de los dos habla.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que él lo siente.

— ¿Estás bien? — pregunta Ethan.

La pregunta casi me hace reír.

— ¿Todavía necesitas preguntar?

— Necesito.

— Estoy.

— ¿Estás segura?

— Estoy.

— ¿No te arrepientes?

La pregunta me cambia el pecho.

Abro los ojos.

Ethan me observa con una preocupación que no debería existir después de un beso.

— No.

— Lily.

— No me arrepiento.

Él cierra los ojos y respira.

— Yo tampoco.

— Pareces aliviado.

— Lo estoy.

— ¿Por qué?

— Porque pasé años imaginando que tal vez tú nunca querrías que yo te tocara otra vez.

— Yo nunca dije eso.

— No hacía falta.

— Yo tenía miedo.

— Lo sé.

— Ahora también tengo.

— Lo sé.

— No puedes responder siempre que lo sabes.

— Puedo intentar.

— Es irritante.

— Tú sigues aquí.

— Tal vez lo esté reconsiderando.

— Ya me besaste. Es tarde para reconsiderar.

— Estás muy convencido.

— Estoy intentando parecer tranquilo.

— No está funcionando.

— Yo también tengo miedo.

Su confesión me hace sonreír.

— No lo pareces.

— Estoy temblando por dentro.

— Por fuera, estás muy controlado.

— Pasé cuatro años esperando.

La sonrisa desaparece de mi rostro.

— No digas cosas así.

— ¿Por qué?

— Porque todavía no sé cómo recibir.

— Vas a aprender.

— ¿Y si no aprendo?

— Yo espero.

La respuesta me calienta.

No es una promesa grandiosa.

Es solo lo que él viene haciendo desde que volviste.

Esperando.

Quedándose.

Preguntando.

Dando espacio.

...

Nos alejamos del banco cuando el frío empieza a intensificarse.

Caminamos hacia los dormitorios, pero ninguno de los dos habla del beso como si fuera un evento que necesita ser definido inmediatamente.

No somos una pareja.

No tenemos una decisión.

No existe una promesa.

Pero existe algo diferente.

Y ahora ambos lo sabemos.

— ¿Se lo vas a contar a tu hermana? — pregunta Ethan.

— ¿Que te besé?

— A ella siempre le gustó saber de tu vida.

— Tiene diez años.

— Aun así.

— No.

— Tal vez lo descubra.

— ¿Cómo?

— Vas a sonreír mirando el celular.

— Yo no hago eso.

— Lo haces.

— Te lo estás inventando.

— No me lo estoy inventando.

— Odio cuando te das cuenta de cosas.

— Ya dijiste eso.

— Porque sigue siendo verdad.

Llegamos a la entrada de mi dormitorio.

Esta vez, no hay aquella vacilación dolorosa de antes.

Todavía hay nerviosismo.

Pero no existe la misma barrera.

— Buenas noches — digo.

— Buenas noches.

Ninguno de los dos entra.

— ¿Eso fue un beso de una sola vez? — pregunta Ethan.

— ¿Estás pidiendo un contrato?

— Necesito saber si debo esperar otro.

— Tal vez.

— Estás usando la palabra para protegerte.

— Funciona.

— No conmigo.

— Puedes intentarlo.

Él sonríe.

— Entonces voy a esperar.

— No esperes demasiado.

— Voy a intentar equilibrar.

— No sabes equilibrar nada.

— Sé equilibrar libros.

— Tu pila siempre se cae.

— Pero sigo intentando.

Su sonrisa se vuelve más suave.

— Lily.

— ¿Qué?

— Gracias por no huir.

La frase me atraviesa.

— Pensé en huir.

— Lo sé.

— Pero no me fui.

— Lo sé.

— Necesitas dejar de decir eso.

— Está bien.

— No vas a dejar.

— No.

— Ethan.

— Lily.

Los dos sonreímos.

Después, él se inclina y besa mi frente.

El gesto es simple.

Demasiado íntimo.

Cierro los ojos.

Cuando se aparta, su mano toca mi brazo por un instante.

— Buenas noches — repite.

— Buenas noches.

Entro en el dormitorio.

Antes de que la puerta se cierre, miro hacia atrás.

Ethan todavía está parado en el pasillo.

Él levanta la mano.

Yo también.

La puerta se cierra.

...

En la habitación, apoyo la espalda contra ella.

No consigo moverme durante unos segundos.

Me toqué los labios con los dedos.

El beso todavía está allí.

La sensación.

El calor.

La certeza.

Besé a Ethan.

Después de cuatro años.

Después de haber pasado tanto tiempo diciéndome a mí misma que nunca cometería el mismo error dos veces, acabé eligiendo exactamente aquello que más temí.

Pero no parece un error.

No esta vez.

Porque Ethan sabe.

Sabe que lo amo.

Sabe que lo besé a los dieciocho años solo en la imaginación y que pasé años creyendo que él no podría quererme.

Él sabe todo lo que importa.

Y aun así me besó.

Me acerco a la cama y me siento.

El celular vibra.

Ethan: ¿Entraste?

Lily: Sí.

Ethan: ¿Estás bien?

Lily: Estoy.

Ethan: ¿Todavía no te arrepientes?

Lily: No.

Ethan: Genial.

Lily: Estás demasiado preocupado.

Ethan: Besé a mi mejor amiga después de cuatro años creyendo que la había perdido.

Lily: Esa es una frase muy dramática.

Ethan: Es una frase verdadera.

Me quedo mirando la pantalla.

Lily: ¿Todavía me consideras tu mejor amiga?

La respuesta tarda.

Ethan: Sí.

Mi corazón se oprime.

Antes de que pueda responder, llega otro mensaje.

Ethan: Pero ahora eres mucho más que eso.

Lo leo varias veces.

Lily: No sé qué somos.

Ethan: Yo sé.

Lily: ¿Qué?

Ethan: Somos dos personas intentando descubrirlo.

Sonrío.

Lily: ¿Vas a usar esa respuesta para todo?

Ethan: Hasta que encontremos una mejor.

Lily: Buenas noches, Ethan.

Ethan: Buenas noches, Lily.

Esta vez, duermo.

No porque el pasado haya dejado de existir.

Sino porque, por fin, no es la única cosa entre nosotros.

CAPÍTULO 18

ETHAN

No le pusimos un nombre a lo que existe entre nosotros.

A la mañana siguiente del beso, Lily no pregunta si estamos saliendo.

Yo tampoco.

Tal vez porque ninguno de los dos sabe cómo transformar cuatro años de silencio en una definición simple. Tal vez porque lo que empezó entre nosotros es demasiado importante como para apresurarlo con una palabra.

Seguimos siendo mejores amigos.

Pero ahora existe algo más.

Algo que aparece cuando nuestras miradas se encuentran en medio de una clase. Cuando ella sonríe antes de darse cuenta. Cuando mi mano encuentra la suya sobre la mesa y ninguno de los dos se aparta.

Algo que no necesita ser explicado para existir.

En la primera clase después del beso, Lily se sienta a mi lado.

No duda.

Tampoco comenta.

Pone el cuaderno sobre la mesa, organiza los bolígrafos y mira hacia adelante.

— Buenos días — digo.

— Buenos días.

— ¿Dormiste?

— Sí.

— ¿Pensaste en el beso?

Ella gira el rostro lentamente.

— Ethan.

— Solo estoy haciendo una pregunta.

— Tú no haces preguntas simples.

— Esta es simple.

— No lo es.

— Entonces pensaste.

— Yo no dije eso.

— No hacía falta.

Ella intenta mantener la expresión seria.

Falla.

La sonrisa es pequeña, pero aparece.

Mi pecho se aprieta.

Aún es extraño poder mirarla de esa manera. No como un recuerdo, no como alguien que perdí, sino como una mujer que me besó y permitió que yo la besara de vuelta.

El profesor entra.

Lily vuelve la mirada hacia adelante.

Yo también.

Pero, durante los primeros minutos, ninguno de los dos presta atención a la clase.

...

El primer beso después de aquel no ocurre en un lugar romántico.

Ocurre en la biblioteca.

Estamos estudiando una revisión de Histología. Lily está delante de mí, inclinada sobre el libro. Yo intento explicar una cuestión, pero ella insiste en que mi interpretación está equivocada.

— No estás prestando atención — dice ella.

— Lo estoy.

— No lo estás.

— Estoy intentando.

— ¿Intentando qué?

— Entender por qué sigues insistiendo en que tienes razón.

— Porque la tengo.

— Toda esa confianza es nueva.

— No es nueva.

— Me habría dado cuenta.

— Tú no te dabas cuenta de muchas cosas.

La frase sale antes de que pueda impedirlo.

El rostro de ella cambia.

No es una acusación directa, pero el pasado está demasiado cerca.

— Perdón — digo.

— No necesitas.

— Yo no quise…

— Lo sé.

Ella baja la mirada.

El silencio pesa por algunos segundos.

Cierro el libro.

— Lily.

— ¿Qué?

— Mírame.

Ella levanta la mirada.

— No quiero que pienses que estoy comparando lo que pasa ahora con lo que pasó en aquella época.

— Estás comparando.

— A veces.

— Yo también.

— Y eso no ayuda.

— No.

— ¿Te arrepientes?

— ¿De qué?

— De haberme besado.

La pregunta me golpea.

— No.

— ¿Ni después de entenderlo todo?

— Principalmente después de entender.

Ella me observa.

— ¿Por qué?

— Porque ahora sé que no te fuiste por no sentir nada.

La expresión de ella se suaviza.

— Yo nunca dije que no sentía.

— Dijiste que éramos compañeros.

— Yo estaba intentando sobrevivir.

— Lo sé.

— Sigues diciendo eso.

— Porque ahora realmente lo sé.

Ella mira el libro.

— Deberías estudiar.

— Estás cambiando de tema.

— Estoy intentando.

— Siempre haces eso cuando te pones nerviosa.

— No estoy nerviosa.

— Lo estás.

— Ethan.

— Lily.

Ella se inclina para agarrar el bolígrafo.

Yo le sujeto la muñeca antes de que lo consiga.

El toque es leve.

Ella mira mi mano.

Después, a mí.

— ¿Qué estás haciendo?

— Intentando llamar tu atención.

— Ya la tienes.

— No parece.

— Estás en una biblioteca.

— Lo sé.

— Hay personas alrededor.

— Lo sé.

— Entonces suéltame.

— ¿Quieres que te suelte?

La respiración de ella cambia.

— Estás haciendo esto a propósito.

— Estoy preguntando.

— No.

— ¿No quieres que te suelte?

Ella no responde.

Me acerco sobre la mesa.

El beso es rápido, escondido entre los libros y el ruido de las páginas pasando. Solo un toque de labios, lo bastante breve como para que nadie se dé cuenta.

Pero suficiente para dejar a Lily inmóvil.

Cuando me aparto, ella sigue mirándome.

— Eres un problema — susurra.

— Me besaste de vuelta.

— Fue un reflejo.

— Un reflejo muy específico.

Ella intenta esconder la sonrisa.

No lo consigue.

Vuelve al libro.

— Estudia.

— Sí, señora.

— No me llames así.

— Me estás mandando.

— Porque lo necesitas.

— Sigues gustando de controlar todo.

— Alguien tiene que hacerlo.

La conversación vuelve al contenido.

Pero, durante el resto de la tarde, nuestras rodillas se rozan bajo la mesa.

Ninguno de los dos se mueve.

...

Los encuentros que fingimos no ser encuentros empiezan de manera igualmente despreocupada.

Después de una clase, le pregunto a Lily si quiere comer algo.

— Tengo hambre — responde ella.

— ¿Eso fue un sí?

— Fue una información.

— Entonces lo voy a interpretar como un sí.

— Tú siempre interpretas todo.

— Es una habilidad.

— Es un defecto.

— ¿Vienes?

— ¿A dónde?

— Conozco una cafetería cerca del campus.

— ¿Está lejos?

— Diez minutos.

— Tengo que estudiar.

— Puedes estudiar después.

— Estás intentando distraerme.

— Estoy intentando alimentarte.

— Eso no parece una actividad romántica.

La palabra detiene mi respiración.

— Yo no dije que lo fuera.

— Pero lo pensaste.

— ¿Ahora estás leyendo mi mente?

— No lo necesito.

— Entonces ven.

Ella viene.

No lo llamamos cita.

Hablamos sobre la carrera, sobre los profesores y sobre la comida. Lily se queja de que el sándwich es pequeño. Yo le ofrezco la mitad del mío.

Ella acepta sin comentar.

Después, caminamos hasta una librería de segunda mano.

— No necesitas comprar otro libro — digo.

— No es un libro de la facultad.

— Entonces es peor.

— Tú no entiendes.

— Yo entiendo que tu mochila ya no cierra.

— Algunos libros merecen espacio.

— Hablas como si fueran animales abandonados.

— Tal vez lo sean.

— Siempre fuiste dramática.

— Tú siempre fuiste insensible.

— ¿Vas a comprarlo?

— Voy.

Me quedo afuera de la librería mientras ella entra.

No porque no quiera acompañarla.

Porque sé que a ella le gusta buscar sola.

Cuando sale, lleva un libro antiguo de poesía.

— ¿Lees poesía? — pregunto.

— A veces.

— ¿Ya escribiste?

— No.

— Menos mal.

Ella me lanza una mirada.

— El poema del sapo era bueno.

— Era pésimo.

— Tú no entiendes arte.

— Yo entiendo anfibios.

Ella se ríe.

La risa me hace olvidar por algunos segundos que estamos en un lugar público, rodeados de personas.

Quiero besarla.

No la beso.

Solo sigo caminando a su lado.

No llamamos a aquello cita.

Pero, en el dormitorio, cuando Daniel pregunta dónde estuve, respondo:

— Con Lily.

Él me mira.

— Eso no es una respuesta.

— Fue lo que pasó.

— Estás sonriendo.

— No estoy.

— Estás.

— Tú también te estás volviendo insoportable.

— Aprendí contigo.

...

Los mensajes de madrugada vuelven.

A veces, empiezan con una pregunta sobre el examen.

Ethan: ¿Terminaste la lectura?

Lily: Todavía no.

Ethan: Entonces ¿por qué estás despierta?

Lily: Tú también lo estás.

Ethan: Yo pregunté primero.

Lily: Eso no es una respuesta.

Ethan: No tengo una.

Lily: Tú nunca tienes cuando deberías.

Ethan: ¿Me extrañaste?

Lily: Nos vimos hoy.

Ethan: No fue lo que pregunté.

Lily: Buenas noches.

Ethan: Estás huyendo.

Lily: Estoy intentando dormir.

Ethan: Estás escribiendo.

Lily: ¿Eso es una acusación?

Ethan: Una observación.

Ella responde con una fotografía.

Es el libro de Anatomía abierto sobre la cama, con una taza al lado y una tarjeta de repaso sujeta en la página.

Lily: Estoy estudiando.

Ethan: Dijiste que ibas a dormir.

Lily: Cambié de idea.

Ethan: Tú siempre cambias de idea.

Lily: No siempre.

Ethan: Solo cuando se trata de mí.

La respuesta tarda.

Lily: Estás muy confiado.

Ethan: Estoy intentando.

Lily: ¿Por qué?

Ethan: Porque pasé años sin saber si podía esperar algo de ti.

Lily: ¿Y ahora?

Ethan: Ahora sé que puedo esperar honestidad.

Lily: No sé si puedo darla siempre.

Ethan: Entonces dámela cuando puedas.

Lily: Tú vuelves todo simple.

Ethan: No es simple.

Lily: Entonces ¿por qué lo parece?

Ethan: Porque estoy cansado de complicar por miedo.

Leo la conversación más de una vez.

No quiero que él tenga razón.

No quiero que la honestidad sea suficiente para hacerme entregarlo todo.

Aún tengo miedo.

El mismo hombre que me besa hoy fue el chico que, sin intención, me rompió el corazón.

Sé que él no lo sabía.

Sé que no hizo nada para lastimarme.

Pero el cuerpo no siempre entiende la diferencia entre intención y consecuencia.

Cuando Ethan me toca, una parte de mí recuerda el beso en el balcón.

Cuando tarda en responder, recuerdo los mensajes que envié y no fueron respondidos.

Cuando dice que me quiere, pienso que tal vez un día descubra que no me quiere lo suficiente.

El miedo no desapareció porque la verdad fue revelada.

Solo perdió el lugar de secreto.

...

Una semana después, estamos solos en una sala de estudio.

El campus está más silencioso esa noche. La mayoría de los estudiantes dejó los edificios después de la cena. Nosotros dos seguimos repasando el contenido de una clase que parece haber sido creada para poner a prueba los límites de nuestra paciencia.

Lily está sentada a mi lado, no delante de mí.

Nuestros cuadernos ocupan la mesa.

Su rodilla roza la mía.

Ninguno de nosotros se mueve.

— Estás leyendo desde hace cinco minutos — dice ella.

— Estoy intentando memorizar.

— Estás en la misma línea.

— Es una línea importante.

— No puedes concentrarte.

— Puedo.

— Ethan.

— Lily.

Ella cierra el libro.

— ¿Qué pasa?

— Nada.

— Me estás mirando.

— Lo estoy.

— ¿Por qué?

— Porque estás aquí.

La respuesta la deja sin reacción.

— Eso no explica.

— Explica para mí.

Ella mira sus propios dedos.

— Tú haces eso todo el tiempo ahora.

— ¿Qué?

— Dices cosas que no sé cómo recibir.

— ¿Prefieres que vuelva a esconder?

— No.

— Entonces necesito hablar.

— Puedes hablar sin ponerme nerviosa.

— Voy a intentar.

— Estás usando esa palabra.

— Estoy aprendiendo.

Ella sonríe, pero la sonrisa desaparece cuando me inclino para besarla.

El beso empieza despacio.

Lily gira el cuerpo hacia mí, y su mano sujeta el costado de mi camisa. El toque hace que algo dentro de mí se rompa.

Hasta entonces, nuestros besos fueron breves. Robados entre libros, pasillos y puertas. Ahora, ninguno de los dos tiene prisa por apartarse.

La boca de ella se mueve contra la mía con más confianza.

Mi mano encuentra su cintura.

Ella respira contra mis labios.

El sonido me hace olvidar la sala, el examen y todo lo que existe fuera de ese momento.

Lily se acerca.

Yo también.

El beso se profundiza.

Ella se sienta de lado en la silla, vuelta hacia mí. Mi mano se desliza por su espalda, despacio, por encima de la tela de la blusa.

Su cuerpo reacciona al toque.

El mío también.

La atracción que venía creciendo desde hace semanas se vuelve imposible de ignorar.

No es solo el deseo de besarla.

Es el deseo de sentir más.

De descubrir cómo sería tenerla cerca sin libros entre nosotros, sin mesas, sin personas y sin miedo.

Mi boca se mueve hacia la comisura de su mandíbula.

Lily contiene la respiración.

La mano que sujeta mi camisa aprieta la tela.

— Ethan…

La manera en que dice mi nombre hace que me detenga.

Levanto el rostro.

— ¿Qué?

Ella está sonrojada, los labios entreabiertos y los ojos oscuros.

— Nada.

— ¿Quieres que pare?

La pregunta es necesaria.

Ella cierra los ojos por un instante.

— No.

— ¿Entonces?

— No lo sé.

— Está bien.

Me aparto unos centímetros.

Lily abre los ojos.

— ¿No te molestaste?

— No.

— Yo interrumpí.

— Lo sé.

— ¿Y no vas a preguntar por qué?

— Si quieres contármelo, lo contarás.

— Estás intentando ser paciente.

— Estoy intentando ser alguien en quien puedas confiar.

La expresión de ella se deshace.

— Quiero continuar.

La confesión es baja.

— Yo también.

— Pero no sé si puedo ir más allá.

— Entonces no vamos.

Ella me mira.

— ¿No estás frustrado?

— Tengo ganas de besarte. Eso no significa que necesite hacer más de lo que tú quieres.

— ¿Siempre fuiste tan controlado?

— No.

— Entonces ¿cómo lo consigues?

— No hay prisa.

— Tú dices eso como si lo creyeras.

— Lo creo.

— ¿Después de esperar cuatro años?

— Después de esperar cuatro años, sé que algunos minutos no importan.

La frase la emociona.

Lo veo en sus ojos.

Toco su mejilla con la punta de los dedos.

— No quiero que hagas nada porque tengas miedo de perderme.

— ¿Y si quiero porque te quiero?

— Entonces aún podemos esperar.

— ¿Por qué?

— Porque quiero que, cuando pase, estés completamente aquí.

Lily respira hondo.

— Yo estoy aquí.

— Una parte de ti todavía está en aquella fiesta.

Ella aparta la mirada.

— Tal vez.

— No quiero que estés conmigo mientras intentas probar que ya no estás allí.

— ¿Entiendes que eso me deja aún más enamorada de ti?

La frase sale sin que ella lo planee.

Me quedo inmóvil.

Lily se da cuenta de lo que dijo.

Sus ojos se abren de par en par.

— Yo…

— No necesitas disculparte.

— Yo no quería…

— Lo sé.

— Ethan.

— Estoy aquí.

Ella lleva la mano a mi rostro.

El toque es delicado.

— ¿Tú también estás enamorado de mí?

— Lo estoy.

La respuesta no exige esfuerzo.

Ella cierra los ojos, y yo beso su frente.

Después, apoyo la mía en la de ella.

Nos quedamos así, respirando el mismo aire, sin avanzar.

El deseo continúa.

Pero ahora existe confianza junto a él.

...

Volvemos a estudiar después de algunos minutos.

No es fácil.

Cada vez que Lily se mueve, recuerdo la mano en su cintura. Cada vez que ella me mira, recuerdo el beso.

— No estás leyendo — dice ella.

— Lo estoy.

— No lo estás.

— Tú tampoco.

— Yo estoy intentando.

— Yo también.

— Eso no es una excusa.

— Es una explicación.

— Te estás volviendo muy parecido a mí.

— No sé si eso es bueno.

— Es agotador.

— Ahora entiendes.

Ella sonríe.

— Tal vez.

— Estás usando la palabra otra vez.

— No te acostumbres.

Seguimos juntos hasta tarde.

Ninguno de los dos menciona lo difícil que fue parar.

La ausencia del beso no es una frustración.

Es una elección.

Cuando salimos de la sala, caminamos despacio.

Lily me sostiene la mano por algunos pasos.

No entrelaza los dedos.

Solo sostiene.

El gesto es pequeño.

Para mí, significa todo.

...

En la puerta del dormitorio, ella no suelta mi mano inmediatamente.

— ¿Vas a entrar? — pregunto.

— Voy.

— ¿Estás esperando algo?

— Tal vez.

— Aún no aprendiste a responder.

— Tú tampoco.

— Es verdad.

Ella mira nuestras manos.

— No necesitas acompañarme siempre.

— Lo sé.

— Pero sigues acompañando.

— Sigo.

— ¿Por qué?

— Porque me gusta caminar contigo.

— Podrías caminar con cualquiera.

— No quiero.

La honestidad hace que ella apriete mis dedos.

— Tú haces que esto parezca simple.

— No es simple.

— Sigues diciendo eso.

— Porque es verdad.

— Y aun así, no tienes prisa.

— No la tengo.

— ¿Ni un poco?

— Tengo prisa por besarte otra vez.

Ella sonríe.

— Eso es diferente.

— Mucho.

— ¿Y para el resto?

— No hay prisa.

— ¿Lo prometes?

— Lo prometo.

— ¿Aunque yo tarde?

— Aunque tú tardes.

— ¿Aunque yo tenga miedo?

— Principalmente si tú tienes miedo.

Lily se acerca.

El beso es más corto esta vez, pero no menos intenso.

Ella toca mi cuello.

Yo sujeto su cintura.

Cuando nos apartamos, ella permanece cerca.

— Buenas noches — susurra.

— Buenas noches.

— ¿Vas a dormir?

— Voy a intentar.

— No te quedes despierto pensando.

— No puedo prometerlo.

— Ethan.

— Voy a intentar.

— Esa palabra.

— Lo sé.

Ella entra.

Yo me quedo delante de la puerta por algunos segundos.

Después, vuelvo al dormitorio.

Estoy cada vez más enamorado de Lily.

No solo del recuerdo de la chica que conocí.

De la mujer en la que se convirtió.

Del valor que tuvo para contar la verdad.

Del miedo que aún carga.

De la forma en que intenta confiar en mí incluso cuando es más fácil huir.

Lo quiero todo.

Pero no necesito tenerlo todo ahora.

Lo que importa es que Lily está aquí.

Y, por primera vez, no se está yendo.

CAPÍTULO 19

LILY

Durante cuatro años, me protegí de una versión de Ethan que nunca existió de verdad.

El Ethan que me rechazaría.

El Ethan que se reiría de mis sentimientos.

El Ethan que me miraría con pena después de descubrir que yo lo amaba.

El Ethan que elegiría a cualquier otra persona y me dejaría sola con la vergüenza de haber creído en algo que solo existía dentro de mí.

Pasé años huyendo de ese chico.

Solo que él nunca estuvo ahí.

El chico que vi besando a Madison no sabía que yo lo amaba. No sabía que yo estaba detrás de él. No sabía que aquella noche cargaba el peso de una decisión que cambiaría nuestras vidas.

Convertí la falta de información en una respuesta.

Convertí un beso sin significado en un rechazo.

Convertí el miedo en distancia.

Y, durante cuatro años, traté a Ethan como si él me hubiera roto a propósito.

Ahora sé que no fue eso lo que pasó.

Él no me rechazó.

Yo simplemente me fui antes de descubrir que nunca había sido rechazada.

Esta comprensión no borra el dolor.

Pero cambia la forma en que lo miro.

...

El examen final del mes termina un viernes por la tarde.

Cuando salgo del aula, Ethan está esperando en el pasillo con dos cafés en las manos.

— ¿Te fue bien? — pregunta.

— Creo que sí.

— Eso significa que te fue bien.

— Tú no lo sabes.

— Te conozco.

— ¿Vas a seguir usando esa frase?

— Mientras sea verdad.

Tomo el café.

— Gracias.

— De nada.

— ¿Te fue bien?

— Creo que sí.

— Eso significa que no lo sabes.

— Estaba intentando ser humilde.

— Tú no sabes hacer eso.

— Tú me conoces.

Su sonrisa aparece.

La mía también.

Durante las últimas semanas, la relación entre nosotros se ha convertido en algo que ya no cabe en ninguna palabra antigua.

Seguimos siendo mejores amigos.

También somos dos personas que se besan entre libros, que intercambian mensajes hasta la madrugada y que se toman de la mano mientras caminan por el campus.

No tenemos una etiqueta.

Pero tenemos una elección.

La elección de continuar.

— ¿Tienes planes para hoy? — pregunta Ethan.

— Estudiar.

— El examen terminó.

— Hay otras materias.

— Lily.

— ¿Qué?

— Necesitas una noche sin estudiar.

— ¿Y vas a obligarme?

— No.

— Entonces no va a pasar.

— Podría intentar convencerte.

— ¿Cómo?

— Con comida.

— Eso rara vez funciona.

— Aceptaste cenar conmigo tres veces.

— Tenía hambre.

— También me besaste tres veces.

— Estaba distraída.

— Te distraes mucho cuando estás cerca de mí.

— Eso es culpa tuya.

— Por fin lo admitiste.

Caminamos juntos hasta la salida.

El cielo está despejado después de una semana de lluvia. El campus parece más ligero, como si a todos los alumnos les hubieran dado autorización para respirar.

— Vámonos de aquí — dice Ethan.

— ¿Adónde?

— Aún no lo sé.

— ¿Estás sugiriendo una cita sin tener un plan?

— No es una cita.

— Claro.

— Es una actividad de alimentación.

— Eso suena aún peor.

— ¿Vienes?

Lo miro.

Durante mucho tiempo, habría encontrado una excusa.

Ahora, no quiero.

— Voy.

La sonrisa que aparece en su rostro es suficiente para hacer que mi pecho se caliente.

...

Me lleva a un pequeño restaurante cerca del lago.

No es el mismo lugar en el que cenamos aquella noche después de estudiar. Este es más tranquilo, con mesas exteriores y luces colgadas entre los árboles.

Nos sentamos en una mesa apartada.

— ¿Planeaste esto? — pregunto.

— Un poco.

— Entonces es una cita.

— Yo no dije eso.

— Elegiste el restaurante.

— Necesitaba elegir algún lugar.

— Y elegiste un lugar bonito.

— Te gustan los lugares bonitos.

— ¿Cómo lo sabes?

— Siempre te fijaste en los detalles.

— ¿Te acuerdas de eso?

— Me acuerdo de muchas cosas.

La respuesta me atraviesa.

La camarera entrega los menús.

Elegimos platos sencillos. Mientras esperamos, Ethan apoya los brazos sobre la mesa.

— Estás callada.

— Estoy pensando.

— ¿En el examen?

— No.

— ¿En mí?

— Tal vez.

— Esa palabra es tu manera de admitir.

— No te acostumbres.

— Nunca.

Miro las luces sobre nosotros.

— ¿Alguna vez imaginaste cómo habría sido si yo hubiera contado aquella noche?

— Muchas veces.

— ¿Qué imaginaste?

— Que me llamarías a un lugar tranquilo. Que yo preguntaría por qué estabas tan nerviosa. Que dirías algo muy ensayado y después olvidarías la mitad.

— Yo no olvidaría.

— Habrías olvidado.

— Habría sido convincente.

— Eras pésima fingiendo calma.

— Tú nunca lo notaste.

— Yo lo notaba. Solo no sabía el motivo.

Bajo la mirada.

— Yo habría dicho que te amaba.

— Lo sé.

— ¿Y tú?

Ethan piensa.

— Yo me habría asustado.

Mi corazón se encoge.

— Eso no es muy romántico.

— Preguntaste lo que yo habría hecho, no lo que me gustaría haber hecho.

— ¿Y después?

— Después, habría intentado entender.

— ¿No me habrías rechazado?

— No.

— ¿Cómo puedes estar seguro?

— Porque nunca quise que salieras de mi vida.

— Eso no significa que hubieras querido estar conmigo.

— Tal vez yo no supiera lo que quería a los dieciocho años.

— Entonces tal vez todo habría sido igual.

— Tal vez.

La palabra no me hiere esta vez.

— Pero yo habría tenido la oportunidad de elegir — continúa él. — Y tú también.

— Yo le quité esa oportunidad a los dos.

— Los dos la quitamos.

— Tú no te fuiste.

— Pero no me di cuenta de que te estaba perdiendo.

— Yo no dejé que te dieras cuenta.

— Aun así, yo debería haberlo intentado más.

— Lo intentaste.

— No lo suficiente.

— Ethan.

— Sé que no quieres que yo me culpe. Pero aún pienso en eso.

— Yo también pienso.

— ¿En qué?

— En cómo pasé cuatro años intentando protegerme de un rechazo que nunca ocurrió.

Él no responde inmediatamente.

Su mano se mueve sobre la mesa.

La palma queda hacia arriba, entre nosotros.

No es una petición explícita.

Pero entiendo.

Pongo mi mano en la suya.

Sus dedos se cierran alrededor de los míos.

— Ya no necesitas protegerte de mí — dice él.

— Lo sé.

— ¿De verdad lo sabes?

— Estoy aprendiendo.

— Eso es diferente.

— Lo es.

Él pasa el pulgar sobre mis dedos.

El toque es pequeño.

Pero todo en mí responde.

— Estoy enamorada de ti de nuevo — digo.

La palabra de nuevo suena extraña y correcta al mismo tiempo.

Ethan me mira.

— Tú nunca dejaste de estarlo.

— Tal vez.

— Lily.

— Está bien. No dejé.

Él lleva mi mano a los labios y besa mis dedos.

— Yo también te amo.

La frase me golpea con una fuerza que no esperaba.

— ¿Estás seguro?

— Lo estoy.

— ¿Incluso después de todo?

— Sobre todo después de todo.

— ¿No estás diciendo eso porque te sientes culpable?

— No.

— ¿Porque quieres arreglar el pasado?

— No.

— ¿Porque yo lo dije primero?

— Lily.

— Necesito saberlo.

Ethan se inclina sobre la mesa.

— Te amo porque tú eres tú. Porque siempre fuiste la persona que yo buscaba. Porque, cuando te perdí, nada ocupó el espacio que quedó. Porque, cuando te reencontré, entendí que no era solo añoranza.

Mis ojos se llenan de lágrimas.

— Hablas mejor que yo.

— Ensayé durante cuatro años.

— Mentiroso.

— Tal vez.

Sonreímos.

La camarera llega con los platos, y tenemos que soltar las manos.

Pero ahora la verdad está entre nosotros.

Ya no existe la pregunta de si él siente lo mismo.

Solo existe la elección de vivir lo que por fin encontramos.

...

Después de la cena, caminamos sin prisa.

La noche está fría, pero no lo suficiente como para hacer que cualquiera de nosotros quiera volver inmediatamente.

Ethan me toma de la mano.

No a escondidas.

No bajo una mesa.

No entre libros.

A la vista de quien pase.

La sensación es nueva.

Durante años, imaginé que el amor necesitaría ser confesado en secreto para ser protegido. Ahora, caminar a su lado parece más

íntimo que cualquier declaración.

— Estás muy callada — dice Ethan.

— Estoy intentando entender.

— ¿Qué?

— Que estás sosteniendo mi mano.

— Yo hago eso desde hace semanas.

— Pero hoy es diferente.

— ¿Por qué?

— Porque ahora sé que me amas.

Él se detiene.

— ¿Pensaste que yo sostenía tu mano sin amarte?

— Antes, pensé que no significaba nada.

— ¿Y ahora?

— Ahora significa todo.

Ethan se acerca.

El beso ocurre bajo las luces del camino.

No está escondido.

No es robado.

Su mano sube hasta mi nuca, y la mía se apoya en su pecho. Siento su corazón latiendo tan rápido como el mío.

Su boca se mueve contra la mía con una mezcla de cuidado y deseo.

El beso se profundiza.

Mi cuerpo se acerca al suyo.

Su chaqueta roza mi piel. Los dedos de Ethan se deslizan por mi cintura.

No hay miedo en ese momento.

Solo ganas.

Cuando nos apartamos, él mantiene la frente apoyada en la mía.

— ¿Estás bien?

— Estoy.

— ¿Quieres ir a casa?

La pregunta contiene más de lo que parece.

Casa puede significar el dormitorio.

Puede significar que la noche termine.

Puede significar algo más.

Mi cuerpo entiende antes que mi mente.

— Quiero quedarme contigo.

Sus ojos se oscurecen.

— Lily.

— Lo sé.

— No quiero que digas eso porque crees que necesitas probar algo.

— No estoy intentando probar.

— ¿Estás segura?

— Lo estoy.

— Puedes cambiar de idea en cualquier momento.

— Lo sé.

— Incluso después de que vayamos a mi dormitorio.

Mi corazón late más fuerte.

— Sí.

— ¿Y si solo quieres dormir?

— Entonces dormimos.

— ¿Y si quieres parar?

— Lo digo.

— Y yo paro.

Asiento.

La certeza en su voz me calma.

— Vamos — digo.

Él me toma de la mano de nuevo.

Esta vez, caminamos hacia su dormitorio.

...

La habitación de Ethan está más organizada que el día en que llegó a Chicago.

Las cajas fueron abiertas. Los libros ocupan las estanterías. Hay una pequeña lámpara sobre la mesa y dos tazas cerca de la ventana.

Daniel no está.

— Fue a visitar a la familia — explica Ethan.

— ¿Sabías que él no estaría?

— Lo sabía.

— Entonces lo planeaste.

— Yo esperaba que la noche terminara así.

— Esto es una cita.

— Aún no.

— ¿Qué falta?

— Un nombre.

— ¿Quieres ponerle un nombre?

— No ahora.

Él cierra la puerta.

La tensión cambia.

Durante el camino, logramos conversar.

Ahora, solos, no hay distracciones.

Solo la cama, la luz baja y la proximidad.

Ethan se queda cerca de la puerta.

— Todavía puedes irte — dice.

— Lo sé.

— No estoy intentando convencerte de que te quedes.

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué me estás mirando así?

— Porque quiero besarte.

Él respira hondo.

Se acerca despacio.

El beso empieza con cuidado, pero no permanece así por mucho tiempo.

Mi mano encuentra su nuca. La suya se desliza por mi espalda y me tira más cerca. Mi cuerpo encaja en el suyo como si reconociera un lugar que nunca ocupó.

La boca de Ethan recorre mi cuello.

Cierro los ojos.

El toque provoca un escalofrío entero.

— ¿Está todo bien? — pregunta contra mi piel.

— Sí.

— ¿Quieres que pare?

— No.

Él besa mi mandíbula.

Sus manos permanecen sobre mi cintura, como si todavía me diera espacio para decidir.

Yo agarro su camisa y lo tiro hacia mí.

El beso se intensifica.

No hay prisa, pero hay deseo.

Un deseo que creció durante semanas de toques interrumpidos, besos escondidos y palabras que ninguno de los dos se atrevía a decir.

Ethan me conduce hasta la cama.

Me siento en el borde.

Él se queda delante de mí, entre mis piernas, mirando como si todavía necesitara confirmar que estoy ahí.

— ¿Tienes miedo? — pregunta.

— Un poco.

— Yo también.

— No lo parece.

— Aprendí a esconderlo.

— Conmigo, no necesitas.

— Lo sé.

Toco su rostro.

— Ahora sabes muchas cosas.

— Estoy intentando prestar atención.

Lo beso.

El movimiento parte de mí.

Ethan responde inmediatamente.

Sus manos se deslizan por mi cintura, bajo el borde de la blusa, tocando mi piel con cuidado. El contacto es caliente, lento y suficiente para hacer que mi respiración falle.

No hay urgencia.

Hay atención.

Él me toca como si cada gesto fuera una pregunta.

Y yo respondo acercándome.

La blusa sale despacio.

Después, la suya.

La piel de Ethan encuentra la mía, y la sensación es demasiado intensa. El cuerpo que yo solo imaginaba ahora está delante de mí, caliente y real. Paso las manos por sus hombros, por el pecho, por la espalda.

Él cierra los ojos cuando mis dedos se deslizan por su piel.

— Estás temblando — digo.

— Tú también.

— No lo estoy.

— Lily.

— Tal vez.

Él sonríe y besa mi hombro.

La intimidad crece sin prisa.

Cada toque deshace un poco del miedo antiguo. Cada beso sustituye un recuerdo doloroso. No estamos intentando borrar la noche de la

fiesta.

Estamos construyendo otra noche.

Una que nos pertenece solo a nosotros.

Cuando Ethan pregunta si quiero continuar, respondo que sí.

Cuando pregunta si estoy segura, sostengo su rostro entre las manos y digo que sí otra vez.

Lo que ocurre después no es una decisión impulsiva.

Es la consecuencia de todo lo que recuperamos.

De la verdad.

De la confianza.

Del amor que existía incluso antes de que supiéramos nombrarlo.

La primera vez que nuestras vidas se encuentran de esa manera no es perfecta porque nada necesita ser perfecto. Hay nerviosismo, risas bajas y momentos en los que nos detenemos solo para mirarnos el uno al otro.

Ethan mantiene el cuidado en cada movimiento.

Yo dejo de luchar contra la propia voluntad.

La noche se vuelve lenta, íntima e intensa.

No hay miedo de ser rechazada.

No hay otra persona.

No hay silencio.

Solo Ethan diciendo mi nombre y yo respondiendo.

Solo sus manos, su boca y la certeza de que, esta vez, él está aquí porque eligió estar.

...

Más tarde, estamos acostados juntos.

La luz de la habitación está apagada, excepto por el brillo tenue que entra por la ventana.

Mi cabeza descansa sobre el pecho de Ethan. Su mano dibuja movimientos distraídos sobre mi brazo.

El silencio entre nosotros es cómodo.

No necesito vestirme inmediatamente.

No necesito encontrar una excusa para irme.

No necesito fingir que no pasó nada.

Su cercanía se siente natural.

Como si mi cuerpo también supiera que aquel lugar siempre había estado esperándome.

— Estás pensando demasiado — murmura Ethan.

— No puedes saberlo.

— Tu respiración cambia.

— Eso da miedo.

— Te conozco.

— Te gusta repetir eso.

— Porque me gusta oírlo.

Levanto la cabeza para mirarlo.

— ¿Estás feliz?

La pregunta parece simple.

Ethan toca mi rostro.

— Lo estoy.

— ¿Incluso con todo?

— Incluso con todo.

— Pasé cuatro años intentando olvidarte.

— Lo sé.

— No, no lo sabes.

— Entonces cuéntame.

— Fue terrible.

Él se pone serio.

— Lo siento mucho.

— Yo también intenté convencerme de que no eras tan importante.

— ¿Funcionó?

Lo miro.

— Ni por un segundo.

La expresión de Ethan se suaviza.

— Te extrañé.

— Ya lo dijiste.

— Sigue siendo verdad.

— Podrías haberme buscado más.

— Podrías haber contestado.

— ¿Vamos a seguir culpándonos el uno al otro?

— Tal vez.

— Estás usando la palabra otra vez.

— Combina con la situación.

Vuelvo a apoyar la cabeza en su pecho.

— ¿Crees que perdimos demasiado tiempo?

Ethan tarda en responder.

— Sí.

— ¿Cuánto?

— Cuatro años.

— Eso es mucho.

— Lo es.

— No se puede recuperar.

— No.

— Entonces, ¿qué hacemos?

— Vivimos lo que tenemos ahora.

— Siempre sabes qué decir cuando estás acostado y no necesitas enfrentarte al mundo.

— ¿Estás diciendo que soy menos inteligente vestido?

— Estoy diciendo que te vuelves más sincero en la oscuridad.

— Tal vez porque tú no consigues huir con la mirada.

— Podría levantarme.

— Podrías.

— Pero no voy a hacerlo.

Su mano pasa por mi cabello.

— Menos mal.

Me quedo en silencio unos minutos.

La primera noche juntos no borró el pasado.

Pero cambió la manera en que el futuro se ve.

Antes, yo tenía miedo de entregar mi corazón al mismo hombre que creía que había roto el mío.

Ahora entiendo que él nunca lo recibió en aquella época.

Yo se lo entregué a una interpretación.

A una ausencia de conversación.

A un miedo.

Esta vez, Ethan lo sabe.

Y, aun sabiéndolo, se quedó.

— ¿Ethan?

— ¿Qué?

— Te amo.

Su mano se detiene en mi cabello.

— Yo también te amo.

Cierro los ojos.

— No te vas.

— No me voy.

— ¿Incluso cuando me dé miedo?

— Sobre todo.

— ¿Incluso cuando yo sea difícil?

— Siempre lo fuiste.

— Eso no fue romántico.

— Fue honesto.

— Necesitas mejorar.

— Voy a estudiar.

Sonrío contra su pecho.

Ethan me abraza.

Esta vez, no hay nada entre nosotros además de piel, calor y confianza.

La noche sigue silenciosa.

Y, por primera vez, no necesito intentar olvidar.

CAPÍTULO 20

ETHAN

A la mañana siguiente, Lily está usando una de mis camisetas.

Aparece en la puerta del dormitorio con el pelo recogido de cualquier manera, los libros contra el pecho y una expresión que mezcla sueño e irritación.

— ¿Tienes algo para comer?

Miro la camiseta.

— Esa es mía.

— Lo sé.

— La robaste.

— Me la prestaste.

— No recuerdo haber hecho eso.

— Estabas distraído.

— Estaba durmiendo.

— Exactamente.

Pasa junto a mí y entra en la habitación como si todavía estuviera en la casa de mi familia, abre el cajón donde guardo algunas barritas de cereal y toma una.

— Sigues entrando sin pedir — digo.

— Sigues dejando la puerta abierta.

— Eso no es una invitación.

— Para mí, lo es.

Se sienta en el borde de la cama.

La familiaridad de la escena me golpea con fuerza.

Lily usando mi ropa.

Lily buscando comida.

Lily quejándose de sueño.

Lily ocupando el espacio a mi alrededor como si siempre hubiera pertenecido a él.

La diferencia es que ahora no hay nada no dicho entre nosotros.

La noche anterior, durmió a mi lado.

No se fue en silencio.

No se despertó arrepentida.

Se quedó.

Y, cuando salió el sol, siguió aquí.

— Me estás mirando — dice.

— Lo estoy.

— ¿Por qué?

— Porque estás usando mi camiseta.

— Ya mencionaste eso.

— Todavía lo estoy procesando.

— Es solo una camiseta.

— No lo es.

— Para ti, todo tiene significado.

— Estás usando mi ropa después de pasar la noche conmigo. Creo que tengo derecho a procesarlo.

Se sonroja.

— No necesitas hablar de esa manera.

— ¿De qué manera?

— Como si fuera algo importante.

— Fue importante.

Lily sostiene el dobladillo de la camiseta.

— Lo fue.

La respuesta simple me deja sin palabras.

Me acerco y beso su frente.

— Buenos días.

— Buenos días.

— ¿Dormiste bien?

— Sí.

— ¿De verdad?

— De verdad.

— ¿No pensaste demasiado?

— Pensé.

— ¿En qué?

— En ti.

Mi pecho se aprieta.

— ¿Eso es bueno?

— Todavía lo estoy decidiendo.

— ¿Vas a usar esa respuesta para siempre?

— Tal vez.

— Sigues siendo imposible.

— Y tú sigues aquí.

— Lo estoy.

La palabra queda entre nosotros.

No es una promesa grandiosa.

Es mejor.

Es una elección hecha en una mañana común.

...

No decidimos hacer oficial la relación por medio de una declaración pública.

No hay un momento en que alguien nos pregunta, y nosotros respondemos juntos.

Sucede de una forma más simple.

El lunes, Lily llega al aula sosteniendo dos cafés.

Me entrega uno.

— ¿Dormiste? — pregunta.

— Lo suficiente.

— Mentira.

— Tú también.

— Yo no dije que dormí.

— Tu pelo lo dice.

— Mi pelo no habla.

— Habla conmigo.

Se sienta a mi lado.

Durante la clase, nuestras manos se encuentran sobre la mesa. No por casualidad. Lily deja los dedos cerca de los míos, y yo los entrelazo.

Ella no suelta.

Al salir, caminamos juntos.

En la cafetería, nos sentamos uno al lado del otro.

Cuando alguien pregunta si el lugar está ocupado, Lily me mira antes de responder:

— Sí.

La persona elige otra mesa.

Yo sonrío.

— ¿Qué fue? — pregunta ella.

— Nada.

— Estás sonriendo.

— Acabas de reservar el lugar a mi lado.

— Yo siempre me siento a tu lado.

— Ahora es diferente.

Ella mira nuestras manos.

— Lo es.

No necesitamos decir más.

A partir de ese día, no escondemos.

Tampoco hacemos cuestión de anunciar.

Si alguien pregunta, respondemos.

Si alguien observa, no nos alejamos.

Cuando Daniel me encuentra besando a Lily al salir de la biblioteca, solo levanta las cejas.

— Por fin — dice.

— ¿Por fin qué? — pregunta Lily.

— Nada.

— Pareces estar celebrando algo.

— Estoy celebrando el silencio que por fin tendré en la habitación.

— Tú hablas más que nosotros dos juntos — digo.

— Eso no es posible.

Lily me mira.

— Es posible.

Daniel sonríe.

— Ustedes siguen discutiendo como una pareja.

— ¿Nosotros somos una pareja? — pregunta Lily.

La pregunta va dirigida a mí.

No hay miedo en sus ojos.

Solo curiosidad.

— ¿Lo somos? — respondo.

— ¿Estás preguntando?

— Quiero oírte decirlo.

Lily piensa por un instante.

Entonces toma mi mano.

— Lo somos.

La palabra no parece asustarla.

Tampoco me asusta a mí.

— Lo somos — confirmo.

Daniel suspira.

— Genial. ¿Ahora puedo irme?

— Puedes — digo.

— Por fin.

Se aleja.

Lily sigue mirando nuestras manos.

— Fue simple — dice.

— ¿Qué?

— Decirlo.

— ¿Tenías miedo?

— Un poco.

— ¿De qué?

— De que, cuando le pusiéramos un nombre, todo quedara más frágil.

— ¿Y quedó?

Ella me mira.

— No.

— ¿Por qué?

— Porque no somos los mismos adolescentes.

La frase cierra una parte de la historia.

No la borra.

Pero la pone en el lugar correcto.

...

La rutina de la facultad de Medicina sigue siendo intensa.

No se vuelve más fácil solo porque estamos juntos.

Los exámenes siguen acumulando contenido. Los profesores siguen hablando como si tuviéramos tiempo infinito para estudiar. Los laboratorios siguen exigiendo atención, precisión y horas de preparación.

Hay días en que casi no nos vemos.

Otros en que nos encontramos solo por algunos minutos en el pasillo.

Pero ahora existe una certeza entre nosotros.

Lily no se va a ir.

Yo tampoco.

Cuando ella tiene una clase mientras yo estoy estudiando, encuentro un mensaje en el celular.

Lily: ¿Comiste?

Ethan: Sí.

Lily: ¿Qué?

Ethan: Comida.

Lily: Esa respuesta no vale.

Ethan: Un sándwich.

Lily: ¿Con algo saludable?

Ethan: Tenía pan.

Lily: Ethan.

Ethan: Y queso.

Lily: Voy a verificar.

Ethan: ¿Eso es una amenaza?

Lily: Una promesa.

Cuando ella está estudiando, soy yo quien manda mensajes.

Ethan: ¿Dormiste?

Lily: Un poco.

Ethan: ¿Cuánto?

Lily: No empieces.

Ethan: Estás evitando.

Lily: Estoy ocupada.

Ethan: Voy a llevar café.

Lily: Sin azúcar.

Ethan: Lo sé.

La rutina se vuelve una extensión de lo que siempre existió.

La diferencia es que ahora puedo besarla cuando la encuentro.

Puedo abrazarla sin fingir que es solo amistad.

Puedo decir que la extrañé durante una clase sin tener que esconder el significado.

Puedo mirarla y saber que, cuando me mira de vuelta, no está intentando descubrir si existe algo.

Los dos lo sabemos.

...

A veces, todavía pienso en los cuatro años separados.

No con el mismo dolor de antes.

Ahora, pienso en lo que perdimos y en lo que aprendimos.

Pasé cuatro años creyendo que había perdido a Lily sin entender por qué.

Al principio, busqué un error.

Revisé conversaciones, recuerdos y momentos. Intenté descubrir cuándo había dicho algo capaz de alejarla. Pensé que tal vez había sido egoísta, distraído o un amigo peor de lo que imaginaba.

Después, acepté que tal vez ella simplemente ya no me necesitaba.

Esa fue la explicación más fácil.

También fue la más dolorosa.

Me convencí de que algunas personas pertenecían a determinados períodos de nuestra vida. Lily pertenecía a la secundaria. A Carolina del Norte. A las mañanas en su cocina, a las tardes en la biblioteca y a los planes que hicimos cuando todavía no sabíamos cómo sería el futuro.

Yo seguiría.

Ella seguiría.

Y, algún día, el recuerdo de ella sería menos presente.

Nunca lo fue.

El reencuentro en Chicago me lo mostró.

Bastó oír su voz para que todo volviera.

La amistad.

La añoranza.

La sensación de que ella todavía era la persona a la que yo buscaba primero.

Pero el amor solo se volvió claro cuando necesité mirarla como una mujer, no solo como la chica que conocí.

Lily cambió.

Yo también.

No somos los adolescentes que podrían haber sido.

Somos las personas en las que nos convertimos después de pasar años separados, estudiar en ciudades diferentes, conocer otras versiones de nosotros mismos y descubrir que ninguna de ellas logró ocupar completamente el espacio que existía entre nosotros.

Eso no significa que el tiempo alejados haya sido inútil.

No me gustaría haber perdido a Lily.

Pero entiendo que, durante esos años, aprendimos a sobrevivir sin depender el uno del otro.

Tal vez por eso logramos elegir quedarnos ahora.

No porque no sepamos vivir separados.

Porque lo sabemos y, aun así, queremos vivir juntos.

...

El tema de la fiesta no desaparece completamente.

Algunas noches, Lily menciona un recuerdo y se detiene a mitad de la frase.

Otras veces, me doy cuenta de que se queda distante cuando oye una canción que recuerda esa época.

No la presiono.

Ella no necesita repetir la historia para que yo la crea.

La verdad fue dicha.

Ahora, nos corresponde a nosotros construir algo que no dependa del miedo.

— ¿Todavía piensas en aquel beso? — pregunto cierta noche.

Estamos sentados en el suelo de la biblioteca, rodeados de libros.

— ¿Cuál de ellos?

— El primero.

— ¿Nuestro primero?

— El que viste.

Ella cierra el cuaderno.

— A veces.

— Yo también.

— ¿Por qué?

— Porque todavía me siento culpable.

— No deberías.

— Sé que no quieres que me culpe.

— No quiero, de verdad.

— Pero es difícil no pensar que un beso sin importancia causó cuatro años de distancia.

— El beso no causó solo.

— Lo sé.

— Yo elegí irme.

— Yo elegí no darme cuenta.

— No tenías cómo darte cuenta.

— Tal vez sí tenía.

— Ethan.

— Está bien.

Ella se acerca y apoya el hombro en el mío.

— No puedes seguir intentando cambiar el pasado.

— Estoy intentando parar.

— Entonces intenta mirar el presente.

La miro.

— Estoy mirando.

— ¿Qué ves?

— A una mujer que me robó el café.

— Tú lo compraste para mí.

— A una mujer que me robó la camiseta.

— Tú me dejaste usarla.

— A una mujer que todavía se queja de todo.

— Eso es mentira.

— Y que me está besando desde hace algunas semanas sin aceptar que esto es una cita.

— Ya somos oficialmente una pareja.

— No significa que todo sea una cita.

— Entonces, ¿qué es?

— Es una sesión de estudio con pausas estratégicas.

Ella sonríe.

— Eres imposible.

— Me amas.

— Amo.

La respuesta sale sin vacilación.

Todavía me sorprende.

No porque yo dude.

Porque pasé tanto tiempo deseando oírlo que ahora cada vez que Lily lo dice, algo dentro de mí se reorganiza.

Beso el costado de su cabeza.

— Te amo.

— Lo sé.

— Estás usando mi respuesta.

— Porque combina conmigo también.

...

La última parte del semestre se acerca.

Hay más trabajos, más evaluaciones y más noches en que estudiamos hasta que la biblioteca cierre.

Aun cansados, seguimos juntos.

A veces, Lily se queda dormida sobre el libro.

Ahora, no necesito solo observarla en silencio.

Puedo tocar su pelo, besar su frente y cubrirla con mi abrigo.

Cuando se despierta, se queja de que debería haberla llamado antes.

— Necesitabas dormir — digo.

— Necesitaba estudiar.

— Estudiaste.

— No lo suficiente.

— Nunca es suficiente para ti.

— ¿Me estás criticando?

— Estoy intentando cuidar de ti.

— Siempre dices eso cuando quieres controlar algo.

— Estoy aprendiendo la diferencia.

— ¿Lo estás?

— Lo estoy.

Ella se queda mirándome.

— Realmente cambiaste.

La frase me hace detenerme.

— ¿Eso es bueno?

— Lo es.

— ¿Qué cambió?

— Sigues siendo terco. Sigues haciendo chistes malos. Sigues robándome la comida.

— Eso no parece un cambio.

— Estás más honesto.

— Contigo, intento serlo.

— ¿Antes no lo eras?

— No sabía que estaba escondiendo cosas.

— Ahora lo sabes.

— Ahora tú preguntas.

— Yo siempre pregunté.

— Ahora yo respondo.

Ella toca mi rostro.

— Me gusta en quien te convertiste.

— Me gusta en quien te convertiste.

— ¿Incluso cuando me quejo?

— Principalmente.

— Tienes una definición extraña de amor.

— Tengo la definición correcta.

Ella me besa.

La biblioteca está casi vacía, pero todavía hay estudiantes en las mesas cercanas. El beso es rápido y discreto.

Aun así, me quedo sonriendo.

— ¿Qué fue? — pregunta ella.

— Nada.

— Estás sonriendo.

— No lo estoy.

— Lo estás.

— Tal vez.

Ella niega con la cabeza.

— Nunca vas a parar.

— No quiero.

...

En la última noche antes del receso, Lily aparece en mi dormitorio con una bolsa de comida y dos cafés.

— ¿Trajiste comida? — pregunto.

— Dices que me amas, pero no tienes nada para comer.

— Tengo barritas de cereal.

— Eso no es comida.

— Te estás pareciendo a mi madre.

— Tu madre tenía razón.

Ella entra.

La habitación está silenciosa. Daniel viajó más temprano, y nosotros tenemos toda la noche sin interrupciones.

— ¿Terminaste de organizar tus cosas? — pregunto.

— Casi.

— ¿Vas a casa mañana?

— Sí. Mi madre viene a buscarme.

— Tu hermana está contando los minutos.

— Me mandó una lista de lo que quiere hacer durante las vacaciones.

— ¿Cuántos ítems?

— Veintitrés.

— Salió a ti.

— No soy tan exigente.

— Hiciste una hoja de cálculo para organizar los libros de la facultad.

— Era necesario.

— Hiciste otra para controlar tus horarios de estudio.

— También era necesario.

— Hiciste una tercera para planear los lugares a los que llevarías a tu hermana en Chicago.

— Ella merece una buena visita.

— Entonces eres exigente.

— Soy organizada.

— Puedes elegir la palabra que quieras.

Ella pone la comida sobre la mesa.

— ¿Vas a casa?

— Sí. Mis padres están esperando.

— ¿Noah todavía va a quejarse de que no lo llamas?

— Se va a quejar aunque lo llame.

— Entonces nada cambió.

— Algunas cosas no necesitan cambiar.

Nos sentamos en el suelo.

Comemos entre conversaciones sobre las vacaciones, nuestras familias y los planes para el próximo semestre.

No hay ansiedad.

No hay miedo del regreso.

La distancia entre nuestras casas es temporal.

No es una amenaza.

Cuando terminamos, Lily recoge los envoltorios.

— Puedes dejar eso.

— Tú siempre dejas todo para después.

— Estudio Medicina.

— Eso no es una excusa.

— Es una explicación.

— Te estás pareciendo a mí.

— Por fin.

Ella lanza un cojín contra mi pecho.

Lo agarro.

— Todavía haces eso.

— ¿Qué?

— Lanzar cosas cuando no quieres admitir que tengo razón.

— Yo no hago eso.

— Lo haces.

— Ethan.

— Lily.

Ella se inclina y me besa.

No es un beso rápido.

Es lento, familiar y lleno de la seguridad que construimos.

Cuando se aparta, se queda cerca.

— Sabes que vas a extrañarme en las vacaciones — digo.

— Vamos a hablar todos los días.

— No es lo mismo.

— Te estás poniendo dramático.

— Aprendí de ti.

— No me culpes por todo.

— No culpo.

— Culpas, sí.

— Solo algunas cosas.

Ella apoya la frente en la mía.

— Voy a extrañarte.

— Lo sé.

— No necesitas parecer tan satisfecho.

— Pasé cuatro años esperando oír eso.

— Lo oíste cuando yo tenía quince años.

— Tú nunca lo dijiste.

— Lo dije de otras formas.

— Yo no me di cuenta.

— ¿Ahora te das cuenta?

— Ahora presto atención.

Ella sonríe.

— Entonces está todo bien.

...

Después de que Lily se va, la habitación parece más grande.

No es la ausencia de años atrás.

Es solo una añoranza tranquila, porque sé que ella volverá.

Abro el libro sobre la mesa.

No consigo estudiar.

Agarro el celular.

Lily: ¿Ya me estás extrañando?

Ethan: Saliste hace ocho minutos.

Lily: ¿Y?

Ethan: Tal vez.

Lily: Estás usando mi palabra.

Ethan: Combina con la situación.

Lily: Buenas noches.

Ethan: ¿Todavía estás en el pasillo?

Lily: Tal vez.

Abro la puerta.

Ella está ahí, apoyada en la pared, sonriendo.

— ¿Olvidaste algo? — pregunto.

— Tal vez.

— ¿Qué?

Ella entra, cierra la puerta y sostiene mi rostro.

— Esto.

Me besa.

El beso es el último recuerdo de ese semestre.

No el examen.

No el contenido.

No el aula.

Lily.

Siempre Lily.

...

Algunos días después, cuando estamos de vuelta en nuestras ciudades, hablamos por videollamada todas las noches.

La distancia no parece la misma.

No porque sea menor.

Porque ahora sabemos que no significa pérdida.

Lily estudia en la mesa del cuarto. Yo estudio en la cocina de la casa de mis padres. Nuestros libros quedan abiertos en lados diferentes de la pantalla.

— Lo estás escribiendo mal — dice ella.

— Ni siquiera puedes ver lo que estoy escribiendo.

— Conozco tu letra.

— Estás usando mi frase.

— Combina conmigo.

— Estás imposible.

— Me amas.

— Amo.

La palabra atraviesa la pantalla con la misma fuerza que cuando se dice en persona.

A veces, nos quedamos en silencio.

No necesitamos hablar todo el tiempo.

Solo saber que el otro está ahí es suficiente.

Antes de dormir, Lily siempre pregunta:

— ¿Vas a seguir aquí mañana?

— Voy a seguir.

— ¿Lo prometes?

— Lo prometo.

Ella sonríe.

Ya no hay necesidad de prometer que nunca vamos a cambiar.

Cambiamos.

Ya no hay necesidad de prometer que nunca vamos a irnos.

Ya sabemos que podemos volver.

...

Cuando empieza el nuevo semestre, la rutina regresa.

Clases.

Laboratorios.

Biblioteca.

Café.

Exámenes.

Amor.

Una tarde, estamos sentados en la misma mesa donde estudiamos durante las primeras semanas.

Libros esparcidos.

Dos tazas de café.

Tarjetas de repaso.

Una pila de hojas entre nosotros.

Lily lee una pregunta y hace una mueca.

— Esto no tiene sentido.

— Lo tiene.

— No lo tiene.

— No lo entendiste.

— Lo entendí perfectamente. La pregunta está mal formulada.

— Siempre culpas a la pregunta.

— Porque a veces la culpa es de ella.

— La culpa nunca es tuya.

— Rara vez.

— Estás imposible.

— Me amas.

— Por desgracia.

— Dices eso como si fuera un sacrificio.

— A veces lo es.

— Entonces, ¿puedo agarrar una de tus papas?

— No.

Extiendo la mano de todos modos.

Lily me golpea los dedos.

— Ethan.

— ¿Qué?

— Tienes comida.

— La tuya parece mejor.

— Es la misma comida.

— No lo es.

— No la probaste.

— Estoy a punto de probarla.

Ella intenta proteger el plato.

Sonrío.

Exactamente como hacíamos a los dieciocho años.

Los libros siguen esparcidos.

El café se enfría.

Lily se queja de la materia.

Yo robo una papa.

Nada cambió.

Todo cambió.

Ella vuelve los ojos al libro.

Me acerco.

La beso.

Es un beso rápido, pero suficiente para interrumpir la queja.

Cuando me aparto, Lily se queda mirándome.

— ¿Qué fue eso?

Sonrío.

— Cuatro años atrasado.

Ella me mira fijamente por un instante.

Después, su rostro se suaviza.

— Eres muy dramático.

— Tú sigues aquí.

— Sigo.

Agarro su mano sobre la mesa.

Ella entrelaza los dedos con los míos.

A nuestro alrededor, estudiantes estudian, profesores pasan por los pasillos y el futuro se acerca en páginas, exámenes y elecciones.

Nosotros todavía tenemos mucho que aprender.

Sobre Medicina.

Sobre la vida.

Sobre amar sin miedo.

Pero hay una cosa que ya sabemos.

El sueño que empezó en la infancia ya no pertenece a dos adolescentes que imaginaban el futuro sin comprender sus riesgos.

Ahora pertenece a dos personas que se perdieron, se reencontraron y eligieron seguir juntas.

Lily mira los libros.

Después, a mí.

— ¿Vas a estudiar o vas a seguir distrayéndome?

— Puedo hacer las dos cosas.

— No puedes.

— Puedo intentarlo.

Ella sonríe.

Yo beso su mano.

Y volvemos a los libros.

Juntos.

Exactamente como un día imaginamos.

Solo que ahora, por fin, lado a lado.

EPÍLOGO

OCHO AÑOS DESPUÉS

Lo primero que Ethan hace todas las mañanas es preguntarle a nuestra hija si durmió bien.

Charlotte aún no ha nacido.

Aun así, él habla con ella como si los dos hubieran tenido conversaciones importantes durante la noche y como si ella pudiera responder en cualquier momento.

— Buenos días, pequeña — murmura, con la mano extendida sobre mi vientre. — ¿Dejaste que tu madre durmiera?

Estoy acostada a su lado, con la cabeza apoyada en su pecho y una pierna atravesada sobre las suyas. La luz de la mañana entra por las cortinas del dormitorio, iluminando el anillo en mi mano y la alianza que Ethan usa desde el día en que nos casamos.

— La dejó — respondo por Charlotte.

— No te pregunté a ti.

— Ella todavía no habla.

— No puedes estar segura.

— Ethan.

— Tal vez sea muy inteligente y solo esté esperando el momento adecuado.

— O tal vez esté durmiendo.

— Entonces salió a ti.

Levanto el rostro.

— Yo duermo muy bien.

— Duermes con un libro abierto en el regazo.

— Eso no significa que esté durmiendo.

— Significa que te quedaste dormida estudiando.

— Yo era estudiante de Medicina.

— Ahora eres pediatra. Puedes descansar.

— No funciona así.

Ethan desliza la mano sobre el vientre, siguiendo la curva redondeada.

— Deberías dejar de trabajar.

— No.

— Lily.

— Ethan.

— Estás de treinta y siete semanas.

— Lo sé.

— Tu vientre está enorme.

— Gracias.

— No fue una crítica.

— Lo pareció.

— Fue una observación.

— Estás usando esa palabra otra vez.

— Es útil.

— Sigues haciendo eso desde la universidad.

— Y tú sigues respondiendo.

— Porque alguien necesita impedir que hables solo.

— Charlotte conversa conmigo.

— Charlotte aún no ha nacido.

— Sigues insistiendo en ese detalle.

Sonrío.

Ethan pone los ojos en blanco y vuelve a acariciar mi vientre. El movimiento es lento, distraído y lleno de cariño. Lo hace siempre que estamos juntos, como si no pudiera mantener las manos lejos de mí o de la hija.

En los últimos meses, mi vientre se convirtió en el centro de la casa.

Las consultas.

La ropa diminuta.

Los libros sobre lactancia.

Las listas de nombres que hicimos y rehicimos.

El sillón que Ethan montó en el cuarto de Charlotte y desmontó dos veces porque decidió que la posición no era perfecta.

La manera en que revisa la cuna todas las noches, como si nuestra hija pudiera nacer durante la madrugada y encontrar algo fuera de lugar.

— Vas a acabar poniéndote de parto dentro del hospital — se queja.

— El mejor lugar posible.

Ethan pone los ojos en blanco.

— Eres imposible.

— Me amas.

— Por desgracia.

— Dices eso desde los dieciocho años.

— Y sigo diciéndolo.

— Menos mal.

Él inclina el cuerpo y besa mi vientre.

— Charlotte, tu madre se está negando a descansar.

— Puedo oírte.

— Estoy hablando con ella.

— Entonces di algo útil.

— Tu madre necesita entender que puede tomarse algunos días.

— Estoy reduciendo las guardias.

— Reducir no es parar.

— No voy a dejar de trabajar porque estoy embarazada.

— No estás solo embarazada. Estás a punto de tener una hija.

— Lo sé.

— Entonces quédate en casa.

— ¿Te quedaste en casa cuando estabas a punto de operar a aquel paciente complejo?

— Era diferente.

— Claro que lo era.

— Soy cirujano.

— Y yo soy pediatra.

— Exactamente. Pasas el día cuidando de niños enfermos y aun así crees que necesitas trabajar hasta el último momento.

— Pasas el día haciendo cirugías y crees que puedes darme órdenes.

— No estoy dando órdenes.

— Estás.

— Estoy sugiriendo.

— ¿Con esa expresión?

— ¿Qué expresión?

— La expresión de quien ya decidió que tiene razón.

— Yo generalmente la tengo.

— Ethan.

— Lily.

Él sonríe.

Yo intento parecer irritada.

No puedo.

...

Han pasado ocho años desde nuestra primera noche juntos.

Ocho años desde que Ethan dijo que me amaba, después de que pasáramos tanto tiempo creyendo que el otro no sentía lo mismo.

Ocho años desde que elegimos no permitir que el miedo siguiera tomando decisiones por nosotros.

Cuando pienso en eso, a veces parece que todo ocurrió en otra vida.

En otras, parece que fue ayer.

Aún recuerdo la sala de seminarios. La lluvia. La manera en que Ethan me miró cuando por fin entendió por qué me fui.

Aún recuerdo el primer beso, cuidadoso y asustado.

La primera noche juntos.

La mañana siguiente, cuando desperté usando su camiseta y me di cuenta de que, por primera vez, no necesitaría huir.

Después vinieron los años de universidad, las prácticas, los exámenes, las guardias y las elecciones que nos llevaron a lugares diferentes dentro de la Medicina.

Yo elegí Pediatría porque siempre supe que quería trabajar con niños. Ethan eligió Cirugía porque le gustaba la precisión, la responsabilidad y la posibilidad de transformar una situación delicada con sus propias manos.

Aún discutimos sobre quién tiene la rutina más difícil.

Él dice que los cirujanos duermen menos.

Yo digo que los pediatras pasan el día respondiendo a las mismas preguntas de padres ansiosos.

Él afirma que yo elegí eso porque me gusta conversar.

Yo respondo que él eligió la cirugía porque le gusta fingir que no necesita conversar.

Ninguno de los dos gana.

Tal vez esa sea una de las razones por las que seguimos juntos.

Nunca intentamos ganarnos el uno al otro.

Solo intentamos sobrevivir a las semanas más difíciles y encontrar tiempo para cenar juntos.

...

— Estás pensando demasiado — dice Ethan.

— No puedes saberlo.

— Tu mano está sobre el vientre.

— Estoy embarazada.

— Haces eso cuando estás pensando en algo.

— Hago eso porque Charlotte está aquí.

— Ella también está cuando no piensas.

— Estás muy observador.

— Pasé años practicando.

Lo miro.

Incluso después de tantos años, todavía reconozco al chico que fue mi mejor amigo en el hombre a mi lado.

El rostro cambió.

El cabello tiene algunos mechones más claros cerca de las sienes. Los hombros se hicieron más fuertes después de años trabajando en quirófanos. Hay líneas discretas alrededor de los ojos, marcas de noches mal dormidas y de todo lo que vivimos juntos.

Pero los ojos son los mismos.

Los ojos que busqué cuando tenía quince años.

Los ojos que evité a los dieciocho.

Los ojos que encontré de nuevo en un auditorio lleno de estudiantes.

Los ojos que me miraron cuando por fin preguntó qué me había hecho.

A veces, veo al chico antes que al hombre.

Está en la forma en que Ethan roba comida de mi plato.

En la manera en que habla solo cuando está nervioso.

En la incapacidad de dejar una pila de libros perfectamente organizada.

En el hábito de preguntarme si comí, dormí y llegué bien, incluso cuando sabe la respuesta.

El hombre a mi lado es cirujano.

Es mi marido.

Es el padre de nuestra hija.

Pero también sigue siendo el chico que entraba en mi casa sin llamar y sabía dónde mi madre guardaba los muffins.

— Me estás observando — dice.

— Sí.

— ¿Por qué?

— Porque cambiaste.

— ¿Eso es bueno?

— Lo es.

— ¿Qué cambió?

— Todo y nada.

— Esa respuesta no tiene sentido.

— Para mí sí.

Él besa mi hombro.

— Te pusiste filosófica.

— Estoy cansada.

— Deberías estar descansando.

— ¿Vas a empezar de nuevo?

— Voy.

— Lo sabía.

— Lily, trabajas demasiado.

— Tú también.

— Soy cirujano.

— Ya lo dijiste.

— Es una profesión exigente.

— La Pediatría también.

— Lo sé.

— Entonces deja de actuar como si yo no supiera cuidarme.

— Sé que lo sabes.

— Parece que no.

— Solo quiero cuidarte a ti también.

Su voz cambia.

Es una frase simple, pero toca una parte profunda de mí.

Ethan siempre quiso cuidarme.

A los quince años, cuando yo fingía estar bien.

A los dieciocho, cuando no se dio cuenta de que yo me estaba yendo.

A los veintitantos, cuando decidió esperar hasta que yo estuviera lista.

Ahora, todos los días.

— Lo sé — digo.

Él besa mi frente.

— Entonces quédate en casa mañana.

— Lo pensaré.

— Eso no es un sí.

— Es lo más cerca que vas a conseguir.

— Eres muy terca.

— Me amas.

— Te amo.

La respuesta sale sin broma.

Lo miro.

— ¿Nunca te cansas de decir eso?

— No.

— ¿Incluso después de tantos años?

— Sobre todo después de tantos años.

...

Charlotte se mueve.

El movimiento es pequeño al principio, casi una ondulación bajo la piel.

Ethan se detiene.

— ¿Se movió?

— Sí.

— ¿Ahora?

— Sí.

Él pone la mano sobre el lugar.

— ¿Charlotte?

El bebé se mueve otra vez.

Ethan abre los ojos de par en par.

Su reacción es tan inmediata que empiezo a reír.

— Te oyó.

— Lo sabía.

— Le hablas todo el tiempo.

— Reconoce mi voz.

— Reconoce la mía también.

— Tu voz es más bonita.

— ¿Estás intentando agradarme a mí o a ella?

— A las dos.

Él se acerca a mi vientre.

— Charlotte, aquí está tu padre. Tu madre está intentando fingir que no está cansada, así que necesitamos trabajar juntos.

— No involucres a nuestra hija contra mí.

— Ella ya está de mi lado.

— No lo sabes.

— Se movió cuando hablé.

— Tal vez fue coincidencia.

— No existe coincidencia con nuestra hija.

Lo dice con tanta convicción que vuelvo a reír.

— Vas a ser un padre insoportable.

— Voy a ser un padre excelente.

— También.

— ¿Oíste eso, Charlotte? Tu madre por fin admitió.

Él besa mi vientre.

— Yo no admití nada.

— Admitiste.

— No.

— Estás cansada. Estás confundiendo las cosas.

— Soy médica.

— Yo también.

— No puedes usar eso contra mí.

— Puedo. Soy cirujano.

— Esa lógica no tiene sentido.

— Sigues aquí.

— Sigo.

La palabra regresa.

Ahora, después de ocho años, carga una historia entera.

Sigo aquí.

Ethan sigue aquí.

Los dos seguimos eligiéndonos el uno al otro.

...

El cuarto de Charlotte está listo.

Las paredes son claras. Hay un sillón cerca de la ventana, una estantería con libros infantiles y una pequeña cómoda donde guardamos ropa que parece demasiado pequeña para pertenecer a una persona real.

Ethan insiste en que todavía falta algo.

— Falta una lámpara — dice.

— Ya hay una.

— Esa no combina.

— A Charlotte no le va a importar.

— Ella tiene buen gusto.

— Ella aún no ha nacido.

— Sigues insistiendo.

— Porque es un hecho.

Él se levanta de la cama con cuidado y va al cuarto de al lado.

— Ethan, no toques nada.

— Solo voy a revisar.

— Revisaste ayer.

— La situación puede haber cambiado.

— La lámpara no se mueve sola.

— No lo sabes.

— Sí lo sé.

Desaparece por el pasillo.

Lo observo caminar.

Su mano toca la pared al pasar, un hábito que conserva desde la adolescencia. Antes, yo sabía que Ethan estaba en casa por el sonido de sus pasos. Ahora, lo reconozco por la forma en que se mueve entre los cuartos que construimos juntos.

Nuestra casa no es enorme.

Pero hay señales de él en todas partes.

Libros de Medicina sobre la mesa de la sala.

Una taza olvidada cerca del sofá.

Fotografías nuestras a diferentes edades.

Una imagen de nuestra graduación.

Otra de la boda.

Una fotografía de la primera consulta en la que oímos el corazón de Charlotte.

En esa imagen, Ethan está mirando la pantalla del ultrasonido.

Yo lo estoy mirando a él.

Cuando la enfermera se dio cuenta, me pidió que mirara el monitor.

No pude.

Yo ya conocía el rostro de Ethan cuando estaba asustado, concentrado, feliz y completamente encantado.

Aquel día, parecía todas esas cosas al mismo tiempo.

— ¿Se está moviendo? — pregunta desde el otro cuarto.

— No.

— ¿Estás segura?

— Lo estoy.

— ¿Estás prestando atención?

— Sí.

— Lily.

— Ethan.

Él regresa cargando la lámpara que ya estaba allí.

— Solo lo confirmé.

— Eres imposible.

— Pero ahora la iluminación está correcta.

— La iluminación estaba correcta antes.

— Ahora está mejor.

— Necesitas descansar.

— Yo no estoy embarazado.

— No. Pero te estás comportando como si lo estuvieras.

— Estoy tan involucrado como tú.

— Le hablas a mi vientre.

— Nuestro vientre.

— No es tuyo.

— Yo ayudé.

— Hiciste tu parte.

— Exactamente.

Se sienta de nuevo a mi lado.

La cama se mueve bajo su peso.

— ¿Tienes miedo? — pregunta.

La pregunta me sorprende.

— ¿Del parto?

— De todo.

Miro mi vientre.

— Un poco.

— Yo también.

— No lo parece.

— Aprendí a esconderlo.

— Conmigo no hace falta.

— Lo sé.

La respuesta hace eco de aquella noche en que me contó que estaba enamorado.

No necesitamos fingir que somos invencibles.

No necesitamos presentar una versión controlada de nosotros mismos.

Podemos decir que tenemos miedo y seguir.

— Tengo miedo de no ser una buena madre — confieso.

Ethan me toma la mano.

— Vas a ser increíble.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque cuidas de todo el mundo incluso cuando estás agotada.

— Eso no significa que vaya a saber cuidarla.

— Eres pediatra.

— Ser médica no me da todas las respuestas.

— No. Pero amas a nuestra hija incluso antes de conocerla.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

— Tú también.

— Lo sé.

— No puedes dejar de decir eso.

— No lo haré.

Él besa mis dedos.

— Vamos a aprender juntos.

— ¿Tú y yo?

— Siempre.

La palabra es una promesa.

Esta vez, no me asusta.

...

Aquella noche, cenamos en casa.

Ethan prepara algo simple. Yo me quedo sentada a la mesa, dando instrucciones que él no pidió.

— No pongas tanta sal.

— Sé cocinar.

— Se te está quemando.

— Es una técnica.

— Es comida quemada.

— Siempre fuiste crítica.

— Estoy intentando salvar la cena.

— No necesito ser salvado.

— Dices eso antes de pedir mi ayuda.

— Yo nunca pido.

— Exactamente.

Él pone los platos sobre la mesa.

La comida está buena.

No lo digo de inmediato.

Ethan me observa.

— ¿Está mala?

— No.

— Entonces está buena.

— Está aceptable.

— Estás embarazada. Voy a aceptar el elogio.

— No uses el embarazo para ganar discusiones.

— Nuestra hija está de mi lado.

— Charlotte todavía ni siquiera puede formarse una opinión.

— Ella tiene buen juicio.

— Ella tiene hipo.

— Son opiniones pequeñas.

Empezamos a comer.

A mitad de la cena, recuerdo algo.

— ¿Te acuerdas de cuando decidimos estudiar Medicina?

— Tú tenías nueve años.

— Tú tenías diez.

— Yo era más sabio.

— Tú querías usar un estetoscopio todo el día.

— Y tú querías ayudar a la gente.

— Todavía quiero.

— Lo sé.

— Siempre lo supiste.

— Siempre.

— No teníamos idea de cómo sería.

— No.

— Ni de que estudiaríamos en universidades diferentes.

— Ni de que nos separaríamos.

— Ni de que volveríamos a encontrarnos.

— Ni de que te quedarías embarazada de una niña llamada Charlotte.

— Tú elegiste el nombre.

— A ti te gustó.

— Me gustó.

— Entonces fue una decisión conjunta.

— Insististe durante tres meses.

— Tú aceptaste.

— Porque insististe durante tres meses.

— Eso es diferente.

— No lo es.

Él extiende la mano sobre la mesa.

Yo la tomo.

— ¿Lo elegirías todo de nuevo? — pregunta.

La pregunta parece simple.

Pero entiendo lo que hay debajo.

¿Elegirías volver?

¿Vivir esos años?

¿Pasar por el dolor?

¿Perder cuatro años?

— No elegiría perderte — respondo.

— No fue lo que pregunté.

— Lo sé.

— ¿Y entonces?

Pienso por unos segundos.

— No elegiría el dolor. Pero elegiría todo lo que vino después.

— ¿Incluso el tiempo perdido?

— Incluso.

— ¿Por qué?

— Porque fue así como llegamos aquí.

Él aprieta mi mano.

— Me habría gustado encontrarte antes.

— A mí también.

— Tal vez a los dieciocho.

— Yo no estaba lista.

— Lo sé.

— Tal vez a los veinte.

— Tú todavía estabas intentando olvidar.

— Tal vez a los veintidós.

— Yo estaba intentando entender.

— Ahora estamos aquí.

— Ahora estamos aquí.

Las palabras cierran el círculo.

...

Más tarde, volvemos al dormitorio.

Ethan se acuesta a mi lado, con la cabeza apoyada en el cabecero. Yo me acomodo contra él, exactamente como lo hicimos tantas veces a lo largo de los años.

Su mano encuentra mi vientre.

Charlotte está quieta.

— Está durmiendo — digo.

— Duerme mucho.

— Salió a mí.

— ¿Estás usando esa excusa para justificar el descanso?

— Tal vez.

— Necesitas dejar de trabajar.

— No vas a rendirte.

— No.

— Entonces yo tampoco.

— Lily.

— Ethan.

— Vas a acabar poniéndote de parto dentro del hospital.

— El mejor lugar posible.

Él pone los ojos en blanco y vuelve a acariciar mi vientre.

— Charlotte, tu madre no me escucha.

— Sí escucho.

— Estoy hablando con ella.

— Ella está de mi lado.

— No lo está.

Charlotte se mueve.

El movimiento hace que Ethan se detenga.

— Se movió.

— Lo sé.

— Charlotte, ¿estás ahí?

Se mueve otra vez.

Ethan se inclina de inmediato, completamente encantado.

— Hola, pequeña. Soy yo. Tu padre.

Sonrío mientras observo al hombre a mi lado.

Su mano cubre mi vientre.

Los ojos brillan.

La voz cambia.

Ethan, que pasa los días en quirófanos, concentrado y preciso, ahora le habla a una niña que aún no ha nacido como si fuera la cosa más extraordinaria del mundo.

Tal vez lo sea.

— Sabes que ella no entiende lo que estás diciendo — comento.

— Ella entiende.

— Ella todavía se está desarrollando.

— Entiende que las amo a ustedes.

Se me oprime el pecho.

— Hablas como si fuera posible amar a alguien antes de conocerlo.

— Es posible.

— ¿Cómo lo sabes?

Él me mira.

— Porque hice eso contigo.

No respondo.

No hace falta.

Ethan besa mi vientre.

Después, levanta el rostro y besa mi boca.

El beso es lento, cariñoso y familiar.

No hay prisa.

No existe la necesidad de probar nada.

Cuando se aparta, se queda cerca.

— Te amo — dice.

— Yo también te amo.

— ¿Vas a descansar mañana?

— Lo pensaré.

— Lily.

— Está bien. Voy a descansar.

— ¿Lo prometes?

— Lo prometo.

— Eso es diferente de "lo intentaré".

— Aprendí.

— Por fin.

Él besa mi frente.

Yo apoyo la cabeza en su pecho.

Escucho su corazón.

El mismo corazón que, a los dieciocho años, no se dio cuenta de lo que yo sentía.

El mismo hombre que reencontré años después.

El mismo hombre que me dio tiempo para volver a confiar.

El mismo hombre que ahora me sostiene la mano mientras conversa con la hija que aún no ha nacido.

Pienso en el chico que fue mi mejor amigo.

Pienso en la niña que lo amó en silencio.

Pienso en el hombre que reencontré en un auditorio, después de cuatro años intentando olvidarlo.

Pienso en todo lo que casi perdimos porque ninguno de los dos supo decir lo que sentía en el momento adecuado.

Pero no lo pienso con tristeza.

Ya no.

Porque, a pesar de los años perdidos, por fin tenemos lo que siempre deseamos.

No la vida que imaginamos a los quince años.

Una vida mejor.

Una vida construida con elecciones conscientes, conversaciones honestas y el valor de quedarse cuando sería más fácil huir.

Ethan besa mi vientre otra vez.

Después, su boca encuentra la mía.

Esta vez, no existen cosas no dichas entre nosotros.

No existe despedida.

No existe casi.

No existe miedo de que el amor sea solo una interpretación mía.

Después de todos esos años, por fin tengo la respuesta a la pregunta que empezó a los dieciocho.

Siempre fue él.

Otra vez, Ethan.

Todas las veces, él.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Gracias por haber acompañado a Lily y a Ethan en esta historia de amor, reencuentros, elecciones y segundas oportunidades.

Espero que el viaje de los dos haya tocado tu corazón y te haya recordado que algunos sentimientos pueden resistir al tiempo, a la distancia e incluso a los silencios.

Gracias por cada página leída, por cada emoción compartida y por permitir que este libro formara parte de tu vida.

Con cariño,
D. Sempere